TOMO TERCERO

Rusia al desnudo

UNIVERSIDAD DE CHILE

Advertencia

El autor se compromete a decir la verdad, nada más que la verdad, y toda la verdad posible en trescientas páginas.

Nadie está obligado a creer en sus palabras. Pero todos deben inclinarse ante el testimonio de los hechos.

Con este fin, citaremos un gran número de hechos, con referencias en su apoyo. Las fuentes serán exclusivamente soviéticas, escapando así a toda sospecha de parcialidad contra el régimen nacido de la gran revolución rusa.

Estos hechos, para que tengan valor, deben, a nuestro juicio, ser destacados del conjunto por su interés característico, excluyendo los incidentes o los acontecimientos ocasionales, episodios pasajeros o excepcionales, accidentes fortuitos, en suma.

Su importancia general puede ser apreciada desde dos puntos de vista diferentes: como un aspecto de la vida cotidiana de una masa numerosa, si el hecho es frecuente, o como expresión particular y sintomática de una situación, de un ambiente, si el hecho es raro, pero inconcebible fuera de cierto medio propicio.

Para advertir y desentrañar cumplidamente esos hechos es preciso haber vivido lo suficiente en tierra soviética, no como *persona grata*—cosa que está muy lejos de ser inútil—, sino mezclados al común de los morta-

les; saber reconocer las realidades bajo el rojo velo de las apariencias; estudiar ampliamente a Rusia, la antigua y la nueva, sus reacciones y sus revoluciones; amar al pueblo ruso y pasar a ocupar un puesto en su movimiento de emancipación.

Estas condiciones, por lo menos, han sido satisfechas por el autor.

I

Introducción a la vida soviética

Relato de viaje encantador.—La leyenda soviética.—Antes de la muerte de Lenin.—Un personaje infalible.—El turista en la Rusia de los soviets.—Apariencias y realidades.—Lo ruso y lo soviético.—El antiguo régimen y el nuevo.—La herencia del pasado.—El arte de leer las estadísticas.—Socialismo o capitalismo.—Pequeño discurso del método.—El juego del enemigo.—La autocrítica.—A cada cual sus responsabilidades.

"A lo lejos distinguimos una isla de azúcar cande y acaramelado, y ríos de almíbar que corrían por los campos.

"Los habitantes, que eran bastante golosos, lamían todos los caminos y se chupaban los dedos después de haberlos metido en los ríos. También había bosques de regaliz y grandes árboles, de donde caían panales de miel, que el viento llevaba a la boca de los viajeros, por poco abierta que estuviese.

"Tal cúmulo de golosinas nos pareció insípido, y quisimos pasar a algún otro país en busca de platos de un gusto más elevado. Nos aseguraron que, a diez leguas de donde estábamos, había otra isla con minas de jamones, de longanizas y de guisados bien sazonados. Abríanlas como se abren las minas de oro en el Perú.

"También se encontraban riachuelos de salsa con cebolla. Las paredes de las casas eran de empanadas. Llovía vino en abundancia, cuando el tiempo estaba encapotado, y, en los días más hermosos, el rocío de la mañana era siempre de vino blanco.

"...Apenas me había metido en la cama, cuando oí un gran ruido; tuve miedo y pedí socorro. Me dijeron que era la tierra que se abría. Me creí perdido; pero me tranquilizaron diciéndome que se entreabría así todas las noches, a cierta hora, para vomitar, con gran esfuerzo, riachuelos hirvientes de chocolate espumoso y licores helados de todas clases. Me levanté corriendo para ir a tomarlos, y estaban deliciosos.

"Después me volví a acostar y, en sueños, creí ver que todo el mundo era de cristal; que los hombres se alimentaban con perfumes cuando les venía en gana; que no podían andar más que bailando, ni hablar como no fuera cantando; que tenían alas para surcar los aires y nadaderas para atravesar los mares..."

A primera vista, en las actuales circunstancias, creeríase estar leyendo el relato de viaje de uno de esos apologistas, asalariados o benévolos, que celebran a través del mundo el régimen instaurado en la Rusia soviética después de la muerte de Lenin.

Sin embargo, un ligero esfuerzo de memoria lo identifica en seguida, entre los recuerdos de escuela, con el *Viaje a la isla de los Placeres*. Pero, ¡cuán pobre parece la imaginación de Fenelón al lado de las facultades de invención, o de ilusión, de los actuales fabricantes de descripciones paradisíacas del país soviético para uso de un público particularmente crédulo.

La revolución rusa, como todas las revoluciones anteriores, se ha visto cercada por las calumnias de aquellos cuyos intereses pisoteaba. Ha sabido resistir muy bien a los furores de la calumnia. Después de la muerte de Lenin, sus nuevos dirigentes la han expuesto, por una inconcebible aberración, a un peligro mayor: el elogio sistemático, la aprobación fanática, especie de difamación

al revés, cuyos efectos son más profundamente nocivos y más duraderos.

La República de los soviets tiene necesidad, para vivir, de la solidaridad consciente de los trabajadores de todos los países. Esta solidaridad no podrá ser consciente sin el conocimiento de los inconvenientes que dificultan la marcha del socialismo en Rusia. La leyenda soviética, creada, difundida y mantenida por la voluntad del Gobierno de Moscú, no suscita otra cosa que la solidaridad superficial y completamente verbal de los elementos más atrasados de la clase obrera, y prepara decepciones que conducirán a un irreparable despego.

En vida de Lenin, los partidarios extranjeros del primer momento del bolchevismo no engañaban a los trabajadores de Occidente. Los invitaban a correr en ayuda de la revolución, hablándoles de las miserias, de los sufrimientos que abrumaban al pueblo ruso, en lucha por su emancipación. Lejos de callarse sobre la desorganización del país, el desbarajuste de su producción, el hambre devastadora de inmensas regiones, buscaban en todo ello argumentos con que estimular el esfuerzo de sostén.

Este período no estuvo, a decir verdad, exento de ilusión. La guerra terminaba en medio de un horror sin nombre. Europa se veía sacudida por los movimientos revolucionarios. El frenesí de las pasiones no estaba llamado a favorecer la objetividad científica. El momento no era el más adecuado para entregarse a disertaciones imparciales. Había que defender con decisión y parcialidad a los valientes que se atrevían a atacar a la vieja sociedad en sus principios. Quienes así lo hicieron tienen razón en no lamentarlo.

Entonces, cada éxito parcial contra el desorden, toda tentativa feliz de creación original, cada improvisación lograda, eran saludados como otras tantas promesas de un porvenir mejor. Pero a ningún comunista consciente se le ocurría pretender que todo iba bien en la mejor de las revoluciones. Nadie negaba la existencia del frío y el hambre, ni disimulaba la inmensidad de la tarea en

perspectiva y la debilidad de los medios que cabía emplear.

Ha habido "peregrinos" que se arrojaron a visitar la Rusia de entonces en calidad de turistas y aportarnos literarias ñoñeces. Pero estas manifestaciones, completamente individuales y bastante raras, no respondían a ningún sistema de conjunto y sólo incumbían a sus autores. El poder soviético y los representantes calificados del movimiento comunista internacional no fundaban su política en ellas. Ahí están los documentos de la época como testimonio de su aguda preocupación por conocer y revelar la realidad profunda, para trabajar y dominarla.

Era el tiempo de Lenin.

Después de la desaparición del jefe indiscutible, todo ha cambiado. La expresión de la verdad, la simple constatación de los hechos, con el espíritu más estrictamente conforme a la tendencia comunista, se han convertido en crímenes de lesa revolución. Y respecto a la crítica, incluso la más escrupulosamente leal y reformadora, ha sido considerada como un atentado a mano armada.

A esto se debe el que hayamos podido ver cómo los principales compañeros de armas de Lenin de la época heroica emprendían, unos tras otros, el camino de la prisión, de la deportación y del destierro.

Antes de 1924, Lenin subía a la tribuna de los Congresos comunistas o soviéticos y no vacilaba en decir, ante el mundo entero, cuando lo juzgaba necesario: "En lo que a esto se refiere, *nos hemos equivocado* en tal o cual caso." Y esta lúcida franqueza, lejos de favorecer al enemigo, aclaraba y fortalecía la conciencia revolucionaria.

Después de 1924, el sucesor de Lenin pretende no haberse equivocado jamás. En seis veces trescientos sesenta y cinco días, no ha cometido el más mínimo error. Ya puede examinarse atentamente la Prensa soviética y comunista de todos los países: no se encontrará en ella la menor alusión a una falta, ni aun leve, del poder soviético encarnado en la persona única y suficiente del secretario del partido comunista de la U. R. S. S.

La población de los dos continentes, en su mayor parte, no sabe todavía que existe, entre los mortales, un hombre infalible, que reside en Moscú, en el Kremlin. Esta es la razón, sin duda, por la cual el omnipotente individuo, en su providencia infinita, ha creído conveniente constituir, bajo diferentes apelativos, un equipo de turiferarios que se desgañitan cantando sus méritos por doquiera.

¿Es cierto, como afirma ese coro, que todo va bien en la mejor de las revoluciones?

Para saberlo existen dos medios, por lo menos: ir a verlo sobre el terreno o estudiar, aun cuando sea a distancia, la documentación soviética no destinada a la propaganda exterior. Tanto el uno como el otro exigen, por lo menos, para que resulten eficaces, dos cualidades indispensables: un espíritu *a priori* amistoso hacia la revolución rusa y un previo conocimiento del tema. Sin una simpatía instintiva o razonada hacia un hecho de tal modo simple y complejo, no hay posibilidad de comprensión; e ignorándolo todo de Rusia y de la revolución, es inútil pretender apreciarlas: el ignorante no tiene más que instruirse antes de hablar.

Un viaje al país soviético no es por fuerza un viaje revelador: todo depende de las condiciones en que se efectúe y del valor intelectual y moral del viajero. Aquel que se pasea como simple turista, conducido y rodeado por guías especialmente preparados a este respecto, siguiendo un itinerario trazado expresamente para él, por lugares escogidos y frecuentemente dispuestos de antemano para su visita, y empleando medios aristocráticos, cuyo confort no corresponde a nada que sea actualmente ruso, y que, sobre eso, no frecuente más que a personajes oficiales, funcionarios, privilegiados, ése no tiene, al regresar de su viaje de placer, más derecho que el de callarse. Los "sleeping", los automóviles, los hoteles burguesamente dispuestos, no tienen nada de común con la vida actual de los 150 millones de habitantes de

Por lo demás, hay dos maneras de juzgar la U. R. S. S.: desde fuera y desde dentro.

La diferencia entre el aspecto exterior de las cosas y su realidad íntima no es especialmente rusa. Los admiradores de ruinas se maravillan ante lo pintoresco en cualquier país, sin pensar en la suerte de los desgraciados que están condenados a permanecer allí. Los amigos del viejo París echan pestes contra la demolición de las sórdidas casucas de la isla de San Luis, en nombre de sus gustos arqueológicos; pero lo que es ellos viven en las casas nuevas y limpias de Auteuil. La esplendidez de los colores de un paisaje que constituye el éxtasis de los paseantes no impide que los humanos vivan entre inmundicias. Los transeúntes que forman círculo, en la calle, en torno a unos obreros ocupados en un trabajo difícil encuentran en esa contemplación un interés de que preferirían privarles involuntarios actores.

En la U. R. S. S. pasa lo que en todas partes; pero con algunas complicaciones específicas más. Es muy raro que un extranjero llegue a la U. R. R. S. sabiendo ruso. Sus relaciones por consiguiente, tienen que limitarse por fuerza a un pequeño número de personas oficiales, que pueden engañarle a su sabor; si quiere entrar en relación directa con una persona digna de confianza, ya sea con ayuda de un intérprete o bien porque dicha persona conozca la lengua del viajero, es menester aún que el intérprete sea seguro en cuanto a la veracidad de su traducción y a la discreción de su oficio, y que no se halle presente un tercero capaz de denunciar al hablador. El extranjero en cuestión debe también, para llevar a buen término su encuesta, guardarse de aceptar de las instituciones del Estado favores que le impondrían, por cortesía o por espíritu de reciprocidad, una discreción contraria al principio de su viaje. Es importante saber distinguir, en fin, en la Rusia de los soviets, lo soviético de lo ruso, no atribuyendo al nuevo régimen las características del antiguo, y viceversa.

Se imponen aquí algunos ejemplos:

Un sedicente "delegado" de una organización obrera occidental, realmente un funcionario nombrado por otros funcionarios, los cuales dependen de los funcionarios superiores residentes en Moscú, oye hablar de una huelga ocurrida poco antes en una fábrica moscovita, y, queriendo tranquilizar su conciencia, se traslada a la fábrica, acompañado de un intérprete y de varios "delegados" de su misma calaña, y, una vez allí, en presencia del "director rojo", del secretario de la célula, del Comité de fábrica, etc., interroga a un obrero. Este contesta, evidentemente, que no ha oído hablar de nada, encontrando así el medio de no desmentir la existencia de la huelga, al mismo tiempo que evitaba comprometerse. El que realizaba la encuesta se mostró satisfecho. Ahora bien: si el obrero hubiera dicho la verdad, hubiera sido puesto en la calle al marcharse el visitante, privado de su pan, condenado con su mujer y con sus hijos a una miseria atroz. Esto lo probaremos más lejos, por medio de referencias indiscutibles. Si se hubiera atrevido a expresar una opinión desfavorable a los poderosos del día, lo hubiera pagado con la prisión o con la deportación a Siberia, tras una condena pronunciada secretamente y sin juicio ni defensa. La encuesta realizada de esta manera no tenía, pues, valor alguno. Hubiera sido necesario interrogar al obrero en condiciones que garantizaran su impunidad.

Otro "delegado", en la misma fábrica (una de las reservadas a las visitas de esta especie), se entera de que los motores de los tranvías, fabricados en ella, salen a un precio aproximado al de antes de la guerra. Toma nota de este resultado relativamente satisfactorio e informa de ello al autor de este libro. Pero éste, contando con amigos en dicha Empresa, se informa por su parte y recibe la siguiente... aclaración: la fábrica se limita a juntar las piezas suelta importadas de Alemania antes de la revolución; el precio de coste de un motor enteramente fabricado en Rusia hubiera resultado tres o cuatro veces mayor. Bastaba, por otra parte, con saber leer los infor-

mes de los órganos económicos y de los *truts* de la meta-lurgia para conocer el coste de la producción.

Otros "delegados", durante el décimo aniversario de la revolución, ven desde su autocar una larga fila de gente que aguarda. Se enteran por el guía de que toda aquella gente formaba cola para suscribir el empréstito. La verdad era que aquellos desgraciados aguantaban a pie firme largas horas para poder adquirir productos de primera necesidad.

En su celo apologético, ¡cuántos viajeros, sin competencia ni escrúpulos, atribuyen a la creación soviética los elementos heredados del zarismo o de la vida de antes de la revolución! Uno de ellos, que une la condición de dibujante a la de testigo falso, pone su lápiz al servicio de la "Rusia viva" y de sus obras, para empezar ofreciendo al lector un croquis del Kremlin, cometiendo así un anacronismo de varios siglos. Otro elogia el cuadro de baile o los coros del Gran Teatro, donde el bolchevismo no ha intervenido en lo más mínimo. Un tercero se pasma ante la evocación de los cantos revolucionarios, ninguno de los cuales ha nacido de la revolución de octubre, o soviéticos, ninguno de los cuales es contemporáneo de los soviets (todos han sido, con palabras nuevas, arreglados de las viejas canciones). Este elogia los Matisse y los Cézanne de las galerías del arte occidental, como si la adquisición no se debiera a dos capitalistas, y algunos llegan hasta hacer a Lenin la injuria de un homenaje por no haberse hecho cortar un par de botas de un Van Gogh. Aquél celebra las bellezas de las ciudades de Georgia como resultado del poder soviético, y otro llega casi a imputar al "leninismo" la altura de las cimas de Elbruz y de Kasbek y las nieves eternas de la cadena del Cáucaso.

Y los mismos turiferarios que inscriben en el activo del régimen llamado "de los soviets" unos valores indebidos se apresuran a achacar al antiguo régimen cuanto puede molestarles en el ejercicio de su alegría profesional. Con la "herencia del pasado" encuentran respuesta para todo. Empero, si bien el pasado ha dejado, en efecto, ver-

tigios difíciles de extirpar, otros hay que podrían haber dejado de existir en el décimo año de la revolución. Y si existen no pocos males que el nuevo régimen no podía humanamente liquidar en medio cuarto de siglo, eso no es razón para negarlos o disimularlos con descripciones idílicas, ni para confundirlos con las llagas y taras propias del régimen nuevo.

Bastará recordar a este respecto la trágica suerte de los niños abandonados, condenados a una decadencia física y moral, a la mendicidad, a la rapiña, al crimen. Los mercenarios de la leyenda soviética han negado ante todo su existencia. Pero la plaga era de tal modo evidente, de tal modo alarmante, que los dirigentes de la U. R. S. S. han tenido que denunciarla francamente en su Prensa.

El comisario de Higiene del pueblo, Semachko, escribía en la *Isvestia* del 4 de septiembre de 1925: "Los niños sucios, medio desnudos, cubiertos de miseria, que vemos en las ciudades, en las estaciones, constituyen *un reproche viviente* a nuestra conciencia." Uno de los más altos magistrados del tribunal soviético, Vinokurov, calculaba en *cuatrocientos mil*—por lo menos—el número de estos pequeños vagabundos (*Isvestia* del 2 de marzo de 1926). Esta cifra está evidentemente por bajo de la verdad, dadas las dificultades de establecer un verdadero censo. Alejandra Rakovski, mujer del embajador soviético en París, daba la cifra de 600.000 (*L'Oeuvre*, 25 de junio de 1926). "La herencia del pasado" estaba muy indicada para sacar del compromiso a aquellos que viajaron y permanecieron en Rusia a costa de los obreros y de los campesinos, sin ver a los centenares de miles de niños abandonados. Pero ha habido alguien capaz de decir la verdad, aunque en términos muy prudentes, y que no es fácil desmentir: se trata de N. Krupskaia, la viuda de Lenin, que escribía en la *Pravda* del 2 de diciembre de 1925:

"La mayoría de los camaradas, incluso en el partido, creen que los niños abandonados son la herencia de la gran guerra y del caos económico... En realidad, las tres

cuartas partes de esos niños abandonados que pululan este año por las calles de Moscú son producto, no de calamidades o de la incuria de antaño, sino de las condiciones de hoy del paro y, principalmente, de la miseria campesina. Existe, evidentemente, una herencia de la guerra; pero es la herencia habitual del pasado... También yo escribí un día que el abandono de los niños era una consecuencia de la guerra y del desbarajuste económico; pero ahora, después de haber examinado de cerca el problema, veo que hay que dejar de hablar así, que es preciso decir que las raíces del mal están, no solamente en el pasado, sino en el presente."

Así, pues, una voz autorizada, pero desgraciadamente *privilegiada*, se alzaba para denunciar la mentira de la sempiterna alusión a la "herencia del pasado". Si un simple comunista, sin haber tenido la suerte de casarse con Lenin, se hubiera permitido la más mínima alusión en el mismo sentido, lo hubiera pagado con la prisión o con la Siberia. De todas formas, la calamidad de los huérfanos sin abrigo ha sido sensiblemente reducida en el transcurso de los tres últimos años, precisamente gracias a la crítica pública de que citamos aquí algunas expresiones. Esto no hubiera sido posible a no haber contado el poder soviético más que con cortesanos.

Nos referimos a este ejemplo como a uno de los más llamativos, y cuya importancia general es innegable. Pero fácilmente encontraríamos otros cien más. No podemos, claro está, aprovecharnos de fenómenos aislados para caracterizar todo una situación. Los adversarios sistemáticos de la revolución se han servido de este método para forjar la leyenda antiboldhevique, a la cual, los herederos más o menos legítimos de Lenin han creído que debían responder, a guisa de expediente, con la leyenda soviética. Pero lo contrario de una contraverdad no es necesariamente la verdad. Las dos leyendas valen, sobre poco más o menos, lo mismo. Lejos de completarse, se excluyen mutuamente y dejan el problema íntegro en pie. Inspiradas por intenciones contrarias, proceden de un sistema

idéntico, que consiste en generalizar hechos excepcionales. La única diferencia está en que los rivales no escogen los mismos ejemplos.

La verdad no está en el justo medio, ni se compone de una parte de una tesis y otra de la contraria. Ésta es distinta y puede implicar realidades incluídas en las opuestas leyendas; pero dándoles sus verdaderas proporciones y restituyéndoles su verdadero sentido. Jaurés, en su *Historia socialista de la Revolución francesa*, decía que Taine, historiador de la Revolución, no había "pensado en ojear los archivos más que para contar el número de vidros rotos, bajo la Revolución, por los motines populares". Durante varios años la opinión pública de los dos continentes ha vivido bajo la impresión de los vidrios rotos en el transcurso de la revolución rusa. Los inhábiles celadores tratan ahora de refutarlos con el balance de los vidrios reemplazados. Sin embargo, los bolcheviques no han anunciado la lucha final y la transformación social para jactarse de venir a reponer los vidrios.

Los detractores parciales de la revolución soviética están desacreditados desde hace tiempo. Ya no se les cree, ni siquiera cuando dicen la verdad. Ya pueden citar ahora extractos reales de las publicaciones comunistas rusas en apoyo de sus asertos: no se les concede crédito. Así, pues, sus campañas denigrantes de los primeros años de la revolución descalifican la crítica seria y motivada de los años recientes, e incluso aseguran a los dirigentes bolcheviques una especie de protección. A fuerza de oír y de leer los anatemas, el público no concede ya crédito a las verdades necesarias.

La labor inversa de los apologistas parciales contribuye de la misma manera a crear una mentalidad de indiferencia o de escepticismo hacia las cosas de la Rusia soviética. Fuera del círculo de los fanatizados, a quienes una Prensa especial, publicada en las principales capitales de Europa bajo la dirección del Secretariado del partido comunista ruso, atasca de informaciones engañosas y de testimonios irrisorios, nadie más puede conceder fe a los

cuadros encantadores sobre la vida en la U. R. S. S. Los lectores conscientes renuncian, al menos por algún tiempo, a saber y a comprender.

Es necesario un paréntesis para explicar cómo la Prensa llamada "comunista" internacional puede dar informaciones engañosas, incluso con informes exactos en sí.

El principal procedimiento en vigor en el curso de estos últimos años, que hacemos remontar, aproximadamente, a la desaparición de Lenin, consiste en basarse en datos estadísticos referentes al aumento de la producción, expresado en forma de porcentaje con relación al año anterior. El público, ignorante del valor del término de comparación, se encuentra así en presencia de cifras maravillosas.

Ahora bien: la producción rusa había descendido, durante la guerra civil y la defensa de la revolución contra las invasiones reaccionarias, a un nivel muy bajo, relativamente, al de antes de la guerra. Las estadísticas dicen que al 18 por 100, pero no se fundan en ningún dato concreto. En ciertos dominios, había llegado a cero, especialmente en los territorios ocupados por los blancos. Con la paz interior y exterior, se ha reanudado el trabajo por doquiera, y las cifras de producción han acusado, de año en año, los progresos del resurgir de la economía industrial. Pero es evidente que con un miserable punto de partida, como término de comparación, los porcentajes más impresionantes en apariencia pueden estar desprovistos de significación auténtica.

Un país que fabricara un automóvil por año; despu[és] cinco, y diez después, llevaría su producción al 500 p[or] 100 y después a 1.000 por 100, sin que tales "éxitos" fu[e]ran confesables. Y, sin embargo, la Prensa en cuestió[n] hace valer hechos de este género.

Pero ha sido preciso encontrar, para ciertas categor[ías] de personas más exigentes que los lectores de esos peri[ó]dicos inspirados, una base menos discutible, y se ha hech[o] la comparación a base de las cifras de 1913. La comp[a]ración presenta, esta vez, verdadero interés, pues el a[ño]

que precede inmediatamente al de la guerra indica el más alto grado de desarrollo capitalista de antes de la gran crisis mundial. Pero no el interés que algunos le atribuyen en el caso previsto, pues Rusia era notoriamente uno de los países más atrasados de Europa: su gran industria ha nacido en el actual siglo; el capitalismo ha probado en otros países, especialmente en los Estados Unidos y en el Japón, a qué velocidad es capaz de hacer progresar un país retardatario, pero rico en materias primas y en mano de obra. Luego el hecho de sobrepasar la producción de 1913 no basta para consagrar la superioridad del régimen actual sobre el anterior.

La comparación debería realizarse sobre el nivel que hubiera alcanzado el capitalismo, libre de las trabas del zarismo. A falta de cifras reales—falta muy comprensible—, sería fácil hacer una evaluación mínima según el ritmo del crecimiento anterior a la guerra y teniendo en cuenta el empuje que toda revolución burguesa imprime a la industria. Esta comparación está por hacer aún...

Otro de los elementos de error consiste en no tener en cuenta el aumento de la población Las cifras no tienen una significación *absoluta* en la estadística social: deben ser consideradas según la relatividad de su relación entre sí. Una producción que aumente con más lentitud que la población del país interesado, se encuentra en situación de disminución relativa. Esto se revela concretamente si se establece el término medio por habitante. Ahora bien: la población de la U. R. S. S. aumenta en tres millones y medio de almas por año. Si se tiene en cuenta este epequeño detalle, los asertos basados en los datos demográficos caducos aparecen como falaces.

El verdadero signo de progreso, en realidad, es el término medio *del consumo* por cabeza. En 1927, durante el décimo aniversario de la revolución de octubre, los centros de propaganda de Moscú, siguiendo el ejemplo del mundo exterior, anunciaban que habían sobrepasado ya, o que iban a sobrepasarla inminentemente, la produc-

ción de 1913; pero las instituciones calificadas de la economía nacional preveían para 1932, tan sólo el momento en que sería alcanzado el término medio del consumo por habitante de antes de la guerra, diferencia debida al aumento de la población y a la disminución de las importaciones. Esta simple constatación basta para anular las afirmaciones de optimismo oficial, servilmente repetidas en todos los tonos por millares de funcionarios adiestrados, en todos los países, para realizar este menester, y por los pretendidos "testimonios" de los ignorantes o de los complacientes, que hubieran podido averiguar la verdad sin necesidad de ir a Rusia con sólo tomarse el trabajo de leer un documento oficial del Consejo Superior Económico de la U. R. S. S.

No es esto todo. Debemos también tener en cuenta la *calidad* de la producción. No hay por qué enorgullecerse de fabricar cierta cantidad de productos, si la cuarta parte, el tercio y, a veces, la mitad de ellos, es digna de ir a parar al deshecho. Y eso es precisamente lo que sucede en la Rusia soviética, en los principales dominios del trabajo, como lo establecen los informes oficiales. También hay que preguntarse si los resultados obtenidos no lo son en detrimento de *las condiciones de vida* de los trabajadores. Tampoco deben perderse de vista los *precios de costo* de la fabricación. Y, finalmente, no debemos olvidar el incesante crecimiento de las *necesidades* que se acentúa particularmente después de los cataclismos sociales: guerras y revoluciones.

Sin tener en cuenta estos diversos factores de apreciación, los propagandistas de la leyenda soviética agitan cifras sin valor, y se entregan, según los casos, a un engaño doble, triple, cuádruple o quíntuple.

Otras de las formas de engañar "al hombre de la calle" consiste en administrarle simulacros de pruebas que, para un individuo avisado, establecen, por el contrario, la falta de veracidad de los asertos de aquellos que la usan. En este sentido, hay que señalar, especialmente, el empleo de fotografías que no tienen nada que ver con el

hecho invocado. Para no citar más que un solo ejemplo de esta naturaleza, escogido voluntariamente entre otros numerosos casos, en virtud de su escasa significación política, tomemos de *l'Humanité*, del 23 de septiembre de 1928, bajo el título "La verdad sobre Rusia", un clisé con el consiguiente pie: "El palacio del Trabajo, en Moscú, antigua institución de las jóvenes de la nobleza", y representando un enorme edificio, único en Rusia y muy conocido. Ahora bien: el antiguo instituto de las jóvenes de la nobleza no se encontraba en Moscú, sino en Petrogrado, y el actual Palacio del Trabajo es, en realidad, el antiguo hospicio de ancianos. Es lo mismo que si un periódico ruso reprodujera una vista de la Torre Eiffel, haciéndola pasar por la Bolsa del Trabajo de Marsella. La mona de La Fontaine tomaba El Pireo por un hombre; *l'Humanité* toma a Moscú por Petrogrado, a los viejos por jóvenes de la nobleza y al Instituto Smolny por un hospicio. Y todo esto, bajo un grueso título impreso sin ironía: "La verdad sobre Rusia." Esto permite pensar a qué licencias pueden llegar tales periódicos cuando creen defender a toda costa un interés público.

En otro número del mismo periódico, un redactor particularmente típico, encargado de llevar a cabo una encuesta, hacía ostentación de su saber refiriéndose al emperador Alejandro I, que confundía con Alejandro *el Grande*, permitiéndose, por no hablar más que de la cronología, un pequeño error de veintidós siglos. Los informes de los viajeros de esta especie están llenos de afirmaciones semejantes, pronunciadas en un tono categórico que no deja lugar a la menor objeción.

No hablamos aquí más que de la verificación objetiva de los hechos. En cuanto a su interpretación desde el punto de vista del programa de la revolución, se plantea el problema de saber si el sistema económico de Rusia se desarrolla en el sentido del socialismo o en el del capitalismo; en otros términos: si la revolución bolchevique progresa hacia su objetivo o si se aparta de él. Pues el partido comunista ruso no ha emprendido una revolu-

ción social para establecer un tipo de producción y un género de vida análogos a los de los países burgueses, incluso los más avanzados. De lo que se trata es de suprimir la explotación del hombre por el hombre, de abolir todos los privilegios, de tender hacia la igualdad real merced a la comunidad de los medios de producción y de cambio, la desaparición del beneficio individual y el reparto de los productos, según las necesidad de los miembros de la sociedad.

Para desarrollarse *en esta dirección*, pues no es posible esperar de un país tan atrasado la realización del socialismo por sus solos medios, lo esencial es que su esfuerzo sea justamente orientado. La U. R. S. S. debe sobrepasar a los Estados capitalistas en la organización, la técnica, el ritmo de su producción, y, al mismo tiempo, crear un orden social nuevo, una sociedad sin clases. Sin lo cual el bolchevismo no llevará a cabo, a pesar suyo, más que una revolución burguesa, abriendo el camino a la civilización capitalista.

A este problema, que está por encima de todos los demás, la leyenda soviética no responde ni aporta el menor elemento de respuesta. El objeto de este libro no es dar al lector una solución hecha ni sostener una tesis. El autor no pretende sino esbozar en su verdad los principales rasgos de la condición de las masas en la Rusia soviética y formular, en conclusión, las ideas susceptibles de *ayudar* a quien lea a formarse una opinión. Se guardará mucho de entrar en una controversia doctrinal. A los venenos de las leyendas contradictorias opondrá simplemente el antídoto del testimonio indiscutible de un observador invisible, con referencias y pruebas en apoyo de sus propias constataciones.

Los relatos espantosos sobre Rusia, ya no pasan. Y respecto a las descripciones maravillosas, no merecerían mayor atención que los habituales procedimientos del reclamo charlatanesco, si su abuso no implicara un grave peligro inmediato para la Unión Soviética; el aplastamiento de toda contradicción, de toda crítica, de toda libertad de

el mundo de la revolución, rusa e internacional, en nombre de una razón de Estado justificada por medio de sofismas. Hay que decirlo así, de una vez para siempre, pues favorecen la nueva religión del "leninismo", con sus ritos ortodoxos, su intolerancia mística, sus persecuciones de la incredulidad proletaria, su dogma de la infalibilidad del Secretariado del partido bolchevique—fenómeno reaccionario que refleja los intereses conservadores de nuevas clases privilegiadas en formación, ideología de una autocracia burocrática en auge, cuya consolidación haría inevitable una restauración del capitalismo.

La leyenda soviética no desarma a los enemigos de la revolución rusa. Por el contrario: les favorece, permitiéndoles ridiculizar todo testimonio sincero y útil en favor del régimen soviético. Es nefasta cuando encubre las faltas, las desviaciones, una degeneración que una sana crítica podría paralizar o reparar. Es contrarrevolucionaria cuando paraliza el estudio científico de la revolución y engaña a los trabajadores de todos los países. La difamación clásica de los aprovechados de la impostura, que acusan a todo contradictor de hacer el juego al adversario, no merece ni siquiera los honores de la reputación. Este juego es sostenido, no por aquel que denuncia el mal, sino por aquellos que lo crean y lo mantienen.

Diremos la verdad. Para ello nos abstendremos de seleccionar ejemplos excepcionales y de aprovechar las secciones de ecos del día, aun cuando presenten a veces un gran interés sintomático. Expondremos los fenómenos generales que interesan a la vida de las clases laboriosas, ya reuniendo un cierto número de hechos para establecer una regla, ya citando casos bastante importantes para caracterizarla. Nada de episodios ocasionales, sino el estado de las cosas permanentes o duraderas.

No haremos la menor referencia al período llamado del "comunismo de guerra" ni a los años inmediatamente siguientes. Los informes serán tomados del período posterior a la muerte de Lenin, y muchos de ellos serán posteriores al décimo aniversario de la revolución. Las

fuentes serán exclusivamente soviéticas, cuando el autor, que ha vivido como comunista bastante tiempo en Rusia y ha penetrado en los diferentes medios, no recurra a su experiencia personal. El lector no debe olvidar que las publicaciones rusas de hoy dependen todas, sin excepción, del Secretariado del partido comunista, encarnación exclusiva del poder político; que tienen una tendencia muy natural a atenuar los "fenómenos negativos", con objeto de no alimentar a la Prensa hostil del exterior, con excepción de algunos casos en que la nota puede ser reforzada, a fin de dar el alerta a la opinión, o de que las exageraciones sirvan para las luchas intestinas.

Los actuales dirigentes de la Unión Soviética, monopolizadores de la dictadura, han introducido una innovación reciente, en materia de democracia comunista, con la creación de una libertad especial llamada "autocrítica". Cada cual puede y debe criticarse a sí mismo.

La crítica es, no sólo autorizada, sino prescrita. Es gratuita y obligatoria, pero no laica; pues recuerda singularmente una práctica religiosa, la confesión, sólo que ejercida en público. El parado sin socorro, que vive de la mendicidad y de no se sabe qué migas, tiene derecho a criticarse. El campesino pobre, sin arado ni animales, cargado de familia y con una pobre cosecha tiene derecho a acusarse. El muchachuelo abandonado, piojoso y hambriento, tiene derecho a golpearse el pecho. Los desdichados, los desheredados, los mártires de la desigualdad social, tienen derecho a criticarse entre sí. Pero el secretario general del partido bolchevique no puede ser criticado más que por sí mismo, y, hasta el presente, se juzga irreprochable. Pero los secretarios del secretario, y los secretarios de los secretarios del secretario, y los secretarios de los secretarios de los secretarios del secretario, no pueden ser criticados más que por sí mismos o por sus superiores. Este curioso hallazgo, debido evidentemente a aquellos a quienes aprovecha personalmente, y conforme a las categorías sociales que de él se benefician, res-

liza maravillosamente la democracia soviética al revés. Es exactamente lo contrario del programa político de la revolución de octubre.

Ya es hora de que planteemos con claridad la cuestión de las responsabilidades para esta pirámide de secretarios cuya cúspide se cree intangible y cuya base reposa sobre una multitud abrumada por el fardo de la herencia del pasado, pero también bajo el peso de los errores de su pretendida "élite".

UNIVERSIDAD DE CH

II

La vida trágica de los trabajadores

En la ciudad y en la fábrica.—La familia proletaria en su vivienda.—Los cuarteles obreros.—La crisis del alojamiento.—Las nuevas construcciones.—Las "dimensiones del ataúd".—Las condiciones de trabajo.—Protección y seguridad.—La asistencia médica.—La multiplicación de los accidentes.—La "estabilización del traumatismo".

La situación de las masas trabajadoras de un país puede ser caracterizada por diversos efectos. Los servicios de estadística establecen para esto cuadros de cifras, coeficientes, porcentajes, estados comparativos. Está muy lejos de nuestro ánimo poner en tela de juicio su interés. Pero ese interés sólo es verdaderamente apreciable para aquellos capaces de conocer su relatividad. Así, por ejemplo, el conocimiento de los salarios no tiene valor más que con relación al del costo de la vida y al esfuerzo exigido.

Por esto, precisamente, creemos que el mejor medio de dar una idea de la vida cotidiana de los trabajadores de la U. R. S. S. consiste en describir, ante todo, sus con-

diciones de alojamiento y de trabajo. Las cifras, en este caso, cobrarán todo su valor.

Destaquemos de la Prensa soviética diversas constataciones muy características y que ilustran una situación general. Podríamos servirnos de nuestras propias observaciones personales; mas, para ahorrar al lector la menor duda, es preferible que recurramos a la documentación certificada como "conforme"—sabido es que todas las publicaciones de la U. R. S. S., sin excepción, son sometidas directa o indirectamente a las órdenes y al control del Secretariado del partido bolchevique.

En la fábrica *Carlos Marx* (Viazniki, provincia de Vladimir): "De 150 familias, ni una sola dispone del espacio fijado por la norma legal; a veces, dos y tres familias, ocho o nueve personas, viven en una sola habitación. Los niños se arrastran por todas partes; amontonamiento humano, suciedad, insectos... El olor envenena la atmósfera." (*Pravda*, 26 de marzo de 1925.) El mismo periódico señala, el 29 de marzo, la aguda crisis del alojamiento en el Ural: "El número de obreros sin alojamiento alcanza a 5.000 en la fábrica de N.; a 1.000 en el radio de P.; a 2.500 en Z., etc." En Sormovo, 32.000 habitantes: "Más del 50 por 100 de las habitaciones no responden a las condiciones sanitarias más elementales." (*Pravda*, 3 de abril.) En la manufactura L., provincia de Moscú: "Hay habitaciones, en los barrios obreros, donde viven nueve o diez individuos; duermen en el suelo; el aire es denso, asfixiante; no hay ventilación." (*Pravda*, 17 de abril.) En K., provincia de Ivanovo-Vosnessensk, en los cuarteles obreros: "En casi todas las habitacioncillas viven dos familias... Chinches y cucarachas." Al lado mismo, en otros edificios: "La situación es todavía más lamentable: no existe la menor higiene, etc." (*Pravda*, 6 de mayo.) El mismo periódico, en la misma fecha, en Kostroma: "La penuria de alojamientos es enorme; más de un millar de familias obreras viven en condiciones horribles." En la industria textil de Moscú: "Hay más de 75.000 obreros y empleados necesitados de alojamiento." En las minas de

oro del Lena: "Los obreros viven tristemente, en grandes y sombrías barracas, familias y solteros juntos. Los más felices viven en las buhardillas, en grupos de dos y tres familias... Muchos no tienen colchones y duermen sobre sus trajes. No hay ventilación. Chinches, suciedad." (*Pravda*, 27 de mayo.) En la fábrica E., provincia de Moscú: "Respecto a los alojamientos, es difícil que exista nada peor, sobre todo, en lo que a los dormitorios se refiere. Edificios bajos, asfixiantes; no hay ventanas; olores de las estufas...; camas de campaña, de madera; chinches; iluminación primitiva... etc." (*Pravda*, 5 de junio.) En la fábrica *Revolución de Octubre*, en Lugansk: "La crisis de alojamientos alcanza proporciones inverosímiles. Algunas familias obreras duermen en cobertizos, o reuniéndose dos familias en una misma habitación. Existe una masa de obreros solteros que ni aun con eso cuentan. Muchos pasan la noche en la estación." (*Pravda*, 6 de junio.) En Kadievka (Donetz), hay 2.400 alojamientos para 4.200 obreros con sus familias: "Muchas de nuestras viviendas no tienen más que una habitación. Amontonamiento terrible. En ciertas habitaciones viven dos familias compuestas de cinco o seis bocas cada una... Hay 400 alojamientos absolutamente impropios para ser habitados." En la fábrica *Rosa roja*, de Moscú: "Los alojados viven con niños de pecho en cuevas húmedas, dos familias en cada pieza y peor aun. El marido se acuesta en el dormitorio y la mujer va a buscarle." (*Pravda*, 20 de junio.) Descripción abreviada del alojamiento de los obreros municipales de Moscú: "Tres hombres se acuestan en dos camas de campo yuxtapuestas; algunos, sobre el piso sucio en los corredores, bajo las camas; también duermen en la entrada cuando el tiempo lo permite; hay mujeres con sus niños de teta que viven en medio de esta suciedad, con humo y una atmósfera cargada, sin luz durante la noche; la entrada está convertida en letrina..." (*Pravda*, 24 de junio.) Los obreros de la fábrica *Profintern*, provincia de Briansk, que viven en las barracas, "ocupan frecuentemente un alojamiento de cinco archinas

cuadradas (1 archina: 71 centímetros), con una familia de ocho personas e incluso de hasta doce y dieciséis personas... El resultado de esto es la propagación de las enfermedades, sobre todo de la tuberculosis, que alcanza a cerca del 80 por 100 de los obreros". (*Pravda*, 11 de julio.) En la fábrica de vidrio *Stenka Razin*, provincia de Nijni-Novgorod: "La situación en materia de habitaciones es muy mala. En el dormitorio de los obreros, suciedad, polvo, chinches, etc. Muchos obreros van a dormir al bosque, al tendedero, al granero." (*Pravda*, 26 de julio.) En G. K., provincia de Vladímir: "Los obreros viven en cuarteles estrechos, húmedos, en ruinas... Algunas familias viven en barracas, con enfermos venéreos o tísicos. Las condiciones de vida en los cuarteles son inimaginables: se hielan en el invierno; en el verano, cae agua del techo; todo está podrido y se cae... No son habitaciones para obreros, sino perreras." (*Pravda*, 26 de agosto.) En la fábrica Z., Ivanovo-Vosnessensk: "La Comisión ha hecho presente la gran necesidad de alojamientos y ha verificado la violación de las reglas más elementales de la higiene. En las casuchas viven a veces dos o tres familias, de doce a quince personas, cuando la superficie es de siete a nueve archinas cuadradas, la mitad de las cuales las ocupan la estufa y otros utensilios. Una obrera con tres niños ocupa un "retrete" maloliente de tres archinas cuadradas. Muchos obreros duermen en el cobertizo, en las cuevas... Una obrera con tres niños ha sido literalmente expulsada a la calle." (*Pravda*, 13 de septiembre.)

Tales eran las noticias que podían leerse en la *Pravda* de Moscú, en algunos meses del año 1925. Hemos anotado rápidamente esos casos diversos, sin acotar metódicamente el periódico, recorriéndolo de prisa. Un examen detenido de los cinco principales periódicos de la capital y de un centenar de provincias o de Repúblicas federadas revelaría, al cabo del año, diez mil ejemplos capaces de constituir un cuadro emocionante de la miseria obrera.

¿Cómo ha evolucionado después esta situación? Para la masa, de mal en peor, dado el rápido aumento de la población de las ciudades y de los centros industriales, y lo insignificante de las construcciones nuevas. Hojeemos algunos periódicos de 1926, resumiendo muy brevemente las características, a fin de precisar una exposición, en la que serán necesariamente numerosas las repeticiones.

El *Troud*, órgano central comunista de los Sindicatos, es una reseña permanente de esa miseria. En el Cáucaso septentrional, en las plantaciones de tabaco de B., las obreras duermen en el suelo, sobre la paja, donde trabajan; el polvo del tabaco invade las vías respiratorias y favorece las enfermedades; no existen lavabos (número del 25 de marzo). En la metalurgia, en general, la superficie habitada, por término medio, es de siete archinas cuadradas, a veces de cuatro y media en ciertas regiones. En K., en los cuarteles obreros, cada cama sirve a tres obreros de equipos diferentes, que se suceden; los nuevos obreros, cuyo número es considerable a causa del desarrollo de la industria, se acuestan en las estaciones, al lado de los altos hornos... (14 de abril). En Moscú, los obreros que se hallan en paro se amontonan de diez en diez y de quince en quince individuos, en rincones donde no hay sitio más que para dos; en un sótano, apretujados en el suelo, duermen 26 obreros; la mayor parte de ellos pasan la noche en las estaciones, en la calle (20 de abril). En el Ural, los obreros duermen sobre tablas en cuarteles; no disponen de lavabos ni de tendederos; muchos tienen que vivir a tres o cuatro kilómetros de distancia, que han de recorrer dos veces al día (29 de abril). El mismo periódico (2 de junio), en un artículo que trata la cuestión en términos generales, observa que, en la metalurgia, la superficie habitada es de 3'5 metros cuadrados por persona; que en Moscú es, por término medio, de 2'2 metros cuadrados tan sólo; que en la industria textil viven 282.000 individuos en condiciones intolerables; que no pocos ferroviarios duermen en los vagones...

La *Rabotchaia Gazeta* señala la situación en las her-

nagueras de T.: Los obreros duermen al aire libre, en el lugar del trabajo, y son devorados por los mosquitos (15 de junio). En la fábrica de ladrillos del Monte de los Gorriones (Moscú), los obreros duermen sobre una tabla rasa o en el suelo, sin colchones (23 de junio). En la fábrica *Vanguardia comunista*, los obreros viven en las casetas de los cuarteles, a veces 14 personas en cada una de ellas; cada caseta suele tener dos pisos, como los camarotes de los barcos—una *familia* en cada piso—; las mujeres dan a luz en el suelo (23 de junio). En la manufactura L., provincia de Moscú, "el amontonamiento es nauseabundo; por ejemplo: en el cuartel *Francia*, 80 familias, que cuentan más de 250 personas, ocupan 40 habitaciones". Y pueden considerarse felices, pues 600 obreros, obligados a vivir en las islas vecinas, se ven asediados "por las chinches, las cucarachas, las pulgas y viven entre la humedad, la polilla, el humo, el hollín, al lado de los animales". "Duermen sobre tablas o bajo las tablas, encima y debajo de las mesas; no es posible salir por la noche, pues el suelo está cubierto de cuerpos humanos." (24 de junio.) Marieta Chaginian, en la *Zaria Vostoka*, de Tiflis, describe los alojamientos obreros de las minas de manganeso de Chiatura: Son alrededor de 2.000 trabajadores, que viven en sombrías tiendas de campaña, llenas de humo, en grupos de veinte; la mitad de ellos duermen sobre unas tablas; la otra mitad en el suelo; no hay agua potable, ni lavabos, ni baños, ni ambulancia, y la piel de los obreros está corroída por el manganeso... (números 1.136 y siguientes, marzo). En la fábrica de vidrio *El Radio rojo*, provincia de Pskov, los 500 obreros viven en unos edificios en ruinas, donde penetran libremente la lluvia y la nieve y no disponen más que de diez metros cuadrados por cada diez o doce personas (*Troud*, 30 de octubre). En la fábrica de T., Ural, los nuevos obreros no disponen de alojamiento y duermen en la estación. Lo mismo que los alumnos de la Escuela Profesional. Los niños duermen en las fábricas, entre las máquinas (*Pravda*, 20 de noviembre).

Citamos estos hechos, tomados al azar, en 1926, de los paquetes de periódicos en que es imposible leerlo todo, a título de ejemplo vivo, que permite comprender mejor el fenómeno general, concretado por la sequedad de las cifras de conjunto, como las publicadas por el *Vestnik Trouda* (número 10, 1926) para los mineros. El autor observa que la situación se agrava cada vez más, en vista del aumento de la mano de obra. En el Donetz se han quedado sin techo 30.000 obreros en 1927; en las Empresas petrolíferas, el 40 por 100 se ha quedado sin abrigo en Bakú, y el 25 por 100 en Grosny. Las habitaciones son exiguas, malsanas y están llenas de grietas y desconchados, así en el Kuzneetz (Siberia) como en la cuenca de Moscú.

En la *Pravda*, el comisario de Higiene, Semachko, escribía respecto de la juventud obrera (25 de marzo de 1926), refiriéndose a una encuesta anterior en dos años: "El 33 por 100 no tienen cama, y el 30 ó el 40 por 100 viven en grupos de seis y de más por cada habitación." (Ya veremos cómo la situación no cesa de empeorar.) La salud de los jóvenes obreros, en tales condiciones, es deplorable. Una inspección de 79 Empresas de un solo barrio de Moscú revela que de 1.585 adolescentes, 1.120 están enfermos. Estas cifras no tienen nada de extraordinario: "Son, indiscutiblemente, típicas", dice el periódico que las cita (*Troud*, 2 de julio de 1926). En Yaroslav, más de la mitad de los jóvenes obreros están tuberculosos o anémicos; en la fábrica *Krasny Perekoy* se encuentran enfermos 600 aprendices (*Pravda de las Juventudes*, 28 de octubre de 1927). Pero hay que renunciar a seguir tomando de la Prensa informaciones por este estilo. Y respecto a la desmoralización engendrada por tales condiciones materiales, fácil será de concebir. Un alto funcionario del régimen, Yaroslavski, aludiendo a un aspecto de la cuestión, decía en una conferencia (*Krasnaia Gazeta*, 15 de abril de 1926): "¿Puede llamarse comunista una situación en que la estrechez de los alojamientos obliga a los padres a satisfacer sus necesidades sexuales ante sus hijos?" Las necesidades sexua-

les no son las únicas que permiten juzgar de esta situación. Fácil es imaginarse la suma de tormentos que abruma a los desgraciados obligados a "vivir" en esos dormitorios, cuarteles, cuevas, graneros, cobertizos o buhardillas, donde los propios campesinos no encerrarían sus ganados.

El *Troud*, asaltado de quejas a este respecto, dedica una página entera (20 de abril de 1927) a la crisis de los alojamientos: "La misma calamitosa situación de penuria, de suciedad, de enfermedades, se da en todas partes." Y cita ejemplos, cifras que demuestran que las nuevas construcciones son inferiores siempre a las necesidades de una población en aumento. En Tver, fábrica *El Proletaria*, los trabajadores disponen de barracas, con una especie de jaulas, y cada una de éstas contiene cinco camas de campaña, cinco maletas, cinco iconos; en una barriada de estas barracas viven 5.000 personas; viven hasta en los sótanos húmedos, donde caen enfermos los niños; los obreros tienen que andar de 12 a 18 kilómetros diarios para acudir a su trabajo, etc. En la fábrica textil de R. cerca de Moscú, las barriadas obreras tienen un exceso de población. Los niños están enfermos, y su promiscuidad con los adultos, desde el punto de vista sexual, hace de ellos unos viciosos (*Troud*, 22 de mayo). En el barrio Moscú-Narva, en Leningrado, la superficie habitada es de unos dos metros cuadrados por persona. Hay 15 casas que amenazan ruina y es preciso hacer evacuar urgentemente sus viviendas a 650 personas; pero no hay medio de darles abrigo (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 28 de noviembre). Una encuesta ordenada a la Inspección Obrera y Campesina por el Consejo de los Comisarios del Pueblo sobre todos los grandes centros industriales (Moscú, Leningrado, Sverdlovsk, Stalingrado, Tver, Yaroslav, Ivanovo-Vosnessensk, Orel, Viatka, Vologda, Rostov, Vladivostok, Saratov, etc.), establece que "la superficie habitable aumenta mucho más despacio que la población" (*Troud*, 7 de julio).

Refirámonos a algunos casos registrados el siguiente

año (1928). En Stalino (Donetz), de 2.500 peones, sólo 125 tenían alojamiento. Amontonamiento en los dormitorios. En los colchones de paja se suceden tres personas para dormir. Suciedad nauseabunda, ruido de los hornos Martín, etc. (*Pravda de las Juventudes*, 5 de enero). En la fábrica *Los Tejedores Rojos*, un olor indescriptible, intolerable, se apodera de los que entran en una habitación obrera. Coles podridas, cubos de basura, de agua sucia; humo de las estufas, retretes infectos; muros en ruinas, pisos sucios, suciedad; dormitorios con las camas apretujadas unas con otras, sin que quede sitio para colocar un taburete; los habitantes duermen, juegan a los naipes, fuman, gritan y se pelean... (*Pravda*, 1 de abril.) En el cuartel obrero de una fábrica de ladrillos de la provincia de Moscú, estrechez, suciedad, oscuridad, aire irrespirable, etc. El mismo cuadro existe en la fábrica *Victoria proletaria*, cerca de Moscú, donde es imposible el reposo. En la manufactura *Rikov*, nueve cuarteles de cuatro pisos ofrecen abrigo a 5.000 personas. Se vive hasta en las cuevas, en un hormiguero de miseria (*Pravda*, 3 de abril). Una encuesta de que da cuenta la *Pravda de las Juventudes*, revela que, en Leningrado, el 45 por 100 de los jóvenes obreros se aloja en locales innobles; en el Ural, el 61 por 100 de ellos están amontonados en locales excesivamente habitados, y un 58 por 100 duerme en el suelo. La misma situación se produce en el Donetz (3 de abril). En la cuenca de Krivoi-Rog, las barriadas obreras son indignas de ser habitadas por hombres. Carecen de agua, de luz, de camas, de limpieza en su mayoría (*Isvestia*, 18 de abril). En el Congreso de mineros, los delegados describen la vida de sus hermanos de miseria: los viejos inmuebles se caen en ruinas y los nuevos tienen ya necesidad de ser reparados; los obreros están amontonados como sardinas; un piso se convierte en tres, pues no sólo se duerme en las camas, sino debajo y arriba; abunda la miseria. "Vergüenza nos da decirlo", dice un orador. Aquí, el suelo es de cemento, y los niños caen enfermos; allá, las calles son verdaderas cloacas; se

carece de agua para beber y para lavarse, etc. (*Isvestia*, 27 de abril). De 200.000 jóvenes obreros del Donetz, la mitad duerme sobre tablas desnudas, en sórdidas barracas (*Pravda de las Juventudes*, 11 de mayo). Soltz y Peters, dos altos funcionarios del control, denuncian la incuria de las administraciones, que podrían atenuar el mal. Cerca de la fábrica *El Eco Rojo*, los obreros se encuentran amontonados en viejos y sucios cuarteles; en K. hay 70 personas en cada habitación, etc. (*Troud*, 2 de agosto). Los obreros del canal de Dargom duermen en inmundas barracas, llenas de miseria, en las que penetra la lluvia; hay un lavabo para 200 hombres (*Troud*, 10 de agosto). En M., las barracas tienen los cristales rotos, los techos agujereados, las paredes agrietadas; no hay lavabos ni taburetes. Lo mismo sucede en otros lugares, especialmente en Ivanovo-Vosnessensk (*Pravda*, 23 de septiembre). En las minas del Ural, las paredes están agrietadas; hace frío; hay suciedad, miseria; los obreros se acuestan en miserables colchones (*Troud*, 31 de octubre). En la fábrica *Tomski*, de Makeievka, las barracas son pestilentes; guardan la basura durante meses enteros; no hay lavabos ni vestuarios; los cristales están rotos por doquier; se carece, frecuentemente, hasta de luz eléctrica (*Troud*, 1.° de noviembre). En las pesquerías de Astracán, la población obrera está hundida en el polvo; las barracas son sombrías y están carcomidas; en ellas viven varias familias, mezcladas con solteros y borrachos; una casuca, denominada corrientemente "la tumba", inhabitable, contenía en 1926 a siete familias; pero, tras varias decisiones para hacerlas evacuar, suprimieron todavía los tabiques y añadieron algunos habitantes más (*Pravda*, 4 de noviembre). En el VIII Congreso de Sindicatos hubo no pocos obreros que denunciaron las condiciones de alojamiento. "Cuando vemos a 80 ó 100 personas amontonadas en los dormitorios, no es posible hablar de revolución cultural", dijo uno. "En nuestro pueblo se duerme en la cueva, en un vagón viejo y hasta en un agujero", observa un ferroviario. Y los representantes de todas las regiones

obreras, sin excepción, exhalaron sus quejas, describiendo las particularidades de sus respectivos presidios (*Troud*, y otros periódicos de los 14, 15, 16 y 18 de diciembre).

Tomemos, en fin, algunos ejemplos de 1929:

En el Donbass se oye por todas partes el mismo grito: "Estamos tan amontonados unos sobre otros, que nos ahogamos." Hay casas en ruinas, con un exceso de población. Las casas nuevas se encuentran muy pronto en la misma situación que las otras. Los peones duermen en las camas de los mineros, y viceversa. Los obreros se desmoralizan, se emborrachan... (*Pravda*, 22 de enero). En Leningrado, de 45.200 obreros de la construcción, no es posible dar alojamiento más que a 1.245. Se construyen alojamientos para unos 4.000 más. Pero hay 40.000 que se quedarán sin abrigo (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 22 de marzo). A la región de Moscú fueron 120.000 obreros para la estación el año pasado, y este año esperaban a 180.000 más. Ahora bien: los asilos de noche no pueden admitir más que a 2.000. Los demás duermen no se sabe dónde (*Pravda de las Juventudes*, 2 de abril). El Soviet de Leningrado ha realizado una encuesta entre estos obreros estacionarios: En una habitación de 16 a 20 metros cuadrados se amontonan de diez a doce hombres; la mayor parte de ellos duermen completamente vestidos, a veces en el suelo; muchos van a dormir a los asilos de noche, en contacto con los vagabundos (*Troud*, 6 de junio). Un minero escribe: "En nuestra casa resulta imposible descansar ni lavarse; en todas nuestras barracas no hay un sólo colchón; hay que andar 500 metros para encontrar un pozo; dormimos en el suelo; si llueve, podemos nadar inclusive; cuando nos levantamos estamos más cansados que al acostarnos." (*Pravda de las Juventudes*, 14 de abril.) En el mismo número de este periódico se hace la descripción de un grupo de barracas del Donetz: "Las camas son de tablas, a veces cubiertas con trapos llenos de miseria. Cada una de ellas está ocupada por dos mineros a la vez, y los equipos se suceden. Hay barracas que han permanecido durante todo el año sin cristales. No hay

agua para beber ni para lavarse. El Troud señala, basándose en una sesión de la Dirección del Consejo Central de los Sindicatos, que los criados, en número de unos 300.000, duermen en los corredores o en lugares malsanos (6 de julio de 1929).

Tal es la suerte, no de algunas categorías de trabajadores desfavorecidos, sino de la inmensa mayoría, en la primera República del mundo que alardea de socialismo. Hay millones de seres humanos, aquellos precisamente que todo lo crean con su trabajo, que viven amontonados en infames casucas dignas de la Edad Media, o abandonados a los azares de la intemperie. Los propagandistas de la leyenda soviética no han visto esto. Se han dejado pasear agradablemente por algunos palacios u hoteles donde viven algunas docenas o algunos centenares de obreros privilegiados. Pero las cuadras donde se amontonan las multitudes, y donde un campesino europeo no consentiría en meter a sus cerdos, esas no las han visto.

Una vez más se plantea el problema de saber si la situación tiende a mejorar o a empeorar. La Comisión del plan de Estado (*Gosplan*) reconocía, en su primer plan quinquenal, establecido para el período de 1926-27 a 1931-32, que la situación no podía menos de agravarse. Han creado cooperativas de construcción; pero, ¿quién se beneficia de ellas? Uno de los mejores escritores comunis-tas de la U. R. S. S., L. Sosnovski, actualmente depor-do a Siberia y encerrado en Cheliabinsk, escribía el ... de octubre de 1928 a León Trotski, asimismo deportado, señalándole en *El Proletario*, de Karkov, las informacio-nes siguientes: "En la capital de Ukrania, de 40.310 obre-ros y miembros de sus familias, adheridos a 800 de estas cooperativas, el 38 por 100 vive en cuevas, y el 72 p... 100 de la superficie habitable no se destina a los obreros. Este periódico anunciaba en un subtítulo: "No existe ninguna ley que prohiba a un obrero vivir en un buen alo-jamiento"; notable descubrimiento al cabo de diez años de "revolución proletaria". En una reunión de altos fun-cionarios comunistas de Moscú, el 5 de agosto de 19...

un orador exclamó: "Las condiciones de habitación de los obreros de Moscú siguen lo mismo que antes: no son satisfactorias." Es interesante indicar que Moscú ha construído en los últimos años habitaciones para 270.000 personas; pero es el caso que han llegado a Moscú, de provincias, más de 800.000 personas." (*Troud*, 6 de agosto de 1929.) Así pues, según informes oficiales recientes, la situación se ha agravado en la capital de la U. R. S. S. y en su región con un excedente de 530.000 almas, sin contar el crecimiento normal de la población, debido a los nacimientos. ¿Cómo se ha encontrado la cifra de 270.000? ¿Haciendo el cálculo a razón de tres metros cuadrados por persona? El orador no lo dice. Pero cuando se conocen los procedimientos de las estadísticas soviéticas, sobre los que el propio Stalin, secretario del partido bolchevique y superior jerárquico de todos los secretarios de todas las Rusias, ha podido decir en la tribuna del XIII Congreso comunista que no le merecían la menor confianza, no podemos menos de hacer a este respecto todas las reservas y... dividir mentalmente el número por dos o por tres. Añadamos que en la superficie habitable entran los pasadizos, los corredores, las antesalas, etcétera, y que todavía habría que descontar el sitio ocupado por las voluminosas estufas de tierra refractaria o de ladrillos, tradicionales en Rusia. Pero, ¿qué importancia tienen estas nuevas contradicciones en las estadísticas recientes?

Cerca de la fábrica de T. (Ural) se han construído casas obreras. El mismo año estaban ya carcomidas, la lluvia atravesaba los techos y había que hacer reparaciones capitales (*Pravda*, 20 de noviembre de 1926). En Zatlooust, los fondos destinados a las nuevas construcciones fueron dilapidados en gran parte. Los funcionarios culpables comparecieron ante los Tribunales, y las casas están desprovistas de las disposiciones más indispensables (*Pravda*, 15 de diciembre de 1926). Hay casas que se hacen inhabitables al cabo de algunos meses. En A. (Donetz) se dice que ha habido que introducir gran-

des reparaciones a los dos años; en G., al cabo de un año (*Troud*, 20 de abril de 1927). La encuesta de la inspección obrera y campesina más arriba indicada revela que el 90 por 100 de las nuevas casas son de madera y de un solo piso, y sólo el 1 por 100 de ellas tiene más de dos pisos. Los obreros han construído por sí mismos la mayor parte de esas casas, sin planos, sin consejos técnicos, sin control (*Troud*, 7 de julio de 1927). En Karkov se han construído docenas de casas; pero todo un barrio nuevo está a punto de hundirse: el techo y las paredes están completamente agrietados; las puertas y las ventanas, casi sueltas; se filtra el agua; el suelo es movedizo; los materiales estaba podridos (*Isvestia*, 21 de agosto de 1927). La fábrica de Nadejdin (Ural) ha construído una veintena de casitas. Los pisos son de madera podrida, las estufas no calientan y los muros están completamente agrietados (*Pravda*, abril de 1928). La fábrica *Comuna de París* construyó una casa en 1927, y casi se hunde ya en 1928; las paredes, los techos, los pisos, tenían necesidad de grandes reparaciones (*Pravda*, 21 de julio de 1928). La Cooperativa de obreros y empleados del Electrobank construye una casa de tres pisos que se hunde inmediatamente (*Pravda*, 20 de julio de 1928). En Kiev, las nuevas casas son contruídas por las Cooperativas de alojamientos contrariamente a todas las reglas sanitarias y olvidando lo más esencial; en Vassilkov, no tienen agua, son húmedas y no pueden habitarse; las estufas no calientan, y hay que rehacerlo todo otra vez (*Troud*, 18 de octubre de 1928). En el VIII Congreso de los Sindicatos, en diciembre de 1928, los delegados han denunciado el despilfarro que reina en la construcción; se construye sin planos, sin nada; con frecuencia se construye el cuarto piso antes de la ratificación de los presupuestos (*Troud* ya citado). No sólo los planos no están preparados nunca en la fecha necesaria, sino que se carece de materiales o son de mala calidad, se distribuyen mal y echan abajo todos los proyectos (*Pravda*, 29 de marzo de 1929). Un corresponsal de

más elementales e incluso algunos edificios modernos, si no modelos? Los hay, es verdad, aunque sean pocos, y esos son precisamente los que se enseñan a los turistas que hacen de "delegados" o de amigos de la U. R. S. S. Pero esto no prueba sino que se constituye en el país soviético una categoría de trabajadores privilegiados, lo mismo que en los países capitalistas. En Alemania, en Austria, en los Estados escandinavos, en Holanda, en Suiza, incluso en la Gran Bretaña y en los países latinos atrasados, por no hablar más que de Europa, existen casas obreras sanas y confortables. Pero esto no les impide a los comunistas denunciar las covachas y tomar la defensa de las clases laboriosas desheredadas. Lo importante no es saber cómo se aprovechan los obreros de una casa rara, sino de conocer la vida cotidiana de las masas. El lector empieza ahora a formarse idea de la condición del proletariado en Rusia, y comprenderá mejor a qué corresponde el salario de que vamos a hablar.

Pero después del cuadro de las viviendas debemos ver el de las condiciones de trabajo. Hemos tenido que cortar, en las descripciones citadas o resumidas, no pocos detalles repugnantes, repetidos inevitablemente por todas partes. En una palabra: ya puede suponerse lo que puede ocurrir en uno de esos chiribitiles donde se come, se bebe, se emborracha, se fuma, se escupe, se grita, se duerme, se ronca, se molestan unos a otros, se disputan y a veces se pegan; donde lloran los niños, donde los hombres juegan a los naipes con gran estrépito, donde divaga el borracho o delira el enfermo. (Hablaremos más adelante de los estragos del alcoholismo y de la corrupción de las costumbres). Evocaremos también, con la mayor brevedad posible, los hechos que caracterizan los problemas de la asistencia, la protección del trabajo, el socorro médico, los seguros sociales y otros diversos aspectos de la vida obrera.

Y, ante todo, es preciso que se sepa la diferencia entre las leyes, los decretos, destinados a fijar sobre el papel excelentes principios, y su traducción a la realidad. Exis-

sen en la U. R. S. S. millones de buenas resoluciones y decisiones que nunca han sido aplicadas ni jamás serán tomadas en cuenta probablemente. Es preciso basarse en los hechos, no en los textos inútiles. Las dificultades que hay que vencer para pasar de la teoría a la acción son, claro está, muy grandes, y la crítica resulta fácil. Pero éstas son otras tantas razones para no describir la existencia de los trabajadores rusos basándose en los enigmas burocráticos, que nada tienen que ver con la vida. Tomemos un pequeño hecho, entre cien mil, a título de ilustración: el obrero tiene derecho, en principio, a una reducción de tarifas en los servicios sanitarios, sobre todo en materia de prótesis dental, en que los precios son prohibitivos. Un obrero al cual le faltan once dientes se presenta en el *Moszdravotdiel* (servicio sanitario de Moscú) para obtener un aparato a precio reducido. Se lo niegan, porque para gozar de la reducción hay que haber perdido, por lo menos, doce dientes. Y el obrero se pregunta: ¿Debo sacrificar un diente sano, a fin de poder reemplazar los doce? (*Pravda*, 30 de julio de 1925). Citamos un incidente de apariencia anecdótica; pero bastante significativo, a fin de demostrar los obstáculos con que tropieza diariamente el proletario que invoca sus derechos.

"La situación en los centros obreros del Donetz, respecto a la asistencia médica, es extraordinariamente penosa. En G., a pesar de haber 18.000 obreros, no existe policlínica. En ciertas minas, a unas docenas de kilómetros de la ciudad, viene un médico de paso dos veces por semana. En el mismo G., el médico examina un centenar de enfermos en un día. Practica todas las especialidades a la vez: desde la ginecología y la cirugía hasta las enfermedades venéreas y las enfermedades de los ojos. En la sala de consultas no existe ni un mísero lavabo, y el médico, después de manipular con un venéreo, mete su mano, sin lavar, en los ojos o en la boca de otro enfermo" (*Pravda*, 14 de febrero de 1926). Estos hechos son corrientes, y basta conocer uno para conocerlos en

seguida todos. Una encuesta llevada a cabo en las minas ha revelado, muy en resumen, lo siguiente: sólo un 11 por 100 de las minas, que ocupan más de 1.000 obreros, dispone de botiquín. No existe más que una cama, allí donde los Reglamentos prescriben 38 para los enfermos. En muchos sitios no hay ni siquiera angarillas. No hay una sola mina que tenga las botellas de agua potable obligatorias. Generalmente, ni siquiera hay cubiletes. El 20 por 100 de las minas no dispone de baños, y aquellas que los tienen los dejan en un estado lamentable. Tampoco tienen calefacción, ni toallas ni jabón. Se trabaja muchas veces en el agua de la cual se bebe; no suele haber retretes, y se ven los excrementos por todas partes. Con la falta de higiene, multiplícanse las enfermedades (*Troud*, 2 de abril de 1926). Los accidentes del trabajo abundan cada vez más. Su coeficiente por cada 100.000 jornadas se ha elevado, en un año, del 21 al 33 por 100 en la industria en general; del 39 al 47 por 100 en la metalurgia; del 10 al 14 en la industria textil, a consecuencia de la mala organización (*Troud*, 8 de abril de 1926). El número de accidentes ha aumentado en un 50 por 100 sobre el del año precedente, escriben desde Karkov (*Troud*, 13 de abril de 1926). En el Donetz, de octubre a febrero, se han producido 10.763 accidentes; de ellos, 61 mortales. El año anterior hubo 17.000 accidentes en las minas y 23.546 en toda la cuenca (*El Comunista*, de Karkov, 14 de abril de 1926). En Stalino hay 4.500 tártaros y 350 chinos, que tienen que hacer los trabajos más peligrosos y están peor retribuidos y más maltratados que los rusos, desde todos los puntos de vista (*Troud*, 28 de abril de 1926). En Georgia, los obreros de la madera trabajan doce horas diarias en las charcas, y no disponen de servicio sanitario. Los obreros que construyen el puente sobre el Ingur "carecen absolutamente de todo derecho", y son humillados por el ingeniero; ignoran hasta sus condiciones de trabajo (*Zaria Vostoka*, de Tiflis; números 1.130 y 1.162, marzo y abril de 1926). En la fábrica de cromo del Ural los obreros trabajan en el

polvo de los minerales, de la cal muerta y de la soda; los ojos y las vías respiratorias padecen; se producen hemorragias nasales, bronquitis, y la tuberculosis diezma al personal; los cascos son insuficientes (*Troud*, 10 de octubre de 1926). "El número de accidentes aumenta en las Empresas. Entre 1.000 obreros se han producido 102 accidentes en un año, la mayor parte entre trabajadores forestales, metalúrgicos y mineros" (*Rabotchaia Gazeta*, 3 de octubre de 1926). En una fábrica de aserrar del Cáucaso septentrional, los obreros trabajan a veces doce horas diarias, ignoran cuál es su salario exacto, reciben por las horas extraordinarias y el trabajo de los domingos y fiestas el mismo salario de la tarifa ordinaria y tienen que dedicar parte de su tiempo de trabajo a limpiar las máquinas, barrer los talleres, y esto sin retribución; los maquinistas tienen que ir a su trabajo hora y media antes, a fin de encender las calderas, sin que se les retribuya por ello; no hay lavabos; no existen socorros médicos ni farmacia (*Troud*, 16 de noviembre de 1926). Ciento cincuenta obreros contratados en la provincia de Tambov, por el Uralstroi, con la promesa de un adelanto, de un buen salario y de alojamiento, son abandonados a su suerte y se mueren de hambre (*Troud*, 24 de noviembre de 1926). Un obrero herido en una mano, inútil para el trabajo, con una familia de cinco bocas, sin medios de existencia, se agota en vanas gestiones, desde hace seis meses, para recibir sus pobres diez rublos de socorro mensual (*Rabotchaia Gazeta*, 10 de junio de 1926). En el radio de Krivoi-Rog, un obrero espera su turno, desde hace dos meses, para que le amputen un miembro aplastado (*Pravda*, 9 de junio de 1926).

La reseña de la sesión plenaria del Consejo central de los Sindicatos refiere: "Los obreros enfermos esperan diez días al médico; faltan médicos y carecemos de hospitales." "Creemos—dice Tomski—que los órganos de protección de la salud no realizan su tarea; que se limitan a hacer bellas frases generales, declaraciones, sin cuidar a los obreros." "El camarada K. comunica una

el número de accidentes aumenta en dad nauseabunda; el número de accidentes aumenta en todas las Empresas; tal fábrica carece de ventilación; los obreros beben el agua sin filtrar, y son víctimas de la fiebre tifoidea (*Troud*, 16 de junio). El Comité central de los obreros metalúrgicos señala el considerable aumento de los accidentes y de las enfermedades profesionales, debido a la falta de material y a las horas extraordinarias (*Troud*, 7 de junio). En las minas de Armenia y de Georgia los socorros médicos son irrisorios; se encuentra un hospital con 20 camas para 8.000 obreros (*Troud*, 8 de julio). En una fábrica de vidrio los obreros sufren a la vez altas temperaturas y corrientes de aire y beben un agua contaminada; las ambulancias están llenas de enfermos. Y en algunas hormagueras, donde trabajan con agua hasta la rodilla y donde las barracas son de todo punto insalubres, no existen ni socorro médico, ni baños, ni suficiente agua potable (*Troud*, 18 de agosto). Una vez más, el mismo periódico señala la multiplicación de los accidentes en el centro moscovita: 35.000 en el primer semestre del año (*Troud*, 26 de agosto).

La situación continúa empeorando al siguiente año, y los medios dirigentes acaban por conmoverse, reúnen varias conferencias y ordenan activas campañas. La *Pravda* del 29 de enero de 1928 denuncia la negligencia de las direcciones económicas, la debilidad de la Inspección del Trabajo, e invita al partido comunista y a los Sindicatos a que intervengan enérgicamente. Una conferencia especial, celebrada en febrero, pone en claro las múltiples causas de los accidentes y los efectos de la racionalización soviética: maquinaria gastada, falta de observación de los Reglamentos, falta de aire y de luz, suciedad, amontonamiento, desorden, inutilización de los créditos votados, inexperiencia del personal, inestabilidad de la mano de obra, exceso de trabajo, etc. (*Troud*, 7 de febrero y siguientes). La superexplotación intensiva agota a ciertos obreros. En Stalino los adolescentes descargan hasta 6.000 puds diarios (un pud: 16 kilos), en lugar

de 500, ejemplo increíble (*Pravda*, de las Juventudes, 5 de enero de 1928). La Inspección falsifica frecuentemente las estadísticas para hacer creer en un mejoramiento de la situación. Una revisión en Lungansk, por ejemplo, ha permitido comprobar que los accidentes eran cinco o seis veces más numerosos que los indicados por las cifras oficiales (*Troud*, 4 de agosto). En una fábrica de electricidad, 28 obreros, de 125, del taller de estampado, se han mutilado las manos en cinco meses; no disponen de aparatos protectores; el servicio competente permanece indiferente (*Pravda*, de Leningrado, 1 de agosto). En Artemovsk, las ausencias por causa de enfermedad han aumentado en un 18 por 100 de un año al otro, y alcanzan al 27 por 100 del personal de la fábrica metalúrgica de Constantinov. En ciertas Empresas, han sobrepasado en un 50 por 100 las cifras del año anterior. Los servicios de higiene carecen de medicamentos y de recursos (*Troud*, 3 de agosto). El Comisariado del Trabajo se encuentra en un escandaloso estado de incuria; la Inspección, sobre todo, es incompetente y, en gran parte, responsable de los desórdenes y de los abusos (*Pravda* y *Troud*, 5 de agosto). La construcción del canal de Dargom se lleva a cabo con desprecio de las más elementales medidas de seguridad; los accidentes en el manejo de la dinamita, de las vagonetas, etc., se multiplican (*Troud*, 10 de agosto). En Ivanovo-Vosnessensk se han producido, entre 1.000 obreros, 26 accidentes, en lugar de 18, ocurridos en el segundo trimestre del año anterior (*Troud*, 29 de agosto). En el Ural hay millares de obreros mutilados en el trabajo; las Empresas y los *truts* no llevan a cabo los trabajos de protección previstos; los accidentes han seguido la progresión siguiente, en tres ejercicios: 14.430, 26.958, 37.947. La técnica de la seguridad se resiente de grandes negligencias por todas partes. Los fondos y los créditos asignados, sólo parcialmente se utilizan (*Troud*, 30 de octubre). En Kiev, de un trimestre a otro, los accidentes se han duplicado—de 849 a 1.645—; el material es demasiado viejo; no se respetan los Reglamentos de

seguridad (*Troud*, 3 de noviembre). En las fábricas de salazones de Astracán los trabajadores son maltratados por el personal médico (*Pravda*, 4 de noviembre). "Los accidentes aumentan, en lugar de disminuir", dice Tomski en el VIII Congreso sindical (diciembre de 1928).

Nada de esto han querido ver, o no han querido decirlo, los falsos "amigos de la U. R. S. S.". Los periódicos soviéticos están llenos de datos de esta especie. Y se trata siempre de hechos actuales. En la Prensa de 1929 no faltan informaciones sobre la forma en que se trata al proletariado en el país "de la dictadura del proletariado". En las minas de oro de Siberia se recluta a los obreros sin asegurarles el suministro del pan, de los víveres, de los alojamientos, de los instrumentos de trabajo; los trabajadores, en su zozobra, huyen; pero la milicia les quita los zapatos, con un frío de 40 grados bajo cero, a fin de impedirles la fuga (*Troud*, 26 de febrero de 1929). Es difícil que los proletarios de los países capitalistas crean que semejantes cosas son posibles, sin necesidad de hablar del distintivo socialista del Estado que conoce tales horrores. En Kiev, unos obreros especializados, reclutados en Nijni para la construcción de barcos, con la promesa falaz del cobro de elevados salarios, son despedidos por las condiciones reales del empleo, o pura y simplemente rechazados, y tienen que vender sus enseres para no morirse de hambre. Se refugian en la estación, y no reciben socorro alguno (*Troud*, 21 de marzo de 1921). "Asistimos a cierta estabilización del traumatismo", dice, sin ironía, la *Pravda*, que subraya al mismo tiempo el crecido número de accidentes: hasta el 300 por 100 al año en la industria pesada y el 175 por 100 en general. Y el periódico reprocha al Comisariado del Trabajo y a los Sindicatos que no hayan sabido despertar la iniciativa de las masas (24 de marzo de 1929). Más adelante nos ocuparemos de la iniciativa de las masas. He aquí los resultados de una encuesta reciente en el Donetz: "La técnica de seguridad sigue estando lejos de ser satisfactoria...; muchas minas reciben apoyos insuficientes, y

otras no reciben ninguno...; la lampistería se encuentra en una situación lamentable, y esto se deja sentir agudamente en las peligrosas minas de grisú... La vigilancia técnica y sanitaria es extraordinariamente débil" (*Izvestia*, 12 de julio de 1929). El corresponsal de este periódico, que acompañó a la Comisión encargada de la encuesta, señala la tentativa de presentar "pueblos a la Potemkin"; es decir, de tergiversar la realidad (*Izvestia* del mismo día).

Tales son las condiciones de vida de las masas laboriosas, en sus alojamientos y en el trabajo. Es preciso conocerlas para comprender todo lo demás. "Nuestra legislación del trabajo es actualmente hasta tal punto complicada, tan vasta y tan incomprensible, que un obrero o empleado de filas no logran comprenderla." Una disposición legal puede figurar en seis categorías de decisiones sin que sea posible saber a cuál hay que recurrir (*Trud*, 30 de agosto de 1929). En el laberinto de estos procedimientos burocráticos el proletariado se ve de antemano perdido. Tiene en el papel tales derechos que le es prácticamente imposible hacer valer ninguno.

III

La vida trágica de los trabajadores

En la ciudad y en la fábrica (continuación).—*Los salarios.—El salario medio.—El nivel anterior a la guerra.—Salario nominal y salario real.—Reducción y sustracción invisibles.—Cotizaciones y suscripciones "voluntarias", obligatorias.—Empréstitos "libres" obligatorios.—Salarios retrasados.—Las casas de reposo.—El salario en rublos.—Los privilegiados del salariado.—El paro forzoso.—Las bolsas de trabajo.—La explotación de las mujeres y de los niños.—Las "casas de la infancia".—La jornada de ocho horas.*

El salario, así como la duración de la jornada de trabajo, son elementos de apreciación del nivel del obrero poco fáciles de poner en claro en la Rusia soviética. Basta saber, evidentemente, cómo vive, viste y come el proletario para formarse una idea aproximada del valor de su salario. Aquel que "dispone" por toda vivienda, en una barraca o en un cuartel, de un sitio "de las dimensiones de un ataúd" y en el ambiente descrito más arriba—que recuerda las terribles páginas de Dostoiewski—,

se viste y alimenta al mismo tenor. Generalmente, no dispone más que de lo que lleva encima, y muy raramente tiene un cofre o una maleta. Si alguien le dijera que en los países capitalistas la mayoría de los obreros dispone de un pequeño piso para ellos y su familia, con algunos muebles, una cama con sábanas, una mesa y sillas, a veces un armario, frecuentemente una bicicleta, sin hablar ya de los interiores de una parte privilegiada de la clase obrera en diferentes países, no lo creería. Los periódicos y los oradores oficiales (y no existen otros) le aseguran que sus hermanos del extranjero se encuentran en una situación peor que la suya, y, a la larga, esta opinión, única admitida, acaba por imponerse. El proletario ruso es un proletario en la acepción más implacable de la palabra. No dispone, verdaderamente, más que de sus brazos, y eso cuando la actual organización soviética del trabajo no ha hecho de él un mutilado.

Sabido es que el salario del obrero, en la Rusia de antes de la guerra, era un salario misero. La afirmación según la cual el salario medio actual alcanza y hasta aventaja un poco al de antes de la guerra, está lejos de ser por sí sola una buena nota para el nuevo régimen. Pero aun esa afirmación es con frecuencia engañosa. Puede entrañar inclusive diversos engaños.

Durante cierto tiempo se ha practicado un optimismo de encargo—a costa de los trabajadores—, aprovechando un equívoco sobre el valor del rublo. El rublo de antes de la guerra corresponde a más de dos veces el rublo papel de hoy; el rublo oro vale menos que el rublo de antes de la guerra, pues el valor del oro ha bajado en todas partes, y respecto al rublo mercancía, es una unidad convencional, establecida con arreglo al índice de los precios al *detall*, cuyo índice varía según el mercado y puede ser calculado muy arbitrariamente. Ya puede adivinarse el partido que los mentirosos profesionales han sacado de esta complicación en favor de su propaganda. Pero ha sido necesario para el establecimiento de los planes económicos del Estado tener un punto de compa-

ración estable. En los documentos serios, es el rublo mercancía el que desempeña este oficio de unos años a esta parte.

Dejemos de lado los porcentajes de aumento fantástico con relación a los años de guerra civil y del comunismo militar, en que el salario no existía, por decirlo así, y era instituído con una eventual ración en especie. El nivel de antes de la guerra ofrece un punto de comparación más válido; pero como criterio de pobreza. Y aún es preciso saber lo que implica la expresión corriente "salario medio", y, a poco que uno se tome el trabajo de averiguarlo, descubre en seguida la impostura que encierra.

En la Conferencia económica internacional de Ginebra (mayo de 1927), el delegado soviético, Ossinski, director del Servicio de Estadística de la U. R. S. S., interrogado sobre la duración de la jornada de trabajo en Rusia, respondió con aplomo: "siete horas cincuenta y siete minutos"; pero no se contentaron con esta afirmación en el aire. ¿Cómo se obtenía esa cifra? El estadista en jefe fué incapaz de responder a la pregunta. Tuvo que telegrafiar a Moscú para saberlo, y así se averiguó, al cabo de unos días—pues nadie lo sabía tampoco en Moscú, donde se imponían ciertas investigaciones—, que el término medio se establecía englobando a los parados parciales en el total general. Dicho de otro modo: haciendo entrar en cuenta las jornadas de trabajo *demasiado largas* y las *demasiado cortas*, las horas extraordinarias y las horas de menos; sumando así dos males y dividiéndolos por el número de los trabajadores, se obtenía un "término medio" normal... Pero un término medio no corresponde a ninguna realidad. Trabajo excesivo de los unos, trabajo insuficiente de los otros; estas dos expresiones, de todo punto inadmisibles, de la desigualdad social, conducían a un sedicente "término medio" armonioso. Dos crueles verdades que desaparecían en una mentira media. Es como si en una estadística sanitaria se estableciera el término medio sumando los individuos norma-

les con los apopléticos y los anémicos. He aquí un notable ejemplo de estadística soviética, capaz de inspirar confianza en la ciencia económica del neobolchevismo. Ahora bien; sucede con el salario medio lo mismo que con esa jornada media de trabajo: se obtiene dividiendo la totalidad de salarios pagados por el número de asalariados; es decir, creando sobre el papel una ficción de salario, lejos, a la vez, del salario relativamente *excesivo* de los unos y del salario *insuficiente* de los otros, lo que equivale a no dar una idea exacta del salario de la masa. (Al menos, esto ha sido lo que se nos ha dado en Moscú como informe en las mejores fuentes, al preguntar sobre el "salario medio".) Aquí también dos expresiones inadmisibles—desde el punto de vista socialista o comunista—de desigualdad social se convierten en los elementos de un "término medio", que ni siquiera tiene la excusa de ser presentable, puesto que corresponde, sobre poco más o menos, al mísero nivel de la época zarista. El exceso de desigualdad en materia de salarios es, en efecto, una de las anomalías más escandalosas de la vida obrera en la U. R. S. S. En la misma fábrica, los salarios de los trabajadores especializados son cinco o seis veces más elevados que los de los peones. Esta escandalosa injusticia se oculta o disimula con el astuto cálculo del "salario medio". No nos ha sido posible averiguar, a pesar de nuestras pacientes investigaciones, y simplemente porque los dirigentes comunistas y otros personajes de la "cúspide", a los cuales consultamos, nada sabían ellos mismos, si los honorarios y los sueldos elevados de los directores, los administradores, los ingenieros, los técnicos de alta especialización, entraban en la masa de los salarios, sirviendo para establecer el término medio y, por consiguiente, contribuyendo a engrosar la abstracción del salario medio, a atenuar sobre el papel una desproporción abusiva entre los privilegios de ciertas categorías sociales y la condición miserable de la gran mayoría. Pero, aun cuando así fuera, no habría por qué sorprenderse.

Sea como fuere, hay que guardarse mucho de confundir el salario medio, corrientemente invocado, con el salario de un obrero medio o con el salario de la masa. Y aquí se presenta otra complicación: el término medio de diversos salarios medios, establecidos con la desenvoltura de que ya sabemos, obtenido a su vez por la suma de los porcentajes distintos y la división del total por su número, es una verdadera superposición de engañifas, en que los propios engañadores acaban por perderse. Ya en 1926 el pretendido término medio de antes de la guerra era, "en general", alcanzado o sobrepasado; pero, según las declaraciones de los representantes oficiales de los Sindicatos, el salario medio representaba solamente, en relación con el nivel de antes de la guerra, el 89 por 100 en el conjunto de la industria, el 75 por 100 en la metalurgia, el 65 por 100 en el conjunto de las minas, el 61 por 100 en las minas de la hulla, el 63 por 100 en las minas de sal, el 64 por 100 en las minas metálicas, el 76 por 100 en las del nafta, el 67 por 100 en los ferrocarriles; en la industria textil, el 80 por 100 del salario industrial medio, es decir, el 89 por 100; en los transportes por agua y en Correos, todavía menos; pero la indicación se da en rublos, en lugar de acudir al empleo de porcentajes (*Troud*, 21 de julio de 1926). ¿Cómo es que todos esos salarios medios, concernientes al conjunto de la industria y a la masa del proletariado (metalurgia, minas, transportes, textil, a los que podría añadirse la construcción, de un nivel todavía menor), tan sensiblemente inferiores al salario de antaño, lo alcanzaban y lo sobrepasaban en la estadística general? Sencillamente, por la incorporación a los totales de las cifras correspondientes a algunas categorías poco numerosas de privilegiados. Pero la condición material de la gran mayoría no por eso dejaba de ser inferior al mísero salario de antes de la guerra.

Es imposible utilizar los datos que se dicen generales sin estos informes parciales. Y aún pueden encontrarse nuevos y notables datos sobre la desigualdad excesiva

notada ya: el 65 por 100 del salario de antes de la guerra, señalado para las minas, se traducía en salarios de 49 a 31 rublos, según las regiones. Ahora bien; determinadas categorías de empleados de Correos cobraban entonces de 14 a 18 rublos mensuales, mientras que el salario medio en Correos hubiera sido de 55 rublos. Y en los ferrocarriles, un aserrador de la tracción recibía 73 rublos y un aserrador de la vía 43 rublos. Reproducimos todas estas cifras del mismo artículo del *Troud*. Con su ausencia de método, son más expresivas que los cuadros estadísticos completos, de los cuales es imposible sacar el menor dato real. Destruyen el sofisma del salario medio, mientras que aclaran la comparación corriente con el de antes de la guerra. Aun cuando se refieren al año anterior al décimo aniversario de la República soviética, ayudan a encontrarse en las cifras más recientes.

"No, camaradas; el nivel de antes de la guerra no es un objetivo para nosotros. Nuestros obreros no han hecho la revolución para recibir lo que recibían antes de la guerra: sus necesidades son mayores, y han hecho la revolución para aumentar sus medios de subsistencia, educar a sus hijos y satisfacer sus necesidades culturales." Así se expresaba, en 1924, uno de los tres principales dirigentes, L. B. Kamenev (*Pravda*, 8 de diciembre). En el duodécimo año de la revolución, noveno año de paz interior y exterior, resulta interesante estudiar la situación a la luz de estas palabras. Hasta los índices oficiales son demostrativos, con tal de que uno sepa leerlos. Pero antes de llegar a ellos se imponen algunas precauciones suplementarias.

El salario medio, con todas las inexactitudes ya indicadas, se calcula ateniéndose a las indicaciones móviles y teniendo en cuenta los diferentes elementos considerados como salario en especie: índice de los precios, tasa de los alquileres, servicios colectivos, seguros sociales. Es preciso, pues, discernir el salario real del salario nominal. Aquél puede bajar mientras éste sube. Y lo que importa es el salario real. Y éste disminuye de hecho

cuando el índice de los precios no corresponde a los verdaderos precios. El índice se basa en los precios teóricos a que deberían venderse las mercancías en las cooperativas; pero éstas venden unas veces más caro, otras sirviendo a los consumidores artículos de calidad inferior y frecuentemente carecen de ciertos productos, que el consumidor tiene que comprar en el comercio privado, pagando por ellos dos, tres y cuatro veces la tarifa oficial, que significa una reducción muy sensible del salario real. Y todavía disminuye cuando los alquileres sufren un alza general, lo cual se ha producido cuatro veces en tres años y debe repetirse inevitablemente varias veces más, en vista del descalabro de los inmuebles, a consecuencia de la insuficiencia de los fondos para su conservación. Nos hemos ocupado brevemente del socorro médico, una de las formas del salario en especie, y queremos ocuparnos también someramente de las casas de reposo.

El trabajo a destajo se halla en vigor en gran parte de la industria. Ya en 1926 se contaban, pagados por pieza: el 68 por 100 de los obreros en la metalurgia, el 64 por 100 en los productos químicos, el 63 por 100 en las minas, etc. (*Econonitcheskoie Obozrenié*, julio de 1926). Esta proporción no ha dejado de aumentar desde entonces. Esta inmensa cantidad de trabajadores no puede esperar aproximarse al salario medio más que a costa de una intensidad de trabajo que llega hasta el agotamiento de las fuerzas. En los casos en que el salario se calcula sobre un salario de base multiplicado por un coeficiente, que varía según las categorías—y éstas son en número de 17, representando los diversos grados de calificación—, el salario medio nominal puede permanecer inmutable o aumentar, mientras que el salario real baja, dado que el coeficiente cambia. En aquellos casos en que los obreros se ven obligados a someterse a las normas de producción, el aumento de las normas disminuye el salario efectivo, y no se refleja nada en el salario medio técnico. Los contratos colectivos, impuestos a los obre-

ros sin su intervención efectiva, reducen frecuentemente el salario real, a pesar de todos los términos medios de fachada, y las violaciones de sus cláusulas son así innumerables. Otras reducciones se operan bajo la forma de supresión de los billetes de tranvía, retenidos por diversos servicios colectivos o fondos comunes, devorados o dilapidados en las oficinas, etc., siempre sin que el salario medio parezca sufrir de ello. Y no olvidemos las suscripciones obligatorias a los periódicos. (A pesar de la resolución del III Congreso de los soviets, el Comité ejecutivo de la provincia de Karkov obliga a suscribirse a los *Visti* bajo pena de multa. Esta es de 300 rublos, ¡y se trata de un periódico en lengua ukraniana, que los rusos no pueden leer siquiera!) (*Pravda*, 19 de junio de 1925). Esto prueba el caso que se hace de las pretendidas resoluciones de los sedicentes Congresos. Una decisión del Comité ejecutivo de Kiev, sobre la "limitación de las suscripciones obligatorias a los periódicos", descarga de ésta, así como de las multas, a las personas "privadas" (*Pravda*, 11 de agosto de 1925). Pero hay un gran trecho de la decisión a la aplicación. El abuso subsiste, desaparece, para renacer de nuevo dondequiera que se carezca de control, o surge con nuevas formas. En no pocas ciudades se impone la compra de "retratos de los jefes", a veces, también de una bandera roja, incluso si ya se tiene una. Las hipócritas sustracciones operadas sobre el salario son múltiples, y cobran los aspectos más inesperados.

Pero no es esto todo. Hay que restar todavía al verdadero salario, así reducido a su triste realidad, las cotizaciones, las suscripciones, los sacrificios materiales, periódicos u ocasionales, impuestos a los trabajadores contra su voluntad, y que representan una sensible parte de la ya módica ganancia. En principio, e incluso por definición, la adhesión a las organizaciones y asociaciones llamadas voluntarias es libre. Pero los asalariados, de hecho son registrados en masa, sin ser consultados, o después de un simulacro de consulta, en que no participan, y se

las condiciones que exponemos más adelante, en el capítulo de la dictadura del proletariado, que no permite a nadie alzarse contra una decisión tomada "desde arriba". Este sistema de adhesión voluntaria obligatoria equivale a un impuesto o a una tasa disimulados, cuyo monto total es bastante elevado con relación al miserable salario real. El autor de este libro, trabajando en una institución soviética de Moscú, ha sido miembro de ocho organizaciones o sociedades, sin haber dado jamás su adhesión a ninguna, ya que el "ciudadano" soviético no tiene la menor posibilidad de manifestar su opinión. Era, a pesar suyo, miembro del seudosindicato profesional, del *Morp* (*Sociedad internacional de ayuda a los revolucionarios*, llamada en Occidente *Socorro Rojo*), de las Asociaciones "de amigos" de los niños, de la aviación, de la química, de la Sociedad "Abajo el analfabetismo" y de otras dos, ya olvidadas y sin duda desaparecidas. Las cotizaciones eran cobradas en la caja en el momento de paga, sin que fuera posible resistirse, al mismo tiempo que diversos "donativos" eventuales (ayuda a los niños abandonados, a las víctimas de las inundaciones de Leningrado, etc.) o permanentes (fondo cultural, diversos socorros). Podrá tenerse una idea de la arbitrariedad de este sistema sabiendo que el número de sindicados dado por la estadística es superior al número de obreros sindicables... Los abusos en este terreno han sido de tal modo escandalosos e intolerables que el Poder central ha tenido que intervenir para refrenar los excesos de celo, y ha habido ocasión de leer en la Prensa oficial instrucciones fijando un límite a las suscripciones voluntarias, singular confirmación de la libertad de los suscriptores. La *Pravda* del 2 de agosto de 1925 publicaba una deliberación del Consejo de los Comisarios del Pueblo prohibiendo ejercer presión sobre los asalariados por medio de las instancias administrativas superiores, las llamadas Asambleas generales, las cooperativas de alojamientos. La *Pravda* del 31 de junio de 1926 publica la "orden directiva de que deben cesar las adhesiones en

masa y mecánicas a las asociaciones voluntarias, reducirse el personal retribuido, etc., lo cual no ha sido ejecutado". Las órdenes directivas de esta naturaleza, en favor de los trabajadores despojados, no son ejecutadas nunca de buen grado, pues van contra los intereses de aquellos que se benefician de los despojos, y a las víctimas no les queda más que el derecho de callarse. Cuando se atenúa el abuso de las expoliaciones, y para ello son menester años enteros, subsisten, sin embargo, las expoliaciones principales, y es preciso insistir, pues el abuso renace bajo otra forma, con mayor amplitud y fuerza, por la propia responsabilidad de los fabricantes de "directivas".

Y es que las instrucciones en cuestión no tienen otro objeto que calmar un poco la exasperación de los trabajadores, evitando excitarles a propósito de unos kopeos para poder sacarles mejor después, de un solo golpe una respetable cantidad de rublos. Al principio se estableció la práctica de los desafíos públicos de una Empresa a otra, a ver cuál respondía antes, unas veces para la escuadrilla destinada a "responder a Chamberlain", otras para los tanques encargados de "conversar" con Chang Kai-Chek. Naturalmente, los proletarios de una u otra Empresa no intervenían para nada en el asunto, siendo todo decidido por los secretarios o por los Comités de las células comunistas, ante una orden "de arriba"; pero eran ellos quienes pagaban. Y esto no es nada aún al lado de los empréstitos, llamados también voluntarios; pero en realidad, *empréstitos obligatorios*, a los cuales no pueden dejar de contribuir los obreros con un total de un mes de salario y a veces más. En esta forma acaba de realizarse en 1929 el tercero de estos empréstitos. ¿Acaso se concibe al pobre proletario ruso, con su salario muy por bajo del salario medio y con su "nicho de dimensiones de un ataúd", suscribir por su propia iniciativa o de buen grado el total de un mes de trabajo al empréstito? El procedimiento empleado para arrancarle esta suma corresponde al capítulo sobre la dictadura del prole-

tariado. Nos limitamos aquí a señalar una vez más un nuevo ataque al salario real.

A todas estas observaciones es necesario añadir los retrasos en el pago de los salarios, fenómeno actualmente muy frecuente y de escasa importancia, después de haber pesado sobre la inmensa mayoría de los trabajadores. Hasta estos últimos años, hemos podido ver retrasos de varias semanas, de varios meses, inclusive, en el pago, durante los cuales el poder de compra del salario bajaba, los trabajadores contraían deudas con los comerciantes, que doblaban o triplicaban sus precios, etc. El mal subsiste todavía para algunas categorías de asalariados. E incluso cuando un mal se encuentra en camino de atenuación, sus consecuencias pesan largamente sobre las víctimas, si ha sido profundo y duradero, como en este caso. En el radio de N., los retrasos son de dos a cuatro meses. Acaba de pagárseles a los obreros el mes de octubre; a los empleados el de septiembre (*Pravda*, 7 de febrero de 1926). Los maestros de la provincia de Ekaterinoslav han cobrado en 1924 sus sueldos de 1923 (*Pravda*, 20 de mayo de 1925). El Comité Central del Sindicato de la Enseñanza se queja del aumento de los retrasos en cuestión (*Pravda*, 17 de febrero de 1926). "En casi todas las provincias de la Unión existen deudas de salarios en las instituciones que dependen de los presupuestos locales" (*Pravda*, 25 de marzo de 1926). "Los salarios no se pagan nunca en la fecha normal", en la mayor parte de las empresas; existen retrasos de tres a cinco meses; a veces, los obreros no han recibido sus salarios de 1924 (*Troud*, 23 de marzo de 1926). En una fábrica de vidrio de la provincia de Vladímir existen retrasos de una a dos semanas, asimismo existen retrasos de varios días en una fábrica de Tula y en otra fábrica de Moscú (*Rabotchaia Gazeta*, 9 de junio de 1926). En una fábrica de vidrio de la provincia de Cherepovetz, retrasos de dos a tres meses; en otra del Donetz, los obreros se quejan de que, por tal causa, se ven obligados a comprar a crédito y a pagar el doble (*Rabotchaia Gaze-*

ta, 12 de junio de 1926). El mismo número de este periódico cita tres casos más. En la región de Viatka se pagaron a fines de mayo, incompletamente, los salarios de marzo; en la Azucarera de T. (provincia de Tula) se paga con retraso y con bonos de cooperativas que carecen de mercancías (*Rabotchaia Gazeta*, 17 de junio de 1926). También se paga con cinco o siete días de retraso en toda la metalurgia (*Rabotchaia Gazeta*, 20 de junio de 1926). Hay obreros en Moscú que, para no morirse de hambre, en espera de sus salarios en retraso, compran a crédito y pagan el triple (*Rabotchaia Gazeta*, 23 de junio de 1926). El mismo periódico publica varios casos de la misma especie (24 y 25 de junio de 1926). El Consejo Económico Superior da cuenta "de la falta de pago de los salarios a su debido tiempo en toda una serie de *trusts* en que la deuda acumulada es trasladada de un mes a otro (Periódicos del 21 de junio de 1926). Los representantes sindicales dan cuenta "de numerosos casos", de retrasos "que engendran un profundo descontento entre las grandes masas obreras" (*Pravda*, 29 de julio de 1926). A pesar del rigor de las instrucciones —dice el Consejo Central de los Sindicatos—, los retrasos no disminuyen, sino que se multiplican. (*Pravda*, 18 de agosto de 1926.) En el Ural, las principales fábricas sufren retrasos de doce días; las pequeñas empresas llegan hasta los dos meses, y en la provincia de Perman se llega hasta retrasos de seis meses. (*Troud*, 1 de agosto de 1926.) Sólo la industria adeuda cuatro millones de rublos a los obreros. (*Troud*, 1 de septiembre de 1926.) Sólo en 16 provincias, la deuda con los maestros es de más de 500.000 rublos (*Troud*, 24 de septiembre de 1926.) Los obreros de una fábrica de vidrio de la provincia de Pskov aguardan sus salarios dos, tres meses y más (*Troud*, 30 de octubre de 1926.) Los obreros intentan procesos para hacerse pagar, procesos que duran varios meses, para llegar a un resultado nulo; en la provincia de Orel, los peones no han sido retribuídos desde hace nueve meses. (*Troud*, 9 de octubre de 1926.) Los obreros de los bosques del

Ural no han sido pagados desde hace cien días; si formulan una reclamación, se les expulsa de sus barracas sin darles la cuenta. (*Troud*, 2 de junio de 1927.) La fábrica de vidrios *Lenín* paga frecuentemente a sus obreros... con cristales, que tienen que vender de cualquier manera. (*Troud*, 18 de agosto de 1927.) Los fondos destinados al pago de salarios son frecuentemente gastados en otras cosas; las cooperativas se niegan a abrir crédito a los obreros; éstos, en V. (provincia de Nijni-Novgorod), no han cobrado nada desde hace tres meses; en R. y G. (Donetz), nuevos retrasos. (*Troud*, 27 de agosto de 1927.) En Briansk, se paga cada cinco meses; muchos obreros tienen 400 rublos por cobrar, y a veces reciben sus salarios en planchas, producidas por la fábrica (*Pravda de las Juventudes*, 24 de noviembre de 1927.) Los obreros del canal del Dargon cobran con dos y tres meses de retraso (*Troud*, 10 de agosto de 1928.) Los maestros de la región del Volga no han cobrado todavía en agosto sus sueldos de abril (*Troud*, 10 de agosto de 1929).

No citamos más que algunos ejemplos escalonados, principalmente en tres años, pero aún podríamos citar mil más. Estos permiten apreciar el valor de los contratos "colectivos", que son papeles mojados, tanto por la manera como son establecidos, como por el poco respeto en que se les tiene. El presidente del Consejo Económico del Cáucaso Septentrional solicita del Comisariado del Trabajo la anulación de todos los contratos colectivos que no sean ventajosos para la industria, ante la gran indignación de los funcionarios sindicales. (*Troud*, 23 de marzo de 1926.) Una encuesta oficial establece que no existe, por decirlo así, un solo contrato colectivo que no sea violado por la Administración, a propósito del empleo o del despido, de las horas extraordinarias o de los salarios, de los trajes de trabajo o de la limpieza, de la seguridad o de la vivienda, de la puntualidad en el pago o de las indemnizaciones. Se llevan a cabo "economías a costa de los obreros", y los Sindicatos o los Comités de fábrica no cumplen con su

deber. (*Troud*, 2 de noviembre de 1928.) En Moscú se violan corrientemente los contratos colectivos, sustituyendo a los obreros permanentes con obreros temporales, con los cuales no rezan los contratos. Esto se produce sobre todo en la industria textil, en la metalurgia, en las imprentas, en las empresas comerciales, etc. En Leningrado se aplica el mismo procedimiento, sin hablar de las múltiples infracciones a las cláusulas concernientes a la protección del trabajo. (*Troud*, 2 de diciembre de 1928.) Existen los contratos colectivos desde hace siete años, y no hay medio de asegurar su ejecución; una gran parte de sus disposiciones se queda en el papel. (*Troud*, 14 de marzo de 1929.)

Los charlatanes de la leyenda soviética y los falsos "amigos de la U. R. S. S." han hablado mucho del salario en especie, bajo forma de residencia en las casas de reposo, sanatorios, etc. Vamos a ocuparnos de ello. El autor de este libro, enviado a una de estas casas de Kislobodsk (Cáucaso), cayó, la misma noche de su llegada, en una reunión de enfermos que adoptaron la decisión de hacer una *huelga del hambre* para protestar contra la pésima comida. Los rusos no son muy difíciles en este respecto; pero, ¿es posible alimentarse constantemente con huevos podridos y carne averiada? En los restantes sanatorios de la región, en Piatigorks, lo mismo que en Essentuki, reina el mismo estado de cosas. Esto se vió al día siguiente de una visita de inspección de Semachko, comisario del pueblo, a la Higiene. Con ocasión de su visita, mejoráronse un poco las cosas; pero la suciedad volvió a producirse en seguida. En los dormitorios, las camas se tocaban unas a otras; cada enfermo o convaleciente tenía que soportar las conversaciones, el ruido, el humo, los escupitajos y todo lo demás de sus vecinos; durante horas y horas había que hacer cola en un sitio y otro. (Registros, distribución, visitas médicas, recepción de un medicamento, de un vaso de leche agria, etc.) A esto se le llamaba "reposo"; pero un hombre sano no hubiera podido salir de

allí sin haber contraído una enfermedad nerviosa. Al año siguiente, en Crimea, el mismo cuadro. En el centro de distribución de Yalta, en el Hotel Marino, la incuria era indescriptible. Los enfermos, obligados a viajar durante diez días de su mes de reposo, tenían que esperar durante una semana o más el placer de hacerse amontonar en un dormitorio malsano y de estropearse el sistema digestivo absorbiendo alimentos incalificables para oír jurar, después, que no volverían a recibirles. Los informes recogidos allí, como en todas las estaciones de la costa, de Alupka y de Simeis, de Evpatoria y de Aluchta, concordaban en la característica de esta irrisión. El autor de este libro, tras una experiencia personal en Gursuf, se dió buena prisa a huír. En la casa de reposo en que pasó algunos días, se encontraron algunas "cabezas duras" para protestar y reclamar una encuesta, y así supimos que las tres cuartas partes del presupuesto eran devoradas por el personal.

Nos han hablado bastante de los palacios principescos y de los ricos hoteles socializados en beneficio del proletariado. Pero, ¿qué representa esa socialización? Las casas en cuestión pueden contener algunos miles, algunas decenas de miles de ocupantes, por turno; pero no han sido construídas, ni concebidas, ni arregladas para el uso que hoy se hace de ellas. La Arquitectura al servicio del confort de una familia, no responde a las necesidades de un sanatorio. Cuanto existía de "principesco" o de "rico" ha desaparecido, y ya no quedan más que unas casas incómodas, ¿Y quién se aprovecha de las partes utilizables? Son, una vez más, las categorías sociales privilegiadas, y en primer lugar los funcionarios del partido comunista, de los soviets, de los sindicatos, de las cooperativas, de las Juventudes comunistas, favorecidos ya en general por el salario y la vivienda. Cuanto existe de bueno es acaparado por los "de arriba", por las capas superiores; los pocos miles de proletarios auténticos enviados allí para que figuren en las estadísticas falsificadas, no son capaces de hacer creer que la

masa saque provecho de ellas. Se ha creído de utilidad para la propaganda alojar a algunos campesinos en el palacio imperial de Libadia. Pero con eso no se consigue más que hacer felices (caso de que lo sean) a unos cuantos centenares entre ciento veinte millones de campesinos. ¿Y qué? Mientras no se construyan casas especiales, con pequeñas habitaciones individuales, con agua, luz, limpieza, silencio, libros y una alimentación sana, sin complicaciones burocráticas ni vejaciones administrativas, será engañoso hablar de casas de reposo para los trabajadores. Y no estamos cerca de ver eso.

La Prensa se ve obligada todos los años a publicar las protestas, las quejas de los que se atreven a alzar la voz después de una estancia en los sanatorios o en las casas de reposo. En el sanatorio *Proletario* (Yalta), los enfermos no hallan modo de que se les escuche; tienen que sufrir la negligencia del personal médico; la comida subleva de indignación a los enfermos; no existen libros (*Pravda*, 8 de mayo de 1925). En el sanatorio Vorovski (Gagri), la misma negligencia médica; piojos y chinches en masa y ratas en cantidad; los gatos, los perros, los asnos y el ganado de los empleados escandalizan día y noche; no hay ropa blanca ni vestidos; un *rabcor* (corresponsal obrero de periódico) recibido allí, como hubiese compuesto unas coplas satíricas contra la dirección, fué expulsado de Gagri, amordazado y atado por la milicia. (*Pravda*, 10 de mayo de 1926.) La casa de reposo de O., cerca de Moscú, es "una casa de fatiga"; el agua pone malos a los convalecientes; 30 ó 40 personas duermen en un corredor estrecho, donde se tocan las camas (*Isvestia*, 13 de agosto de 1927.) Una Comisión de encuesta denuncia el desorden, las prevaricaciones, las dilapidaciones, que de año en año van en aumento, en los servicios sanitarios; el personal se engulle los fondos destinados a los enfermos; los administradores y los altos funcionarios invitan y sostienen a sus amigos, en detrimento de la higiene y de los cuidados. (*Pravda*, 30 de junio de 1928.) Un corresponsal de Leningrado dice que

tuvo que hacer cola durante varias horas para enseñar sus papeles; después, otro día, varias horas más de cola para obtener su tarjeta; después nueva cola ante una ventanilla, y lo mismo en la visita; y tendrá que seguir formando cola para tomar un baño (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 19 de julio de 1929). Nos limitamos a citar una referencia anual, escalonando los cinco años últimos, a fin de demostrar que se trata, no de hechos excepcionales, sino de una regla general, cuyo mejoramiento es insignificante, y que sólo aprovecha a los privilegiados. Sería fácil acumular los ejemplos; pero, ¿qué necesidad hay de seguir minuciosamente los miles de periódicos para confirmar una verdad tan banal en Rusia, donde los *courorts* (estaciones de aguas, balnearios) sirven corrientemente de tema a amargas bromas? Un periódico publicaba recientemente un dibujo de un individuo demacrado, descarnado, de retorno de una casa de reposo, y que al volver a su servicio se encuentra a sus camaradas gordos y contentos, que le dicen: "por fin vas a poder descansar". Se oyen aforismos por el estilo del siguiente: "Es duro trabajar; pero aún lo es más descansar". "Se prohibe a los nerviosos y a los enfermos entrar en los sanatorios", etc. En un artículo reciente, titulado "Las claridades y las sombras del problema de los *courorts*", Semachko reconoce la triste situación material de los *courorts*, cargados de deudas, sin confort, mal dirigidos. Ya era así antaño —dice—, y por eso nuestra burguesía iba a cuidarse y a descansar al extranjero. (En este caso, observaremos nosotros, dejad de mantener a mercenarios y de engañar a los bobos que, a su vez, propalan las fábulas sobre vuestras casas de reposo.) "La composición social de los enfermos hospitalizados deja todavía mucho que desear"; en los últimos años se ha *estabilizado* así: obreros, un tercio; funcionarios, 40 por 100; campesinos, 10 por 100; pero esto, después de estallar escándalo tras escándalo, provocados por la invasión de los burócratas parásitos, que lo acaparan todo. Entre este tercio de obreros, ¿cuán-

tos son obreros y cuántos ex obreros que han llegado al entresuelo del funcionarismo? Semachko no lo dice; pero no cabe duda que no se hace ilusiones (*Isvestia*, 8 de septiembre de 1929). De los 222.787 hospitalizados en 1928 (cifra dada por Semachko), parece que ha habido 75.000 obreros verdaderos o supuestos, de los cuales, una buena mitad eran emboscados de los Comités inferiores del partido y de los sindicatos. El resto, tras doce años de dictadura del proletariado, se amontona en los corredores, recoge la polilla y forma la cola para obtener cuidados minúsculos. Ahora comprendemos por qué los chichki de la aristocracia bolchevique prefieren residir en Vitel, Karlsbad, Baden-Baden, Biarritz o Sorrento.

Tal es el grano de la realidad del salario bajo la paja de las cifras. Las estadísticas soviéticas son, por otra parte, tan embrolladas, tan contradictorias, que hace falta ser verdaderos especialistas para entenderlas. Utilizaremos los datos de eminentes personalidades de la revolución, cuya competencia no puede ser discutida: Trotski, Zinoviev, Kamenev, Radek, Preobragenski, Smilga y otros más, datos tomados del documento conocido bajo el título "Contratesis de la oposición, sobre el plan económico quinquenal" (*Correspondencia Internacional*, número 124, 11 de diciembre de 1927). Según estos datos establecidos con arreglo a la documentación más estrictamente oficial, el salario medio obrero era, en 1927, año del décimo aniversario de octubre, de 31 rublos-mercancías y medio, aproximadamente, o sean 60 rublos-papel, con algunos kopeks sobre poco más o menos. "Es evidente que el salario y el nivel material general de ciertas categorías de obreros y en ciertos distritos, en primer lugar en las capitales Moscú y Leningrado, es indiscutiblemente más elevado que el nivel medio citado. Pero, por otra parte, el nivel material de las grandes capas obreras es considerablemente más bajo que esas cifras medias" (es lo que hemos explicado más arriba). El lector se planteará seguramente el problema del valor del rublo; pero la respuesta no es nada sencilla; el rublo se

se cotiza en ningún mercado financiero; el Gobierno soviético le atribuye un valor arbitrario en moneda extranjera, y monopoliza el cambio, lo que le permite rechazar el intercambio del *chervonets* (rublo-papel) con las divisas internacionales; su valor real se expresa en Rusia en el mercado libre clandestino o "bolsa negra"; si la tasa convencional, y prácticamente ficticia, es de medio dólar por rublo, o sea 12,50 francos actuales, la tasa de las transacciones corrientes era, en 1927, de 1/5 de dólar, o sea de cinco francos, y se encuentra actualmente por debajo de esa cifra—sobre poco más o menos, entre tres y cuatro francos—. El salario medio nominal de 60 rublos-papel, de cinco francos en 1927, ha pasado a 74 rublos 73 kopeks en julio de 1929 (*Troud*, 6 de septiembre de 1929), valiendo de esta vez entre tres y cuatro francos. Aun calculando el rublo-papel actual a cuatro francos, tasa excesiva, todo esto es tanto como decir que el salario medio mensual del obrero soviético equivalía a 3.000 francos en 1927 y a 297 francos en 1929. Y estas cifras se encuentran todavía por encima de la realidad. La gran mayoría de los asalariados se encuentran todavía por debajo de estas cifras.

A la luz de tales indicios, indiscutibles, se da uno mejor cuenta del siniestro cuadro de la miseria obrera, presentado por los testimonios citados más arriba. Mas faltan todavía no pocas verdades por decir.

El salario real ha bajado en el transcurso del último año, a pesar del aumento del salario nominal. Esto no sólo lo hace observar el ex presidente del Consejo de Comisarios del pueblo de Ukrania, Cristian Rakovski—actualmente deportado sin previo juicio—, en una carta de abril de 1929 (*Boletín de la Oposición*, números 3-4, pág. 12), sino también los periódicos oficiales. Ha bajado a causa del sensible aumento de los precios al *detall*. "Las Cooperativas aumentan, casi generalmente, el coste de los productos de primera necesidad. La resultante es un sensible aumento del índice y una reducción del salario real" (*Troud*, 30 de marzo de 1929.) Y el alza de los precios

en las cooperativas no es nada al lado del alza en el mercado libre, al cual se ve obligado a recurrir todo consumidor, dado la penuria e incluso la carencia de la mayoría de las mercancías. Otros aspectos del problema: el salario va siempre a la zaga de la intensificación del trabajo y del aumento de la producción. "La intensidad del trabajo aumenta; el fardo que pesa sobre la fuerza muscular de los obreros, aumenta; el obrero parado pesa, directa o indirectamente, sobre el presupuesto del trabajador. La racionalización que se lleva a cabo actualmente agrava de manera inevitable la situación de la clase obrera en la medida en que se ve acompañada de un desarrollo de la industria y de los transportes, de una amplitud tal, que los obreros despedidos no pueden ser reabsorbidos. La situación material de los peones, de los obreros estacionarios, de las mujeres y de los jóvenes es particularmente difícil." Así hablaban Trotsky y sus compañeros en el documento citado. Todas sus observaciones han conservado la misma fuerza.

Si se quiere comparar el nivel actual de la miseria de las masas con el nivel de la miseria de antes de la guerra, hay que buscar la comparación en las cifras de consumo por cabeza. Ahora bien; según el "plan quinquenal" del Estado, establecido en 1927 y criticado como modestísimo por los políticos y economistas bolcheviques nombrados más arriba, en sus contratesis, a las cuales hemos hecho ya referencia, el consumo individual es todavía inferior actualmente al nivel de antes de la guerra, y deberá serlo hasta el ejercicio de 1931-32. Así lo declara autorizadamente el *Gosplan* (Comisión del Plan de Estado). El paralelo entre las previsiones para 1932 (XV aniversario de octubre) y el nivel actual en Alemania y en los Estados Unidos, prueba que la U. R. S. S. consumirá en este caso cinco veces menos algodón, diez veces menos carbón, cuatro veces y once veces menos metales, tres veces y siete veces menos electricidad, etc., suponiendo que el consumo no aumente en estos dos países en cinco años. Bien es verdad que este plan quinquenal ha sido

reconocido insuficiente, y que se ha establecido inmediatamente otro que abarca el período 1928-29 a 1933-34. De ser este nuevo plan realizable, y el régimen capaz de realizarlo, la situación sería mejor los próximos años; pero, ¿qué esperanzas podemos fundar en un proyecto cuya discusión pública está prohibida en la U. R. S. S. y que el propio presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, R. Ricov, considera como irrealizable?

Se cuentan actualmente en Rusia alrededor de 11 ó 12 millones de trabajadores asalariados, sin hablar de los obreros estacionarios, en número de cuatro o cinco millones; de una parte de los jornaleros agrícolas, cuyo censo es difícil establecer—alrededor de dos o tres millones—, y de los obreros sin trabajo, de los cuales hablaremos especialmente. Es esta masa, en su conjunto, a la cual habrá que añadir los millones de campesinos pobres, y a excepción de algunos centenares de miles de funcionarios y de obreros especializados, la que sufre la indecible miseria, cuyos principales rasgos hemos caracterizado aquí. Pero es preciso subrayar el violento contraste que yuxtapone los privilegios de los unos y el infortunio en aumento de los otros. Sería necesario un estudio particular para establecer las categorías sociales favorecidas; en la ciudad: funcionarios, técnicos, artesanos, trabajadores especializados, y definir su nivel de existencia. Se tendrá, sin embargo, una idea de la desigualdad creciente en la República Socialista Soviética, si se sabe que sus sueldos son de 200 a 800 rublos por mes. Los escritores y los periodistas, miembros del partido comunista, se ven obligados a satisfacer una cotización especial sobre los altos salarios mayores de 225 rublos. Una circular del Comité Central fija ésta en un 20 por 100 sobre los 225 rublos; un 30 por 100 para los salarios entre 450 y 675 rublos, y un 40 por 100 en los salarios que excedan de 675 rublos. No existe cotización especial para los sueldos hasta 500 rublos si los titulares no cuentan con la garantía de su permanencia (*Pravda*, 12 de junio de 1928). El control de estas ganancias es prácticamente imposible, y aquel que

ha vivido en los medios bolcheviques sabe lo que sucede. De todas formas, ya se ve de qué salario se trata, y cuán lejos están éstos de las ideas de Lenin sobre el máximo del salario en el servicio público, que debe ser fijado al nivel del de un buen obrero, según el ejemplo de la Comuna de 1871, puesto de relieve por Carlos Marx en *El Estado y la Revolución* y todos los escritos de Lenin entre marzo y octubre de 1917. La desigualdad se prolonga más allá de la muerte del beneficiario. Cuando uno lee (*Isvestia*, 20 de mayo de 1928) que ha sido concedida una pensión de 225 rublos mensuales a la viuda de Tsiurupa, por ejemplo, no puede dejar de preguntarse cuánto recibe la mujer de un proletario muerto en el trabajo, y cuyas necesidades y méritos (¡!) son, por lo menos, tan grandes como los de cualquier viuda o cualquier alto funcionario del partido.

Después de los privilegiados, los desheredados del salario, comenzando por los que no cobran salario alguno: los parados. Las estadísticas soviéticas alcanzan quizá a este respecto el punto culminante de la incoherencia, no sólo por la enormidad de las divergencias, sino por las contradicciones aparentemente insolubles, que sería posible, sin embargo, poner en claro con un poco de atención y de espíritu crítico. Los sin trabajo son registrados por las Bolsas del Trabajo. Ahora bien; no existen Bolsas en todas las ciudades, y no faltan los ignorantes incapaces de hacerse inscribir. Además, las Bolsas no registran a los parados de origen social no proletario (y estos elementos sin clase forman legión, después de la revolución y de la semisupresión del comercio privado) ni a la mayor parte de los adolescentes que todavía no han sido asalariados. Esto demuestra que el paro en las ciudades debe ser estimado en el doble número facilitado por la estadística oficial. Respecto del campo, las apreciaciones varían de una manera inverosímil en esta inagotable reserva de mano de obra, parte de la cual acude cada año a las ciudades. Según Kalinin, "hay en el campo 15 millones de trabajadores de sobra, que no pueden ser empleados" (*Isves-*

ria, 28 de agosto de 1926). Y según Tolstopiatov, comisa-
rio adjunto al Trabajo, "poseemos una enorme superpo-
blación agraria, con un excedente de mano de obra de
más de 25 millones de individuos" (*Troud*, 27 de no-
viembre de 1928). Si se tiene en cuenta que el conjunto
de la población aumenta en tres millones y medio de al-
mas por año, se comprenderá entonces la gravedad del
problema planteado.

Respecto de la ciudad, las cifras no son tan enormes;
pero sí tan vagas como las otras. He aquí cómo se ex-
presaba el presidente del Consejo de los Sindicatos acer-
ca de los obreros parados no registrados en las Bolsas:
"El camarada Tomski vuelve siempre a la ya vieja, pero
siempre dolorosa, cuestión, al "círculo maldito": ¿qué va-
mos a hacer del parado que no está sindicado para que
tenga trabajo? No se le sindica porque no trabaja en la
fábrica, y no se le admite en la fábrica porque no está
sindicado. Tampoco la Bolsa del Trabajo lo inscribe en
su registro. Es preciso poner fin a esta intolerable situa-
ción. Debemos facilitar, sobre todo, la admisión al tra-
bajo de la juventud obrera y de los niños de los sindicados.
Es necesario, después de todo, que, de una manera cual-
quiera, se conviertan en trabajadores, que se pogan a tra-
bajar e ingresen en los sindicatos" (*Rabotchaia Gazeta*, 9
de junio de 1926.) Según el *Troud*, el total de 1.070.900
parados registrados en 1 de mayo de 1926 no comprendía
más que a 127.000 jóvenes, en lugar del número real de
500.000 (*Troud*, 28 de julio de 1926). Este abismo entre
la verdadera cantidad y el efectivo inscrito indica con bas-
tante evidencia el considerable número de adolescentes
sin registrar, que es ciertamente de más de un millón
hoy día, si se tiene en cuenta el aumento normal de la po-
blación. El *Troud* (1 de diciembre de 1927), trasladando
la cifra de 1.477.000 parados al 1 de abril de 1927 y la
disminución de esta cifra hasta 1.025.000 (¡!) a fines de
año, reconoce, al mismo tiempo, que un gran número de
parados no han sido registrados. El especialista de la
Pravda declara que el aumento hasta el 1 de abril (y da la

cifra de 1.455.000) se debe al registro obligatorio de los sindicados que no estaban registrados aún. Nos enteramos así de que los sindicados parados han pasado de 514.000 a 77.200 en las listas. Ahora bien; resulta imposible conocer el número de los no inscritos. El mismo autor encuentra 141.399 adolescentes registrados en 1 de mayo de 1927, cuando el *Troud* indicaba 500.000, contando un año antes, y dice que sólo 600.000 parados reciben del seguro social un socorro que se eleva a 12 y 18 rublos, por término medio, según categoría (*Pravda*, 7 de junio de 1927). Según el líder sindical Ginsburg, había 1.500.000 parados en 1 de octubre de 1927 y dos millones en 1 de enero de 1928 (*Troud*, 15 de junio de 1928). Según la *Pravda* (20 de septiembre de 1928), el total era de 1.352.000 el 1 de enero de 1928, y de 1.598.000 el 1 de abril de 1928. El socorro medio era de 14 rublos mensuales. El *Troud* (12 de diciembre de 1928) dice: 1.040.000 el 1 de octubre de 1927, 1.374.000 el 1 de octubre de 1928, y anuncia un aumento inevitable en 1929. Las *Investia*, citando al líder sindical Dogadov, dan 1.812.000 "actualmente" (14 de diciembre de 1928). El *Economitcheskaya Jin* (número 107, de 1929) da 1.700.000 el 1 de mayo de 1929 de los cuales sólo 800.000 cobran socorro. Por consiguiente, hay 900.000 que no lo cobraban. El *Troud* (6 de julio de 1929) da la cifra de 1.800.000 el 1 de mayo de 1929 según el Consejo central de los Sindicatos. Ahora bien: el importante documento más arriba citado, de Trotski y otros, enteramente basado en los datos del *Gosplan*, con referencias en su apoyo, daba un total de 2.275.000 obreros parados inscritos en abril de 1927. Y ya se sabe que el total aumenta sin cesar, y que hay grandes masas de obreros parados que no pueden inscribirse (adolescentes, mujeres, "gente del antiguo régimen", campesinos). "El paro aumenta sin cesar durante los últimos años, aun cuando el ritmo de este aumento decaiga. El año próximo alcanzaremos un resultado decisivo: el paro se reducirá en el 10 por 100" (*Pravda*, 1 de septiembre de 1929). Lo que se desprende de todo esto es la existencia de cuatro

cinco millons de parados en la ciudad y de quince a veinticinco millones en el campo, con una tendencia general al aumento, que será ligeramente atenuada mediante la aplicación gradual de la jornada de siete horas y de la "semana ininterrumpida". Respecto a los socorros, debemos conceder crédito a las contratesis utilizadas ya, que observan: "el término medio del socorro por causa de paro viene a ser de unos cinco rublos antes de la guerra (12 rublos papel actuales). Esta indemnización no alcanza más que alrededor del 20 por 100 de los parados sindicados." A duras penas imaginamos en Occidente la indescriptible miseria de esos millones de seres humanos.

Esta miseria ha provocado ya motines en ciertas Bolsas del Trabajo en Odessa, Moscú y Leningrado. Los sindicados, hartos de aguardar sin esperanza y exasperados por los funcionarios de las Bolsas, golpearon a algunos de éstos y entraron a saco en los despachos. La milicia intervino para "tranquilizar" con sus fusiles a los que protestaban. Los periódicos no se pararon en barras, y afirmaron que en las filas de los parados había no pocos *apaches*, y que los propios parados eran los responsables de los desórdenes (*Pravda*, 2 de junio de 1928). Estas increíbles explicaciones, verdadero desafío al más elemental sentimiento del comunismo, descargando de responsabilidad a las instituciones para abrumar a las víctimas de la injusticia social, dignas del espíritu de los peores órganos del capitalismo reaccionario, no podían bastar. Descubrióse entonces la plaga de las Bolsas del Trabajo. "Son unas cloacas", dijo Melnitchanski, líder de los Sindicatos; en ellas abundan los abusos; una inspección ha revelado los crímenes de treinta y un funcionarios; reina el favoritismo, y las oficinas están siempre llenas de intervenciones exigiendo tratos de favor; los locales se encuentran en un estado escandaloso; entre los desgraciados allí instalados se desarrollan la embriaguez y el apachismo; las mujeres son ofendidas y a veces hasta violadas públicamente; corrómpense los funcionarios; el Comisariado del Trabajo lo sabe todo y no hace nada; Schmidt, comisario

del Trabajo, se defiende acusando a su vez a los Sindicatos (*Troud*, 15 de junio de 1928, reseña del Consejo central de los Sindicatos). En Serpukhov, no lejos de Moscú, la Bolsa del Trabajo se compone de dos habitaciones oscuras y sucias, donde los obreros en paro se apretujan salvajemente y se aplastan ante una ventanilla en que, con extraordinaria frecuencia, no hay nadie. Los parados, llenos de resignación, sentados por el suelo y en medio de la suciedad, esperan sin esperanza de protección, sin posibilidad de obtener nada. Las mujeres jóvenes, si quieren conseguir algo, tienen que acostarse con el director. Hay 7.000 pobres diablos que tienen que sufrir las injurias y la arbitrariedad de éste y del director adjunto (*Troud*, 13 de mayo de 1928). Con gran frecuencia tienen que aguantar a pie firme una semana entera para poder inscribirse; las mujeres tienen que sufrir las brutalidades de los *hooligans;* tienen, además, que soportar las exigencias de los funcionarios, que les imponen toda suerte de complacencias "en especie" (*Pravda*, 15 de junio de 1928). La Prensa ha denunciado durante algunas semanas los escándalos y abusos de las Bolsas del Trabajo por orden superior; pero después todo ha vuelto a quedar en silencio. ¿Ha cambiado algo la situación después de esto? En la próxima explosión del descontento volveremos a leer los mismos artículos, con pocas variaciones.

Otros de los desfavorecidos por la suerte y por el régimen son las mujeres y los niños. La fórmula clásica de las reivindicaciones socialistas y comunistas en el mundo, *A igual trabajo, igual salario*, no cuenta en la Rusia soviética. En 1927, Trotski escribía, basándose en las cifras oficiales concernientes al año anterior: "En no pocas ramas de la industria, el salario de la mano de obra femenina constituía en marzo de 1926 los 51,61 y 83 por 100 del salario del hombre. Las necesarias medidas de protección del trabajo femenino en las ramas industriales, como, por ejemplo, la turba, los trabajos de carga y descarga, etcétera, no son tenidas en cuenta. Con relación al salario de los adultos, el salario de los jóvenes no cesa de dismi-

ssir. En 1923 constituía el 47 por 100; en 1924, el 45 por 100; en 1925, el 43 por 100; en 1926, el 40 por 100 del salario del adulto (*Revista de la situación económica de la Juventud*, 1924-25 y 1925-26). En marzo de 1926, el 49 por 100 de los jóvenes ganaban menos de 20 rublos mensuales (Oficina central de Estadística). Después de nuestra demostración respecto al salario de los hombres, es superfluo insistir sobre lo que representan los de las mujeres y los de los niños, de los cuales Trotski hablía de la manera que hemos visto durante el décimo aniversario de la revolución. Poco han podido cambiar la situación los dos años transcurridos desde entonces. La Prensa soviética abunda en relatos, testimonios y descripciones, que ilustran la triste condición de los obreros y de los hijos del proletariado. Vamos a dar algunos extractos o análisis breves.

En la *Pravda* del 29 de marzo de 1925 se describe de la siguiente manera la situación de las obreras de Tula: "La investigación ha revelado un negro cuadro. El bajo nivel de la instrucción, la completa ignorancia, la ausencia de especialización en el trabajo y, como resultante, los bajos salarios, las cargas de familia: todo esto pesa como un fardo sobre el desarrollo cultural y social de las obreras... Casi todas éstas tienen tres, cuatro y muchas cinco o seis bocas que mantener, y su salario corresponde a la tercera categoría, o sea, en aquella época, a una docena de rublos al mes; para trasladarse al trabajo, la obrera tiene que dejar frecuentemente un niño de tres años a la guardia de una anciana; "las condiciones de la vivienda son intolerables"; de 42 obreras sometidas a una encuesta, cinco no pueden enviar a sus hijos a la escuela por falta de medios materiales; 11 no tienen zapatos ni ropa de abrigo para ellas ni para sus chicos; catorce no siempre pueden comer un plato caliente por día; 12 son analfabetas (Tula es una ciudad cercana a Moscú). En Astracán, las obreras de las empresas del pescado han sido consideradas durante largo tiempo como objetos desdeñables, y, "sobre todo, gratuitamente utilizadas".

Abrumadas por la necesidad no se atrevían a negar nada a los contramaestres. Las más valientes perdieron su pan. La revolución no ha introducido casi el menor cambio en estas costumbres. Como antes, los dirigentes de la empresa persiguen a las obreras, abusan de ellas, y no sólo los dirigentes, sino hasta el último de los empleados"; hay corresponsales obreros que denuncian numerosos casos de éstos, y el Sindicato excluye a aquellos que se dejen coger "pero todo esto resulta insuficiente", las víctimas no se atreven a hablar... (*Pravda*, 10 de mayo de 1925). En las plantaciones de tabaco del Cáucaso, los obreros trabajan sobre la paja, en medio de un polvo acre, desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche; las enfermedades profesionales abundan; el contrato colectivo, con su cláusula de las ocho horas, no es respetado; se practican los "casamientos de estación" con su cortejo de enfermedades venéreas, abortos malsanos, etc. (*Troud*, 26 de marzo de 1926). En Crimea—escribe Serafimovich—, las jóvenes empleadas de las plantaciones de tabaco, de las viñas etc. tera, se ven obligadas a acostarse con los que las emplean, y se producen abortos en masa y enfermedades múltiples; son mal alimentadas, disponen de pésimas viviendas y se las trata como al ganado, "peor que en un presidio" (*Krasnaya Gazeta*, 21 de marzo de 1926). El paro femenino, la crisis de las viviendas, etc., desarrollan la prostitución, especialmente la prostitución infantil; se multiplican las prostitutas de catorce años (*El Comunista*, Karkov, 15 de abril de 1926). De una manera general en el taller lo mismo que en la oficina, en la Universidad como en el establecimiento, las mujeres se ven obligadas a quejarse de no poder obtener o conservar su trabajo ni hacer respetar el menor de sus derechos, sin pagar un impuesto en especie, en forma de complacencias que les repugnan, al hombre que tiene el poder de decisión. En este orden oprime cruelmente a la mayoría de las mujeres como en ningún otro país del mundo, una tiranía insoportable. Cuanto sucede a este respecto es una triste vergüenza para el partido que detenta el Poder, cuyos miem-

bros son, por otra parte, los principales beneficiarios de los abusos. No pocos de los suicidios de mujeres encuentran aquí su causa. Los ejemplos abundan.

A propósito de estos suicidios, decía la *Pravda*: "Las personas como K. pisotean las jóvenes vidas humanas con excesiva ligereza e impunidad. Las cosas no siempre llegan hasta el asesinato o el suicidio. Pero las muertes morales son muy frecuentes. ¿No es un asesinato moral el hecho de que una estudiante se vea obligada a pasar por la cama de un individuo como ese K., que desempeña una alta función en la Universidad, si quiere recibir un permiso, una bolsa de estudios, un billete de ferrocarril, etcétera? Semejantes hechos no constituyen, desgraciadamente, una excepción. Y lo más grave es que se llevan a cabo descaradamente" (*Pravda*, 5 de junio de 1926). En efecto, es preciso constatar que ya ni siquiera se piensa en asombrarse, en Rusia, de estas prácticas cotidianas, y, respecto a la indignación, ésta se ha embotado después de cuanto se ha visto de diez años a esta parte. "Debemos decir la verdad: el estado de numerosos oficios no ha mejorado después de la revolución. La joven artista no puede llegar a la escena sino después de pasar la mayor parte del tiempo por la cama del escenificador. A la joven no le queda frecuentemente más que una sola alternativa: la prostitución o ese género de trabajo..." (*Krasnaya Gazeta*, de la noche, 1 de octubre de 1926). El comunista V., administrador de una fábrica, hace ir a su casa a una obrera para imponerle indebidamente un trabajo, y, además, abusa de ella; el comunista K. injuria y maltrata a las obreras (*Pravda*, 3 de marzo de 1928). En Yaroslav, los dirigentes de la fábrica de alcohol, e incluso el secretario de la célula comunista, imponen su derecho de pernada a las obreras y después se deshacen de ellas despidiéndolas; nadie se atreve a criticarles, por no verse tratado de "menchevique" o de "oposicionista" (*Troud*, 11 de mayo de 1928). En las hornagueras de la provincia de Vladimir, las obreras trabajan diez u once horas, en lugar de ocho, bajo la lluvia, con agua hasta la cintura, llevando pesos

de 40 kilos; veinticuatro jovenzuelas tienen que trabajar en las charcas, no obstante la prohibición expresa de la ley; los obreros temen alzar la voz por no perder su trabajo (*Troud*, 1 de junio de 1928). En las pesquerías del Volga, en Astracán, ya indicadas, los empleados de la administración y de los sindicatos obligan a las pobres obreras a acostarse con ellos, persiguiendo a aquellas que se niegan a hacerlo así (*Pravda*, 4 de noviembre de 1928). En las minas de manganeso de Nicopol, las mujeres son objeto de vejaciones y de malos tratos, y se ven obligadas a tolerar las exigencias de los obreros, a los cuales hacen la cocina y demás trabajos domésticos (*Pravda de las Juventudes*, 29 de marzo de 1929). Las *Izvestia* del 6 de junio de 1929 citan diferentes casos en que las empleadas, las enfermeras y las maestras han tenido que someterse a las exigencias sexuales de sus superiores jerárquicos. Por regla general, las mujeres, convertidas así en prostitutas a pesar suyo, se sienten humilladas, sin defensa, y no se atreven a decir nada, por vergüenza o por miedo a perder su empleo. Los hechos se revelan a veces gracias a las cartas anónimas. En la larga serie de asuntos de corrupción descubiertos desde hace tres o cuatro años en importantes centros de la U. R. S. S., lo mismo que en localidades apartadas, y que ponen en entredicho o amenazan a las cabezas del personal comunista y soviético, dirigente o subalterno, las violencias sexuales ocupan considerable lugar; las víctimas son trabajadoras sin defensa; en cuanto a los servicios de protección de la maternidad y de la infancia, existen como muchas otras cosas en Rusia soviética: en el papel. El porcentaje de los que se aprovechan de ellas es de tal modo insignificante que los periódicos se guardan muy bien de elogiarlas. Las encuestas oficiales establecen que la asistencia a las parteras casi no existe; que las casas de maternidad en número irrisorio, están demasiado llenas; que hay falta de material y de ropa. Existen, sin duda, algunas casas de maternidad modelos, aquellas a que se lleva a los visitantes a los turistas y a los falsos amigos de la U. R. S. S.;

pero, ¿es posible concederles atención seriamente en esta sexta parte del globo? También los países capitalistas poseen casas de maternidad modelos, y más numerosas y bellas que en Rusia; pero esas instituciones no cubren las taras del capitalismo. Las de la U. R. S. S. todavía pueden inspirar menos ilusión. Aún están por aplicar los excelentes principios formulados antes de la muerte de Lenin. No estudiamos aquí las causas, ni buscamos, de momento, a los responsables: nos limitamos a constatar los hechos.

También existen en el papel leyes y decretos para la reglamentación del trabajo de los niños. Pero, ¿de qué manera son aplicados? La *Pravda de las Juventudes* ha empezado a preocuparse recientemente de ello, y ha descubierto una realidad odiosa. En la provincia de Vladimir, los niños se convierten en obreros agrícolas a los nueve o los diez años, trabajan quince y dieciséis horas diarias, son golpeados por sus padres cuando tratan de evadirse de su vida de presidiarios; hay niños de diez y trece años, pastores, que tiemblan de frío bajo sus andrajos; las jovenzuelas duermen en los establos con las vacas, trabajan desde el alba hasta el crepúsculo y son maltratadas; en Karelia, los niños son alquilados por sus padres para todo el verano, mediante un tonel de pescado seco y cinco rublos; los *sovkhoses* (dominios soviéticos) explotan niños, de trece a quince años, diez o doce horas diarias, por 40 ó 50 kopeks; la mitad de los jóvenes obreros agrícolas no goza del descanso dominical; hay 130.000 jovenzuelas que trabajan de diez a doce horas al día (*Pravda de las Juventudes*, 19 de junio de 1929). Entre 5.400.000 obreros agrícolas—afirma un representante de la Unión de la Juventud Comunista—, 200.00 son jóvenes, de ellos, 1.300.000 menores de dieciocho años, y 638.000 de once a catorce años, no obstante la ley que prohibe el trabajo de los niños de menos de catorce años. Los adolescentes reciben, por término medio, 13 rublos (los muchachos) y 11 rublos (las jóvenes). El adulto cobra 21 rublos (recordemos que el rublo-papel actual vale alrededor de cuatro

francos). La inmensa mayoría de los jóvenes trabaja diez, doce horas y más diarias. El 34 por 100 de las jóvenes trabaja más de doce horas. No hay nadie que defienda a esta infancia cruelmente explotada (*Pravda de las Juventudes*, 26 de junio de 1929). En la IV Conferencia de las juventudes comunistas, una delegada decía en su informe: "Por doloroso que ello sea, la verdad es que nadie se preocupa del trabajo de los niños. Las cartas de éstos revelan hechos que, al pronto, parecen increíbles en la U. R. S. S. Hay *pionniers* (miembros de la organización de los niños) que afirman unánimemente que los niños se ven obligados a trabajar de catorce a dieciséis horas diarias por un salario mensual de cinco a diez rublos, son golpeados, etc." (*Pravda de las Juventudes*, la misma reseña). Un artículo de este mismo periódico, un mes más tarde, describe la explotación de los niños con tintas todavía más negras. Sólo los países de Oriente, como la China y la India, conocen tales iniquidades: hay millares de niños de siete a doce años que trabajan para los esteros; los hay también a millares empleados en la industria del cuero, que es muy malsana; los *koustari* (artesanos) ponen a trabajar a niños de cuatro a cinco años; hay niños de ocho años que hacen el penoso trabajo de devanamiento del hilo tejido; hay jovencitas, por decenas de miles, que sirven de niñeras y de criadas, y que trabajan como esclavas. Y, al lado de esto, falta de instrucción, malos tratos, situación sanitaria deplorable (*Pravda de las Juventudes*, 25 de julio de 1929. ¿Y qué decir de
los niños recogidos en esas "casas de la infancia", de las
que les recoge el Estado, y la necesidad de volverles a
la U. R. S. S." hacen tan grandes elogios? Se ha expli-
cado frecuentemente la persistencia de la vagancia en los
niños por la tendencia de éstos a huir de las casas en
que les recoge el Estado, y la necesidad de volverles a
llevar a ellas varias veces. Vamos a ver inmediatamente
cuáles son las razones de esa plaga.

Las casas de la infancia de la provincia de Tula, según el soviet de esta ciudad, ofrecen un cuadro siniestro:

no hay higiene en ellas, amontónanse los niños, los alimentos son deplorables, la instrucción está por debajo de todo, reina la inmoralidad entre el personal; en muchas de estas casas los niños son golpeados, aterrorizados, y se citan incluso casos de violaciones de jovencitas y el caso de una revuelta colectiva (*Pravda*, 19 de mayo de 1926). En la colonia de niños de Vorovski, la situación es todavía peor: suciedad repelente, piojos, montones de residuos, atmósfera pestilente, amontonamiento—dos y tres niños en cada cama—, montones de excrementos en las habitaciones; no existen baños, ni ropas calientes, ni zapatos para el invierno; en seis meses se han dado 3.096 casos de enfermedad entre 352 niños (*Pravda de las Juventudes*, número 149, 1926). Zoricht describe una casa de niños de Yaroslav basándose en un informe oficial: suciedad nauseabunda, miseria en las camas y en la cocina, agua y alimentos incalificables (*Troud*, 2 de septiembre de 1926). Otra, en la vecindad de Moscú: en pleno invierno, los niños van apenas vestidos; están llenos de granos y de llagas; los enfermos se acuestan en el suelo; no hay médicos ni farmacia; suciedad y basura; falta el agua; la casa, en mitad de diciembre, está tres semanas seguidas sin calefacción; los niños duermen vestidos y tienen hambre; el personal pedagógico y administrativo se emborracha, dilapida y roba; los dirigentes son comunistas (*Pravda de las Juventudes*, número 303, 1926). Boguslavski, comunista notorio y muy estimado, actualmente deportado en Siberia, como tantos otros, escribía en un estudio de conjunto: existen algunas casas bien organizadas y administradas; pero las más de ellas se encuentran en un triste estado, con sus locales húmedos, fríos, sucios, exiguos, desprovistos de las camas necesarias, y los pequeñuelos allí recogidos se encuentran en su mayoría enfermos. Citando las encuestas locales, dice: en Novotcherkask, casi todas las casas de niños están llenas de miseria y abarrotadas de niños que tienen la roña, la tiña o el tifus; la tiña, sobre todo, hace estragos; en Rostov, los asilos de niños se convertirán en nidos de banditismo si no se pone

remedio a ello (*Krasnaia Nov,* número de agosto de 1927). En Bechniaqui, cerca de Moscú, los niños son golpeados y literalmente torturados. "Se nos trata como a residuos humanos", escribía un grupo de estas víctimas, después de una inspección provocada por unos hechos particularmente escandalosos. El personal da pruebas de una crueldad bestial; los niños viven en medio de la suciedad y pasan frío y hambre, y por el menor pecadillo se les desnuda y se les dan grandes palizas (*Pravda de las Juventudes,* 30 de agosto de 1927). Se comprende muy bien que este periódico imprima con grandes titulares: "Los niños abandonados huyen de los asilos y de los centros de distribución". En las casas de la infancia se golpea a los pequeñuelos, se les humilla, se les castiga... En lugar de inspirarles el gusto del trabajo se les inspira el odio y la maldad. No es la primera vez que publicamos documentos sobre el odioso régimen de las casas de la sección moscovita de higiene social..." Había en 1927, sólo en la Rusia central, 1.852 casas, con 160.250 niños; éstas se encuentran en una situación material más que penosa; algunas de ellas no tienen más que cuatro rublos mensuales por niño; del conjunto de las informaciones se desprende que los niños tienen frío y hambre, no aprenden nada y son víctimas con harta frecuencia de malos tratos. En la región de Kazán, las colonias de niños son indigentes; carecen de ropa interior, de vestidos, de calzado; para 120 pequeñuelos no hay, en una de ellas, más que 20 ó 30 camas, y no todas con su correspondiente colchón de paja—y este caso no es excepcional—; los maestros se encuentran en la miseria (*Pravda de las Juventudes,* 22 y 24 de enero de 1928). El 5 de enero de 1928, los niños de la colonia *Vida del Trabajo,* cerca de Moscú, se amotinaron y entraron a saco en la casa; ésta es el antiguo palacio de un conde, pero esto no basta para embellecer la vida de los pupilos; la Dirección recibía 3,60 rublos por mes y por niño; hay "muchas casas de niños parecidas", dice el periódico. En el Instituto de Educación de los niños abandonados, los jóvenes de ambos sexos se emborrachan, am-

el ejemplo que les da el personal, que les inflige malos tratos. Un niño se ahorcó, y dos niñas intentaron suicidarse (*Isvestia*, 30 de junio de 1928). El órgano de las juventudes, informado por "centenares de cartas", denuncia una vez más "los verdaderos horrores que tienen lugar entre bastidores en las casas de la infancia" a consecuencia de la falta de medios materiales y de la insuficiencia de personal calificado (*Pravda de las Juventudes*, 9 de agosto de 1928). El mismo periódico vuelve a la carga este año, con mayor energía aún, exigiendo que se persiga a los funcionarios de la Instrucción pública responsables de la incuria de estas casas, y reclamando una inspección general. El asilo de niños de Odessa es "una escuela de ladrones", un lugar de corrupción y de embriaguez; los niños se acuestan en el suelo, en un local húmedo y lóbrego; el hogar de las jóvenes es un hogar de prostitución; en toda una serie de establecimientos ya nombrados, los pequeñuelos son cruelmente golpeados, ante los ojos de los comunistas y de las autoridades locales, que lo consienten; las historias de riñas sangrientas, de robos, de pillajes, de orgías, son innumerables; se cita también un caso de revuelta general en la provincia de Tula; todo esto explica por qué los niños prefieren la calle y el vagabundeo (*Pravda de las Juventudes*, 9 de mayo de 1929).

Al salir del asilo, las jóvenes son abandonadas a sí mismas, sin ayuda ni protección, y muchas de ellas se prostituyen; este caso es frecuente, sobre todo en Odessa (*Pravda de las Juventudes*, 9 de mayo de 1929).

Todas estas referencias son inútiles para todo aquel que haya vivido en Rusia *como un ruso*, y no como un transeúnte superficial; pero es necesario que lo sepan aquellos otros que son susceptibles de creer en el valor de los pretendidos "testimonios" de testigos incapaces de ver, de oír, de informarse, de buscar la verdad.

Y estas siniestras realidades no impiden en manera alguna la existencia del privilegio, así entre los pequeños como entre los grandes. La casa de niños de Malakhovka, en los suburbios de Moscú, es excelente, y existen otras

más por el estilo. Pero la suerte de un pequeño número de privilegiados, ¿puede compensar del verdadero martirio de la inmensa mayoría de los infortunados? ¿Acaso le revolución de octubre ha tenido por objeto crear unas cuantas instituciones modelos como islotes en un océano de injusticias? Sin necesidad de hablar del socialismo, la atenuación de los males más salientes, heredados del pasado o nacidos en el presente, exigirá largos años, y no será posible sino a condición de no engañarse a sí mismo y de mirar cara a cara las dificultades que es preciso vencer. La leyenda soviética sostiene el mal creando ilusiones.

La desigualdad material y social se manifiesta con singulares contrastes en la industria artesana, donde parece conservarse cuidadosamente "la herencia del pasado". Los *kustari* (artesanos) ocupan un lugar importante: constituyen el 60 por 100 del total de la mano de obra industrial y suministran todavía el 30 por 100 de la producción (*Troud*, 16 de abril de 1929). Existen más de cuatro millones de obreros, de los cuales 200.000 están organizados en Cooperativas (*Pravda de las Juventudes*, 24 de abril de 1929). El Código del Trabajo no existe para ellos. "La jornada de ocho horas no les es reconocida ni aun en los *artels* (Asociaciones obreras) de inválidos, que comprenden casi exclusivamente estropeados y enfermos; la jornada es, generalmente, de doce e incluso de quince horas; en 1927-28, la mitad de los *artels* trabajaba sistemáticamente más de ocho horas; en 1928-29 son ya más del 60 por 100; los salarios son, en algunos casos, del 200 por 100 a más del 1.000 por 100 de los de la industria del Estado. "Un mecánico artesano gana, por término medio, 826 rublos mensuales; un aserrador, 300 rublos; un ajustador, 220 rublos; un obrero no especializado, 134 rublos", en un *artel* que se cita como ejemplo; pero sin que podamos saber si constituye la característica del conjunto. "Ausencia total de todo género de preocupación sanitaria e higiénica en estos oficios, de técnica de seguridad; la legislación sobre el trabajo de los niños y de los adolescen-

tes no se tiene en cuenta lo más mínimo; el *kustar* explota sin piedad a sus propios hijos de ocho a nueve años, los obliga a trabajar de doce a catorce horas diarias, a veces también los días festivos; los gratifica generosamente con coscorrones y puntapiés, y no los manda a la escuela" (*Troud*, 31 de agosto de 1929).

Aún no se ha dicho todo sobre las categorías sociales más favorecidas, por no hablar más que de los habitantes de las ciudades. Nos ocuparemos en otro capítulo de los maestros y de los estudiantes proletarios. Unas palabras ahora sobre los empleados domésticos: hay registrados 300.000, de los cuales un gran número no recibe *ningún salario* monetario (se emplean a cambio de la comida y del alojamiento) y la cuarta parte no cobra el mínimo legal; no conocen la jornada de ocho horas, y la mayoría de ellos trabaja desde el alba hasta la caída de la noche; ya conocemos también las condiciones de alojamiento de que disfrutan (*Troud*, 6 de junio de 1929). Unas palabras también sobre la categoría de proletarios única en el mundo: los obreros sin retribución. Es preciso ir a Odessa para verlo. Son unos obreros que se presentan cuatro veces cada día en la fábrica, a cada relevo. Se les admite si faltan obreros; no reciben salario alguno, pero tienen derecho a una libra de jabón al mes (*Troud*, 30 de agosto de 1929). Respecto a la duración de la jornada de trabajo en general, es preciso reunir algunas informaciones, indispensables para completar el cuadro de la vida obrera. Describiendo la existencia de las mujeres y de los niños, hemos subrayado la constante violación de la ley de las ocho horas. Hay muchos adultos que no están mejor protegidos.

La jornada de ocho horas fué decretada por la revolución burguesa democrática de marzo de 1917. Correspondíale a la revolución soviética asegurar su aplicación. ¿De qué manera lo ha hecho? En los ferrocarriles se multiplican las infracciones. En la línea llamada del Báltico, los ferroviarios prestan servicio, a veces, veinte horas seguidas. En 1925 contáronse 8.200.000 horas extraordi-

narias (*Troud*, 20 de marzo de 1926). Los obreros adolescentes trabajan generalmente mucho más de la norma legal, observa Semachko (*Pravda*, 25 de marzo de 1926). "La protección del trabajo deja mucho que desear en todos los dominios. Incluso en aquellas profesiones que parecen favorecidas, como los empleados de comercio, los chóferes, etcétera, se trabaja en condiciones penosísimas. Los empleados de comercio hacen por todas partes jornadas de diez u once horas" (*Rabotchaia Gaseta*, 16 de junio de 1926). "En nuestra industria—observa un delegado de los tejeros en una conferencia de la construcción—hace tiempo ya que han desaparecido las ocho horas. Siempre se trabajan diez horas, aún más" (*Rabotchaia Gaseta*, 25 de junio de 1926). Las horas extraordinarias son una práctica corriente en la mayor parte de las instituciones y empresas, con desprecio de la Inspección del Trabajo (*Troud*, 9 de octubre de 1926). En una serrería mecánica del Cáucaso, la jornada llega a veces a las doce horas; las horas extraordinarias se pagan con arreglo a la tarifa ordinaria, así como el trabajo del domingo y de los días festivos; se impone a los obreros el trabajo de limpieza sin abonarles un céntimo (*Troud*, 16 de noviembre de 1926). Las horas extraordinarias registradas exceden, con mucho, del margen tolerado por el Código del Trabajo; pero además, hay las horas que no se registran. En la gran industria, más del tercio de los obreros trabaja horas extraordinarias, cuando existe un paro intenso (*Troud*, 29 de abril de 1927). La Inspección del Trabajo de Moscú ha señalado en un año 53.000 violaciones de la legislación social; las empresas e instituciones diversas han solicitado en un año la autorización para trabajar 1.826.000 horas extraordinarias, y más de la mitad de ellas ha recibido autorización. (Pero se ignoran los miles de horas que no se cuentan en la totalidad del país.) Las demandas eran cuatro veces mayores en el semestre siguiente, y más de las dos terceras partes recibían la licencia pedida (*Pravda*, 8 de junio de 1927). En las hornagueras de Uust-Toma, la jornada es de diez horas, sin contar las extraordinarias.

los obreros trabajan desde las cuatro de la madrugada hasta las once de la noche (*Troud*, 18 de agosto de 1927). En Briansk, todavía hay obreros que trabajan desde las cuatro o las seis de la madrugada hasta las ocho o las diez de la noche (*Pravda de las Juventudes*, 24 de noviembre de 1927). En el Donetz, la jornada de trabajo no existe; en la fábrica de Stalino, 1.000 obreros, entre los que se cuentan 300 jóvenes, trabajan más de ocho horas en la descarga de los vagones; hay muchos que se extenúan durante doce horas diarias (*Pravda de las Juventudes*, 5 de enero de 1928). En casi todas las hornagueras la explotación de los trabajadores es verdaderamente vergonzosa: jornada de doce horas para los adultos, de diez a doce horas para los jóvenes, de diez a once horas para las mujeres, y trabajan en las charcas (*Troud*, 1 de julio de 1928). A consecuencia de la catástrofe minera de Chakhti (Donetz), la encuesta ha demostrado que los obreros muertos trabajaban tre horas, sin relevo, cosa que no ignoraban los sindicatos (*Troud*, 3 de agosto de 1929). En Stalingrado ha sido introducida la jornada de diez horas, a fin de acelerar la construcción de la fábrica de tractores (*Troud*, 20 de agosto de 1929). Estos hechos son frecuentes. Esta es la causa de que las diversas oposiciones políticas comunistas hayan inscrito en su programa el respeto a la jornada de ocho horas, la supresión de las horas extraordinarias no retribuídas, etc.

Con ocasión del décimo aniversario de octubre, el Poder soviético lanzó un manifiesto prometiendo a los obreros la jornada de siete horas, reforma relativamente fácil en un país de paro intenso y de salarios míseros. Han transcurrido dos años, y la jornada de siete horas no ha entrado en vigor más que en algunos centenares de empresas. La gran masa todavía no goza ni siquiera de la jornada de ocho horas. El Comisariado del Trabajo *promete* asegurar las siete horas para unos 450.000 trabajadores más, para fines de septiembre de 1930; lo cual daría—en el papel—un total de un millón tan sólo, tres años después del manifiesto de 1927 (*Troud*, 31 de agosto de 1929).

Pero, ¿cuántos seguirán trabajando horas extraordinarias y cuándo les será aplicada la ley a los doce millones de asalariados? A razón de tres años cada millón, se necesitarán treinta y seis años, sin contar el desarrollo numérico del proletariado. Es menos fácil realizar que decretar. Una vez más, es preciso no confundir lo escrito con lo hecho.

IV

La vida trágica de los trabajadores

En el campo.—Las clases campesinas.—Kulaks, bedniaks, seredniaks.—La gran miseria de los pobres.—La suerte de los batraks.—El Erario público y los bedniaks.—El estado sanitario del campo.—Las "casas del campesino".—Los impuestos ilegales.—Los empréstitos "voluntarios" obligatorios.—El proletariado de los sovkhoses.—Abusos de poder de las autoridades locales.—Confiscaciones y detenciones arbitrarias.—Indicios de revuelta.

De 150.000.000 de habitantes de la U. R. S. S., con un aumento de 10.000 cada día, y, por consiguiente, de más de medio millón mientras que escribimos y se imprime este volumen, más de 120.000.000 son campesinos (y de los otros 30.000.000, una buena parte es asimismo campesina, pues no pocos proletarios distribuyen su tiempo entre la ciudad y el campo, y no pocas localidades que se cuentan en Rusia como villas no son sino pueblos grandes). En su casi totalidad, se trata de campesinos trabajadores. ¿Cuál es su suerte?

Como se sabe, la revolución de octubre dió a esta masa el usufructo de toda la tierra rusa. Era esto lo que pedía, sin poder distinguir entre el usufructo y la propiedad. Los bienes de la Corona, de la Iglesia y de los grandes terratenientes han aumentado así las superficies corres-

pondientes a las comunas. Pero en esto no ha habido unanimidad, pues no en todos los lugares había propiedades conquistadas que distribuir, y son bastantes las regiones que no han conocido cambio alguno en lo que se refiere al enriquecimiento de tierras. Además, el aumento de la población ha reducido rápidamente en no pocos lugares las parcelas a los límites de antaño. La atribución de parcelas a los campesinos sin tierras ha absorbido a veces el suplemento de tierras, llegando incluso a disminuir la parte de cada cual. Según Kalinin, "en la Rusia zarista había 16 millones de explotaciones individuales. Hoy llegan de 25 a 27 millones. Expresado de otra manera: cada una de esas explotaciones es casi dos veces más pequeña, y reporta, por consiguiente, cerca de dos veces menos" (*Pravda*, 28 de mayo de 1929). La pequeña explotación individual, en vigor bajo el antiguo régimen de comunidad rural (*obchtchina* o *mir*), y mantenida bajo el régimen soviético actual, ha tenido el gran inconveniente de parcelar hasta el extremo el cultivo. Cada cabeza de familia tiene derecho, en efecto, a su parte de terreno en varias parcelas, frecuentemente alejadas unas de otras y constituyendo tierras de diversas cualidades; esta parte disminuye sin cesar a medida que aumenta el número de "fuegos"; resulta imposible el empleo de maquinaria agrícola moderna; el turno periódico de explotación, concebido con un espíritu de justicia abstracta, no favorece el mejoramiento del suelo; la excesiva distribución de la tierra y la pobreza general conducen a un cultivo extensivo, acompañado de un rendimiento inferior. El cultivo intensivo, con un potente maquinismo y un abono racional, sólo es posible en vastos dominios propicios al trabajo colectivo, en explotaciones capitalistas o socialistas. El capitalismo agrario se encuentra consignado actualmente en empresas restringidas; el socialismo no existe todavía, pues los dominios soviéticos no representan más que una parte ínfima del trabajo agrícola. La resultante es una insuficiencia de producción global, la imposibilidad de expor-

tar cereales, la necesidad, por el contrario, de comprarlos en el extranjero y de racionar a la población.

El objeto de este trabajo no es analizar el desarrollo económico de Rusia ni discutir los problemas que plantea, hacer valer los argumentos de los unos o de los otros en favor de tales o cuales soluciones, preconizar, en fin, una política determinada; nos proponemos tan sólo hacer una exposición de la situación de los trabajadores y tratar de aclarar las perspectivas de su porvenir más próximo. Así, pues, evitaremos llenar de cifras nuestro esbozo sobre la economía rural, para llegar inmediatamente a las clases sociales.

Generalmente se divide a los campesinos rusos en tres principales categorías: los ricos, los pobres y los de clase media (*kulaks, bedniaks, seredniaks*). Esta diferenciación es bastante vaga, y en cuanto se trata de caracterizar los recursos de estas clases se llega a una clasificación más matizada. Una obra editada en 1928 por la Academia Comunista de Moscú, *La diferenciación social del campo soviético*, distingue en la población campesina cinco categorías:

1. Familias proletarias: las que venden más de 50 jornadas de trabajo.

2. Familias semiproletarias: las que venden de 20 a 50 jornadas de trabajo, o alquilan ganado de trabajo durante más de veinte días, o material durante más de diez.

3. Las familias de condición media: las que alquilan o venden menos de 20 jornadas de trabajo, alquilando menos de 20 jornadas de ganado de trabajo o menos de 10 jornadas de material.

4. Familias de condición media con elementos de explotación: las que alquilan de 20 a 50 jornadas de trabajo, alquilando más de 20 jornadas de ganado o más de 10 jornadas de material, o tomando a medias más de dos hectáreas de labor o más de cinco hectáreas de pradera.

5. Familias de pequeños capitalistas: las que alquilan más de 50 jornadas de trabajo.

Todas estas cifras representan saldos, o sea la diferencia entre las jornadas alquiladas y vendidas, pues la mayor parte de los campesinos trabajan o hacen trabajar con ganado y material que toman unos de otros en la época de las labores y de la recolección. Los mismos autores dan las cifras siguientes para representar el valor medio de los medios de producción (ganado de corral, material, edificios de explotación, máquinas y utensilios, reservas no alimenticias) de las familias examinadas para 1925, correspondientes a las cinco categorías siguientes:

1.o De 220 rublos, en el Norte del Cáucaso, a 310, en Ukrania.

2. De 280 rublos, en el Ural y en Siberia, a 400, en Ukrania.

3. De 510 rublos, en Siberia, a 850, en las estepas de Ukrania.

4. De 920 rublos, en Siberia, a 1.200, en el Norte del Cáucaso.

5. De 940 rublos, en Siberia, a 1.680, en el Norte del Cáucaso.

En la misma obra se evalúan como sigue *las rentas*, deduciendo los gastos materiales de explotación (sembrado, salarios de los obreros) de las familias que disponen:

De menos de 200 rublos de medios de producción: de 163 a 276 rublos de renta por año, de los cuales sólo la mitad es producto del cultivo, y el resto de salario de trabajos personales o de alquiler de tierra.

De 200 a 500 rublos de medios de producción: de 234 a 329 rublos de renta, sacados principalmente del cultivo y de los trabajos personales.

De 500 a 800 rublos de medios de producción: 345 rublos de renta en Ukrania a 455 rublos en Smolenks, provenientes en sus tres cuartas partes del cultivo (impuesto directo de 31 a 62 rublos).

Por encima de 1.400 rublos de medios de producción:

502 rublos de renta en Ukrania y 1.007 rublos en Smolenks (impuesto directo de 55 a 111 rublos).

Esta apariencia de obra maestra de la estadística puede disimular no pocos errores y engaños; pero éstos, en ese caso, residirían en la apreciación o en los cálculos referentes a las categorías más ricas, aquellas que tienen algo que disimular; respecto a las más pobres, resulta relativamente fácil evaluar sus bienes y sus rentas. Pueden, pues, tenerse por aproximadamente exactos los datos que se refieren a los pobres, que son los únicos que aquí nos interesan. Así como no hemos estudiado en este libro la condición de los privilegiados de la ciudad, funcionarios, técnicos, pequeños industriales, comerciantes, ni tan sólo de los cuatro millones de *koustari* (artesanos), nos limitaremos respecto del campo a evocar la situación de los campesinos más desheredados. Esto no podíamos hacerlo sin resumir la estadística oficial, que engloba a toda la población campesina. De ello se desprende que una familia proletaria tiene que vivir con una ganancia de 160 a 275 rublos por año; una familia llamada semiproletaria, con unos 235 a 330 rublos. Estas dos categorías de campesinos constituyen cerca de la mitad de los rurales, si admitimos, con los dirigentes, que el 40 por 100 de las explotaciones agrícolas se hallan desprovistas de un caballo, y contando los seis millones de jornaleros cuya ganancia es, sobre poco más o menos, idéntica. Entrambas categorías constituyen algo menos de la tercera parte, si se admiten que engloban solamente a los *bedniaks* (pobres) y *batraks* (jornaleros), con exclusión de todo arriendo, que pertenece ya al grupo denominado de los campesinos medios. Pero añadiendo la tercera categoría, con una renta anual de 345 a 455 rublos, tenemos indudablemente a la gran mayoría de la clase campesina, o sea más de las tres cuartas partes. El lector, que conoce el valor real del rublo, puede darse cuenta así del estado miserable de cien millones de campesinos.

De estos cien millones, los más pobres ganan, por familia, según la sesuda obra invocada, 160 rublos por año.

o 640 francos, o sea 55 francos al mes o cosa así; los menos pobres, 455 rublos anuales, o 1.820 francos, o sea alrededor de 150 francos mensuales, y, repitámoslo: *por familia*.

Lo justo para no morirse de hambre, comiendo todos los días *cacha* (sopas). Bien es verdad que las necesidades son mucho menores en el campo que en la ciudad, y que establecemos un parangón con Occidente; no debemos olvidar la profunda diferencia de evolución que convierte al publo ruso, liberado del servilismo solamente en 1861, en el más atrasado de Europa. Pero estos trabajadores campesinos, al cabo de quince años de guerras y de privaciones, carecen de todo, y a la revolución corresponde elevar su nivel de existencia. Kalinin, respondiendo a las quejas del campo, escribía: "¿He negado alguna vez que la vida de los pobres es dura? No; su suplicio sigue siempre. No es nuestra la culpa; es una desgracia para nosotros. Sólo el socialismo podrá salvarles..." (*Izvestia*, 28 de agosto de 1926.) Entonces, que no hablen de desgracia en Rusia mientras se paga a ciertas gentes para que la presenten ante el extranjero como un país dichoso.

De esta "pobreza campesina", según la expresión rusa, provienen los millones de parados atraídos por la ciudad, los millones de peones que tienen que realizar los trabajos más duros de la fábrica, los millones de obreros estacionarios, cuya suerte es siempre incierta; toda esta plebe desgraciada, cuya triste condición en el trabajo y en la vivienda, sin trabajo y sin vivienda, hemos descrito. Ella es quien alimenta la formidable reserva de mano de obra en demasía, evaluada en 25 millones de individuos. Es ella la que constituye el proletariado agrícola propiamente dicho, los seis millones de *batraks* y de obreros de los campos que alquilan sus brazos a los campesinos más pudientes.

A juzgar por la suerte de los obreros no especializados de la ciudad, de los asalariados del campo, diseminados en la inmensidad de la planicie rusa y siberiana, no pue-

de ser envidiable. En la ciudad hay organizaciones, instituciones, periódicos, obligados a salvar por lo menos las apariencias y a intervenir contra los abusos excesivos, aun cuando no sea más que para impedir que se perturbe el "orden". En el campo no existe nada parecido. El proletariado se encuentra poco más o menos sin defensa. E incluso constituye un verdadero problema informarse sobre su estado. Ignora sus derechos, como lo ignora todo, y aun cuando lo conociera, ¿a quién podría dirigirse para su defensa, para expresar sus quejas, sus reivindicaciones?

¿A los Soviets? Ya diremos más adelante lo que éstos son. Uno de los tres dirigentes del país en 1924, Zinoviev, escribía entonces, en un momento de franqueza: "En el campo no se hace más que el sediente trabajo soviético; es decir, y hablando más llanamente: el cobro de los impuestos" (*Pravda*, 11 de octubre de 1924). ¿Al partido comunista? Basta hojear la obra de dos autores comunistas, Ryclin y Trountaiev, publicada oficialmente por las Ediciones del Estado en 1925, *Las células y los Soviets en los pueblos*. He aquí las verdades que encontramos: el poder de los Soviets no tiene el menor sentido en el campo; subsisten las viejas formas de administración, y las nuevas no cuentan, como no sea para exprimir al campesino; los campesinos pobres y medios se encuentran a merced del primer comunista o *comsomol* (miembro de la Juventud comunista) llegado; las elecciones a los Soviets no son más que la ratificación obligatoria de la lista impuesta por la célula comunista más cercana; el Soviet no sirve más que para cobrar los impuestos; todos se niegan a ser miembros de él; bajo la amenaza comunista, se organiza una especie de turno, a fin de que todos soporten el fardo; el "Soviet", una vez elegido (¡!) en tales condiciones, deja de dar señales de vida; no se reúne ni una sola vez al cabo del año; el presidente cobra, a pesar suyo, los impuestos y establece las listas de los contribuyentes que no pagan; los campesinos tratan sus asuntos serios en sus "reuniones" (*skhod*) tradicionales; los

comunistas se consideran como dueños y señores; no dirigen, sino que ordenan y mandan; en cuanto existe una célula, ésta se apodera de las funciones del Soviet. Tales son las conclusiones de dos comunistas concienzudos y bien documentados, que no se atreven a decirlo todo. Son también las de todo individuo inteligente y honrado que haya vivido en el campo en la Rusia soviética. "Todo el trabajo es ejecutado por los presidentes y los secretarios... El Comité del partido lo hace todo y, frecuentemente reemplaza, no sólo a las facciones comunistas en los Soviets, sino a los propios Soviets" (*Pravda*, 4 de agosto de 1928). ¿Quién se preocupa, en esos Soviets y células de aldea, dedicados únicamente a la percepción de los impuestos y al mantenimiento del "orden", de velar por el respeto de los derechos de millones de *batraks*? De vez en cuando, un periódico describe la situación medieval, pero no por ello se opera el menor cambio.

Con motivo de una encuesta en la Administración soviética inferior, algunos comunistas importantes tuvieron que darse cuenta, por fuerza, de la miseria de los jornaleros. Ya es hora, escribía uno de ellos, "de establecer un mínimo de salario, si no para todos, por lo menos para ciertos grupos de *batraks*. El salario del jornalero, en la aplastante mayoría de los casos, no le da medios de mantenerse" (*Pravda*, 14 de agosto de 1925). No se puede ser más claro. Volvamos a citar literalmente: "*El salario del jornalero, en la aplastante mayoría de los casos, no le da la posibilidad de mantenerse.*" Es inútil resumir las estadísticas, citar los engañosos porcentajes, los falaces coeficientes. El jornalero se muere de hambre. Y esto "*en una aplastante mayoría de los casos.*" Y a pesar de cuanto digan los "amigos de la U. R. S. S.". El mismo artículo observa: "En la región del Don, el salario de un pastor *acaba de ser disminuído en sus dos terceras partes*. Y esta disminución continúa." Así, pues, el pastor no ganaba ya lo suficiente con que mantenerse, y su salario es disminuído todavía en dos terceras partes. El mismo artículo observa también: la incultura del jornalero

no le permite la posibilidad de luchar por su salario; por eso precisamente necesita de la ayuda del Estado; el herrero artesano explota al *batrak* dieciséis horas diarias, y aún más. ¿Pero estamos en el octavo año de la revolución? Y actualmente, en el duodécimo, seguimos en el mismo estado medieval. Las transformaciones sociales se llevan a cabo imperceptiblemente, en las profundidades del campo ruso, y los saltos bruscos como la revolución de octubre pueden muy bien no afectar más que a las apariencias, si no se lleva a cabo un trabajo tenaz e inteligente en interés de los pobres con alma de esclavos.

"El salario de los jornaleros no ha alcanzado todavía el nivel de antes de la guerra", podía leerse en el *Trud* (26 de mayo de 1927). Era durante el décimo aniversario de la revolución. Y aun cuando hubiera alcanzado ese nivel, permanecería en medio de la miseria más negra. El mismo periódico hablaba de un aumento del 30 por 100 de este nivel para los obreros agrícolas propiamente dichos, para aquellos que poseen un oficio y conocen las máquinas. ¿Y qué significa esto? Siempre la miseria. Ya hemos visto lo que valen semejantes estadísticas concernientes a los trabajadores de las ciudades; para los del campo, la irrisión no merece ni siquiera la refutación. En Ukrania, el país agrícola más relativamente adelantado de la U. R. S. S., los obreros agrícolas tomados por tres meses trabajaban por término medio trece horas y treinta y seis minutos diarios; el término medio general es de doce horas y veinticuatro minutos para los hombres, y once horas y cincuenta y cuatro minutos para las mujeres; menos de la mitad cobran su salario en especie; la misma situación se da en el Cáucaso del Norte; los más maltratados son los obreros y las obreras de las plantaciones de tabaco, amontonados en inmensas barriadas de barracas, donde trabajan, duermen y comen de pie, sin abandonar la tarea, en los mismos recipientes comunes y con cucharas de madera que sirven para todos" (*Trud*, 5 de julio de 1927). Si el término medio es de doce y trece horas diarias, ya puede suponerse el destino de aque-

llos que trabajan por encima del término medio. Ossinski nos ha informado respecto al valor de estos términos medios. "¡Salvadnos, camaradas! ¡Vamos a perecer!" repiten desde hace varios años los delegados de los trabajadores de las lagunas de P. Estos obreros, al salir de las charcas, mojados, sucios, fatigados, no poseen para descansar más que algunas tiendas de campaña, con un poco de paja húmeda por el suelo. "Que nos den, por lo menos, una tabla—dicen—; no es posible que sigamos durmiendo en el suelo húmedo." Se les han hecho promesas, pero no se ha hecho nada práctico; los comunistas no se diferencian en nada de los sin partido, ya que se emborrachan y juegan a los naipes lo mismo que ellos (*Trud*, 27 de agosto de 1929).

Tal es la suerte de varios millones de proletarios agrícolas. ¿Y cómo viven las decenas de millones de campesinos pobres y de campesinos llamados medios, pero que se encuentran más cerca de los pobres que de los ricos? Hay una manera de no saber nada, y es la de referirse a las áridas estadísticas, que no pueden dar una idea concreta, palpable, de la existencia de cada día. Pero existe otra documentación, rica y viva, a la cual cabe recurrir: los escritos de los comunistas calificados, que conocen a los campesinos y la agricultura, y que están colocados en las mejores fuentes de información, gracias a la autoridad que les confiere el partido. El campo ruso es un misterio, incluso para los rusos de la ciudad. En él se elaboran procesos insospechados, cuyas manifestaciones estallan de repente, sorprendiendo a los observadores más atentos. Es preciso ir, de vez en cuando, a descubrirlas. El conocido comunista Yakovlev ha publicado un informe, en forma de folleto, tras una verdadera exploración llevada a cabo por él a la cabeza de una Comisión especial en la provincia de Kursk. El interés despertado por este librito, *El campo tal cual es*, fué tan grande, que el autor recomenzó su encuesta y publicó después una obra más importante: *Nuestros pueblos*. Semejantes trabajos no se resumen en algunas palabras

pero si se quiere comprender brevemente su sentido, basta decir: en su conjunto, no ha cambiado nada después de la revolución respecto a las costumbres, a la miseria y a la productividad del trabajo; pueden desarrollarse todavía o desaparecer los gérmenes de una vida nueva, según las relaciones que se establezcan con la ciudad. Otro comunista, cuyo conocimiento de las cosas campesinas, cuya inteligencia y talento son unánimemente apreciados en Rusia, redactor de la *Pravda*, de la *Bednota* (periódico de los campesinos pobres) y de las principales publicaciones soviéticas, León Sosnovski, actualmente deportado en Siberia, ha publicado notables artículos, por los cuales se entera uno mucho mejor de estos problemas que por los anuarios y estadísticas, las compilaciones de gráficos o de tesis económicas, comprensibles tan sólo para los "iniciados", para quienes las cifras se transforman mentalmente en realidades tangibles. Uno de estos artículos puede servirnos de demostración.

Una encuesta realizada en la provincia de Nijni-Novgorod pone de relieve el esfuerzo realizado por los campesinos de diferentes grupos sociales y la parte tomada al cabo del año por el Estado llamado "soviético". El campesino pobre J.—que tiene cinco bocas que mantener: un solo trabajador, que posee un caballo de veinte años, una cabra, tres gallinas e instrumentos de trabajo de madera, pide prestado un arado a una vecina mediante un pud y medio de harina (1 pud: 16 kilos). Y recoge al cabo del año 52 puds de centeno, dos de lino, 75 de patatas; el fisco pretende cobrarle un impuesto que se eleva a 51 puds y ocho libras de centeno, o sea el equivalente de toda su cosecha en grano. Habría que admitir que cinco personas pueden vivir con 75 puds de patatas y el precio de dos puds de lino. El desdichado, naturalmente, no puede pagar.

Otro campesino pobre, B.: ocho bocas que mantener y un solo trabajador; tiene un caballo, una oveja, un cordero; cosechan en todo el año 86 puds de centeno y 270 de patatas; le conceden una rebaja del impuesto, porque

ha perdido, uno tras otro, dos caballos, y paga 29 puds y 30 libras. El impuesto representa todavía para él un enorme porcentaje de la cosecha, y con lo que le queda tiene que alimentar a ocho personas. Debemos señalar que en la provincia de Nijni los campesinos son menos pobres que en la mayoría de las demás provincias. Los dos casos evocados con los de dos pobres que poseen un caballo.

El campesino medio Z.: seis bocas que mantener y dos trabajadores; posee un caballo, una vaca, un becerro, dos ovejas, tres corderos y seis gallinas; su cosecha es de 100 puds de centeno, 120 de patatas, dos de lino. El impuesto es aún considerable, si se tienen en cuenta las seis personas a quien tiene que mantener Z.: 54 puds de centeno, y paga 32 en obligaciones del impuesto en trigo (sobre esto diremos también dos palabras).

Un campesino acomodado (*kulak*), T.: seis bocas y tres trabajadores; el hijo estudia en Nijni; posee una yegua de raza, dos pollinos, una vaca, una oveja, siete corderos, dos cerdos del Korkshire; como inventario, una sembradora, una trilladora, dos arados, un rastrillo, etc.; su cosecha: 235 puds de centeno, nueve de lino, 350 de patatas, 100 de diversas cosas; el impuesto es de 70 puds y 30 libras; obtiene una reducción de siete puds y 15 libras para el mejoramiento agrícola. Además, posee 42 colmenas, que le proporcionan 40 puds de miel, que le producen en el mercado más que toda su cosecha, y por las que no paga el impuesto. Ha pagado en obligaciones del empréstito en trigo y ha comprado otras, con las cuales ha ganado 90 puds (estos títulos del empréstito eran en puds). Luego ha cubierto así su impuesto, resultando un porcentaje nulo.

Otro *kulak*, T.: tres bocas, tres trabajadores; posee un caballo, una vaca, un becerro; no se indica el total de su cosecha. De todas formas, con tres trabajadores en su inventario, ha cosechado, por lo menos, el doble que los campesinos pobres más arriba citados. Pero su fuerza económica no reside en esto. Posee un molino con dos muelas que pueden moler, con buen viento, 100 puds dia-

rios, pagando por esto 35 rublos anuales de alquiler y de patente. De cada 100 puds le quedan 10 de beneficio. Aun cuando no contemos más que cinco y ciento cincuenta días productivos por año, éste le supone un mínimo de 750 puds de beneficio, con un gasto de 35 rublos. Además, posee una pequeña fábrica de ladrillos, donde trabajan su familia y dos obreros asalariados, produciendo 60.000 ladrillos por año. El fisco no le impone más que 22 puds. En total, con la que satisface por el molino, no paga un impuesto mayor al del campesino medio Z., que vive exclusivamente de su trabajo y de su tierra.

Puede sacarse una conclusión clara: en el momento en que Sosnovski escribía (*Pravda* del 27 de agosto de 1924), el Estado expoliaba duramente a los más pobres y no les pedía casi nada a los ricos. Esto es lo que ha incitado a una fracción del partido comunista, en la que se encuentra precisamente el autor de tales artículos, bien colocado para saber de lo que trataba, a protestar contra la política fiscal seguida inconscientemente por el partido en el campo y realizada prácticamente por un "aparato" de funcionarios sometidos a la influencia de los campesinos pudientes. Los comunistas de esta calidad han sido encarcelados o deportados a Siberia; pero ha habido que tener en cuenta sus advertencias, confirmadas por todas partes, y dejar de despojar así a los campesinos pobres, de vender en subasta sus utensilios y sus muebles, e incluso encarcelarlos por su falta de pago. Pero citemos otros artículos de la *Pravda*.

Un campesino vuelve del ejército rojo debidamente adoctrinado, ateo, soviético, hombre de vanguardia; reside en la región de Leningrado; tiene que mantener a seis personas; no dispone más que de una deciatina de labor y de una deciatina de prado (una deciatina: una hectárea, 92 metros cuadrados); como campesino avanzado, rotura valerosamente una deciatina y cuarto de terreno montañoso, y, trabajando durante más de un año, obtiene un suelo de tres cuartos de deciatina; la ley deja exenta de impuesto, durante algunos años, la tierra rotu-

rada; pero le presentan, sin embargo, una hoja de contribución de 23 rublos 75, "cantidad en la cual no podía pensar más que en sueños"; hace una declaración ante el Soviet, no obstante lo cual, le embargan "toda su riqueza: una cómoda y una muela", que le dejan provisionalmente al principio y que expiden después al campo; inquieto, lleva a cabo algunas gestiones; le prometen no vender nada antes de aclarar el asunto; dos días después venden la cómoda, y no venden la muela porque no hay quien la compre; gestiones, comisiones, oficinas; le proponen el envío de un agrónomo a costa suya; paga; el agrónomo hace la constatación de que deberían exonerarle de impuestos durante cinco años; pasan los meses, el mueble ha sido vendido, la muela va a serlo, y el pobre diablo espera siempre..." (*Pravda*, 22 de abril de 1925).

Otro artículo, otra firma, el mismo periódico. Las declaraciones de impuestos, las demandas de reducción, etc., pasan por cinco o seis instancias, y duran largos meses; en todo este tiempo tienen lugar las perfecciones, y resultan hechos como el siguiente: la familia de un soldado rojo, que hubiera debido ser exonerado, escribe a este servidor de la revolución: "Vania, van a vendérnoslo todo, hasta nuestro último pan, y vamos a pasar hambre; Vania, hemos recibido tu certificado; pero ni siquiera lo han leído, pues no lo admiten; van a vender nuestros 15 puds de avena, nuestros 10 puds de centeno; todo ello hará 15 rublos, y nosotros tenemos que pagar 30 rublos; van a vender asimismo la granja; cuando vuelvas, estará vacía" (*Pravda*, 22 de abril de 1925).

Hechos así constituyen la moneda corriente y caracterizan el conjunto de una situación. Sería fácil citarlos a millares. Pero el día en que el Estado se dió cuenta de que faltaba el trigo constató también el despego de todos los campesinos hacia el régimen. Los pobres y una parte de los campesinos medios porque habían sido oprimidos, despojados, maltratados; los ricos y otra parte de los campesinos medios, porque no encontraban mercancías a cambio de su trigo o se juzgaban frustados por los bajos

precios pagados por el Estado. No es este el sitio más indicado para exponer las peripecias y las vicisitudes de la política económica del partido comunista en el campo; hacemos alusión a ella estrictamente en la medida en que es necesario para nuestro objeto: decir la verdad sobre la situación de las masas trabajadoras. Luego el Estado, es decir, el partido, pues no forman más que uno solo, ha debido hacerles concesiones a los campesinos pobres, no conforme a los principios, de los que ya hemos visto la cuenta que tienen, sino con la esperanza de crearse aliados para tomar el trigo donde se encuentre. Los campesinos ricos y pudientes han enterrado su trigo; los campesinos pobres, careciendo de trigo, no han encontrado el medio de comprarlo; el Estado, teniendo prisa por abastecer a las ciudades, se lo procuraba brutalmente por medio de confiscaciones y de represiones, que hacían desaparecer el trigo del mercado y levantaban contra él, una vez más, a toda la masa campesina; los pobres han visto disminuir, y los más pobres incluso suprimir, sus impuestos directos; pero, de todas formas, no hubiera podido pagarlos, y esto no les daba pan, el cual se racionaba en la ciudad mientras se venda libremente en el mercado, y, a escondidas, cuatro o cinco veces más caro del precio oficial. Además, aunque libres de la pesadilla del impuesto directo, los pobres se ven expoliados siempre por los impuestos indirectos, pues no sólo el presupuesto soviético se basa cada vez más sobre los impuestos indirectos, contrariamente al punto de vista comunista o socialista de siempre, sino que los altos precios de los productos manufacturados implican otros tantos impuestos indirectos disimulados. Estos precios, alrededor de tres veces más elevados que en la Europa occidental, aún no constituirían más que la mitad del mal si fueran reales. Efectivamente, desde hace varios años, la penuria de mercancías es tan fuerte en la U. R. S. S. la producción es de tal modo insuficiente, en relación con la demanda, que los pocos productos lanzados al mercado sirven a la especulación, pasan de mano en mano y alcanzan precios

exorbitantes. De todas maneras, el campesino pobre se ve siempre despojado. Impulsado por la miseria, y a fin de no morirse de hambre, se ve obligado a pedir prestado al *kulak*, y la usura lo convierte en esclavo. El *vodka*, el *alcoholismo*, acaban con él.

He aquí algunas informaciones sobre el estado sanitario en el campo. "Los enfermos sitian la enfermería a razón de 2.000 cada mes—escriben de la provincia de Gomel. Medicamentos en cantidad insuficiente. Reciben el aguarrás por cucharadas de sopa. No reciben más que veinte sellos de quinina cada mes, a pesar de que hay centenares de enfermos de malaria." "La sífilis es la plaga de nuestro cantón—escriben de la provincia de Nijni—. Hay pueblos en que la mitad de la población está contaminada de sífilis." "En la provincia de Orel, el doctor P. ha visto pueblos en cuyas escuelas se interrumpen las clases a consecuencia del contagio de los niños, enfermos de sífilis." "En la provincia de Kaluga, la mitad de la población de ciertos pueblos está sifilítica." "¿Cuántos cantones y distritos hay así? Seguramente muchos. Naturalmente, el campo se encuentra siempre en manos de curanderos, que especulan con el oscurantismo y la pobreza." Siguen sorprendentes informes sobre las prácticas de brujería que pretenden suplir la asistencia médica (*Pravda*, 7 de abril de 1925). No se ha registrado ulteriormente el menor progreso. Lejos de ello, los periódicos dan cuenta de que el campo carece cada vez más de medicamentos y de enfermeros, de que la penuria de mercancías se deja sentir de una manera particularmente aguda en materia de productos médicos. "Los *batraks* no reciben el menor socorro médico"; "el socorro médico está organizado de tal manera en el campo, que sólo los campesinos ricos o pudientes pueden utilizarlo"; el médico rural carece de medios de locomoción; para ir a examinar a un enfermo tiene que emplear el caballo que le mandan; si el enfermo es un pobre sin caballo, se ve privado de cuidados (*Rabochaia Gazeta*, 14 de septiembre de 1929).

Han sido creadas, en cierto número de ciudades, "casas

del campesino", destinadas a dar abrigo a los pueblerinos de paso. El autor de este libro ha visto la de Moscú, donde no había nunca ningún campesino, al menos hasta 1924; era una casa bastante cómoda y limpia, sin duda porque no vivía nadie en ella; pero las camas estaban demasiado cerca unas de otras en los dormitorios (se tocaban) y los medios para lavarse eran de todo punto insuficientes. Y ésa es la casa que se les enseña a los extranjeros, a los burgueses y a los obreros, a los que creen tener interés en engañar, a los falsos "amigos de la U. R. S. S." de diversas especies. Pero las verdaderas "casas del campesino" que reciben empleo son dignas de las "casas de la infancia". Se las califica en la Prensa soviética, cuando se habla de ellas, de *verdaderas cuadras*. Basta leer la *Pravda* del 6 de junio de este año: estas casas son sórdidas y sirven de cabarets; Krupskaia cita como ejemplo la de Tver, donde "el gabinete de propaganda" está siempre cerrado y no se abre más que en caso de visita de funcionarios superiores; la sala de té es una sala de *vodka*.

Resulta imposible hablar de la vida de los campesinos sin mencionar la arbitrariedad desenfrenada de que son víctimas, de mil maneras diferentes. El procedimiento por el cual les imponen un soviet (estas referencias figuran en el capítulo siguiente) dejan pensar en las libertades que los funcionarios soviéticos, sobre todo los comunistas, pueden permitirse respecto de los trabajadores sin defensa. Cuanto más pobre es un campesino más desarmado se encuentra. Las prácticas más corrientes son los impuestos ilegales y el empréstito obligatorio. El autor de este libro ha vivido en un *artel* de agricultores privilegiados en diferentes formas y en un centro importante del Mediodía de Rusia; es decir, bajo la mirada de autoridades muy controladas por Moscú. Aun en tales condiciones, los impuestos ilegales pesaban de tal manera sobre las empresas agrícolas u otras que les era imposible vivir. La menor resistencia, el simple recurso a la ley, hubiera conducido a la confiscación y, en caso de necesidad,

al encarcelamiento. No existe la menor posibilidad para un ciudadano ruso de que le hagan justicia, a menos de que un cúmulo de circunstancias absolutamente excepcional revele un caso particularmente escandaloso y que interese a una personalidad comunista notable, para que le dé la suficiente publicidad. Pero semejantes intervenciones tutelares son insignificantes en comparación con la inconmensurable cantidad de injusticias y abusos que aplastan a la masa. "No dejan de ponerse en práctica los impuestos ilegales"; "se ha hablado y escrito mucho sobre la extraordinaria cantidad de impuestos y de tasas que se practican en el campo"; "bien es verdad que actualmente no existen *las docenas* de impuestos de los años anteriores; pero todavía estamos muy lejos de haber acabado con este mal" (*Pravda*, 3 de marzo de 1926). En varias ocasiones han aparecido declaraciones oficiales en la Prensa, especialmente de Rikov, condenando los impuestos ilegales superpuestos a los impuestos legales; pero estas declaraciones se las ha llevado el viento. Han sido expedidas no pocas circulares del centro a la periferia; pero han quedado ahogadas entre millares de otras circulares, de las cuales no se tiene la menor cuenta, y que ni siquiera es posible ni leer.

La extorsión de recursos por medio del empréstito obligatorio es también de empleo corriente, no obsante las reprimendas oficiales, no menos usuales. Existen empréstitos en el campo lo mismo que en la ciudad, y el "ciudadano" no tiene libertad para dejar de suscribirse a ellos. Al obrero y al empleado se les retiene frecuentemente en el momento de la paga su suscripción "voluntaria", señalada, por encima de ellos, por los Comités comunistas; al campesino se le inscribe de oficio en una lista de suscripción no menos "voluntaria", abierta por los funcionarios soviéticos acostumbrados a percibir el impuesto y a averiguar los medios de que cada cual dispone, por un total de obligaciones que dependen del que tienen orden de colocar. Un empréstito campesino especial, llamado "empréstito del trigo" y en puds de centeno

había sido lanzado hace algunos años, pagadero y reversible en especies equivalentes; los títulos eran aceptados para liquidar los impuestos; pero la operación, impuesta por circunstancias especiales, no podía ser renovada ventajosamente, y el campo tiene que absorber ahora su parte de los empréstitos llamados "de la agricultura" o "de la industrialización". Resistir a la suscripción "voluntaria obligatoria" sería tanto como caer bajo la acusación de favorecer la contrarrevolución y exponerse a unas represalias que todos tienen interés en evitar. "Es preciso decir que en no pocos casos se han tolerado métodos de colocación del empréstito que no podían menos de dar al traste con la confianza de las grandes masas campesinas respecto del sistema de crédito del Estado. ¿Hay que insistir en que la confianza sólo puede ser conquistada por la persuasión, por el principio de la suscripción voluntaria?" (*Izvestia*, 25 de abril de 1928.) Las *Izvestia* asumen la difícil tarea de decir lo suficiente sin llegar a revelar demasiado. De aquí que se vean obligadas a emplear esas expresiones llenas de eufemismos, que ya sabemos lo que quieren decir. El mismo número del periódico publicaba significativas cartas sobre los procedimientos de suscripción vigentes. En el Ural, un Comité ejecutivo local *convoca* a los habitantes de 40 kilómetros a la redonda para "proponerles" la aceptación de unas obligaciones. ¿Es posible declinar las "proposiciones" de aquellos que disponen del poder de convocación? Por la parte de Jersón, los campesinos trataron de salir del paso pidiendo títulos de cinco o de diez rublos; pero el funcionario les "ofrece" otros de 50, 80 y 100 rublos. Si los campesinos se declaran incapaces de adquirirlos, el representante de la "dictadura del proletariado" levanta acta y los manda ante los Tribunales para la "confiscación de bienes". En la región de Estabropol, el delegado soviético recibe obligaciones por valor de 800 rublos, que distribuye él mismo entre los diversos grupos de campesinos; se llega incluso a imponer una tasa a los *batraks*, sin tomarse la pena de consultarles. Durante la distri-

bución de harina a los pobres, los *batraks* fueron convocados y requeridos para que pagasen su contribución en el plazo de tres días, so pena de verse privados de harina, lo cual equivale prácticamente a una amenaza de muerte. En el Ural, un delegado declara que tiene que elegir entre la persecución por no haber podido colocar sus títulos o la persecución por haberlos colocado valiéndose de la fuerza. Ha preferido, naturalmente, esto último, como menos grave. La variedad de los abusos de esta naturaleza es infinita. Si las *Isvestia* quisieran podrían llenar con ellos diez columnas diarias.

Afligidos con sus obligaciones, con las que no saben lo que hacer, e impulsados por la necesidad, los suscriptores, a pesar suyo, se esfuerzan por quitárselas de encima, lo mismo en el campo que en la ciudad, ya volviéndolas a vender con grandes pérdidas, ya pagando sus deudas o sirviéndose de ellas para pagar sus impuestos. El Estado vióse amenazado con tener que cargar de nuevo con sus títulos, como hacen en la Bolsa de París las sociedades que vuelven a adquirir sus títulos a fin de evitar la caída de los cursos. Hubo que ejercer una nueva presión sobre los detentadores y desencadenar a la Prensa, a fin de hacer pasar por una tentativa contrarrevolucionaria las veleidades de vender las obligaciones. En las ciudades y en las fábricas se llevó más lejos esa presión, gracias a la estructura de la organización del trabajo que se presta mejor a ello; las resoluciones de Asambleas generales de empresas y de instituciones soviéticas, es decir, unas decisiones dictadas por los funcionarios comunistas de las células y de los radios, instaron a todos los poseedores de obligaciones a depositarlas en el Banco, a fin de evitar la tentación de venderlas. Esta idea no es posible practicarla en el campo.

Desde hace algunos años se consituye una nueva categoría de trabajadores campesinos: la de los obreros y jornaleros empleados en los *sovkhoses* (dominios soviéticos). Estos *sovkhoses* están destinados a presentar explotaciones soviéticas modelos, cuyo tipo parece que esta

llamado a generalizarse por doquiera, sustituyendo a las viejas formas de trabajo individual o familiar. ¿Cómo se trata aquí a los proletarios? Según Antselovicht, funcionario sindical impuesto a la unión profesional de los trabajadores de la agricultura, "los obreros se asfixian en estrechos y sucios cuarteles", sin refectorios ni cooperativas; en estos dominios reina el mayor desorden; la técnica es inferior y muy baja la productividad; los salarios están por debajo de los de antes de la guerra y generalmente no se pagan más que cada seis meses (*Troud*, 26 de mayo de 1927). "Son mejores las cuadras de un buen campesino que nuestras viviendas", declara un delegado ante el Congreso de los obreros agrícolas (*Troud*, 6 de diciembre de 1928). En un *sovkhose* de Crimea, los obreros ocupados en la limpieza de los granos se pasan el día encerrados en un cobertizo, donde les entran los alimentos e incluso un recipiente para sus necesidades (*Troud*, 23 de marzo de 1929). Los obreros de un *sovkhose* de la provincia de Poltava, no pudiendo obtener el pago de sus salarios, se reúnen en manifestación ante las oficinas; "un miliciano a caballo dispara varios tiros contra ellos y los dispersa"; dos días más tarde, una nueva manifestación; "se acude de nuevo a la milicia, que persigue a los obreros, detiene a varios de éstos y los amenaza con sus armas"; se persigue al director, pero, según el periódico, "hay muchas personas malhechoras" (*Troud*, 16 de agosto de 1929). Digamos que los comunistas constituyen un ínfimo número en estos dominios soviéticos, modelos del colectivismo futuro. Prefieren seguir la condición de los *seredniaks*, e incluso de los *kulaks*, al honor de verse abrumados bajo la explotación soviética como precursores de nuevas formas de producción. E incluso en los *kolkhoses* (colectividades agrarias), constituídos bajo la égida del Estado, hay muy pocos. De 100.000 miembros agricultores del partido, sólo trabajaban en los *kolkhoses*, a comienzos de 1928, 7.200 (*Pravda*, 9 de noviembre de 1928).

El capítulo de la vida de los pobres en el campo sufriría de una grave laguna si omitiéramos una clase "de

abusos" muy frecuentes y rayanos en el crimen, debidos a las autoridades locales. No se trata de casos aislados, sino de múltiples manifestaciones de un mal engendrado por supervivencias de barbarie campesina y favorecidos por el régimen político. Los Soviets no son emanación de los electores, sino un "aparato" impuesto a la población, como lo confirman las propias fuentes soviéticas; según la importancia de la comuna o de la aglomeración rural, se reducen a un presidente o un secretario, o a los dos, con algunos funcionarios, jefes de oficina, etc. En algunos casos se encuentran personas honradas, pero incapaces de asumir sus funciones; en otros, no se trata sino de aprovechados que usan el comunismo o la lealtad soviética para mejor disimular sus operaciones personales. Estos innumerables usurpadorcillos locales pueden permitirse todos los abusos, si no tropiezan con campesinos listos y capaces de moverse ante las autoridades superiores o frente a algún *selcor* inteligente (corresponsal rural) que denuncie esos abusos en los periódicos. Ahora bien; en las lejanías del campo ruso, en los *glouchi* (los confines), como dicen allá, un *selcor* o un campesino avanzado es un lujo. Por otra parte, se puede muy bien corromper al uno y desembarazarse del otro. En una palabra, toda una serie ininterrumpida de escándalos, pequeños, grandes y medios, viene revelando desde hace cuatro años las enfermedades del aparato soviético: robos, concusiones, expoliaciones, arbitrariedades, persecución de los débiles, orgías y a veces hasta asesinatos. En cada depuración de las redes burocráticas son desenmascarados a millares los tiranuelos de los pueblos, a los que no se lleva, sin embargo, a los Tribunales.

Citaremos aquí un asunto típico, pues basta conocer uno para conocerlos todos. Asuntos parecidos, pero de mayor importancia, han surgido, además, en los centros urbanos principales, provocando un escándalo tal que merecen retener la atención. Puede haber malas excusas para cubrir los escándalos del campo atrasado; pero no las hay en manera alguna para justificar una situación

que permite la aparición de verdaderos focos de infección en ciudades donde se superponen y encadenan todos los engranajes de la maquinaria soviética; donde las múltiples organizaciones del régimen rivalizan ya en complicidad, ya en ceguera; donde, en fin, el proletariado llamado a ejercer su dictadura tiene que soportar en silencio una podredumbre, una arbitrariedad y unos abusos como no se conocen en ningún país que no sea una colonia de la civilización capitalista. En espera, pues, del capítulo correspondiente a los asuntos a la Smolensk (el más famoso de todos), vamos a referir el de Jersón.

Jersón no es ningún agujero perdido en las estepas del Asia central; es algo así como un pueblo de 100.000 habitantes, no lejos de Odessa. Habiendo llamado unas denuncias la atención de Sosnovski sobre lo que sucedía en el servicio administrativo del Soviet, el periodista publicó un artículo, que dió lugar a una encuesta la cual condujo a la detención de dieciséis dirigentes locales y funcionarios, varios de los cuales eran comunistas, luciendo incluso uno de ellos la condecoración de la orden de la Bandera Roja. Esta gente aterrorizaba a la región desde hacía varios años. No había quien se atreviera a cargar con la responsabilidad de denunciar sus granujadas, temiendo pagarlo demasiado caro. Al garantizar a las víctimas la Comisión de encuesta el mayor secreto, hubo que organizar una cola a la puerta de la Comisión. El comisario del pueblo Chlikhter, presidente de la Comisión, declaró: "Sería un error pensar que este asunto es excepcional por el carácter y cantidad de los abusos. Aquí, gracias a una serie de razones, nuestras enfermedades sociales se han revelado con mayor intensidad." (He aquí una declaración categórica y que nos dispensa de multiplicar los ejemplos.) Uno de los acusados, jefe del servicio, se apropiaba enormes cantidades, organizaba orgías, obligaba a los milicianos a bailar para divertirlo y perseguía a aquellos que le denunciaban en la Prensa de Kherson; como miembro de la Comisión de depuración del aparato soviético, obligaba a sus colaboradoras a acostarse con él, so pena de

ser despedidas; los funcionarios y los policías a sus órdenes violaban a las mujeres y cometían otros abusos, con la participación activa de su superior. ¡Y a esto se le llama un "comunista"! El segundo, miembro asimismo del partido, jefe de la milicia, devoraba los fondos, falsificaba documentos, se hacía cómplice del presidente, ahogaba la voz de los milicianos concienzudos, daba palizas a las personas detenidas, encubría los robos de sus queridas, etc. El tercero, también del partido, era un digno compañero de los otros. El cuarto, roba y viola. El quinto—partido, Bandera Roja—, comete los mismos abusos; "detenía a los campesinos sin el menor *motivo*". Y todos robaban las cajas, hacían pagar rehenes a los habitantes, violaban a las mujeres, falsificaban las cuentas y se entregaban a las más crapulosas de las orgías (*Pravda*, 5 y 10 de junio de 1925). Y no somos nosotros, sino el comisario del pueblo que dirige la encuesta, quien declara: *esto no tiene nada de excepcional.* El Comité central del partido comunista de Ukrania lo confirma en una larga resolución, subrayando el carácter demostrativo del asunto y observando que "el proceso de Jersón no acaba con el problema de la lucha del partido por la legalidad revolucionaria; los rasgos típicos de Jersón vuelven a encontrarse en los abusos descubiertos más tarde (Tultchino, milicia de Kiev)" (*Pravda*, 24 de septiembre de 1925).

Unas semanas antes, una revisión llevada a cabo en la pequeña República caucásica de Nakhitchevan provocó la detención del comisario del pueblo del Interior, del comisario del pueblo de la Agricultura, del comisario del pueblo de la Hacienda, del comisario del pueblo de la Justicia, del presidente de las Cooperativas, del presidente del Tribunal, del comisario del pueblo adjunto a las Instrucción pública, del presidente de los Sindicatos; es decir, de los veinticinco principales personajes de la República, acusados de ejercer opresión sobre los campesinos, de dilapidaciones, concusiones, arbitrariedades, etc. El comunismo estaba bien representado en el país. "Estas detenciones han producido una impresión completamente favorable

la población, que no podía disimular su alegría" (*Pravda*, 9, 10, 11 de abril de 1925). Esto permite pensar de qué manera eran elegidos esos comisarios del pueblo.

Unas semanas más tarde se detenía a una verdadera banda que aterrorizaba desde hacía dos años a toda una región, que comprendía al presidente del Soviet, un antiguo delegado de la Guepeu (policía política); al jefe de la milicia, al juez, al secretario del partido comunista, etcétera. "El miedo ante esta pandilla y la desconfianza hacia el poder soviético no tenían límites. El testigo Ch., ante la instrucción, declaró: Que me degüellen si quieren; pero no diré la verdad. El *selcor* Moroz puso término a este cobarde mutismo, a este pánico." Este Moroz, un joven decidido, habiendo ido por casualidad al pueblo de su mujer, descubrió cuanto sucedía, y consiguió, no sin trabajo y exponiendo su vida, dar la señal de alarma en Odessa. La banda en cuestión se dedicaba sencillamente a hacer atracos a mano armada contra los campesinos, al pillaje, a los incendios y hasta a los asesinatos. "La población tenía el firme convencimiento de que la milicia no era mejor que los bandidos reconocidos, y, por consiguiente, que todas las autoridades son lo mismo" (*Pravda*, 16 de julio de 1925).

Cerca de Vinnitza hubo que detener al ex presidente de un Comité ejecutivo de radio, a su adjunto, al secretario del Comité del partido, al presidente y al secretario del Soviet, al secretario del Comité ejecutivo del distrito, al jefe de la milicia "y a una serie de otros representantes del poder local". Se le acusaba de varios abusos, como, por ejemplo, el de haber detenido a quince campesinos que solicitaban un plazo para pagar el impuesto, y después al *selcor* (corresponsal rural del periódico), que comunicaba los hechos, etc. (*Pravda*, 12 de mayo de 1925). Esta coalición de todas las autoridades de una localidad cercana a Vinnitza no constituye un fenómeno insólito, sino que se da por doquier, sin que se encuentre nadie que sea capaz de denunciarlas a las autoridades superiores. Éstas se ven abrumadas por las quejas, reclamaciones

y protestas que se acumulan en las carpetas, en los archivos o en los cajones de sus despachos, condenadas al olvido. El episodio de Vinnitza cobra en la vida soviética el aspecto de un accidente banal. Tres años más tarde leemos en las *Investia* que los funcionarios soviéticos de un radio de Semipalatinsk habían confiscado en provecho suyo docenas de millares de cabezas de ganado y detenido en masa a los campesinos; la población huyó a través de la frontera china; el centro, prevenido, mandó a una Comisión, que puso a 140 campesinos en libertad e hizo restituir los animales (20 de agosto de 1928). Pero el centro no puede intervenir así en todas partes, y no repara más que una ínfima parte de las injusticias.

El comisario del pueblo ukraniano tenía razón al subrayar, que estos fenómenos cuya frecuencia y cuya gravedad han revelado una profunda corrupción de todo el organismo soviético, no tienen carácter excepcional. Los asuntos de los años siguientes han confirmado, agravándolo, su sentido sintomático, de una manera que los peores enemigos del régimen no se atrevían a esperar. Pero al lado de estos sedicentes "abusos", de aspecto francamente criminal y que comportan por su exceso una contrapartida, existen miriadas de abusos diarios, de molestias, de mezquinas persecuciones, que ni siquiera llaman ya la atención, y cuya prolongada acumulación mantiene en estado de exasperación latente a los campesinos de todas las clases. Una política mezquina e imprudente, practicada en semejante medio, puede asociar fácilmente en una común resistencia contra las exigencias del Estado a los grupos sociales más opuestos. Esto es lo que ha sucedido al recurrir las autoridades a la brutalidad para procurarse trigo. Dirigidas en principio contra los grandes campesinos acaparadores, estas prácticas agresivas se han traducido en una lucha de los órganos soviéticos contra todos los campesinos sospechosos de poseer trigo, y una confusa reacción ha solidarizado a la mayor parte de la masa campesina contra el Poder. En tales circunstancias, los pobres no son los últimos en tomar parte en el combate

su pésima situación los entrega en manos de los *kulaks*, que saben convertirlos en instrumentos inconscientes. Al lado de la resistencia pasiva, en forma de reducción de las siembras de cereales y de la ocultación de granos, se manifiesta desde hace un par de años una sorda revuelta, activa, pero esporádica, como una especie de guerra de *guerrillas*, en la cual sucumben no pocos agentes del Gobierno, especialmente heridos por la espalda, y que hacen llamear las cosechas soviéticas en incendios de guerra civil. "En 1928 han sido registrados 24.000 atentados (agresiones armadas e incendios) anticomunistas" (*Izvestia*, 8 de diciembre de 1928). Todavía no se ha hecho el balance en lo que atañe a 1929; pero no transcurre un solo día, por decirlo así, sin que los periódicos refieran una nueva manifestación de esta especie. Los amos de la U. R. S. S. lo explican todo por la vindicta de los *kulask*, ensañados en oponerse a los "progresos del socialismo". Pero, ¿a quién harán creer que una ínfima minoría, dispersada en un inmenso espacio y ahogada en una enorme masa humana, pueda emprender una lucha tan implacable sin un ambiente propicio, sin el asentimiento o la participación tácitos de la multitud excedida por las privaciones y los sufrimientos?

V

El poder de las tinieblas

La masa analfabeta.—Analfabetos por desuso.—La mitad de los niños, sin escuela.—El presupuesto escolar.—La escuela soviética tal cual es.—El material de enseñanza.—La vida de los maestros.—Los estudiantes proletarios.—El nivel de la instrucción.—La educación pre y post escolar. Clubs y "rincones" rojos.—Vestigios de barbarie en provincias.—Las sectas religiosas.—Los progresos del alcoholismo.—Un diluvio de vodka.—El presupuesto borracho.
La vida de las trabajadoras.—El antisemitismo.

La miseria cultural del pueblo ruso corre parejas con su indigencia material. De los 150.000.000 de habitantes de la U. R. S. S., la inmensa mayoría sigue siendo completamente analfabeta, y la mayor parte de la minoría no es mucho mejor. Existen a este respecto declaraciones oficiales llenas de crudeza. El analfabetismo integral es expresado en la estadística soviética por la cifra del 60.4 por 100 de la población (*Isvestia*, 11 de julio de 1929). Pero en el 40 por 100 restante se cuenta una gran proporción de analfabetos, contados como "liquidados" en el curso de los diez años últimos; pero, en realidad, analfabetos por desuso. "Como no tiene nada que leer y está obligado inclusive a devolver su libro de instrucción, el

campesino llega tan sólo, y al cabo de un año, a trazar mejor o peor su nombre, y un año después olvida definitivamente todo lo que ha aprendido de mala manera" (*Rabotchaia Gazeta*, 24 de junio de 1926). Esta observación hecha para Ukrania es aplicable a todas partes. No se establece el censo de esta clase de analfabetos; pero, de toda evidencia, constituyen la inmensa mayoría de los antiguos analfabetos que han pasado—oficialmente, se entiende—a la categoría de los instruídos. Además, entre el 40 por 100 en cuestión están los *malogramotni*, capaces tan sólo de deletrear el alfabeto, de descifrar las gruesas letras de un rótulo en la calle y de escribir con grandes trabajos su nombre. Estos instruídos no pueden ni redactar una carta ni leer un periódico. Habrá que hablar, por último, de la calidad de la instrucción recibida por los demás bajo el régimen soviético.

En ciertas regiones de la Unión hay un 90 por 100 de analfabetos, y a veces más, dicen también las *Isvestia*. Y toda la Prensa soviética repite al mismo tiempo, ante una consigna dada, ciertas palabras de Lenin respecto a la imposibilidad de instaurar el socialismo sin la instrucción general de la masa. Aun cuando Lenin se hubiera olvidado de expresar una banalidad de tal magnitud, la cosa no dejaría lugar a dudas. ¿Qué se ha hecho de la "decisión" de "liquidar el analfabetismo" para el décimo aniversario de octubre? Como millones de otras "decisiones", se ha quedado en el papel. En vísperas del duodécimo aniversario, es preciso hacer retractación de las pomposas afirmaciones anteriores y confesar que todo está aún por hacer. Esto después de haber admitido "la estabilización del analfabetismo" (*Pravda*, 2 de septiembre de 1928). Los bolcheviques tienen que reconocer ahora los progresos de la ignorancia bajo su dictadura.

Sólo pueden sorprenderse de esto aquellos que no se han tomado el trabajo de documentarse en las propias fuentes soviéticas. Pues al lado del ruido exagerado hecho alrededor en torno a la revolución cultural, la Prensa comunista rusa veíase obligada a la publicación de

dades útiles para el uso interno. "Hay actualmente en el campo un 65 por 100 de analfabetos. Para edificar una vida nueva es preciso acabar, ante todo, con la ignorancia" (*Pravda*, 23 de junio de 1925). "La liquidación completa de la ignorancia será lograda únicamente con la instrucción general, cuando la escuela elemental alcance al 100 por 100 de los niños", descubre Lunatcharski, comisario del pueblo en la Ignorancia pública (*Pravda*, 22 de septiembre de 1925). "Nuestras escuelas de primer grado no instruyen más que a la mitad de los niños" (*Rabotchaia Gazeta*, 10 de junio de 1926.) "La reincidencia en el analfabetismo, el olvido de los conocimientos adquiridos, sobrepasa actualmente, con mucho, el nivel de antes de la guerra" (*Rabochaia Gazeta*, 15 de junio de 1926). Aquí vemos un nivel muy elevado de antes de la guerra y muy sobrepasado ahora. "El 60 ó 70 por 100 de las mujeres olvidan casi por completo su instrucción a la vuelta de algunos meses (el mismo origen)." *El Cocodrilo*, periódico comunista satírico, representa "la liquidación de la ignorancia" por medio de un caracol (número 28, julio de 1926). "Organizamos nosotros mismos a todo un ejército de analfabetos con la insuficiencia de nuestras subvenciones para la educación, y después nos cogemos la cabeza con las manos para llegar a "liquidarlo" (*Pravda*, 25 de septiembre de 1926). "Es preciso recomenzar la instrucción de numerosos analfabetos que han pasado ya por las clases, pues han olvidado lo esencial de cuanto llegaron a aprender" (*Rabotchaia Gazeta*, 9 de octubre de 1926). "El porcentaje de los niños que no son admitidos en la escuela, a pesar de las gestiones de sus padres, aumenta. Se dan casos en que el maestro posee en la misma clase tres grupos de alumnos, que se elevan a 100. En estas condiciones, el trabajo pedagógico es un trabajo forzado y muy poco fructífero. Nuestra enseñanza de cuatro años que constituye la principal desgracia, es ilusoria, no sólo porque el cuarto año no existe en ciertos lugares, sino por el hecho infinitamente triste de que alrededor del 70 por 100 de los niños de los campesinos más

pobres no llegan ni siquiera al tercer año. En 1913 se gastaban por cada alumno unos 30 rublos de hoy, y actualmente, 18 rublos (en la otra columna se dice... 16 rublos), mientras que se gastan 163 rublos en Londres y 220 en Nueva York..." "El maestro no recibe más que las dos terceras partes del salario medio del obrero, y la mitad apenas de su miserable salario de la época zarista...", podía leerse en un interminable, inconsistente, *optimista* artículo de Lunatcharski (*Pravda*, 29 de septiembre de 1926). Añadamos que esas cifras de Londres y de Nueva York se refieren a la totalidad de los niños, mientras que las de la U. R. S. S. se refieren tan sólo a los alumnos, o sea a la mitad de los niños. (Además, las cifras rusas deben ser consideradas muy por encima de la realidad, dados el despilfarro y las dilapidaciones que veremos después.)

Hay falta de escuelas, de material escolar, de maestros; el salario de éstos es insuficiente; los niños carecen de ropa y de calzado; los alimentos que les dan son malos, y abandonan la escuela prematuramente; a veces, en una clase hay de 120 a 160 alumnos por cada maestro; hay menos escuelas que bajo el zarismo y, en cambio, un 50 por 100 más de alumnos; los maestros están cargados de obligaciones sociales, aparte de su tarea, y se ven privados de los derechos más elementales (*Troud*, 13 de noviembre de 1926). La enseñanza gratuita no existe ya como no sea en el papel; de hecho, mediante las numerosas extracciones sobre los salarios, los obreros mantienen la escuela, a veces por la mitad, a veces también por las tres cuartas partes del presupuesto escolar (*Troud*, 22 de mayo de 1927). Al cabo de un año o de dos, e incluso de algunos meses, el analfabeto olvida lo que ha aprendido en un trimestre en el centro de instrucción (*Troud*, 29 de septiembre de 1927). En el Ural, el 70 por 100 de los niños no encuentran sitio en la escuela; en todos los centros obreros la situación es la misma, más o menos acentuada; la insuficiencia de los locales escolares obliga a dar tres y cuatro cursos en un día; los locales son exiguos, lóbregos y fríos, y las tres cuartas parte de ellos necesitan

de reparaciones; son muchos aquellos en que los niños permanecen sentados por el suelo, sin bancos; el alumbrado es malísimo; los niños, mal vestidos y peor alimentados, sufren de todas las enfermedades (*Troud*, 9 de agosto de 1928). Hay quince millones de niños que no reciben la menor instrucción (*Pravda de las Juventudes*, 30 de julio de 1929).

La situación de las escuelas y las condiciones en que maestros y alumnos están condenados a trabajar pesan extraordinariamente sobre el rendimiento de las lecciones. En la provincia de Stalingrado, de 988 escuelas, 447 necesitan ser reparadas; no hay más que 520 maestros; no encuentran sitio más que la mitad de los niños; los locales contienen más del doble de los niños que deberían contener (*Rabotchaia Gazeta*, 19 de junio de 1926). Y en todas partes sucede, poco más o menos, lo mismo, y a veces peor. En la provincia de Samara las escuelas carecen de leña para la calefacción; los maestros tienen que ir cada día a solicitarla del Soviet local; en la provincia de Voronej, la leña con destino a las escuelas se encuentra a 100 kilómetros, no hay medios de transporte y los niños se hielan, y este es, sobre poco más o menos, el cuadro general, incluso en la región de Moscú: cristales rotos, un frío terrible, falta de bancos, los niños sentados en el suelo en pleno invierno, etc. (*Pravda*, 26 de febrero de 1927). Descripciones más tristes todavía: no sólo el número de las escuelas es insuficiente, sino que aquellas que existen se encuentran en un estado indescriptible; algunas, en barriadas de barracas, donde la temperatura es de 2°, y otras en viejos cuarteles en ruinas, en locales peligrosos para la vida de los niños; en las provincias de Vladimir y de Penza, de Yaroslav y de Tambov, en el Ural y en el Donezt, en Ivanovo-Vosnessensk y en Sverdlovsk, sucede lo mismo; por lo común, es preciso constituir tres equipos de alumnos, que estudian por relevos, sin posibilidad de aireación ni de limpiar los locales. Y, sin embargo, hay millones de niños fuera de la escuela, y no pocos obreros abandonan su fábrica en vista

de que los niños no encuentran posibilidades de instruirse (*Troud*, 10 de abril de 1927). En Moscú, las nueve décimas partes de los alumnos dan sus lecciones por relevos, y hay hasta tres relevos diarios en los barrios obreros (*Vetchernaia Moscva*, 2 de junio de 1928). En Sormovo, las escuelas elementales se encuentran en el subsuelo; en Chakhty, en las barracas, donde la cubicación del aire es de 1.25 por cada niño, en lugar de 6.5 que prescribe el Reglamento (*Isvestia*, 30 de agosto de 1929).

El material escolar es digno de los locales, por su calidad, su insuficiencia o su ausencia. El escaso material que producen las fábricas soviéticas alcanza precios exorbitantes. En la provincia de Gomel, un resumen de la Historia de Rusia cuesta tres puds de centeno; en la de Saratov, en una escuela de 43 alumnos, no tienen más que 25 gramáticas, y aun eso de siete autores diferentes; en un cantón de esta región, para 1.600 alumnos no hay más que 707 aritméticas, de 23 autores diferentes, la mayoría de ellas editadas antes de la revolución; un lápiz cuesta diez libras de centeno; un cuaderno, seis libras; los niños escriben en las mesas, en el suelo, en las paredes; el 40 por 100 de las escuelas son inutilizables, dada su situación de descalabro; falta carbón en el invierno; se dan las clases con el *touloupe*, el *valenki* y los gorros puestos (cuando los tienen); es inútil hablar de revistas pedagógicas, de literatura política, etc., para los maestros: "es un lujo inaccesible para él" (*Pravda*, 22 de agosto de 1924). "La liquidación de la ignorancia se ve frenada en el campo por falta de alfabetos." La Comisión extraordinaria para la liquidación del analfabetismo lanza la consigna: "¡Alfabetos para el campo!"; "la Comisión se dirige a todos los obreros", etc. (*Pravda*, 25 de diciembre de 1924). Ya puede adivinarse el resultado que puede producir semejante forma de difusión del material escolar. Incapaz para procurar un silabario a los analfabetos el Estado cuenta con la buena voluntad de los obreros que cobran salarios de hambre o que permanecen parados y cuyas viviendas tienen "las dimensiones de un ataúd".

No existen alfabetos; pero se imprimen a millares libros ilegibles, que no compra nadie; el 1 de enero de 1926 había, nada más que en Leningrado y Moscú, 65 millones de obras invendibles, que representaban un valor de más de doce millones de rublos (*Troud*, 10 de abril de 1926). Los manuales escolares son escritos para niños como no hay en ninguna otra parte, y formados con una materia que no se puede nombrar, dice Rikov (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 11 de mayo de 1926). Las librerías y los depósitos están abarrotados de libros; pero el campo carece de obras populares y a precios asequibles (*Troud*, 1 de julio de 1926). Los manuales y el material de enseñanza casi no sirven para nada (*Rabotchaia Gazeta*, 9 de octubre de 1926). Un ejemplo de la calidad de los productos soviéticos: hay en Odessa una tabla de multiplicar que enseña a los niños que 4 por 8 son 30 y 4 por 9, 26, etcétera (*Pravda*, 14 de octubre de 1926). Se solicitan manuales escolares a grandes gritos; faltan por todas partes; no es posible realizar ningún trabajo en tales condiciones (*Isvestia*, 4 de octubre de 1928). Sólo una cuarta parte de los libros editados por el Estado están a la altura de la masa; pero resultan carísimos, y ésta no puede adquirirlos (*Pravda*, 16 de noviembre de 1928). "Ha dado comienzo el año escolar, y el primer obstáculo con que tropiezan los alumnos es la falta de cuadernos. Los niños y sus padres se pasean durante días enteros por los establecimientos, cooperativas, etc., en busca de cuadernos" (*Pravda*, de Leningrado, 6 de septiembre de 1929). Asistimos a la misma crisis en Moscú, y a otra peor en provincias.

Ya tenemos una idea de la situación de los maestros. Pero es menester que la precisemos. Hasta el primer Congreso de maestros, en enero de 1925, éstos veíanse privados de sus derechos de ciudadanos en su calidad de intelectuales, "luego" de agentes del capitalismo. Sólo en el octavo año de la revolución, con ocasión de este Congreso, se convirtieron en electores y en elegibles... en el papel. Fácil es representarse la clase de intelectuales que son

los maestros de escuela del Ural y del Cáucaso, de la *tundra* o de la *estepa*, que de milagro saben leer y escribir y apenas conocen las elementales "cuatro reglas". Autorizados por vez primera a celebrar un Congreso en 1925—Congreso convocado, en realidad, por el Poder—, los maestros vieron que su suerte mejoraba un poco a partir de aquel momento. Su salario, dijo Rikof ante el Congreso, "ha aumentado en 6 rublos 33 copeks en octubre de 1922, a 28 rublos en 1925. Es todavía insuficiente en rigor, y será necesario aumentarlo; pero en la medida de lo posible y de nuestros medios" (*Pravda*, 16 de enero de 1925). Y entonces se vió que los retrasos del pago de los sueldos duraban largos meses. Los maestros ganaban, pues, de 25 a 50 francos al mes hasta 1924 cuando los cobraban. Su atroz miseria ha servido de tema a no pocos discursos. Bujarin, sobre todo, señaló, en un Congreso celebrado en 1924, que había maestros que tenían que recurrir a la mendicidad por los caminos. Antes que él, Lunatcharski había observado su horrible indigencia, un sinnúmero de enfermedades, una excesiva mortandad, la prostitución. Después del Congreso de la enseñanza de 1925, la condición del cuerpo docente no cambió de la noche a la mañana, precisamente. En la *Pravda* del 27 de junio de 1925 se presentaba como caso *característico*, y no circunstancial, el de una maestra de la provincia de Samara, que hambrienta, sin poder cobrar dos meses de sueldo atrasados (18 rublos 50 por mes), sin conseguir leche a crédito veíase imposibilitada de desempeñar su cargo. El autor hace alusión a los maestros que viven de "las limosnas del campesino" y que "muertos de hambre" abandonan sus puestos. Añadamos que los 18 rublos 50 señalados en junio de 1925, cuando Rikov hablaba oficialmente de 28 rublos en enero, constituyen una prueba más del procedimiento engañoso del pretendido salario medio, como decíamos al comienzo.

Según una encuesta de febrero de 1926, que se refería a 88 presupuestos de maestros, la ganancia media de éstos era de 37 rublos, el 68 por 100 de la cual constituía el

salario, y el resto la explotación de un campo o la contribución de la familia. Para cobrar su sueldo, el maestro tiene que recorrer 10 *verstas* (kilómetros) a pie o gastar dos o tres rublos en el alquiler de un caballo (*Pravda*, 25 de marzo de 1926). En marzo de 1926 había mil millones y medio de rublos de salarios por pagar; hay maestros que no han cobrado nada desde el mes de septiembre; tienen que ejercer su profesión en escuelas sin calefacción, sin manuales escolares (*Troud*, 25 de marzo de 1926). Entre los "kirghises", los maestros pasan hambre; desde 1.° de octubre de 1925 hasta febrero de 1926, no han cobrado más que dos mensualidades de 26 rublos (*Pravda*, 28 de marzo de 1926). "El maestro debe ser elevado en nuestro país a un nivel a que no lo ha sido nunca, ni podrá serlo, en la sociedad burguesa: esta verdad no necesita ser demostrada." Después de citar estas palabras de Lenín la *Pravda* denuncia una vez más los retrasos en el pago de los salarios. Los maestros pasan literalmente hambre, carecen de ropa y calzado (*Pravda*, 18 de mayo de 1926). Faltan maestros; sin embargo, hay 82.000 desocupados, lo cual es una prueba de excelente organización (*Pravda*, 16 de marzo de 1927). El personal de la enseñanza sufre toda suerte de vejaciones por parte de las autoridades soviéticas locales. Aquí se les prohibe bailar la mazurca, allá se prohibe a las maestras casarse, a fin de evitar que tengan niños y tener que concederles permisos (*Troud*, 17 de marzo de 1927). Hay maestras que son perseguidas por los funcionarios soviéticos hasta el punto de que se han producido una serie de suicidios (*Troud*, 29 de diciembre de 1928).

La condición de los estudiantes proletarios no es mucho más halagüeña. No obstante haberse registrado una mejora a este respecto, su situación era, en 1925, "extraordinariamente penosa" (¿cómo sería antes de la mejora?). "Una inspección médica ha puesto en evidencia que se observa un gran porcentaje de enfermos y de agotados a causa de la baja alimentación y de la fatiga." ¡Sus bolsas, generalmente, de 8 rublos, 50 a 20 rublos; pero no

todos disfrutan de ellas (*Pravda*, 31 de julio de 1925). "Nuestra ayuda a los estudiantes no sólo es extraordinariamente insuficiente, sino que los pone bajo una amenaza directa", escribía Lunatcharski. El presupuesto mínimo de un estudiante, sin contar nada para ropa, calzado, libros, las múltiples cotizaciones, etc. debería ser de 27 rublos. Ahora bien; la bolsa no sobrepasa, por término medio, los 23 rublos (*Pravda*, 13 de junio de 1926). Una encuesta médica, llevada a cabo en el Instituto Tecnológico, revela que, de 198 estudiantes, sólo dos no están enfermos; los otros sufren dos o tres enfermedades, a causa, sobre todo, de la baja alimentación y de la estrechez de los dormitorios (*Krasnaia Gazeta*, 18 de marzo de 1926). Las observaciones de esta especie son corrientes. La inmensa mayoría de los estudiantes viven en la más negra de las miserias; su vivienda no es mayor de cuatro o seis *archinas* cuadradas, por término medio, cuando poseen vivienda; los hogares donde se alojan están abarrotados, y muchos no encuentran sitio; tienen que llenar múltiples obligaciones sociales, que ocupan mucho tiempo, en detrimento de sus estudios; para ganarse el pan tienen que hacer un trabajo de vigilantes de noche, porteros, barrenderos, etc. ¿A qué trabajo cultural serio pueden dedicarse en tales condiciones? (*Troud*, 9 de septiembre de 1926). En Ukrania, en las ciudades, sólo disponen de vivienda el 30 por 100 de los estudianes; en Odessa, muchos de ellos duermen en los corredores y en los lugares infectos de las casas comunes, y los demás en las calles, en las estaciones, en los muelles (*Troud*, 9 de octubre de 1926). En Moscú, los estudiantes viven en medio de la suciedad, en la estrechez, casi en la calle"; "el cuadro de la vida de los estudiantes es tan triste, que exige la intervención inmediata de todas las organizaciones de Instrucción pública"; hay estudiantes que se caen de inanición; sus hogares son inmundos y llenos de chinches, de suciedad; duermen vestidos; se ven imposibilitados para trabajar, para estudiar; algunos de ellos tienen que andar 20 kilómetros diarios para ir al Instituto Agronómico; muchos no disponen de

colchones y tienen que dormir en el suelo; hay unos 1.500 sin techo, que pasan la noche en las estaciones y en las calles; la desmoralización y la embriaguez acaban por ganar a estos desdichados (*Pravda de las Juventudes*, 23 de octubre de 1927). "Hay 3.000 estudiantes sin vivienda en Leningrado" (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 26 de noviembre de 1927). Los jóvenes estudiantes sanos se gastan y envejecen en tres años; los obreros enviados a la Universidad renuncian en gran número a los estudios, pues la vida material es insostenible; además de sus estudios, que les ocupan catorce horas diarias durante el tercer año, el 90 por 100 de los estudiantes tienen que agenciarse otro empleo; el nivel de los estudios se resiente de ello, y muchos estudiantes pasan diez años dedicados a un programa que exige la mitad de tiempo. Sólo en una gran escuela técnica de Moscú hay 1.000 obreros o hijos de obreros que renuncian a terminar su estudios (*Pravda de las Juventudes*, 4 de julio de 1928). Los estudiantes de los cursos técnicos nocturnos, obreros durante el día hasta las cuatro de la tarde, y estudiantes de seis a diez de la noche, trabajan catorce y dieciséis horas diarias, se agotan, no pueden alimentarse ni dormir ni cuidarse lo suficiente y caen enfermos, sin llegar a asimilarse sus estudios (*Economitcheskaia Jisn*, 21 de mayo de 1929). Los estudiantes del Instituto Agronómico del Ural viven en un subsuelo húmedo, frío y sucio, que es una verdadera tumba; de 136 personas que viven allí, 102 están seriamente enfermas, y cuatro se han muerto en un año; este subsuelo ha sido reconocido como inhabitable desde hace seis años (*Pravda de las Juventudes*, 20 de junio de 1929). En Leningrado, careciendo de dormitorios, los estudiantes duermen en las aulas y en los anfiteatros; otros, en las estaciones, en los porches de los inmuebles, en los asilos de noche (*Krasnaia Gazeta*, 9 de octubre de 1929).

El nivel de instrucción de la nueva generación está a la altura de tales escuelas y universidades, con semejantes condiciones materiales de enseñanza y de estudio. Los periódicos refieren con frecuencia los exámenes, donde se

revela realmente la calidad de los conocimientos adquiridos. Tras cinco años de escuela, un alumno dice que el África se encuentra en la Unión Soviética; otro sitúa el ojo en el cerebro; varios ignoran en qué año se produjo la revolución de octubre, y todos creen que el objetivo de los sindicatos obreros consiste en conseguir "billetes de ferrocarril gratis para sus adherentes (*Rabotchaia Gazeta*, 17 de marzo de 1926). Al cabo de cuatro años de estudios, los niños no suelen saber leer ni escribir, no conocen las reglas elementales de la aritmética ni poseen libros ni tranquilidad para estudiar; los candidatos a las grandes escuelas son lamentablemente ignorantes (*Narodnoie Prosvechtchenie*, enero de 1926). La cultura general en los estudios secundarios baja de una manera sensible; sólo del 11 al 25 por 100 de los adolescentes obtienen un buen éxito en sus exámenes de admisión; la mayoría de los estudiantes de letras no conoce a Puchkin ni a Ostrovski, a Saltikov ni a Uspenski, a Turguenev ni a Tolstoi; un candidato creía que la China y Persia formaban parte de la Unión Soviética (*Isvestia*, 3 de noviembre de 1926). En un Congreso de estudiantes proletarios se registraron las siguientes respuestas al cuestionario del alfabeto político: Ford, dictador de España; Hindenburg, presidente de la Internacional Comunista; Arístides Briand, emperador americano (*Troud*, 29 de marzo de 1929). Muchos de los hijos de los obreros abandonan la escuela casi analfabetos (*Pravda de las Juventudes*, 10 de mayo de 1929). La mayoría de los alumnos de las escuelas superiores son rechazados en los exámenes; en los Puentes y Caminos de Moscú, 250 alumnos, de 700, fracasan en las matemáticas; en la Escuela de Minas, dicen los examinadores: "Si hubiéramos mantenido las exigencias habituales, hubiera habido que reprobar al 90 por 100 de los alumnos" (*Krasnaia Gazeta*, 13 de agosto de 1929.) Basta recorrer la Prensa, e incluso las publicaciones soviéticas "serias", para darse cuenta del descenso vertical de la instrucción general.

La educación preescolar y postescolar está muy po

debajo aún de la escuela. Después de haber referido en todos los países y en todas las lenguas cuentos sobre las casas de niños, jardines de la infancia, etc., es preciso confesar brutalmente: "Los millones de preescolares, hijos de obreros, crecen sin la menor vigilancia y sin la necesaria educación. La red de las instituciones preescolares es extraordinariamente reducida; no abarca más que al 0,58 por 100 de los niños. O los pequeñuelos crecen en la calle abandonados a sí mismos, o, si se les guarda esa vigilancia, generalmente, lejos de servirles de algo, contribuyen, por el contrario, a corromperlos..." (*Troud*, 10 de julio de 1929). Este notable coeficiente de 0,58 por 100 ha sido publicado asimismo por otros periódicos. Los clubs y los "rincones rojos", o "rincones de Lenin", destinados a favorecer la lectura y el estudio después del trabajo profesional, son dignos de todo lo demás: exigüidad, suciedad, falta de libros o libros ilegibles, embriaguez, juegos de naipes, disputas, todo esto en una atmósfera pestilente de humo y de alcohol: tales son las observaciones que hace la Prensa sobre estos clubs y estos "rincones". Lo que se calla es la malhechora inutilidad de los oropeles, los emblemas, los retratos de los "jefes" impuestos, las fórmulas y las consignas hueras, que no sólo sirven para despilfarrar unos "copeks" preciosos, arrancados a los trabajadores, y millones de rublos de los presupuestos locales, sino que mantienen el gusto malsano de la decoración y la ilusión nefasta de la apariencia exterior. Un club socialista no tiene necesidad de accesorios dignos de poblaciones negras, sino de aire, de limpieza, de luz, de silencio, de mesas y sillas, de lectura y escritura, de una biblioteca bien seleccionada. Tampoco debe ser, por definición, un santuario en donde los obreros veneran la imagen de un jefe y que se les enseña a los funcionarios superiores o a los visitantes extranjeros para hacerles creer en la existencia de un hogar cultural.

Un "rincón rojo" de Bakú: no hay un solo libro; un gran retrato de Lenin; colores vivos; es un altar donde puede venerarse devotamente la memoria del jefe. Para

BIBLIOTECA

esto se han gastado 2.000 rublos; para tenerlo que cerrar con llave. "Así son nuestros rincones rojos". Las fábricas rivalizan en gastos inútiles, en telas rojas, en marcos para retratos, en bombillas eléctricas, etc., con destino a "rincones" muertos; muy raros son aquellos en donde se puede estudiar (*Pravda*, 3 de abril de 1925). Un club es preciso ir a él con paraguas, porque no tiene techo. Una o dos veces por semana proyectan cine; pero las películas, deterioradas, son incomprensibles; está siempre lleno de borrachos, que se injurian groseramente y se pegan inclusive (*Pravda*, 27 de octubre de 1925). En el Donetz, escribía Yaroslavski el año anterior, los clubs obreros engloban apenas al 15 por 100 de los sindicados (*Pravda*, 22 de agosto de 1924). Los "rincones de Lenin" sucios, destrozados, con las paredes cubiertas de carteles hechos jirones, con algunos libros sin actualidad, cubiertos de polvo, con su busto de Lenin, alejados de las viviendas obreras, no responden en lo más mínimo a su objeto (*Zaria Vostokia*, 19 de mayo de 1926). Los clubs no sirven más que para despilfarrar el dinero; reina en ellos el desorden y se expulsa a los obreros serios; las cotizaciones infinitesimales son la mejor prueba del desapego de los trabajadores (*Troud*, 31 de julio de 1928). Los clubs se convierten en hogares de corrupción y de bandidaje; la pretendida "actividad cultural" no existe más que en el papel; ¡un comunista serio no va al club! (*Pravda*, 7 de agosto de 1928). Según las estadísticas, los progresos culturales son enormes, pero siempre en el papel. En realidad, no se ven por ninguna parte. Por ejemplo, en Tula, gran centro obrero, los clubs son minúsculos; los 14.000 obreros de la construcción no poseen más que una sala de 180 asientos; una gran fábrica posee dos clubs, que pueden contener apenas a la décima parte de su efectivo (sin hablar de las familias obreras); los "rincones rojos" son sucios, lóbregos y están vacíos; en cuanto anuncian la visita de una Comisión, los llenan de periódicos y tratan de darles un aspecto presentable de

rante algunas horas; sin embargo, esto cuesta mucho dinero... (*Isvestia*, 30 de mayo de 1929).

La misma situación existe en lo que se refiere a las bibliotecas. Yakovleva, Comisaria adjunta a la Instrucción Pública, confiesa la reducción del número de bibliotecas, así como de las casas de la infancia, y juzga alarmantes las cifras presupuestarias para la enseñanza (*Pravda*, 12 de abril de 1929). "En el frente de las bibliotecas, nuestra situación es absolutamente desfavorable. Nuestro retraso en el movimiento de libros nos es grandemente perjudicial", se lee en un llamamiento oficial, redactado en grosera jerga militar, casi intraductible (*Pravda*, 4 de agosto de 1929). Lo más grave es la calidad de los libros, mandados de oficio, que se encuentran en las pocas bibliotecas existentes. Todo el mundo se niega a leerlos, y con razón: se trata de la repetición de fórmulas de los pontífices, publicadas ya cada día en todos los periódicos y revistas desde hace varios años, e impresas en folletos, compilaciones, volúmenes, obras escogidas y obras completas de políticos sin crédito moral ni prestigio intelectual que, por otra parte, aplastan mutuamente sus producciones, desesperadamente nulas, en el transcurso de sus luchas intestinas. Esto lo piensa todo el mundo en Rusia; pero no se atreve a decirlo ningún periódico, pues toda la Prensa está estrechamente sometida al secretario del partido bolchevique, dueño de una censura rigurosa y de una policía vigilante como no existen en ningún otro país del mundo.

El programa de la revolución de octubre preconizaba la instauración de una instrucción pública general obligatoria, gratuita, politécnica e igual para todos. En el duodécimo año del régimen, esa instrucción no es ni general, ni obligatoria, ni gratuita, ni politécnica, ni igual. Los escolares, hijos de obreros, de trabajadores campesinos, de empleados, debían recibir gratuitamente el material escolar, los libros y una comida de caliente por día. Ya no se piensa en nada de eso ni siquiera en sueños. La leyenda soviética puede presentar algunas escuelas,

casas o jardines de niños y clubs modelos, construidos y mantenidos para la exhibición; pero esto no lava de su culpabilidad en la extensión de la ignorancia y el bajo nivel cultural de un gran pueblo al partido que monopoliza todas las responsabilidades con todo el Poder. El reciente sacrificio de un Lunatcharski, revocado repentinamente de sus funciones de comisario del pueblo en la instrucción por una decisión disimulada con caracteres microscópicos en la Prensa, como si se tratara de un acto casi inconfesable, no soluciona la cuestión. Y cuando leemos ahora en los periódicos soviéticos artículos precedidos por titulares del tenor de las siguientes: "El país del socialismo debe ser un país que sepa leer y escribir. Dentro de dos años no debe haber en la R. S. F. S. R. (Rusia propiamente dicho y Siberia, sin la Ucrania, el Cáucaso y las demás Repúblicas federadas) un solo obrero analfabeto" (*Pravda*, 31 de agosto de 1929), hay derecho a juzgar el tardío descubrimiento y a dudar de la realización de las promesas, sobre todo conociendo los métodos en vigor en la U. R. S. S., después de la muerte de Lenin, por la aplicación de las mejores resoluciones y la inmensa distancia que separa en Rusia las decisiones teóricas de los medios de aplicarlas.

La ignorancia, pues, sobrepasa también al sempiterno "nivel de antes de la guerra" en la sexta parte del mundo. De la manera cómo se traduce en la vida corriente no dan idea las estadísticas. El lector occidental comprenderá mejor la expresión rusa "el poder de las tinieblas" si conoce algunos hechos o episodios de carácter nada occidental, sino, por el contrario, revelador de la mentalidad de una importante parte de la población.

En una aldea de Podolia, un habitante se dirige al presidente del Soviet para quejarse del abandono de su mujer, que se ha unido "ilegalmente" a un nuevo marido. El presidente convoca ante los aldeanos a la mujer y a su nuevo compañero. La mujer explica su resolución de no volver a vivir con su primer marido, que le pegaba, y su intención de hacer registrar en el estado civil a su segundo

marido. El presidente hace entonces desnudar por completo a la desgraciada y a su amigo, y los hace azotar con hortigas por todos los miembros del Soviet y ante los habitantes (*Pravda*, 12 de mayo de 1925). El redactor de la *Pravda* refiere el hecho sin conmoverse ni indignarse lo más mínimo, como si se tratara de un incidente banal. Se limita a hacer una alusión literaria a Saltikov-Chtchecrin.

No lejos de Yaroslav, una campesina pasa por bruja sin motivo ni razón para ello. Otra campesina sufre un ataque de epilepsia durante la misa, y no hay nadie capaz de cuidarla. Ahora bien; resulta que, por casualidad, la segunda ha tocado el mantón de la primera, a quien encontró en el camino. Y se establece en seguida una relación de causa a efecto. Una muchedumbre conduce a la enferma a la casa de la seudobruja, y exige a ésta que la cure inmediatamente. La pobre inocente se declara impotente para ello y suplica que la dejen tranquila. Todo es inútil. Se forma un extraño cortejo: en una *teliega* (carretela primitiva), conducida por dos mujiks, reposa el cuerpo de la enferma, y la "bruja", con el cuello en un lazo, es arrastrada detrás, seguida por la población chillona de tres aldeas. La "bruja" es golpeada con un látigo, y después con una cadena de hierro hasta que cae desmayada. Después la arrojan al río, la sacan y la abandonan en un bosque. Su suplicio ha durado seis horas. "No ha habido un solo individuo sano capaz de defenderla." (*Pravda*, 24 de mayo de 1925.)

En una fábrica de botas de fieltro, en la provincia de Nijni-Novgorod, trabajan 600 obreros; pero sólo de septiembre a julio, pues en verano se marchan todos al campo. Todos son muy religiosos, y durante las fiestas locales de la Iglesia, dos o tres veces cada mes, además de las otras fiestas, solamente va a trabajar una tercera parte de ellos. Aquí no se lleva a cabo el menor trabajo cultural; empezaron la construcción de un club hace cinco años; pero todavía no está terminado; un 10 por 100 de los obreros se suscriben a los periódicos, pero éstos

llegan tarde y mal; reinan la grosería, la obscenidad y la embriaguez; los jóvenes no se distinguen en lo más mínimo de los viejos; durante los paseos en común de los domingos, los adolescentes riñen (*Pravda*, 7 de junio de 1925). Se trata de una fábrica de provincias; pero en este mismo caso se encuentra aún más de una.

Esto da idea de la base humana de la U. R. S. S. En los grados superiores, en la escuela superior heredada del zarismo, el nivel intelectual no es nada superior. Sosnovski ha referido la siguiente anécdota, muy característica: el Tribunal rural de un cantón o departamento (*volost*), como tuviera que pronunciarse en 1922 sobre un litigio entre dos ciudadanos respecto a un reparto de bienes y objetos mobiliarios, juzgando por *contumacia*, toma una decisión invocando ante todo el principio de la justicia socialista, y enumerando los objetos que habían de distribuirse (algunas sillas, un reloj, unos iconos, etc.) y previendo para aquella de las partes que obstaculizara el juicio la pena *capital*. La Comisión agraria de la provincia de Tver confirma esta enormidad el 10 de junio de 1925. Sosnovski subraya: en 1925, en Tver, importante villa situada entre las dos capitales el campesino amenazado con pena de muerte se presenta ante la *Tverkaia Pravda*, donde le tranquilizan (*Pravda*, 9 de junio de 1925). La aventura tiene un carácter anecdótico; pero traiciona singularmente "el poder de las tinieblas".

En el Ural, en tres pueblos cercanos a la ciudad de Ijeevsk, en junio de 1928, dan de latigazos a 300 campesinos—no sabemos exactamente por qué ni con qué pretexto, aunque leemos el relato en el periódico local—, y según se dice, son los *kulaks* quienes golpean a los *betniaks*, a causa de unas vallas rotas que permitieron al ganado entrar a comerse la hierba de los otros, explicación muy sospechosa, ya que los kulaks son puestos ahora en entredicho con cualquier pretexto. Lo que no podemos poner en duda es la flagelación de los 300 campesinos *vatiaks*, entre los que se encontraban niños de

catorce o quince años. En el cantón hay 36 comunistas inscritos en el partido, de los cuales 26 son titulares, y ninguno de ellos ha sido capaz de hacer nada (*Pravda*, 20 de septiembre de 1928). En la República de lengua alemana, situada a orillas del Volga, los *kulaks* (?) dan una paliza a 85 campesinos pobres, varios de los cuales mueren a consecuencia de ella (*Pravda*, 13 de agosto de 1929).

Como los dirigentes del partido comunista ruso y el Gobierno soviético hubiesen decidido organizar una manifestación internacional para el 1 de agosto de 1929, bajo la denominación de "jornada roja", corrió el rumor, en la región de Armavir, de que la noche del 14 de julio al 1 de agosto sería una "noche roja" por el estilo de la de San Bartolomé. Los comunistas debían cortar la cabeza a toda la población. Había chinos que esperaban bajo sus tiendas de campaña, llenas de inscripciones sangrientas. Este rumor, naturalmente, era un nuevo golpe de los *kulaks*. Los cosacos agricultores del lugar se prepararon incluso a hacer el último viaje, se pusieron camisas limpias y se dijeron adiós sollozando. Ocultaron a los niños en las granjas y los cofres con el trigo entre el forraje; cerraron herméticamente las ventanas; se aprestaron a la defensa. La terrible noche transcurrió, al comienzo, tranquilamente, en medio de un silencio de muerte. Pero un muchacho, más curioso y valiente que los demás, se arriesgó a salir de casa para ver si se acercaban los degolladores, y, en medio de la oscuridad, tropezó con otro muchacho que hacía lo mismo que él. Ganados por el miedo, empezaron a lanzar gritos salvajes. De todas las *isbas*, de las granjas, de los cofres, salieron gritos aterradores, quejas y lamentos, un clamor de espanto que dominaba incluso los ladridos de los perros. Esto duró hasta el alba. No murió nadie. Pero una gran parte de la *stanitza* (aglomeración de cosacos) pasó tres noches consecutivas sin poder conciliar el sueño. Poco después, al conocer este pánico, los elementos avanzados de la *stanitza* explicaron el sentido de la jornada del 1 de

agosto; pero hubo que empezar esa explicación por dos veces, pues la primera no acudió nadie, al saber que se trataba de la "noche roja" (*Pravda*, 30 de agosto de 1929).

Lo más interesante es que la *Pravda* encuentra natural este espanto y les achaca la responsabilidad a los comunistas del lugar, que dejan el campo libre al *kulak*. La gente se ha acostumbrado ya, en Rusia, a estos hechos reveladores, como tampoco hace caso ya de las tradicionales batallas a puñetazos, que oponen en el campo a un pueblo contra otro, y, en la ciudad, a los obreros de un barrio contra los de otro. Los periódicos, en pocas líneas, anuncian que los combates han empezado en tal o cual sitio, y a veces que hay ya un muerto o varios heridos. La milicia no interviene en nada; el partido se lava las manos, lo mismo que las restantes organizaciones; los proletarios pueden romperse las mandíbulas con toda libertad, aplastarse el cráneo, estropearse mutuamente. Un solo ejemplo: en Astracán han empezado las luchas a puñetazos, barrio contra barrio; las hostilidades han sido abiertas por dos barrios obreros, Elling y Trussovski; hay heridos en ambos; la milicia no chista (*Pravda de las Juventudes*, 4 de abril de 1928). Noticias como ésta ni siquiera se toman en cuenta. Los pobres brutos proletarios, inconscientes o mal educados, de que se trata, no tienen otro quehacer que "votar" por unanimidad, en sus reuniones, las tesis transcendentales o las complicadas resoluciones de toda especie que los funcionarios designados para este menester no se toman siquiera el trabajo de leer.

El oscurantismo involuntario, pero efectivo, del régimen, favorece la difusión de las supersticiones religiosas y el desarrollo de las sectas místicas. Durante los últimos años no ha sido posible dejar de observar la existencia de sociedades o cofradías de toda especie, ni los considerables progresos de su propaganda. Las campañas y publicaciones antirreligiosas no hacen más que favorecer y robustecer las corrientes de misticismo reaccionario con sus métodos irracionales de brutalidad grosera y de

violencia facciosa. Señálanse por todas partes los éxitos de los baptistas, de los evangelistas, de los hermanos de la unión campesina, de los adventistas, de los *molocanes*, de los *belocrinas*, de los *trezvenniks*, de los *hermanos de Avvakum*, de los tolstoianos, etc., con sus diversos matices de iglesias oficiales. La actividad de los sectarios ha aumentado en el transcurso del año último, y se ejerce ya en las fábricas, a domicilio, e incluso en las reuniones convocadas por los ateos, adonde llevan la contradicción los creyentes. En una manufactura de Tver hay 60 obreros que forman parte de una secta; en Moscú hay jóvenes comunistas que se pasan a los evangelistas (*Troud*, 7 de marzo de 1928). Los baptistas imitan los procedimientos comunistas, y, entre sus santos, sus "consignas" y sus carteles ilustrados, colocan los retratos de Marx y de Lenin (*Rabotchaia Gazeta*, 24 de junio de 1928). Las iglesias se parecen a los clubs obreros (mucho mejor presentados y cuidados), con sus consignas y sus carteles, y suelen estar llenas, mientras que los clubs están vacíos (*Pravda*, 23 de agosto de 1928). Hay comunistas que se dejan conquistar por la fe religiosa; cerca de Kolomna, un secretario de célula hace la colecta en una iglesia; un comunista de la fábrica textil *Lenin*, en la provincia de Vladímir, se pasa a los baptistas; los evangelistas obtienen excelentes resultados en la fábrica moscovita *Rosa Roja*, etc. (*Isvestia*, 25 de agosto de 1928). Los sectarios y los *kulaks*, dice la *Pravda*, celebran reuniones aparte, en la región de Novgorod, antes de las "reuniones" generales de las aldeas, con objeto de hacer oposición al Poder (*Pravda*, 15 de septiembre de 1928). Los religiosos y los sectarios imitan cada vez más al partido: en Nijni y en Sormovo exponen "periódicos murales", crean círculos agrarios, "rincones rojos", penetran en las "isbas-bibliotecas", se presentan como "leninistas"; en Sirzan, un diácono recomienda que se sigan las enseñanzas de Lenin, después de su sermón; un círculo religioso del Ural se declara "leninista-religioso" (*Isvestia*, 25 de diciembre de 1928). Los sectarios de los

diferentes ritos se distribuyen el trabajo y se especializan; los evangelistas mandan a sus partidarios a las fábricas para hacer prosélitos; "La Unión de la fraternidad campesina" mantiene ligazones sospechosas con el Japón (?); asistimos por doquiera a una manifiesta acción religiosa (*Troud*, 26 de mayo de 1929). En el Donetz, todos los grandes centros industriales son hogares del renacimiento religioso; sólo en Makeyevka hay 13.600 sectarios, de los cuales 4.600 son jóvenes; en Stalino, una sola casa de sectarios ha catequizado en dos años a 3.000 personas; realizan con éxito una activa propaganda entre los parados, con el lema: "Los comunistas no os dan pan, Dios os lo dará" ,y distribuyen socorros; conquistan a una parte de la juventud y la adoctrinan en sus veladas musicales; hay mujeres jóvenes que les sirven para atraer a los hombres (*Pravda de las Juventudes*, 15 de agosto de 1929). Los baptistas dejan de ser una secta para convertirse en un partido politicorreligioso; en Poltava ocupan el antiguo templo luterano, cerca del Comité ejecutivo de los Soviets del distrito; en el campo circundante organizan capillas con coros e instrumentos de cuerda, y se atraen así a la juventud (*Pravda de las Juventudes*, 22 de septiembre de 1929). Según la revista *Jizn Iskusstva*, los millares de círculos evangelistas, adventistas, y las comunidades baptistas, así como los *molocanes*, crean grupos artísticos, cantan la *Internacional*, modificando el texto de la misma y conservando sus rimas, llevan a cabo campañas de propaganda, coincidiendo con las del partido; poseen cinco revistas. Según la *Pravda*, solamente en Ukrania la tirada de las ediciones religiosas alcanza a cuatro millones de ejemplares por año (10 de abril de 1928). Añadamos que se trata de impresos difundidos por persuasión y que se leen, mientras que la literatura comunista, impuesta por la fuerza, no se lee.

Pero la decadencia colectiva más evidente y preñada de consecuencias en la U. R. S. S. se debe a los estragos del alcohol. Al comienzo de la guerra, el zarismo suprimió la fabricación y la venta del vodka (aguardiente de

cereales). El régimen soviético las ha restablecido en "provecho" suyo y ha legalizado el alcoholismo poco después de la muerte de Lenin, no obstante la perspicaz oposición de Trotski, Rakovski y Krupskaya. A la vuelta de algunos años, los efectos han sido catastróficos. El pueblo ruso se hunde de nuevo en la más bestial embriaguez.

La supresión del vodka del Estado no consiguió abolir el alcoholismo, porque los campesinos aprendieron a hacer la destilación en sus propias casas, por medio de alambiques improvisados que producían un alcohol de pésima calidad, la *samagonka*, que bebían a escondidas. Pero esta porquería sólo inficionaba a los campesinos, y el mal se veía limitado por la vigilancia y la represión, pudiendo ser reducido cada vez más por medio de medidas apropiadas, especialmente de orden cultural. Con el vodka soviético, los obreros de las ciudades reciben legalmente el veneno, y la *samagonka* no ha dejado por eso de envenenar el campo, ya que su destilación clandestina es más difícil de reprimir desde la aparición del otro alcohol. Los dos males se superponen, contrariamente a lo dicho por Rikof ante el Congreso de la Enseñanza, según el cual el alcohol mejor debía eliminar al peor (*Pravda*, 16 de enero de 1925), aserto confirmado por Semachko (*Pravda*, 3 de diciembre de 1925) y por todos los portavoces oficiales, y el vodka soviético alimenta el presupuesto del Estado, en detrimento de los presupuestos obreros.

"Casi todos los obreros de nuestras fábricas se emborrachan", escribe un camarada de Tomsk; "tal es la situación en provincias, pero no es mejor en Moscú"; "se bebe, sobre todo, los días de paga"; "las mujeres y los niños esperan a la salida de las fábricas a fin de recibir de los maridos y de los padres una parte de los salarios"; "los obreros, que saben esto, se deslizan y corren de la Caja a la taberna"; en sus casas, adonde no vuelven a veces hasta el día siguiente por la noche, con los bolsillos vacíos, se observa la miseria, y el hambre y las disputas son fre-

cuentes; hay obreros que se emborrachaban en la misma fábrica; las fiestas de las fábricas sirven de pretexto para innobles borracheras; ha habido obreros de las hornagueras que, al recibir sus salarios, después de tres meses de un trabajo agotador, se lo bebieron todo sin comprar nada útil para ellos o para sus familias; "no sólo los *sin partido*, sino los propios comunistas, se emborrachan, sin que la célula tome ninguna medida" (*Pravda*, 20 de agosto de 1925). Cerca de Ivanovo-Vosnesensk: "El cuadro del cuartel obrero de nuestra fábrica presenta las siguientes características: incultura y embriaguez; así era antes de la revolución y así es en muchos rincones atrasados, y no sólo en éstos; así, por ejemplo, en nuestra fábrica T., con sus 8.000 obreros"; los días de fiesta asistimos "a borracheras colectivas, querellas, canciones obscenas, juegos de cuchillo, en presencia de los niños, que siguen el ejemplo" (*Pravda*, 17 de marzo de 1925). En la fábrica N. (Moscú), se emborracha el 80 por 100 de los obreros; la embriaguez reina en las células del partido y de las Juventudes comunistas (*Pravda*, 24 de junio de 1925). He aquí un extracto de la correspondencia de Tver, referentes a los descargadores del ferrocarril, más de un millar: "Todos sus asuetos y su salario los gastan en alcohol estos trabajadores" (*Pravda*, 11 de noviembre de 1925). De Kaluga escriben: en junio se vendían *27.674* vedros de alcohol (un vedro: 12,21 litros), y en agosto, 41.854, sin contar los vinos, los licores y el *samogón*; "con el aumento del consumo del aguardiente se ha desarrollado el apachismo" (*Rabotchaia Gazeta*, 2 de octubre de 1926). "El obrero de Tula bebe, por término medio, 15 rublos mensuales"; los barrios obreros de esta ciudad ofrecen un espectáculo desolador; hay proletarios inconscientes tumbados en medio de la calle; se oyen gritos de disputas; se producen robos y riñas a puñaladas; "la Tula obrera permanece en las tinieblas; no existen clubs en los radios obreros, y cuando existen no responden a su objetivo" (*Rabotchaia Gazeta*, 10 de octubre de 1926). Quince rublos más cada mes a restar

del salario medio, y esto no solamente en Tula, sino en toda la Unión.

En un año se han consumido, en Leningrado, 1.819.980 vedros de vodka, sin hablar de más de siete millones de otras bebidas alcohólicas. El resultado de esto ha sido una gran recrudescencia del apachismo (*Krasnaia Gazeta*, 28 de mayo de 1927). En la fábrica textil de B., cerca de Moscú, todo el mundo bebe; los padres lo rompen todo en casa, pegan a sus mujeres y a sus hijos; hay muchachos de ocho años que se emborrachan y niños de cinco años que beben ya vodka; se propagan, naturalmente, las enfermedades (*Troud*, 22 de mayo de 1927). La embriaguez es una de las plagas de la vida en el campo; en un pueblo de la provincia de Tver, hay 50 *fuegos*, de 60, que fabrican alcohol clandestinamente (*Krasnaia Gazeta*, 2 de septiembre de 1927). El mismo periódico publica numerosas cartas de obreros, de regreso de sus pueblos después de un permiso, que producen la misma nota. "El obrero gasta actualmente dos veces más en bebida que en vivienda"; el porcentaje de enfermos, de locos y de muertos a causa del alcohol aumenta con gran rapidez; en Leningrado han sido detenidos en la calle 95.000 individuos por embriaguez pública, contra 2.088 en 1923; en Moscú, el mismo cuadro; el 80 por 100 de estos borrachos son obreros; en Bakú, el 20 por 100 son comunistas; el rendimiento del trabajo desciende; la Comisión del Plan del Estado prevé un "progreso" de 36 millones de vedros (1926-27) a 84 millones de vedros (1930-31) de vodka, lo que indigna al autor del artículo; hay que pensar, además, en la *samagonka*, cuyo consumo ha debido ser, en 1923, según un cálculo aproximativo, de 15 millones de vedros (*El Bolchevique*, números 19 y 20, 1927). "Durante las excursiones obreras, la embriaguez ha adquirido este verano proporciones amenazadoras. Rara ha sido la excursión en que no ha habido borracheras y escándalos. Todos beben: los adultos y los jóvenes, etc." Siguen algunos ejemplos lamentables (*Troud*, 24 de septiembre de 1927). La embriaguez hace

espantosos estragos entre la clase obrera, observa el mismo periódico, después de publicar algunas cartas de Sormovo, Oriechkovo, Zuev y Briansk, grandes centros industriales. Y asistimos de continuo a las mismas escenas: mujeres que vigilan ansiosamente las puertas de los talleres, obreros que pegan a sus mujeres y a sus hijos, etcétera (*Troud*, 24 de diciembre de 1927). Las cooperativas son las principales expendedoras del veneno.

En las tesis de Trotski, Rakovski, Zinoviev, Kamenev y otros citados anteriormente, podía señalarse, en 1927, según el Plan del Estado, las previsiones de aumento de la producción y del consumo de alcohol del 227 por 100 en cinco años, mientras que las del tejido no eran más que del 41 por 100. "La producción de alcohol se presenta, pues, según el plan quincenal, como la rama industrial dirigente"; "la realización de la lucha contra la embriaguez, anunciada en las tesis oficiales, se llevará a cabo triplicando momentáneamente el consumo del alcohol". Sin embargo, se constituía, en febrero y abril de 1928, bajo la égida gubernamental, una sociedad antialcohólica, y podía leerse en la *Pravda* del 10 de abril de 1928: "El alcoholismo y el socialismo son incompatibles", firmado por Lenin. Menos mal que Lenin tuvo la buena idea de expresar esta perogrullada.

El 25 por 100 de los enfermos nerviosos de los hospitales de Moscú, el 50 por 100 de los suicidios, el 40 por 100 de las enfermedades venéreas, el 66 por 100 de los crímenes, el 74 por 100 de los actos de apachismo tienen como origen el alcoholismo; "la parte del presupuesto obrero gastada en alcohol aumenta de manera amenazadora"; la cuarta parte de los productos vendidos por la cooperación en 1926-27 se componen de líquidos alcohólicos, mientras que la carne no representa más que el 10 por 100, el azúcar el 8 por 100, etc.; "el alcoholismo se convierte en un peligro amenazador para todo el edificio del socialismo", dice Bujarin, uno de los responsables. "En 1926 se han gastado en alcohol más de mil millones de rublos." En algunas empresas se gasta en

alcohol el 14 por 100 del salario, a veces el 17 por 100. Las ausencias injustificadas del taller, el bajo nivel del rendimiento del trabajo, la mala calidad de la producción, se deben en gran parte al vodka. El alcoholismo se apodera de las mujeres y de los niños (*Pravda*, 24 de abril de 1928). Y paralelamente a las platónicas denuncias de los estragos, no cesan de aumentar la producción y el consumo del aguardiente. El presupuesto cuenta con 865 millones de rublos de entrada gracias al alcohol del Estado. El *Gosplan* establece sus previsiones del desarrollo del socialismo basándose en los progresos del alcohol, a pesar de que el XV Congreso del partido decidió reducir gradualmente la producción, dice con indignación la *Pravda* (octubre de 1928). Según los datos del *Gosplan*, dice la *Rabotchaia Gazeta* al mismo tiempo, el consumo de aguardiente ha pasado de 387.450.000 litros en 1926-27 a 467.400.000 litros en 1927,28, y pasará a 580.800.000 litros en 1928-29, a 713.400.000 en 1929-30 y a 826.400.000 en 1930-31, lo que representaría en este caso cinco litros 80 por cada habitante, comprendiendo a los niños. Pero estas cifras no se refieren más que al alcohol oficial—a la *rikovka*, como se llama vulgarmente en Rusia, término condenatorio para el bolchevismo—, y no tienen en cuenta el *samagón*, cuya producción ha sido evaluada aproximadamente, por uno de los dirigentes del Consejo superior económico, en 40 millones de vedros por año, o sea alrededor de 500 millones de litros más. El término medio será, pues, de ocho litros de alcohol por habitante en 1931.

Los periódicos no se cansan de denunciar los efectos del mal; pero sin atacar nunca a su principal origen. (Sólo la Oposición, agrupada en torno de Trotski, ha hablado de ello sin temor.) Una correspondencia del *Troud*, referente a una localidad de la provincia de Smolensk, resume bien las diversas manifestaciones que se encuentran en casi todas las informaciones de este género: los obreros borrachos atormentan a sus mujeres y a sus hijos, riñen en los cuarteles obreros, disparan tiros, echan abajo las puertas y rompen los cofres, roban

y saquean; los días de paga, los borrachos pierden su salario a los naipes, juegan más y pierden sus zapatos, sus trajes; cada partida acaba en una batalla; solamente en esta localidad se ahorcaron, en 1927, siete obreros; las mujeres beben también en masa; los crímenes se multiplican (*Troud*, 20 de marzo de 1928). En no pocas fábricas, los obreros llegan borrachos al trabajo (*Rabochaia Gazeta*, 17 de mayo de 1928). Los clubs obreros se transforman frecuentemente en innobles tabernas (*El Proletario*, de Karkov, 17 de marzo de 1928). De cada seis millones de proletarios, dice Larin, hay 400.000 alcohólicos inveterados, que sufren, por término medio, tres detenciones anuales por embriaguez pública (*Pravda*, 29 de junio de 1928). "Nos ahogamos en alcohol", escriben desde el campo a la *Pravda*, de Leningrado, y dan tristísimos detalles (2 de agosto de 1928). En la propia Siberia, incluso los obreros bien pagados son desgraciados, porque se beben la mayor parte del salario. Los clubs son verdaderos nidos de borrachos (*Isvestia*, 2 de octubre de 1928). En Serpukoov, cerca de Moscú, los comunistas se emborrachan lo mismo que los *sin partido* (*Pravda*, 25 de octubre de 1928). En la fábrica Dzerjinski, los accidentes aumentan en tres o cuatro veces después de la paga y se elevan así a 40 por día; el 75 por 100 de las ausencias no motivadas se deben a la embriaguez (*Troud*, 14 de noviembre de 1928). En Moscú se está construyendo una nueva fábrica de alcohol, lo mismo que en Leningrado y en Kursk, cuando las fábricas existentes bastarían para la producción (*Pravda*, 26 de noviembre de 1928). En el Comité central ejecutivo de los Soviets, en diciembre de 1928, Larin afirmó "que en un año la milicia ha detenido a dos millones de alcohólicos inveterados, que se tumbaban en medio de la calle; que la producción del alcohol consume alrededor de 500.000 toneladas de grano; que la Sociedad antialcohólica no recibe la protección del Gobierno, sino que tropieza con las autoridades, cuyas operaciones comerciales contrarresta". El mismo Larin, ante la misma Asamblea

estimaba en mil millones de rublos la pérdida sufrida por la industria, debido a los progresos del alcoholismo entre la clase obrera; los dos grandes centros culturales: Moscú y Leningrado, beben más que los otros (*Pravda*, 5 de diciembre de 1928 y siguientes). En Saratov, una manifestación de niños proclama: "Nos manifestamos contra los papás borrachos; pedimos que se nos den posibilidades de hacer nuestros estudios; en lugar de vodka, que nos compren libros" (*Izvestia*, 25 de diciembre de 1928).

Todos esos obreros, esos comunistas o candidatos comunistas degenerados, de los cuales nos da la Prensa soviética tan frecuentes ejemplos, votan por unanimidad las grandes tesis sobre el socialismo en un solo país, sobre la irremediable decadencia del capitalismo en Europa y América, sobre el plan quinquenal de producción en la U. R. S. S., sobre todos los grandes problemas complejos y arduos, que harían vacilar a los revolucionarios cultos y conscientes, y condenan implacablemente, con la misma unanimidad, a todos los comunistas lo suficientemente atrevidos para exponerse a hacer la menor crítica sobre la política oficial y los métodos del Gobierno. El proletario borracho, después de destruir su máquina, injuriar a su contramaestre, golpear a su mujer y a su hijo, robar a su vecino, insultar a su vecina, vomita en su habitación, "de la dimensión de un ataúd"; pierde su pantalón en el juego y se va a "exigir" al benévolo *Bureau* Político del partido, medidas despiadadas contra Trotski y otros "escépticos", harto tiempo tolerados en el número de los vivos.

La calamidad gana terreno, sin embargo, en todos los sentidos. Una encuesta llevada a cabo en 1928 había revelado ya los progresos crecientes del alcoholismo entre la joven generación. Fueron examinadas, a título de ejemplo, dos escuelas con un total de 2.420 niños, entre ocho y dieciséis años. El 15 por 100 de los chicos y el 14 por 100 de las chicas se emborrachaban; además, el 14 por 100 del total bebía con frecuencia y en gran can-

tidad (*Izvestia*, 3 de junio de 1928). En 1929 se confiesa la imposibilidad de reducir las proporciones de la venta del vodka, por comprometer el equilibrio del presupuesto, a pesar de que la embriaguez constituye cada vez más un peligro público (*Izvestia*, 16 de enero de 1929). Para 1929 se prevé un consumo de 46 millones de vedros (sin contar el *samagón* clandestino); el gasto total de los consumidores en alcohol se evalúa en mil millones y medio de rublos, durante dicho año (*Pravda de las Juventudes*, 2 de abril de 1929). El consumo global de aguardiente ha llegado, en el último año, al 75 por 100 de antes de la guerra en las ciudades, y al 150 por 100 en el campo. Luego el nivel de la época zarista ha sido ampliamente sobrepasado en conjunto. La experiencia ha probado que el vodka del Estado no eliminaba la *samagonka*, cuya destilación se desarrolla cada vez más (*Pravda de las Juventudes*, 5 de junio de 1929). En Leningrado, en una sola noche, la milicia ha recogido en la calle a 859 borrachos, "cifra record" (*Krasnaia Gazeta*, 1 de septiembre de 1929). La "Dirección del alcohol" pone en venta este año 60 millones de litros más de la cantidad permitida (540 millones de litros, en lugar de 480); la Sociedad antialcohólica protesta de ello (*Troud*, 11 de septiembre de 1929).

Aquí vemos un nuevo detalle que ha pasado desapercibido para los falsos amigos de la U. R. S. S., o sobre el cual, a lo menos, no encontramos el menor indicio en sus folletos.

Hemos tratado aquí, especial o incidentalmente, de la condición de las mujeres. Es esta una señal que no puede engañar respecto al nivel de una civilización. Vale la pena de que lo examinemos detenidamente. Las *Izvestia* registran numerosos casos en que los maridos pegan a sus mujeres porque intervienen en las elecciones. En el Ural, un secretario de célula comunista golpea a su mujer, "candidato" al Soviet; en la provincia de Tula, un miembro de la dirección de um Soviet muele a golpes con una barra de hierro a su mujer, presidente de otro Soviet; en la pro-

vincia de Gomel, todas las mujeres de una aldea son golpeadas por sus maridos por haber celebrado una reunión, etc. (19 de mayo de 1926). No se trata de simples incidentes, sino de hechos sintomáticos (subrayamos los términos relativos a las elecciones, hasta que demostremos, en el capítulo siguiente, lo que éstas significan). La *Pravda*, a su vez, denuncia los malos tratos infligidos por los obreros a sus mujeres, citando numerosos casos; los comunistas ocupan un buen lugar entre ellos; se evocan dramas en que la obrera sucumbe a los golpes de sus degenerados maridos, sin que las organizaciones, no obstante estar bien informadas, intervengan (3 de marzo de 1928). En Ivanovo-Vosnesensk, centro principal de la industria textil, "el Manchester ruso", "las mujeres son golpeadas ahora de una manera casi general". *La Voz del Tejedor*, habiendo llevado a cabo una campaña contra esta costumbre de los obreros de golpear a sus compañeras, anuncia haber recibido una gran cantidad de cartas confirmativas (*Pravda*, 1 de abril de 1928). En el campo, las costumbres siguen siendo tan bárbaras como antes. La *Begnota* cita numerosos ejemplos de brutos que encierran a sus mujeres, las muelen a palos y las escupen a la cara (22 de junio de 1928). La revolución no ha abolido, entre los turkómanos, el comercio de las mujeres; se necesitan, por lo menos, 60 rublos para adquirir una; pero los *kulaks* hacen aumentar los precios, y los campesinos pobres ejercen presión para que se establezca "un precio fijo", sin llegar a conservar, sin embargo, su adquisición, atraída por la especulación de los ricos (*Pravda*, 26 de agosto de 1926).

"La herencia del pasado" es en este respecto evidente; pero la conservación de esta maldita herencia no es menos evidente, salvo para los viajeros complacientes o ciegos. Vamos a tratar ahora de una odiosa plaga de la sociedad soviética, aparecida después de la muerte de Lenin, y cuya parte de responsabilidad hay que buscar en remotos orígenes, si bien es otra en el presente: nos referimos al antisemitismo, cuyo desarrollo se señala

cada vez de una forma más aguda en la Prensa. Ya existía antaño en Rusia el antisemitismo; pero confinado en zonas muy restringidas de la población. Pero la clase obrera, por no hablar más que de ella, no ha sido nunca antisemita, y, sobre todo, no se había observado jamás el menor rastro de antisemitismo en los partidos revolucionarios y socialistas o comunistas. Ahora bien; después del renacimiento del antisemitismo, manifestado hacia 1925 y acentuado después, es el proletariado el más contaminado por esta forma de barbarie. Y la experiencia prueba que no puede existir el antisemitismo sin la complicidad del Poder. Bien es verdad que el antisemitismo es *oficialmente* denunciado y castigado en sus aspectos de violencia; pero se da este fenómeno, lo mismo que muchos otros, en la Unión Soviética; se combaten formalmente los efectos, sin atacar las causas, y, según la expresión allí corriente, aplicable también para el alcoholismo y el analfabetismo, "los constipados se curan atemperando las corrientes de aire". El capítulo sobre la dictadura del proletariado nos aclarará esta fórmula.

En una fábrica de Leningrado, dos miembros del partido bolchevique reúnen a los obreros en torno suyo y uno de ellos se jacta de haber matado, por su propia mano, a 900 judíos en el frente polaco, y lamenta no poder exterminarlos a todos (*Pravda*, de Leningrado, 29 de junio de 1927, ó 1928, fecha mal impresa en nuestro ejemplar). "No hemos observado nunca, en el transcurso de la revolución, como actualmente, en el partido y en las Juventudes comunistas, una infiltración tan fuerte de antisemitismo", escribe Sosnovski en la *Pravda* (septiembre de 1927). Y cita como ejemplo característico la carta de un comunista a otro, justificando "en un 50 por 100" la vieja consigna de los *Cien Negros*: "Muerte a los judíos y viva Rusia". La *Pravda de las Juventudes comunistas* (23 de diciembre de 1927) dedica una página entera a esta vergüenza: el antisemitismo obrero y comunista, y cita casos en que los obreros tratan a otros de judíos sin la menor razón, les niegan la entrada en los sindicatos y

por consiguiente, el derecho al trabajo, subrayando que el antisemitismo gana a grupos enteros de las Juventudes comunistas y de los *pionniers*, que llegan a golpear inclusive a los niños y adolescentes judíos. La *Pravda* del 17 de mayo de 1928 habla del desarrollo del antisemitismo en el partido comunista: en Kiev, un conocido militante comunista niega trabajo a los judíos; en otros lugares, los comunistas golpean, como cosa corriente, a los judíos; en el Instituto de la Economía Nacional puede leerse una inscripción de un comunista, en una pared, que dice: "¡Muerte a los judíos y vivan los soviets!". La *Krasnaia Gazeta* (29 de junio de 1928) denuncia a un comunista, dirigente de una cooperativa, que organiza dos colas distintas: la de los ortodoxos y la de los judíos; pega a un viejo de setenta años que protesta, y observa que la conducta de ese bruto, con ayuda del jefe de la milicia, es una provocación a los *pogromos*. En el club de la fábrica *Revolución de Octubre*, un joven judío, con el brazo paralizado a consecuencia de un accidente del trabajo, es arrojado al suelo y medio asfixiado, con la aprobación del presidente del Comité de la empresa (*Pravda*, 28 de julio de 1928). En Rostov, en Dniepropetrovsk, en Kazán, etc., los jóvenes comunistas insultan y muelen a palos a sus camaradas judíos (*Pravda de las Juventudes*, 29 de julio de 1928). Un libro de Gorev publica numerosas informaciones, demostrando que el antisemitismo ha penetrado por doquier en el transcurso de los últimos años (*Krasnaia Gazeta*, de la noche, 9 de septiembre de 1928). En las minas del Donetz, los obreros judíos son insultados y maltratados por sus compañeros de trabajo, que son con frecuencia comunistas e incluso secretarios de células; hay comunistas que deploran abiertamente no poder llevar a cabo *pogromos*; hay mineros judíos a quienes se les niega trabajo, vivienda o el carnet sindical porque son judíos; los Comités comunistas regionales se hacen cómplices del mal con su silencio (*Pravda de las Juventudes*, 18 de noviembre de 1928). En la fábrica de vidrio *Octubre*, no lejos de

Minsk, los contramaestres insultan, persiguen y golpean a una obrera judía; la desnudan, la apalean y la arrojan agua fría en presencia de todos los obreros y de los comunistas de la fábrica, cómplices tácitos (*Isvestia*, 16 de noviembre de 1928). Tres de los monstruos directamente mezclados en la persecución de esta mujer son miembros del partido bolchevique (*Pravda*, 15 de enero de 1929). El mismo número de este periódico cita otros casos de persecuciones contra trabajadores judíos en diversas fábricas. El antisemitismo hace cada vez mayores progresos, y el *Troud* (29 de mayo de 1929) confiesa, por fin, que no sólo se trata de una monstruosa supervivencia del pasado, sino de un fenómeno político actual.

La importancia de este fenómeno se ve atestada por reseñas como la de la *Pravda de las Juventudes* del 10 de abril de 1928, donde se relata detalladamente el asunto del Instituto Geodésico de Karkov. Un joven *rabfakovets* (estudiante obrero) judío ha sido atormentado y perseguido durante largos meses por los comunistas, ante los ojos de sus camaradas; lo despertaban por la noche golpeándole la cabeza con una regla, echándole agua fría, picándole las plantas de los pies con las puntas de un compás, hasta el extremo de que el desgraciado se volvió casi loco. El mismo cuadro se produjo en un hogar de estudiantes del otro extremo de la ciudad, donde un judío es molido a palos y dejado medio muerto por aquellos brutos, entre los que se encontraban dos secretarios de la fracción comunista. "Las manifestaciones de antisemitismo de esta naturaleza son frecuentes en los vouz" (establecimientos de enseñanza superior), afirma este periódico, citando otros ejemplos. En el mismo Instituto Geodésico, los estudiantes dan de patadas en el vientre a una estudiante judía encinta. En Belotserkov existe un grupo organizado de salvajes antisemitas. En Dniepropetrovsk, en el Instituto de Minas; en Karkov, en el Instituto Tecnológico; en diferentes ciudades de Ukrania se expresa en las conferencias estudiantiles, con gran grosería y violencia, el antisemitismo. La Asamblea general

de la célula comunista del Instituto Geodésico encubre a los culpables y se ríe de las víctimas.

Semejantes "comunistas" votan por unanimidad todas las resoluciones que les manda el Comité del partido de sus radios, el cual las recibe del Comité del partido de la ciudad, el cual las ha recibido del Comité del partido de la provincia, el cual las ha recibido, a su vez, del Comité central del partido; el cual, en fin, no hace sino transmitir lo que le ordenan el *Bureau* Político y el Secretariado del partido.

Después de esto no leemos sin sorpresa estas palabras, salidas de la pluma de Máximo Gorki, en la *Pravda* del 26 de septiembre de 1929: "¿Es posible creer en las malévolas afirmaciones de la Prensa de los emigrados, según la cual los propios comunistas están contagiados de antisemitismo?" ¿Simula Gorki no ver la Prensa soviética? Estamos, evidentemente, ante un ruso de estilo, pues el artículo termina de la siguiente manera: "No se trata de preguntarse si es preciso combatir a los antisemitas. Es preciso hacerse dos preguntas: ¿se les combate suficientemente, asiduamente? Y ¿cómo hay que combatirles?" Estas preguntas no han recibido respuesta alguna, ni la recibirán en el cuadro del sistema político actual. Pues es imposible responder a ellas sin abordar el problema del régimen construído, después de la muerte de Lenin, sobre el poder de las tinieblas.

VI

La "dictadura del proletariado"

La Constitución soviética.—Ciudadanos y súbditos.—Comunistas y "sin partido".—Los comsomols.—Reglas constitucionales y realidades prácticas.—El Secretario del partido.—Los "aparatos" comunista, soviético, sindical, económico, cooperativo, policíaco, de inquilinatos.—La pirámide burocrática.—Las intenciones de Lenin.—El Estado y el partido.—La Prensa y la censura.—Calidad de la "élite".—Derechos y libertades del proletariado.—Métodos de gobierno.—La crónica de los escándalos.—La verdad sobre los sindicatos.—Las cooperativas.—Monstruosidades burocráticas.—La Justicia.

La Constitución soviética, expresión legal de la dictadura del proletariado, es hoy en la U. R. S. S. un documento subversivo. Varios millares de comunistas y de otros revolucionarios se encuentran actualmente en las prisiones, en los campos de concentración y en los lugares de deportación, por haber permanecido fieles a sus principios o por haber querido hacer uso de los derechos de ciudadanos que dicha Constitución les reconocía. No es este el primer ejemplo histórico de una Constitución que no es respetada por aquellos a quienes corresponde aplicarla. Pero es ciertamente un caso único de Consti-

tución que no tiene nada de común con el régimen cuyas instituciones le corresponde definir.

Este singular estado de cosas no ha sido instaurado bruscamente, sino que se ha establecido gradualmente, a partir de la enfermedad de Lenin, y cristalizado relativamente, por etapas sucesivas, después de la muerte del fundador de la "República Socialista Federativa de los Soviets". No podrá durar siempre, pero constituye *el Estado derecho* en estos momentos, y debemos reconocerlo así si no queremos vernos sorprendidos por el curso de los acontecimientos futuros.

En principio, todos los habitantes de la U. R. S. S. que viven de su trabajo y sin explotar el trabajo del prójimo, son ciudadanos, electores y elegibles, y poseen el derecho de expresión y de reunión. De hecho, de los 150.000.000 o más de rusos de la Unión, un solo individuo goza de todos los derechos, mientras que los demás asumen todos los deberes.

Este ciudadano completo y exclusivo es el secretario general del partido comunista.

La U. R. S. S. comprende dos grandes categorías de individuos: los miembros del partido comunista y los "sin partido". Sólo los comunistas poseen, en diversos grados, algunos derechos sin definición, variables en cantidad y en calidad, según la posición de los ciudadanos en cuestión en la escala jerárquica. Un comunista posee menos derechos que su camarada colocado inmediatamente por encima de él por sus funciones, y más derechos que el colocado por debajo de él. Pero siempre posee mayores derechos que un "sin partido", el cual anda completamente desprovisto de ellos en el dominio de los asuntos vitales de la ciudad o del país.

Los "sin partido" no tienen otro derecho que el de aprobar cuanto dice y cuanto hace el único partido de la U. R. S. S. Toda desaprobación, explícita o incluso implícita, toda crítica, tímidamente formulada, y aun cuando esté bien fundada, e incluso todo silencio susceptible de ser interpretado arbitrariamente, colocan al "sin par-

tido" bajo la acusación de "contrarrevolución", con las enfadosas consecuencias que esto comporta, desde la pérdida del trabajo, es decir, del pan cotidiano, hasta la deportación a Siberia o la detención ilimitada.

Entre los "sin partido" hay dos categorías de gentes: los "simpatizantes" y los otros. Para ser "simpatizante" no es necesario, ni mucho menos, simpatizar con el comunismo: basta con declararlo, con parecerlo y, después, con tener buen cuidado de no dejarse sorprender en flagrante delito de hostilidad. En cambio de su aparente simpatía, el falso simpatizante recibe pequeñas facilidades en la vida ordinaria para el trabajo o la vivienda; ventajas apreciables si se recuerdan las condiciones de trabajo y de vivienda descritas con objetividad en los anteriores capítulos. Por otra parte, el "simpatizante", real o supuesto, puede ser elegido por los comunistas si da pruebas de docilidad ejemplar, como es, por ejemplo, figurar en las listas de los "sin partido", destinadas a ser "elegidas por unanimidad" en las reuniones "de electores"; en este caso llega pronto a ser miembro de uno o varios Soviets, lo cual, en determinados casos, puede llevar aparejados algunos privilegios.

Las Asambleas de electores tienen lugar en las propias empresas, y nadie tiene derecho a participar en otra fuera de aquella en que está inscrito. Sólo el Comité local del partido, directamente o por mediación de una célula comunista o del Comité de empresa a sus órdenes, posee el poder y los medios efectivos para convocar a una reunión. De esta manera, todo participante es conocido o fácilmente identificable por la administración de la empresa y el personal comunista, y nadie puede abrir la boca o levantar la nariz sin hacerse inmediatamente sospechoso, y la menor manifestación disconforme con las consignas oficiales comporta las consecuencias que quieren aplicar los funcionarios del partido. La directiva de la reunión, comunista o elegida por los comunistas, se ve "elegida" así por unanimidad. El orden del día y las resoluciones o las listas de candidatos elaboradas por el parti-

do, son obligatoriamente votadas de la misma manera. El seudovoto tiene lugar levantando las manos ante la pregunta sacramental formulada por el presidente: "¿Quién está en contra?" Si el asunto es importante, resulta imposible votar en *contra* sin exponerse a perder la plaza, es decir, el pan, y asimismo, y con gran frecuencia, la vivienda, ya que las cosas dependen de la empresa. Teniendo en cuenta la extensión del paro y la gravedad de la crisis de las viviendas, todos atajan el peligro absteniéndose de la contradicción. Y cuando esta perspectiva no basta para poder dominar la herejía, existen otros medios más directos y enérgicos, de los cuales nos ocuparemos en breve. La unanimidad llamada del 100 por 100 está, pues, asegurada. En el campo suceden las cosas de manera un tanto diferente. La base electoral se encuentra más alejada de la cúspide suprema "elegida", con una interposición de varios grados más de sufragios que en la ciudad, y consiguiendo que los campesinos se interesen de preferencia en los asuntos locales, la vigilancia y la presión no son tan fuertes. Por otra parte, no bastarían para realizarlas los comunistas rurales, que se hallan en número más reducido. La inmensa proporción de analfabetos y de alcohólicos limita asimismo las veleidades de iniciativa. Cuanta mayor importancia tiene una Asamblea o un Congreso, por la competencia territorial, más se refuerza el control comunista, a fin de no dejar nada al arbitrio de la casualidad.

Ya hemos visto cómo, en el campo, nadie que no sea comunista quiere formar parte de un Soviet, pues la única misión de éste consiste en cobrar los impuestos, trabajo por demás penoso. Son más bien los campesinos acomodados quienes tienen interés en penetrar en el Soviet, a fin de exonerarse de los impuestos y hacer que éstos recaigan sobre los pobres. En los grandes burgos, y en las ciudades pequeñas y medias, una vez "elegido" el Soviet, no se reúne, por decirlo así, nunca. Lo único que funciona es el Comité. El título de diputado no implica, pues, la menor consecuencia. Se citan incluso frecuentes

circunstancias en que, habiéndose perdido la lista de los miembros del Soviet, resulta difícil encontrar a los diputados, pues la mayor parte de ellos ignora incluso el gran honor que se le ha hecho. Otras veces, habiendo sido inscrito en la lista, por el Comité del partido, un Ivanov, pero sin la indicación de nombre y de patronímico, resulta imposible discenir de qué Ivanov se trata, entre las docenas de Ivanov existentes en toda aglomeración. En las grandes ciudades, el Soviet se reúne muy raramente en una especie de mitin de propaganda o de agitación, y a fin de aprobar obligatoriamente por unanimidad al Comité ejecutivo y al *Bureau* designados uno y otro por un Comité del partido. El diputado al Soviet, lejos de sentir así una fatiga extraordinaria, tiene la suerte de encontrar un pretexto para abandonar el taller, fumar sus cigarrillos en los corredores del Soviet, recibir gratis la literatura oficial, disponer de un carnet de circulación para los tranvías y otras prerrogativas por el estilo.

Los "sin partido", que no están catalogados como simpatizantes por los Comités del partido, con los cuales tienen que estar corrientemente en relación, según el lugar del trabajo o el domicilio, tienen derecho a existir con el nivel material ya descrito, en la medida en que tengan la suerte de no estar parados o de disponer de una vivienda "de las dimensiones de un ataúd". Y a condición, naturalmente, de abstenerse rigurosamente de toda intervención en la política, salvo en el caso de que aplaudan sin reticencias todas las decisiones del Poder.

Los miembros del partido se subdividen, a su vez, en varias categorías. Existe una especie de proletariado del comunismo, los humildes y oscuros adherentes, que desempeñan los menesteres ingratos; una clase media distribuida en los puestos modestos, pero con un trabajo menos penoso y mejor retribuido; una burguesía que asume las funciones relativamente importantes en la economía y en la administración; una aristocracia que monopoliza los cargos políticos y las responsabilidades; una

pequeña oligarquía, en fin, donde se reclutan los gobernantes de hecho, que no siempre son los gobernantes de nombre, y que rodean a la cúspide de la jerarquía comunista, representada por el Secretariado del partido.

Cada categoría de comunistas debe obediencia pasiva a las categorías superiores; pero, en desquite, puede exigir esa misma obediencia a las "capas inferiores". Los del último piso se toman el desquite sobre los "sin partido". Así, pues, todo comunista detenta una parcela del Poder público, que ejerce sobre el inferior. Y a esto se le llama, oficial e impropiamente, "dictadura del proletariado". Nadie está autorizado a dudar de su superior; todos están obligados a criticarse a sí mismos y a criticar a sus semejantes y a sus inferiores. A esto se le llama "autocrítica". Así, pues, el Secretariado del partido está por encima de toda crítica.

Para ser miembro del partido comunista no es menester, desde la muerte de Lenin, ser comunista. *Incluso* es preferible no serlo. Un comunista auténtico tiene la elección entre el silencio y la prisión o la Siberia. Un falso comunista vive más o menos confortablemente en sus funciones y dejando vivir al Secretariado del partido.

Existen, indiscutiblemente, en la U. R. S. S., algunos millares, sin duda varias decenas de millares, de comunistas, intencional o realmente conscientes; pero en su mayoría no pertenecen al partido. A excepción de los deportados a la Siberia, al Turquestán, e incluso a la zona del Océano glacial, o internados en los campos de concentración, en los "aisladores", en las prisiones, y cuyo número exacto resulta difícil establecer, merced al secreto de la represión de las ideas revolucionarias, los hay también en las fábricas y en las instituciones soviéticas discretos y prudentes que esperan la hora de poder expresar impunemente una opinión. También los hay, como ya hemos dicho, dentro del partido; pero así mismo silenciosos y circunspectos, que evitan manifestar sus convicciones a fin de no sacrificarse sin una razón suficiente.

El partido contaba, en 1 de octubre de 1928, con 1.360.469 miembros o "candidatos" (los no admitidos todavía definitivamente). Según las estadísticas, entraban en este número 570.171 obreros, 169.624 campesinos, 479.579 funcionarios y empleados, y 141.095 "diversos", es decir, intelectuales, técnicos, artesanos, etc. (*Anuario estadístico*, Moscú, 1929). Todos estos obreros son miembros de uno o varios Comités, en la fábrica o en la vivienda, de uno o varios Soviets en la región donde viven; de uno o varios Comités, consejos, comisiones de sindicatos o de cooperativas, o de esas organizaciones "voluntarias" de que hemos hablado en el capítulo de los salarios. Todos esos campesinos son miembros de sus Soviets locales, cantonales, regionales o provinciales. Todos esos "diversos" son miembros del "aparato" administrativo, económico o político del Estado. Todos esos 1.360.469 comunistas titulares son, pues, el engranaje de la máquina gubernamental soviética. Constituyen la principal categoría social privilegiada del régimen.

Desde el punto de vista político, se trata de una especie de patriarcado monopolizador de la autoridad. Desde el punto de vista económico, disfrutan también de ciertas ventajas: los comunistas, con pocas excepciones, están asegurados contra el paro, y mejor retribuidos, disponiendo de mejores viviendas que la masa, sin poder llegar a acumular francamente un capital. El partido ha fijado en 225 rublos por mes el salario máximo de sus miembros, mientras que el pretendido salario medio de los trabajadores es tres veces menor en el papel, y por lo menos cinco veces más pequeño en la realidad, como ya hemos visto. Pero además de esos 225 rublos teóricos, los comunistas pueden beneficiar de importantes suplementos, bajo la forma de viviendas decentes, de gastos de representación, de sitio en las casas de reposo habitables, de subvenciones por misiones de viajes, de servicios especiales, etc. Y ya hemos visto que los escritores o los colaboradores ocasionales de periódicos y revistas podían

llegar a cobrar 600 rublos mensuales o más. El medio millón de obreros que consta en la estadística goza de situación privilegiada en la fábrica, en el taller o en la vivienda; por eso existe, porque la tarjeta de miembro del partido representa una especie de seguro social, y es buscada como una necesidad alimenticia y de relativa seguridad; con ella en el bolsillo, su detentador conserva más fácilmente su plaza en la empresa y será más difícilmente expulsado de su alojamiento, sin olvidar la ventaja de procurarse algunas apariencias de derechos cívicos.

La importancia numérica del partido no tiene actualmente nada de común con la influencia del pensamiento comunista del país. Lo difícil para el partido no es encontrar nuevos adherentes, sino rechazarlos. Durante un período dado, aproximadamente hasta la desaparición de Lenin, la condición comunista implicaba deberes y sacrificios. Desde hace cinco años, lleva aparejados, sobre todo, ventajas y provechos. La cifra de 1.360.469 podría multiplicarse largamente por 10, o dividirse por 20, sin que el número de comunistas propiamente dicho aumentara o disminuyera: bastaría para ello con una decisión del Secretariado del partido.

Aparte de esta cantidad ficticia de comunistas, existe la organización de las Juventudes llamadas "comunistas y leninistas", que cuenta alrededor de dos millones de adherentes, entre los que hay algunos millares de verdaderos comunistas por la intención, de buena voluntad, y algunos centenares de comunistas conscientes. En su casi totalidad se compone de adherentes privados de libertad de no dar su adhesión, y que no saben una palabra de los principios comunistas. Estos niños y estos adolescentes se ven prácticamente obligados a ingresar en la única organización legal que existe al lado del partido, que es la antesala del mismo, que conduce a los privilegios del ciudadano. Como *comsommols*, pueden ser elegidos en los Soviets, en los Comités de sindicatos, de fábricas, de cooperativas, de casas, situación que procura pequeñas

ventajas, tanto para el trabajo como para la vivienda. No se exponen al paro en un país donde todos tiemblan por la pérdida de su empleo, de su pan; benefícianse de diversos pases, reducciones de precios, etc., para las excursiones colectivas, visita de museos, manifestaciones deportivas, reuniones y desfiles; por último, tienen prácticamente derecho a moverse sobre los 150.000.000 de los "sin partido", lo mismo que sus hermanos mayores del gran partido.

En cuantos asuntos han ilustrado la crónica escandalosa del régimen desde hace cinco años, los comunistas titulares y los *comsommols* ocupaban la primera fila, tratárase de actos arbitrarios, de abusos de poder, de dilapidación de los fondos públicos, de violencia sobre las mujeres, de brutalidades contra los niños, de antisemitismo agresivo, de concusión o de orgía. De vez en cuando, el Secretario del partido ordena una depuración destinada a desembarazarle de malas cabezas, de los criticadores, de los descontentos (pues siempre los hay, y las exclusiones permanentes no acaban nunca con ellos), y, aprovechando la ocasión, se elimina a cierto número de ladrones y de asesinos de varias categorías. Pero, por cada uno que se arroja, quedan decenas y centenares de ellos. Ya se comprenderá el motivo al conocer mejor el mecanismo del régimen.

La Constitución prevé la elección de Soviets; es decir, de Consejos de diputados de los obreros, de los empleados, de los campesinos, de los soldados, de los trabajadores de todas las categorías, en cada localidad, para todos los ciudadanos asalariados o que viven de su trabajo sin explotar a nadie, sin distinción de edad, de sexo ni de nacionalidad originaria. Los Soviets locales eligen a sus delegados para los Congresos de los Soviets cantonales; éstos a los Congresos de los Soviets de distrito; éstos a los Congresos de Soviets de provincia; éstos a los Congresos de los Soviets de la República federada, y éstos, en fin, a los Congresos de los Soviets de la Unión. Este elige siempre en el papel constitucional al Comité central

ejecutivo de la Unión. Este Parlamento teórico es, pues, en principio, producto de una elección en el séptimo grado. No existe otro ejemplo en el mundo de un sufragio de tal modo indirecto, en todos aquellos países en que existe una Constitución más o menos democrático-burguesa. El Comité central ejecutivo de la Unión designa un Consejo de Comisarios del Pueblo, un Consejo de la Unión y un Consejo de nacionalidades. Por otra parte, el Congreso de los Soviets de cada República federada elige un Comité central ejecutivo de esta República, el cual designa a su vez a un Consejo de comisarios del pueblo. Por último, cada Soviet del pueblo tiene un *Presidium* o *Bureau*, cada Congreso de los Soviets elige un Comité ejecutivo en cada cantón (*Volost*), en cada distrito (*Ouyzd*), en cada provincia (*Goubernia*). Los Soviets de ciudad envían directamente a sus representantes al Congreso de los Soviets de la provincia, sin pasar por el cantón ni por el distrito. Para comprender algo de esta pirámide de Soviets, de Congresos, de Comités y de Consejos, sería preciso tener ante los ojos un dibujo esquemático. Nos abstendremos de dar uno aquí, por la razón que vamos a exponer.

De hecho, las elecciones y diputaciones no se llevan a cabo en manera alguna tal como está previsto en la Constitución. La menor tentativa de poner en aplicación las disposiciones constitucionales sería severamente castigada. He aquí cómo suceden, en realidad, las cosas:

El Secretariado del partido, producto de circunstancias históricas, cuyo origen no nos corresponde estudiar aquí, pero que debemos registrar como un hecho, elige a los "delegados" para el Congreso del partido, y les hace que designe, en el seno del Congreso, una comisión especial y seleccionada que elabora la lista de los miembros del Comité central y la de la Comisión central de control, las cuales son "elegidas" por unanimidad. No puede ser de otra manera, pues habiendo sido elegidos los delegados por el Secretariado, o por unos funcionarios elegidos ya por el Secretariado, designen a una Comisión

conforme con las intenciones del Secretariado, y la Comisión establece las listas para el Comité central y la Comisión central de control, conforme a la voluntad del Secretariado. Una vez elegido de esta manera, el Comité central designa, a su vez, su *Bureau* Político (*politbureau*) y su *Bureau* de organización (*ordebureau*), los cuales deben trabajar en su lugar, ya que no se reúne casi nunca. La Comisión central de control elige a su vez a su *Bureau*, que la sustituye para actuar, ya que la reúnen todavía menos que a la anterior. Estos tres *Bureaux* permanentes son constituídos siguiendo las órdenes del Secretariado. El *Bureau* Político ejerce el mando sobre los otros dos, y es el *gobierno efectivo de la U. R. S. S.* Prácticamente, se confunde con el Secretariado. Antes de la muerte de Lenin, el *Bureau* Político disponía del Secretariado. Desde la muerte de Lenin, es el Secretariado quien dispone del *Bureau* Político. El Secretariado goza formalmente de los poderes del *Bureau* Político, pero aquél gobierna diariamente, mientras que éste no toma decisiones más que una vez por semana.

El Secretariado, actuando en nombre del *Bureau* Político, y sirviéndose de su *Bureau* de organización y de diversos servicios, entre los que se encuentra el *Outchraspred* (*Bureau* de distribución de los miembros del partido), designa directa o indirectamente a los Comités principales y secundarios del partido en las Repúblicas federadas, en las regiones y provincias, en los centros urbanos y en sus barrios, en los distritos, los cantones y las aldeas. Por regla general, el Secretariado puede contar con cada uno de los Comités del partido para constituir, conforme a sus puntos de vista, los Comités colocados por debajo de ellos; pero interviene directamente y sin intermediarios cuando lo cree necesario, distribuye sus agentes políticos en los cargos principales, corrige los nombramientos desafortunados, revoca y nombra a secretarios de Comités en todos los peldaños del armazón. Para llevar a cabo este menester, el secretario dispone, en sus oficinas de la *Staraia Plochtchad*, de Moscú, de

un personal de 1.200 funcionarios y empleados especiales. La Comisión central de control... —o, más exactamente, su *Bureau*, colocado en la cúspide de una superposición de Comisiones de control de localidades, de cantones, de distritos, de provincias y de Repúblicas—inspecciona el conjunto, sirviéndose de sus Comisiones inferiores, y reprime todo anticonformismo. Por último, cada Comité del partido se impone a las células y a los radios, organizaciones de base, a los secretarios y a los *Bureaux* que se encuentran, según el lenguaje poítico ruso, "en la línea", es decir, que son ciegamente dóciles a las decisiones superiores.

El conjunto constituye una pirámide de secretarios, de *Bureaux*, de Comités, de Comisiones, que tienen al secretario general como cúspide, paralelamente a la pirámide soviética descrita. A cada organismo del "aparato" de los Soviets corresponde un órgano del "aparato" del partido. El que ordena es el "aparato" del partido, y el que ejecuta es el "aparato" de los Soviets, y esto por la sencilla razón de que todos los organismos soviéticos son designados por los órganos comunistas territorialmente correspondientes. En todas las Asambleas encargadas de elegir una representación soviética cualquiera, los comunistas constituyen una fracción disciplinada, que vota obligatoriamente, por unanimidad, en favor de una lista elaborada por el Comité del partido correspondiente. Toda infracción a esta obligación llevaría aparejada para el culpable la exclusión del partido, la pérdida de su empleo, es decir, de su pan, y frecuentemente, de su vivienda. Los "sin partido", miembros de dicha Asamblea, votan también necesariamente en favor de dicha lista, pues aparte de que son ya delegados bajo la autoridad del partido, la menor contradicción les acarrearía la pérdida de su trabajo y de su vivienda. Así, pues todo impulso del partido produce su efecto automático en el engranaje apropiado de la máquina soviética. El Secretariado, en nombre del Comité central del partido y de los dos *Bureaux* principales de éste, designa al Consejo

de los comisarios del pueblo, que permanecen constantemente a sus órdenes, y el Comité central ejecutivo de los Soviets de la Unión, y el presidente y el *Presidium* (o *Bureau*) de éste, elaborando las listas y "proponiendo" las candidaturas ante las Asambleas electorales por el intermedio de sus fracciones y sus Comités. Los Comités centrales del partido de las diversas Repúblicas, por medio de sus *Bureaux* y secretarios, hacen otro tanto en cada República, poniendo en práctica idénticos medios. El Comité del partido de Moscú hace lo mismo para la "elección" del Soviet de Moscú, y lo mismo el de Leningrado, y lo mismo el de Karkov, y así sucesivamente. Cada Comité del partido desempeña así su cometido. Y se obtiene la subordinación estrecha completa del personal soviético al personal comunista, con la fusión íntima de los dos en todos los puestos importantes del mando, ya que los miembros del partido acumulan las principales funciones de los dos "aparatos", con una red lateral de Comisiones de control que lo vigilan todo.

Esta obra maestra monumental de edificios burocráticos no es, sin embargo, más que un fragmento de la estructura de conjunto del sistema soviético. Al "aparato" administrativo de los Soviets, al "aparato" del partido, al "aparato" complementario de las Juventudes, vienen a añadirse el "aparato" de los sindicatos (en ruso *uniones profesionales*), el "aparato" soviético económico, industrial y comercial; el "aparato" de las cooperativas de consumo, el "aparato" policíaco, el "aparato" militar y el "aparato" de los Comités de casas y cooperativas de habitaciones. Todos estos aparatos adicionados, entrelazados, interpretados, constituyen la trama más formidable de autoridad que ha oprimido, ligado, amordazado, paralizado jamás a un pueblo, a un individuo, y cuya equivalencia no se ha conocido en el pasado, no se conoce en el presente y no será probablemente sobrepasada nunca en el porvenir.

Aparato sindical: como el "aparato" soviético, su armazón está calcada sobre el "aparato" del partido, con

sus Comités superpuestos desde el de la localidad hasta el Consejo central, pero con una complicación suplementaria debida a la organización por rama de industria, cabalgando sobre la organización territorial. Todos los asalariados están inscritos en los sindicatos, que les plazca o no, y se ha llegado inclusive a obtener una cifra de sindicados superior al número de sindicables, como hemos dicho ya en otra parte. Pero un resultado tan brillante merece una doble mención. No hay ningún artículo de la Constitución que haga obligatoria la adhesión sindical; pero la Constitución, como hemos dicho, es un documento sedicioso. De hecho, el asalariado es sindicado por la decisión de una Asamblea general de la empresa en la cual no ha tomado parte o a la cual no le ha sido dado asistir más que en calidad de comparsa pasivo, decisión dictada por un Comité del partido que está por encima de la fracción comunista. El sindicado, a pesar suyo, tiene que elegir entre la sumisión y la pérdida de su trabajo; es decir, de su pan, y frecuentemente de su vivienda "de las dimensiones de un ataúd". La pirámide burocrática sindical se levanta sobre la base de esta resignación del hambre, entremezclándola con las otras dos y soldada a ellas por la confusión de las funciones y el cúmulo de las responsabilidades a los cargos de dirección y de control.

"Aparato" soviético económico, industrial y comercial: como la producción y el intercambio de las mercancías están considerablemente estatizados, englobando toda la industria pesada de las materias primas, la industria grande y media de transformación, la totalidad de los transportes, el suelo y el subsuelo, las aguas y los bosques, una pequeña parte de la agricultura, la banca y el crédito, lo esencial del comercio al por mayor y todo el comercio exterior, el Estado soviético ha tenido que construir una vasta organización técnica y administrativa para la gerencia de estos dominios de la economía colectiva. Su dirección ha sido confiada a unos Consejos principales: Consejo superior económico, Consejo del Trabajo y de la Defensa, asistidos por la Comisión del Plan, por el Ins-

tituto de las coyunturas, por el Comité principal de las concesiones, por la Dirección central de Estadística, por la Banca del Estado y por los Comisariados del pueblo correspondientes: Hacienda, Comercio, Agricultura, Inspección obrera y campesina. El Consejo económico superior se ramifica en Consejos económicos regionales o locales. Las industrias se encuentran agrupadas en *trusts*. Las empresas son organizadas en sociedades por acciones cuyos títulos detentan diversos organismos económicos. Al servicio de estos departamentos se encuentra un inmenso personal de especialistas, de políticos y de empleados. El Secretariado del partido designa directamente a todos los dirigentes, a todos los jefes, e indirectamente a todos los subordinados, por medio de sus hombres de confianza, de sus Comités, de sus fracciones y de sus células. La proporción de comunistas es sensiblemente menor en este "aparato" que en los demás, pues el control del partido es el riguroso y la dirección está concentrada en manos de comunistas especializados.

"Aparato" de las cooperativas: la población de las ciudades, y una parte de la población rural, es enrolada, de grado o por fuerza, en las cooperativas de consumo que, impuestas por el Estado, absorben la mayor parte del comercio al *detall*. La Constitución no obliga en manera alguna a los ciudadanos a ser cooperadores de esta manera, a renunciar a la verdadera cooperación para someterse a un comercio estático de etiqueta cooperativista. Pero el Estado, es decir, el partido, no le deja al consumidor proletario el derecho a la elección. Suprimiendo el pequeño comercio privado por medio de medidas fiscales, obliga prácticamente al consumidor a seguir las vías de una cooperación puramente nominal, cuya dirección y métodos escapan a su opinión y a su control, cuyas mercancías y precios para nada tienen en cuenta sus intereses. También aquí nos encontramos con un innumerable personal de funcionarios y de empleados, cuyos cuadros son suministrados por el partido, y que dirigen y vigilan los diferentes Comités del partido.

"Aparato" policíaco y militar: aparte de la milicia encargada del mantenimiento del orden público, el Estado soviético sostiene una Policía política y criminal (*Guepeú*) y un ejército permanente. La *Guepeú* goza del derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos. Tiene poderes para perseguir, detener, mandar a presidio, juzgar sin testigos, condenar sin pruebas, encerrar ilimitadamente, deportar para siempre, suprimir de una vez a todos aquellos individuos a quienes quiere quitarse de encima el Secretariado del partido. No existe en la sociedad burguesa otro ejemplo de un poder policíaco tan amplio y completo. Podría llamársele un superlativo categórico de la Policía. La *Guepeú* dispone de una densa red de agentes secretos y públicos, de funcionarios asalariados y de confidentes benévolos, de fuerzas militares sometidas a su mando directo y denominadas "destacamentos con destino especial" (*Vone*). Su presupuesto real no es conocido, pues están alimentado en gran parte por los fondos secretos. Su presupuesto declarado era en 1926 de rublos 37.122.778, además de los 36.825.000 rublos por sus destacamentos militares especiales (*Finansovaya Gazeta*, 9 de mayo de 1926). Tiene prácticamente medios para disponer, para utilizar como auxiliares, a todos los comunistas y *comsommols*, a los funcionarios soviéticos, a la milicia y a los miembros que no son comunistas de los millares y decenas de millares de Comités de fábrica, de sindicatos, de cooperativas, de casas, etc. Así se da el caso de que en las ciudades, cerca de la mitad de la población, espía y delata a la otra mitad. La *Guepeú* no da cuentas a nadie. En principio, no debe darlas más que al Consejo de los comisarios del pueblo, en el cual se encuentra un funcionario subalterno que recibe el título de comisario de la Justicia. Pero como este Consejo es designado por el Secretariado del partido, así como el "Colegio" de la *Guepeú*, es el Secretariado quien lo encubre todo, haciendo que le aprueben automáticamente el *Bureau* Político. Dicho de otra manera: La *Guepeú* se rinde cuentas a sí misma. Por decisión suya, las prisio-

nes, los campos de concentración, los lugares de deportación, están llenos de obreros, de comunistas, de socialistas, de sindicalistas, de libertarios, de sionistas e incluso de tolstoianos, condenados a millares sin juicio. La milicia, policía de las calles y de las casas, es a la vez un instrumento del aparato soviético y de la *Guepeú*. La Prensa no se harta de señalar sus abusos—grosería, insolencia, venalidad, embriaguez, violencias sobre los ciudadanos..., constatados por una encuesta oficial (*Pravda* y *Pravda de las Juventudes*, 8 de mayo de 1928). Respecto al ejército permanente, con sus cuadros de militares de oficio, es dirigido por "Consejo de Guerra revolucionario", designado asimismo por el Secretariado del partido, como el comisariado de Guerra del pueblo. Las decenas de millares de oficiales y de suboficiales de carrera dependen así del partido, y están sometidos a una ciega disciplina análoga a la de éste.

Ahora bien, Lenin decía ante el primer Congreso de los Soviets: "Una institución como los Soviets desea la transición a una República que habrá de crear—y no con palabras, sino en realidad—un poder firme, sin policía, sin ejército permanente..." (*Obras completas*, tomo XX, página 551). En el primer Congreso campesino había preconizado "el Gobierno de los Soviets" administrando al Estado, *no por medio de la Policía, de los funcionarios, de un Ejército permanente distinto del pueblo*, sino con ayuda de una milicia popular formada de obreros y campesinos armados..." (la misma fuente, pág. 464). Anteriormente había propuesto en la *Pravda* "encaminarnos con paso firme y flexible, gradualmente, paso a paso, como conviene hacerlo, hacia la institución de *una milicia del pueblo entero*, hacia la sustitución de la Policía y del Ejército permanente por la nación armada" (ídem, pág. 439). Y había escrito: "Rusia debe ser una *República democrática*... Queremos una República sin Policía, de esas que se burlan del pueblo; queremos que todos los funcionarios sean, de abajo a arriba de la escala, exclusivamente designados por elección y revocables en todo momento a

gusto del pueblo; que sus sueldos no sean superiores al salario de un buen obrero; que todos los jefes del Ejército sean elegidos y que el Ejército permanente, distinto del pueblo, bajo el mando de las clases extrañas al pueblo, sea sustituído por la nación armada, por una milicia que comprenda al pueblo entero" (idem, pág. 410). Y después: "La institución de un cuerpo de funcionarios nombrados por arriba no es tolerable. No hay que reconocer "más que a los órganos constituídos directamente por el pueblo" en la localidad determinada. La idea de la necesidad de una "dirección" ejercida por funcionarios "nombrados" por las autoridades superiores, es una *aventura* radicalmente falsa, antidemocrática, cesarista o blanquista" (idem, pág. 365). Y más adelante: "El partido lucha en favor de una República proletaria y campesina más democrática, en que la Policía y el Ejército permanente serán completamente suprimidos y sustituídos por el armamento general del pueblo, es decir, por una milicia a la cual deberán pertenecer todos los ciudadanos, en la que todas las funciones serán, no solamente *electivas*, sino también *revocables* en todo momento, según la voluntad de la mayoría de los electores; en que los salarios de todos los funcionarios, sin excepción, no excederán del salario medio de un buen obrero, etc. (idem, página 343). Y después: "...Reivindicación de una República democrática proletaria y campesina, es decir, de un tipo de Estado sin Policía, sin Ejército permanente, sin cuerpo privilegiado de funcionarios, etc." (idem, página 319). Y luego: "...Somos partidarios de una República en que no exista, de abajo a arriba, ni Policía ni Ejército permanente (según nuestra convicción, debe ser sustituída por el armamento universal del pueblo), ni cuerpo de funcionarios que gocen de hecho de inamovilidad y de un trato privilegiado y burgués" (idem, página 223). Y después: "la verdadera tarea consiste en llegar a la abolición del Ejército permanente, del cuerpo de funcionarios y de la Policía, y convertir en realidad el armamento del pueblo entero" (idem, pág. 203). Y

después: "no son la Policía, los funcionarios sin responsabilidad ante el pueblo, y colocados por encima de él el ejército permanente separado del pueblo, quienes deben gobernar el Estado; es el pueblo entero en armas, unido por los Soviets" (ídem, pág. 162). Podríamos multiplicar hasta el infinito estas citas. La supresión de la Policía, del Ejército permanente, del funcionarismo, del armamento general del pueblo (milicia, la elegibilidad y la amovilidad de los cuadros del Estado, el salario del funcionario público igual al del obrero: tal era el programa comunista en 1917). *Han transcurrido doce años.* Y resulta imposible concebir una práctica más contraria a los principios del programa: mantenimiento reforzado de la Policía, del Ejército permanente, del funcionarismo parasitario; desigualdad profunda en los salarios; desarme absoluto del pueblo con la monstruosa hipertrofia de las prerrogativas de la Policía. Bien es verdad que si los obreros y los trabajadores campesinos estuvieran organizados en milicia, es decir, armados, el régimen político de la U. R. S. S. *no sería lo que es.* A los proletarios les está prohibido llevar armas: sólo los comunistas pueden llevarlas.

"Aparato", por último, de los Comités de casas y de las cooperativas de habitaciones; éste completa a los anteriores, controlando al simple mortal en su domicilio, inmiscuyéndose en la vida privada, arrojando al inquilino a la calle con su mujer y sus hijos al menor gesto de los comunistas dóciles a las órdenes de sus Comités y secretarios. Estos Comités y estas cooperativas no están subvencionados, pero cuentan con ventajas en especie, disponiendo de la superficie habitable del inmueble, distribuyendo a los habitantes a su guisa, "compactándolos" (*Ouplotnienié*) a su capricho, gozando del poder de penetrar en los domicilios en cualquier momento; en una palabra, haciéndoles insoportable la existencia. Así, pues, el trabajador puede ser cercado, si un órgano del partido lo cree necesario, aun en su último reducto: la vivienda.

Esta gigantesca burocracia, con su enorme efectivo de funcionarios permanentes y sus legiones de auxiliares de los Comités de toda especie, no es conocida públicamente en su totalidad. En el XV Congreso del partido, el encargado de hacer el informe de la Comisión de control y de la Inspección obrera y campesina, Ordjonikidzé, declaró: "El número de funcionarios de nuestro aparato del Estado es de 3.722.000 de individuos, comprendido a los de Instrucción pública. En el aparato administrativo hay alrededor de 2.000.000 de individuos, cuyo mantenimiento cuesta al país alrededor de 2.000.000.000 de rublos" (de la reseña de los periódicos soviéticos, diciembre de 1927). A estos 3.722.000 funcionarios del Estado hay que añadir los del partido, los de las Juventudes comunistas, los de los sindicatos, los de las cooperativas. Solamente en la cooperación había 400.000 en 1925, que se llevan 90.000.000 de rublos en sueldos, como dijo Dzerjinski. Y este efectivo ha aumentado aún considerablemente después (*Pravda*, 20 de abril de 1926). Por tanto, el total debe gravitar alrededor de 5.000.000. Hay que tener en cuenta, además, a los funcionarios de complemento; es decir, a aquellos cuya función se añade a su trabajo de asalariados. Tal es la extraordinaria maquinaria burocrática insensiblemente constituida en diez años de revolución y que, hace ya dos años, asegura la intangibilidad de un sistema, llamado en Rusia, en la intimidad, "la dictadura del Secretariado".

La maquinaria soviética, con el engranaje de todos los aparatos someramente descritos, goza de relativa solidez y reposa sobre el cúmulo de las principales funciones en los hombres de confianza del partido, los cuales llenan el papel de árboles y de correas de transmisión, comunicando mecánicamente el impulso del Secretariado. Tratemos de dar una idea concreta: antes de ser excluído el partido, Kamenev, uno de los tres dirigentes efectivos de la Unión de entonces, era simultáneamente miembro del Comité central y del *Buró Político* del partido, presidente del Consejo del Trabajo

y de la Defensa, presidente del Soviet de Moscú, vicepresidente del Consejo de los Comisarios del pueblo, miembro de la Presidencia colectiva del Consejo Económico superior, miembro del Comité central ejecutivo de la Unión y del Comité ejecutivo de los Soviets de la República de Rusia, director del Instituto Lenin, codirector del *Bolchevik*, revista oficial del partido, y seguramente miembro aún de diversos Comités y Colegios de menor importancia. Al lado de este ejemplo notable, tomemos el de un comunista oscuro, anónimo, elegido en la *Pravda* entre muchos otros. Este buen muchacho, joven, puesto que es miembro de las Juventudes, se queja de sus excesivos cargos y de la amenaza que pesa, además, sobre él de otras obligaciones. Y enumera dieciséis funciones y atribuciones, que asume en el aparato de los Soviets, en el del partido, en el de las Juventudes, en el de los sindicatos y en varios otros. Tiene cargos permanentes y otros pasajeros, pero éstos se renuevan (*Pravda*, 21 de marzo de 1925). Entre estos dos ejemplos hay toda una cadena. Zinoviev, y después Bujarin, antes de su desgracia, soportaban casi el mismo cúmulo de responsabilidades que Kamenev. Respecto a Trotski, en vida de Lenin, sin coleccionar títulos, se encontraba dondequiera que las dificultades de una situación, la agudeza de una crisis, la gravedad de una laguna, exigían la intervención decisiva de una individualidad excepcional. Actualmente, las diferentes "cúspides" de los aparatos siguen en manos de los mismos personajes, y esta suma de funciones se repite, con algunas variantes, en los diferentes grados de las burocracias paralelas: un miembro del Comité central del partido es, asimismo, miembro del Consejo de guerra revolucionario, del Colegio de la *Guepeú*, de los Comités ejecutivos soviéticos, etc.; otro pertenecerá a los diferentes Consejos o Comités económicos superiores, a los Colegios de Comisariados económicos, a los Ejecutivos soviéticos, etc. Y la ligazón es de tal modo íntima, gracias a este procedimiento, que muchas veces resulta imposible discernir en nombre de qué autoridad

regular se toma una decisión. La fusión de las funciones entraña una absoluta confusión de los poderes. Hubo un tiempo en que todavía existía el respeto de ciertas formas y formalidades. Pero desde la muerte de Lenín han sido dadas de lado como superfluas. Así hemos podido ver la descarada "dimisión" de Trotski del Comisariado de guerra, cargo soviético, por los órganos directivos del partido. Tras de lo cual, las instituciones dirigentes de los Soviets se limitaban a tomar nota. Después ha tenido lugar toda una serie de escandalosas revocaciones, por la decisión del partido dictada por el Secretariado en el aparato soviético, despreciando todo procedimiento normal, es decir, constitucional. El 16 de agosto de 1926, el secretario del partido, el presidente del Consejo de los comisarios y el presidente del Consejo económico superior firmaban juntos un manifiesto, como si el Secretariado del partido fuera formalmente una instancia suprema del Estado. El Gobierno nominal rinde cuentas, no a los Congresos de los Soviets, sino a las Asambleas del partido, que trazan públicamente sus directivas al seudopoder. La Constitución no asigna prerrogativa alguna al partido. Pero el partido, que tiene en sus manos todos los aparatos, hace desaparecer todo rastro de Constitución.

En las diferentes instituciones del Estado, dirigentes o subordinadas, reinan la incertidumbre y la confusión respecto al reparto de atribuciones y de resonsabilidades. La división del trabajo se improvisa al azar de las circunstancias fortuitas o de extrañas consideraciones. Hay decisiones que son adoptadas tan pronto por un departamento como por otro, y, con frecuencia, por el que menos se espera y el menos calificado. Los principales centros dirigentes se inmiscuyen recíprocamente en sus dominios reservados, y contrarrestan sus respectivos trabajos. Tratando de ver claro en la Rusia soviética, consultando a las personalidades más autorizadas, el autor de este libro no ha podido obtener jamás una explicación sobre la apropiación de un asunto a solucionar, más bien

por el Consejo de los comisarios que por el *Bureau* del Comité ejecutivo o por el Consejo del Trabajo y de la Defensa, pues sus interlocutores confesábanse sinceramente incapaces de dar tal explicación. El tipógrafo que, al hacer el ajuste e insertar en la *Isvestia* una resolución importante o un decreto, equivocándose de rúbrica, de título o de firma, no provocaría la menor sorpresa entre el público. Tan sólo los funcionarios directamente interesados se darían cuenta del error. La misma decisión puede ser atribuída, por lo común, a media docena de instancias superiores diferentes. Un ejemplo entre mil o cien mil: ¿Debe tomarse una decisión respecto del cultivo del algodón en el Turquestán? ¿Por quién? Uno está tentado de pensar en un organismo económico del cual dependa un *trust* del textil, en el Comisariado de la Agricultura, en el Consejo de los comisarios, en el Consejo superior económico, y, sólo en última instancia, en el Consejo del Trabajo y de la Defensa o en un Comité ejecutivo de los Soviets. Ahora bien, el título de la resolución adoptada y que ocupa cuatro columnas del periódico, dice: "Decisión del Comité central del partido sobre el informe del Comité principal del algodón y de la Inspección obrera y campesina" (*Pravda*, 28 de julio de 1929). Destacamos deliberadamente esta anomalía, sin que por ello tratemos de subrayar una incoherencia particularmente manifiesta. Lo mismo sucede en la reducida escala de los asuntos locales. En una ciudad del Sur, donde ha vivido el autor de este libro, el secretario de la célula del partido, la cual tenía su domicilio en la estación eléctrica, se permitía hacer que cortaran la electricidad a ciertos habitantes, basándose en unas consideraciones sólo de él conocidas, y toda gestión ante la administración tropezaba con el invariable: "Diríjase usted al secretario de la célula". Este secretario, que hunde a casas enteras en la oscuridad, no representa un carácter accidental, sino que, por el contrario, para aquel que ha compartido la existencia del ruso medio, tiene el valor de un sím-

bolo. Basta, por otra parte, que un hecho semejante sea posible para caracterizar todo un orden de cosas.

El único partido legal en la U. R. S. S. es el partido comunista, y la única opinión legal en este partido es la del secretario. No hay ningún programa comunista que haya prescrito jamás la supresión de los partidos obreros o campesinos concurrentes, ni prescrito las divergencias de opinión en el partido. Por el contrario, Lenin escribía textualmente, siete semanas antes de la revolución de octubre: "Sólo el poder de los Soviets... podría garantizar un amplio y constante desarrollo de la revolución, una concurrencia pacífica de los partidos en el interior de los Soviets" (14 de septiembre de 1917: *Uno de los problemas fundamentales de la revolución*). Y repetía poco después: "La lucha de los partidos por el Poder puede desarrollarse pacíficamente en el seno de los Soviets, a condición de que estos últimos renuncien a burlar los principios democráticos" (16 de septiembre de 1917: *El espantajo de la guerra civil*). La idea de Lenin, del teórico del bolchevismo, del fundador de la República soviética, es clara. Por otra parte, en plena guerra, en las horas más críticas para el régimen de los Soviets, los mencheviques, los socialistas revolucionarios de la izquierda, el *Bund*, los *borotbistas* ukranianos, diferentes grupos anarquistas, etc., es decir, los partidos que no combatían al régimen con las armas en la mano gozaban de existencia legal. Su desaparición, determinada por la lógica interna de la guerra civil, al llegar en su paroxismo hasta el terror, en correlación con la guerra extranjera, debía ser temporal, así como la lucha armada y el terror. Pasado el peligro militar y al seguir el curso de la revolución por vías pacíficas, el programa de Lenin volvía a ser de actualidad y debía volver a recobrar fuerzas: concurrencia pacífica de los partidos en el interior de los Soviets. Ahora bien, sobre este mismo tema vamos a ver cómo se expresaba Tomski, miembro del *Buró Político*, auxiliar directo del Secretariado del partido y presidente del Consejo central de los sindicatos: "La

diferencia esencial entre la existencia de los partidos en Occidente y en nuestro país es que la única posibilidad aquí es la siguiente: un partido se encuentra en el Poder y todos los demás en presidio" (*Troud*, 13 de noviembre de 1927). Tal ha sido el camino recorrido entre 1917 y 1927. Lenin decía: Concurrencia pacífica de los partidos en el interior de los Soviets. Tomski declara: Un partido en el Poder, y todos los demás en presidio. La prolongación lógica de esta línea de conducta ha llevado a la prisión y a la Siberia a todos los contradictores militantes del Secretariado del partido, los mejores compañeros de lucha de Lenin, con Trotski a la cabeza.

A partido único, Prensa exclusiva. Todos los periódicos de la U. R. S. S. están a las órdenes del Secretariado del partido, directamente o por delegación de poderes. Sólo la opinión del Secretariado es legal. La censura, denominada púdicamente *glavlit* (centro litográfico), no deja pasar nada que pueda molestar al Secretariado o que le parezca sospechoso. Actúa sobre la Prensa, la literatura, el teatro, las artes, etc. Prohibe los escritos de Trotski y suspende, por ejemplo, la representación de "Los hermanos Karamazov". Suprime, inclusive, los textos de Lenin molestos para el Secretariado. Llega, incluso, a obligar a los autores a introducir aportaciones extrañas a su obra, so pena de negarse a imprimirla. Así, por ejemplo, un novelista se ha visto obligado a introducir, en un libro sobre un tema europeo, un episodio sobre la revolución china, según la tesis del Secretariado del partido (esto no es más que una bagatela, en un país donde se introduce la farándula de *La Arlesiana* en el segundo acto de *Carmen*, y donde la bandera tricolor de la *Libertad en las barricadas*, de Delacroix, se transforma en una bandera roja, en detrimento de la verdad histórica y con el más profundo desprecio de las intenciones del pintor). Hay un servicio especial encargado de intervenir la correspondencia y de escrutar, particularmente, el correo con el extranjero. Algunos miles de funcionarios pierden así su tiempo a costa del proletariado. La Prensa sovié-

tica publica—esto es indiscutible—, y a veces en páginas enteras, algunas duras verdades sobre la situación real de Rusia, innumerables quejas, críticas y protestas, notas y cartas reveladoras que contradicen el optimismo de encargo; nuestra obra, con su lujo voluntariamente limitado de citas y de referencias, es un testimonio de ello. Pero esto es, aun a condición de permanecer fragmentarios, de no pasar de las particularidades a las generalizaciones, de no poner en entredicho a los verdaderos responsables, de respetar como intangible la dictadura del Secretariado. Son estas otras tantas válvulas de seguridad que dejan exhalar el exceso de la sorda cólera de las masas, abrumadas por la miseria y por la burocracia. Son por el estilo de la "autocrítica", y jamás alcanzan a los grandes culpables; ni siquiera alusión al principio del mal. Por el contrario, los dueños del momento se sirven de ella como requisitorios para someter mejor a sus agentes de ejecución, y como diversiones para desviar la atención pública de los problemas fundamentales. No podemos dejar de citar sin amargura, a este respecto también, la opinión de Lenin: "...Si editáramos grandes periódicos soviéticos, a los cuales se reservaran todos los anuncios, sería posible asegurar la expresión de sus opiniones a un número mucho mayor de ciudadanos; por ejemplo, a cada grupo capaz de reunir una cantidad determinada de firmas. La libertad de la Prensa, gracias a esta transformación, sería mucho más democrática e incomparablemente más completa" (*Sobre la libertad de la Prensa*, 15 de septiembre de 1917). Así se expresaba Lenin el año de la revolución. Diez años más tarde, Trotski era deportado a Siberia por haber tratado de dar a conocer sus ideas en un restringido círculo de lectores y con ayuda de un multicopista de gelatina. Tal ha sido la curva de la evolución del bolchevismo.

No sólo no puede tratarse en la Rusia actual de "concurrencia pacífica de los partidos en los Soviets" (Lenin *dixit*), ya que no existen ni partidos ni Soviets en el sen-

tido inicial de la palabra, sino por el hecho de que el único partido existente no es tampoco un partido según la acepción reconocida. La institución burocrática que presenta todavía la etiqueta del "partido comunista" no tiene ya nada de partido ni nada de comunista. Nada de partido, pues la adhesión se impone conforme las necesidades económicas individuales, y no se inspira en una conciencia social de clase ni en ideas políticas. Nada de comunista, porque la esclavitud y el comunismo son incompatibles para aquel que conoce los principios comunistas. La noción del partido permanece viva entre algunos miles de cabezas, pero no encuentra, en las actuales condiciones, medio de encarnarse en un movimiento, en una agrupación humana. Esta reencarnación se llevará a cabo, inevitablemente, al primer descuido de la presión dictatorial burocrática, ante los primeros signos del despertar del proletariado. Actualmente no existen ni partido ni Soviets en la "Unión Soviética", como no existen sindicatos ni cooperativas, a pesar de la presencia de imponentes organizaciones que llevan esos nombres y de las impresionantes columnas de cifras de sus estadísticas. No existen, porque no existe libertad de ser o de no ser. Ya se han conocido Repúblicas sin republicanos; ahora conocemos un partido comunista sin comunistas, unos Soviets sin electores y sin elegidos, unos sindicatos sin sindicados, unas cooperativas sin cooperadores. En desquite encontramos en las oficinas de ese "partido", de esos "Soviets", de esos "sindicatos", de esas "cooperativas", cinco millones de funcionarios. Suponiendo que la población activa sea de cincuenta millones de almas entre los ciento cincuenta millones de habitantes, esto hace el porcentaje de un funcionario por cada diez ciudadanos activos. Vamos a ver a estos millones de funcionarios en pleno trabajo.

El partido se jacta de representar a la flor y nata del proletariado, a la flor y nata de la humanidad civilizada. En las organizaciones e instituciones, cuyos hilos conductores están en sus manos, estos hombres son —en prin-

cipio—los mejores, los más conscientes, los únicos verdaderamente desinteresados. Han sacrificado deliberadamente sus intereses personales al interés supremo de la colectividad. Hanse elevado a la inteligencia del desarrollo de las sociedades, de la marcha de la historia, y, por sus principios, por su programa, por su actividad, merecen imponerse como los conductores de la masa indecisa hacia el progreso, el trabajo y la vida, por fin, libres. Pero, ¿cómo se confirman estas definiciones abstractas en la realidad? ¿Qué son esos hombres superiores? ¿Cuál es su nivel de cultura? ¿Cómo se comportan en la práctica. ¿Cuáles son sus relaciones con los proletarios a que tienen la misión de emancipar? ¿Qué sucede en sus reuniones y en sus oficinas durante su trabajo? ¿Cómo justifican la confianza general que se atribuyen, y de qué manera ejercen, sin otra intervención, ese poder absoluto que los trabajadores les conceden, según dicen ellos, "por unanimidad"? Ya hemos podido formarnos una pequeña idea por lo que precede. Nos formaremos una idea más completa y precisa por lo que sigue.

En 1924, con ocasión de una "depuración" del partido, el encargado de ejercer el control principal, Yaroslavski, escribía: "Hemos descubierto que muchos de los miembros no conocen su partido ni se interesan por él, permaneciendo en sus filas durante varios años sin saber absolutamente nada. Y contaban como comunistas. Decimos esto particularmente respecto de los alumnos de las escuelas superiores". Se refería a la Rusia Blanca, donde las librerías fueron *limpiadas* de repente, con motivo de una "revisión" por los comunistas, deseosos de adquirir los conocimientos elementales exigidos; pero los demás rusos no tienen nada que envidiarles, como probaremos (*Pravda*, 25 de septiembre de 1924). Recorramos algunos números del principal órgano oficial del partido, correspondientes a 1925. Un obrero escribe: "La idea del partido es buena; pero, desgraciadamente, la inmensa mayoría de sus miembros obedecen primero a sus intereses personales, y sólo en segundo término a los

del partido. Actualmente, muchos de los militantes responsables se han burocratizado de tal manera que han llegado a ser peores que los funcionarios zaristas" (*Pravda*, 24 de marzo de 1925). Este obrero dice en alta voz lo que todos los obreros piensan para sí. Por otra parte, el propio Lenin declaraba que la burocracia soviética valía, sobre poco más o menos, tanto como la del antiguo régimen. El secretario de un Comité de cantón ordena a un miliciano que vaya a retirar la carta del partido a un miembro excluido. Al secretario del Comité ejecutivo soviético de este cantón, le dice: "Yo mando; luego obedezca". Delega él sólo a los representantes del distrito. Una célula tiene necesidad de dinero: el secretario hace una lista de los pequeños comerciantes de la localidad, y les obliga a pagar una contribución (*Pravda*, 26 de marzo). Igual sucede, sobre poco más o menos, por doquier, bajo diferentes formas. Una célula: "Se compone de pobres, adheridos al partido en 1920, casi analfabetos, a excepción del secretario. Nadie lee los periódicos. No se ha llevado a cabo ningún trabajo educativo... No tienen el menor conocimiento de los más importantes problemas políticos". "Nadie ha oído hablar de Trotski" (alusión al conflicto de la época). "El Soviet rural es, de hecho, el presidente, que toma nota de las decisiones llegadas de arriba y las pone en ejecución" (*Pravda*, 1 de abril). Semejantes células, semejantes Soviets rurales, no constituyen una excepción, sino la regla. Las excepciones las constituyen las verdaderas células, los verdaderos Soviets, los verdaderos comunistas. Una célula, en Tver: La milicia llega a paso cadencioso, bajo el mando de su jefe, y asiste a la reunión: "Los asistentes escucharon el informe y lo votaron mecánicamente" (*Pravda*, 4 de abril). Con el título "Es preciso cambiar de método" y el subtítulo "No se trata de una dirección, sino de una presión", leamos la reseña de una reunión de cooperativa para la elección de la dirección. Preside el secretario de la célula, que hace que se prolongue la sesión con objeto de fatigar al auditorio; a media noche, se lleva a cabo la vota-

ción; la célula propone una lista; la Asamblea propone que se añada al viejo presidente de la dirección un comunista unánimemente apreciado: "El presidente de la reunión no acepta el examen de la candidatura, declara que la lista era aceptada, y no pasa nada más". Muchos de los miembros salieron diciendo: "¿Qué hacemos aquí? No teníamos por qué molestarnos". "Así fueron elegidos unos camaradas que no son simpáticos a las masas; pero por miedo al secretario de la célula, nadie se atrevió a hablar en contra" (*Pravda*, 5 de abril). Tal es el espectáculo corriente de todas las reuniones. El secretario comunista ordena y todo el mundo se somete. Y sólo se trata de una orden del día de interés local, lo que explica por qué se han atrevido a manifestar sus deseos, reprimido con presteza. Si se hubiera tratado de un gran problema vital, nadie se hubiera atrevido a manifestar el menor propósito. Título de una reseña de reunión: "Poco importa, con nosotros y sin nosotros". "¿Para qué nos han hecho venir, si da lo mismo que estemos presentes o no?", dicen los obreros (*Pravda*, 23 de abril). Cerca de Rostov, "determinados *comsommols* se consideran a sí mismos como el poder supremo y no reconocen ninguna ley. Recientemente dos de ellos llevaron a cabo, por la noche, sin ningún derecho, un registro en casa de una campesina" (*Pravda*, 14 de mayo). En una aldea de la región de Stabropol, los campesinos odian y llaman "hato de borrachos" a tres comunistas sedicentes responsables. El uno es un ex presidente del Soviet; el segundo, un ex secretario de la célula; el tercero, un ex presidente del Comité ejecutivo. Aun después de excluídos, son estos indeseables quienes imponen la ley (*Pravda*, ídem). "Nuestros militantes rurales están atrasados, poco instruídos políticamente, ignorando frecuentemente y sin comprender la política del partido. Muchos de ellos no leen ni siquiera el periódico" (*Pravda*, ídem). Estimulados por los llamamientos, por las resoluciones, por las circulares del centro e invitados a la actividad, a la formación de miembros más activos, "algunas células se

preguntan: ¿Es decir, que hay que crear un nuevo partido"? (*Pravda*, 24 de mayo). Una célula, en el Ural, "se compone de dos miembros y un candidato"; "se emborrachan y, en su borrachera, hacen el idiota" (*Pravda*, 30 de mayo). Otra, en la provincia de Moscú: "Los comunistas y los *comsommols* se dan a la bebida y cometen toda suerte de majaderías; los *comsommols* se entregan a juegos de cuchillos, etc." (*Pravda*, ídem). Otra, región del Don: "Sólo dos de los miembros tienen alguna educación política; pero los demás no saben ni quieren saber nada. Muchos se emborrachan inclusive. (*Pravda*, ídem). Es preciso haber vivido en Rusia para darse cuenta de lo que significa ese "alguna educación política" de los dos privilegiados. Esto debe significar que conocen el nombre del presidente de la República. Otra célula, provincia de Vladamir: "Dos de los miembros han sido presidentes del Comité ejecutivo soviético del cantón y se emborrachan a más no poder" (*Pravda*, ídem). El secretario de un Comité del partido de radio declara: "Comunistas y *comsommols* no tienen derecho a criticar a los militantes, ya que debilitarían la autoridad del partido y atentarían contra la etiqueta comunista. Los castigaremos hasta obtener su exclusión" (*Pravda*, 2 de junio de 1925). "Aquí, en la Ossecia del Sur, hay una cantidad de células en los rincones apartados que no saben realizar el menor trabajo" (*Pravda*, 7 de junio). Un soldado desmovilizado se pone de acuerdo con tres personas para suscribirse a un periódico; los campesinos vienen a escuchar la lectura y dos comunistas increpan al soldado: "Está prohibido reunir a tanta gente para leer el periódico. No debe haber más de tres personas". "¿Cuántas personas pueden reunirse para leer el periódico?", preguntan los suscriptores (*Pravda*, 12 de mayo). En una estación del ferrocarril de Ekaterinoslav, dos comunistas, los gallitos del lugar, "han asustado de tal manera a los obreros, que éstos no se atreven a hablar en las reuniones". Un secretario les preguntó: "¿Por qué calláis?" Y un obrero respondió: "Se callan y hacen bien,

pues ninguno quiere perder su trabajo" (*Pravda*, 12 de mayo). En una *stanitsa* que posee una célula con 16 miembros, el secretario B. decide que tengan 100 miembros y hace ingresar a un gran número de indeseables a su capricho. Este secretario, hablando de sí mismo, se expresa así: "Cuando B. habla, el comunista debe callarse. Si B. dice algo, es la ley, y quien no cree en B., no cree en el partido" (*Pravda*, 13 de mayo). Este sátrapa local expresaba, después de todo, el sentimiento del secretario general del partido. Elección de los Comités de fábrica: "Muchos comunistas discurren así: '¿Para qué vamos a ir a las reuniones obreras? Todo ha sido decidido previamente por las reuniones del partido.'"

En una de estas reuniones, un comunista declara: "La lista ha sido trazada por la célula; votémosla, pues, sin discusión." En otras, los comunistas dicen: "Si se nos antoja, por mucho que os empeñéis, haremos elegir a nuestros candidatos." (*Pravda*, 11 de junio.) Un camarada escribe al periódico: "Pregunto: ¿Hay muchos miembros del Partido que no se emborrachen? Sí, sí; deben ser muy pocos." "Los prejuicios religiosos, la borrachera, la indisciplina, la grosería para con los "sin partido", todas estas enfermedades de nuestras organizaciones y de ciertos miembros deben ser liquidadas por todos los medios." (*Pravda*, 14 de junio.) "Hasta el presente ha existido entre nosotros un autoritarismo de los secretarios de células o de los Comités del Partido, que se manifiesta por medio de la presión en las elecciones, la ausencia de camaradería", etc. (*Pravda*, 16 de junio.) Una célula de Karkov: "Aquí no está permitido criticar en las reuniones. Si algún osado se atreve a hacerlo, no le quedan ganas de volver a insistir: es inmediatamente amonestado o excluído del Partido. "El *Bureau* ha excluído del Partido a tres *rabcors* (corresponsales obreros de periódicos) por haber publicado críticas en la Prensa sin permiso de la célula." (*Pravda*, 8 de junio.) "Los obreros no dan ni darán informe alguno, pues nadie quiere hacer méritos para que le despidan." "Un obrero

no puede hablar con un comunista, pues podría costarle caro." (*Pravda*, 8 de julio.) En una reunión de Donetz, un obrero declara: "Me siento de sobra aquí, y abandono la sala porque no quiero votar por imposición." (*Pravda*, idem.) Una célula de Moscú: el secretario, en una reunión de *comsommols*, somete una lista de personal de sus candidatos, y, no obstante el voto unánime en contra, la da por elegida. Sólo él goza del derecho a hablar en la célula del Partido. (*Pravda*, idem.) Una célula de la provincia de Kostroma: aquel que se permite formular la menor crítica es tratado de "contrarrevolucionario". Nadie se atreve a abrir la boca. (*Pravda*, 9 de julio.) Una reunión de fábrica, en la provincia de Ivanovo-Vosnessensk: la puerta está cerrada para impedir que los obreros salgan después del trabajo y obligarles así a asistir a la reunión. (*Pravda*, 12 de julio.) Una gran célula de Moscú: de 300 miembros sólo 25 participan en la actividad. (*Pravda*, 17 de julio.) Un secretario de célula de Moscú: todo miembro que formula críticas contra él es tratado de "oposicionista" al partido; "y un oposicionista así debe ser excluido del partido". (*Pravda*, 21 de julio.) Léase: debe perder su pan. "Desde hace ya mucho tiempo, aquellos de nuestros obreros que asisten a las reuniones no hacen más que callarse y votar; pero en los rincones se quejan, murmuran, se dirigen recriminaciones." "La masa permanece pasiva, porque las decisiones del Bureau del partido no sólo no pueden ser modificadas, sino que ni siquiera pueden ser criticadas." (*Pravda*, 21 de julio.) Tras una importante conferencia del Partido: "Muchos de los militantes locales no conocen ni las decisiones de la Conferencia. En una célula, por ejemplo, de 45 miembros, hay 33 que no han leído nada." (*Pravda* 26 de julio.)

En estas citas, tomadas de *dos docenas* de números de la *Pravda*, se refleja fielmente la imagen real del Partido. Nos sería fácil acotar en los mismos números otros hechos y testimonios vivos, e incluso acumularlos en *masa*, no más que con utilizar todos los números de la *Pravda* du-

rante un período dado. Asimismo podríamos confirmarlos sirviéndonos de otros órganos comunistas; sería cuestión de papel y de tiempo simplemente. Nos limitamos a citar un puñado de verdades, escogiendo de preferencia las más inteligibles para los occidentales, las más fáciles de resumir somerísimamente, si bien no las más penosas para los comunistas. Nadie podrá negar seriamente que se trata de síntomas, de fenómenos de orden general. Los últimos años no han modificado en nada el fondo de estas características orgánicas. Lejos de eso, lo que han hecho ha sido fortalecerlas en lo referente a los problemas de vida o muerte del régimen, eliminando a veces las manifestaciones o los aspectos secundarios, de interés local. Los acontecimientos más importantes, de notoriedad pública, nos ahorran las demostraciones de detalle. Ya hemos visto cómo Trotski, que gozaba de gran popularidad, que era objeto de prolongadas ovaciones en todas las Asambleas donde se presentaba, ha sido condenado "por unanimidad" en unas reuniones donde todos se veían obligados a votar contra su propia conciencia. Después hemos visto que Zinoviev, "unánimemente" aprobado por la organización de Leningrado, era condenado no menos "unánimemente" por la misma organización de Leningrado veinticuatro horas más tarde. Y acabamos de ver a Tomski, presidente de los Sindicatos, "elegido por unanimidad", despedido con la misma "unanimidad", y a Bujarin, el teórico oficial reconocido como tal "unánimemente", hundirse bruscamente, condenado por lo esencial de esa misma "unanimidad". Unanimidad que es la de los esclavos.

El poeta soviético Demian Biedny ha dicho, ante una gran Asamblea del Partido, que en una conversación con Carlos Radek éste leyó, de una obra científica titulada *Esbozo del desarrollo de las formas sociales*, un pasaje relacionado con los esquimales: "Los esquimales nos aportaron del Sur al Norte una lengua dulce y rica, empleada antaño por las primeras generaciones de inmigrados. Sus canciones y leyendas dan testimonio de su remoto pasado. Pero su vida parece haber sufrido una ruptu-

ra. Adscrita a un ambiente de condiciones primitivas, se ha convertido en primitiva. La necesidad de la antigua lengua desapareció. Las viejas canciones y los viejos relatos existen todavía; pero son ininteligibles para los esquimales contemporáneos. Si se les pregunta cómo conciben los elementos de sus canciones, los cantores dan respuestas incoherentes. "Como se ve—dice Biedny, furioso—, nosotros venimos a ser algo así como esquimales políticos. Invocamos a Lenin, pronunciamos palabras leninistas; pero, ni más ni menos que los esquimales, no comprendemos el sentido de las palabras que decimos." (*Pravda*, 1 de noviembre de 1927.) Añadamos a esto que los esquimales son inofensivos y que no tienen la pretensión de imponerse al universo. Algunos otros ejemplos nos demostrarán si Radek exageraba.

Reseña de un examen político en una célula de la provincia de Saratov: "¿A quién pertenece el poder supremo en la U. R. S. S.?" "A Rikov." "No, a Rikov no." "¡Ah, sí, al *Comintern*!", corrige un miembro del Soviet. "¿Es firme la estabilización del capitalismo?", preguntan a un *comsommol* dirigente de los cursos políticos. "Evidentemente, para siempre." (*Pravda*, 5 de septiembre de 1925.) Otra reseña, ésta muy reciente, relativa a los *comsommols* de las Escuelas Superiores: "La Sociedad de Naciones es un sindicato obrero y la U. R. S. S. forma parte de él. Carlos Liebknecht vive todavía. Lenin era comisario del Trabajo. Stalin es comisario de Hacienda. Ya no quedan burgueses en nuestro país; pero si los hay son los trotskistas de las ciudades." (*Pravda de las Juventudes*, agosto de 1929.) Las reseñas de esta índole son innumerables, y éstas las hemos tomado al azar; pero por Rusia circulan no pocas que demuestran la inverosímil ignorancia de la "élite". El propio Yarovslavski admite "el extraordinario bajo nivel político" de la mayoría de los comunistas del campo. (*Pravda*, 25 de agosto de 1929.) En estos exámenes políticos, destinados a verificar la cultura comunista, los examinadores se encuentran generalmente a la misma altura que los examinandos. "Los

miembros de la Comisión hicieron preguntas en que ellos mismos se perdían desesperadamente." Hay preguntas que no tienen nada que ver con la política: "Por qué se ha casado usted en segundas nupcias? ¿Cuántas veces seguidas bebes? ¿Por vasitos o por copas?" (*Troud*, 3 de agosto de 1929.) Así se dan las lecciones de ciencia social: el conferenciante lee una frase de su manual, y a seguida hace repetir a coro la misma frase a los oyentes. Un ejemplo: "Los Sindicatos son la escuela del Com...*unismo*", termina el coro de los alumnos. "La industrialización es el camino del so...*cialismo*." (*Pravda*, 27 de junio de 1928.) Así se educa a la "élite". Esta "élite" lo es hasta tal extremo, que en 1921 hubo que excluir a 174.900 individuos, y después, en los años siguientes, a 247.140. (*Pravda*, 30 de abril de 1929.) Pero, ¿en qué se diferencian los no excluídos de los otros? Un *comsommol* envía a su periódico unos versos dedicados a la memoria de Lenin (una imitación de la célebre canción de cuna de Lermontov: "Duerme, pequeñín, hermoso mío. Nene, niño mío. La luna clara nos mira dulcemente, en tu cuna"). He aquí el resultado obtenido por este hombre de "élite": "Duerme, jefecito, duerme, hermoso; nene, niño mío. La luna clara brilla dulcemente en tu mausoleo." (*Pravda de las Juventudes*, enero de 1929.) Este joven comunista ofrece un caso típico, y la mayor parte de sus compañeros no vale lo que él en cuanto a pureza de sus intenciones, como más adelante veremos. Un secretario del Comité de cantón telefonea al Comité del distrito: "¿Existe en este momento en nuestro país lucha de clases o no?" Un "suplente del presidente del Comité de cantón" escribe gravemente en su informe: "Del 5 al 10 de enero no ha habido lucha de clases en el cantón." (*Pravda*, febrero de 1929.) Esta es la "élite". En una escuela de la región de Samarkanda, de 46 niñas entre ocho y catorce años, 16 han sido violadas por sus maestros, y los órganos locales del partido, informados de ello, no sólo no dicen nada, sino que tratan de echar tierra al asunto. (*Troud*, 13 de abril de 1929.) Esta es la "élite". Los mi-

litantes dirigentes de la Rusia blanca son "completamente analfabetos políticamente"; "muchos no saben ni siquiera por qué se llama *comunista* el partido". (*Pravda*, 30 de julio de 1929.) Esta es la "élite". Y se trata de los *dirigentes*. No es difícil imaginarse lo que son los dirigidos. Toda esta gente vota "por unanimidad" la deportación de Trotski a la Siberia. (Si hacemos alusión con insistencia a la suerte de Trotski, no es porque su persona nos parezca sagrada, sino porque el episodio ayuda a comprender cómo puede tratarse a los simples proletarios oscuros.)

Los métodos gubernamentales soviéticos corresponden al nivel de la masa, que hemos definido en el capítulo anterior, y a la calidad de los comunistas que la dirigen. Algunos hechos bastarán a evidenciarlo. El 21 de enero de 1924 la milicia hace una visita a todos los porteros (*dvornik*) de Moscú y ordena que icen una bandera con un crespón negro, so pena de ser multados. Todos lo hacen sin saber por qué. Los transeúntes ven esta señal de duelo importante e ignoran la causa. Al día siguiente se enteran por los periódicos de la muerte de Lenin. En julio de 1924, el autor de este libro asiste a una gran manifestación en las calles de Moscú. Interroga a los manifestantes, pero ninguno sabe cuál sea el objeto de la manifestación. El Comité de la Empresa les ha convocado a la salida del trabajo, y eso es todo lo que saben. Interrogamos a no pocos comunistas para enterarnos. Muchos de ellos se esfuerzan por darnos una explicación; creen que se trata de conmemorar "las jornadas de julio" (los motines dominados en julio de 1917 en Petrogrado); hipótesis inverosímil. En los periódicos no se encuentra la menor indicación. Por fin nos enteramos al día siguiente de que la manifestación se ha llevado a cabo con motivo de la apertura del Congreso del "Profintern" (*Internacional Sindical Roja*). Nadie, a excepción de los discretos funcionarios, sabía una palabra. Un día de agosto del mismo año, en Yalta, penetramos en una peluquería cuyo dueño se cruza de brazos y se niega a trabajar, so pre-

texto de que ha pasado la milicia y le ha ordenado el paro. ¿Por qué razón? El barbero lo ignora. No encuentra ninguna suposición plausible. Interrogo a varios comunistas, y, en efecto, todos los establecimientos han recibido la orden de cerrar; pero resulta imposible saber por qué. Hay quien supone que se trata de festejar el *medictantroud* (jornada del trabajo médico y sanitario). Por fin, un funcionario del Soviet nos entera de que se trata sencillamente... de la Asunción (*Ouspenié*). Todo el mundo lo ignoraba, pues la iglesia la celebraba conforme al antiguo calendario. Y a causa de esto, la milicia impuso el paro en el trabajo a una población que ni siquiera se atrevía a preguntar los motivos de su paro.

Algún tiempo más tarde, viendo que las calles de Moscú estaban llenas de banderas enlutadas, e impulsado por una curiosidad insaciable, interrogué a derecha e izquierda; nadie sabía en honor de quién se izaban aquellas banderas. El azar de una cena con algunos comunistas nos permitió enterarnos de que un camarada del comité de Moscú, Likhatchov, acababa de morir. Nadie conocía a esta personalidad, ni tenía la menor noticia de su muerte. En una institución soviética donde trabajó el autor de este libro, observamos lo siguiente: un cuarto de hora antes de la salida, un muchacho pasó por delante de las oficinas anunciando que había que reunirse obligatoriamente a la puerta para hacer una "demostración". ¿Pero una demostración de qué, para qué, y en qué propósito? Nadie lo sabía. Los jefes de servicio y los subjefes, vigilados por sus superiores, vigilaban a su vez a sus subordinados y era imposible escapar sin dar explicaciones o exponerse a un castigo. Así pudimos observar en detalle y visualmente el mecanismo íntimo de una de esas manifestaciones de gran efecto exterior, que tanto asombraron a los líderes *tradeunionistas* ingleses. No hay ningún país del mundo, y ésta es una triste constatación de hecho, en que un Gobierno se permita manejar así a la masa, desdeñando concederle, aunque sólo sea por fórmula, la menor explicación. ¿Cómo es posible que el nivel intelectual y

político de esta masa llegue a elevarse con semejante régimen?

Las reuniones y elecciones, sean del partido, de los sindicatos, de los soviets u otras, son idénticos, y se inspiran del mismo espíritu. En las fábricas no es posible celebrarlas, muchas veces, como no sea cerrando las puertas, a fin de impedir que los obreros se escapen. En la fábrica *Proletario Rojo*, de Grodno, los obreros huyen, se ocultan, saltan las tapias, y el presidente y el secretario del comité corren tras ellos para lograr reunir 180, de 400 que son (*Troud*, 17 de junio de 1926). La repugnancia de los obreros hacia las reuniones, su abstención sistemática, su indiferencia respecto de los debates y de las resoluciones adoptadas, se deben al temor de verse despedidos y a los procedimientos empleados por los dirigentes. Fuera de las reuniones, en cambio, discuten animadamente (*Troud*, 22 de julio de 1926). En Pskov, al ver la puerta de la fábrica abierta, los obreros huyen de la reunión. El propio encargado de hacer el informe observa que, habiendo revelado la administración los nombres de los que debían tomar la palabra, casi nadie más que ellos asistía a las reuniones (*Troud*, 16 de octubre de 1926). Zoritch resume de la siguiente manera los métodos en vigor: "¿No hay oposición, camaradas? No. Unanimidad, menos una abstención. El camarada que se ha abstenido queda invitado a venir a verme después de la reunión." Y el periodista cita una serie de hechos que prueban que los comunistas no respetan los derechos ni las opiniones de los obreros (*Pravda* 9 de enero de 1927). El comité central del partido, en su conferencia de febrero de 1927, vota una resolución en que prohibe dar órdenes a los electores e imponer candidatos para las elecciones soviéticas, confesando así que se trataba de una práctica corriente. Pero las comisiones electorales privan del derecho al voto, por cientos de millones, a los electores obreros, campesinos medios, e inclusive, comunistas (*Pravda*, 12 de febrero de 1927). Para atraer a los obreros a las reuniones, a las cuales no quieren acudir, se organizan atracciones,

sesiones de cinematógrafo, etc., cuando no se cierran las puertas y se amenaza a los trabajadores (*Troud*, 2 de junio de 1927). Elección de un comité obrero en el Ural: el secretario sindical regional impone su candidato, contra el cual ha votado la mayoría de los obreros (*Troud*, 2 de junio de 1927). Las reuniones no ofrecen ningún interés para los obreros; siempre les dicen lo mismo; les hacen soportar discursos sobre la China, y ellos, abrumados de fatiga, piden que les dejen en paz (*Troud*, 23 de marzo de 1928). En la fábrica Bujarin, la dirección recurre a la milicia para expulsar a los obreros que toman la palabra para criticar el proyecto de contrato colectivo (*Troud*, 15 de junio de 1928). Un dibujo que ha obtenido un gran éxito representa una sala de reunión vacía, con una gran muchedumbre en la tribuna: "Ha habido que nombrar miembros de la presidencia a todos los asistentes para que no se marchen." (*El Cocodrilo*, núm. 40, 1928.) Las reuniones tienen harto a todo el mundo, no ofrecen el menor interés, y las resoluciones son ni más ni menos que papeles mojados. En una fábrica de Ucrania, citada como ejemplo, se han celebrado en cinco meses 1.353 reuniones o conferencias, y han sido votadas 6.797 resoluciones (*Troud*, 14 de noviembre de 1928). En una conferencia de obreros agrícolas, los delegados de Karkov declaran: "Tenemos miedo". Otros de Sverdlosvk dicen: "Que mi vecino haga críticas si quiere, ya que es soltero; pero yo estoy casado, y no quiero quedarme sin trabajo." (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 6 de diciembre de 1928.) En Samara, los obreros encuentran la puerta cerrada al final de su trabajo y se ven obligados a trabajar un hora más a título de recompensa del tiempo que han tenido que soportar el informe del soviet (*Troud*, 23 de marzo de 1929). Los obreros metalúrgicos del Ural tienen miedo a contestar, aun sin poner su firma, a una encuesta del sindicato. En diversas fábricas han sido despedidos varios obreros que se habían tomado la libertad de hablar en las reuniones (*Troud*, 30 de marzo 1929). Los obreros F. y L. son despedidos de su trabajo por haber formulado alg-

nas críticas. "Los rabcors tienen miedo a escribir, pues la administración y el comité de fábrica no tardarían en ajustarles las cuentas." (*Troud*, 6 de septiembre le 1929.) Tal es la "dictadura del proletariado".

Los periódicos soviéticos publican numerosas reseñas de reuniones, de elecciones, etc., que revelan la apatía, la incultura, el temor de las masas, al mismo tiempo que la insolencia tiránica y la brutal grosería de que usan para con ellas los supuestos comunistas. Señalemos todavía algunos rasgos de la fisonomía, infinitamente varia, del partido bolchevique. "La cultura de nuestros funcionarios y de nuestra burocracia es lamentable, y sería preciso mejorarla veinte mil veces. Pero para ello es necesario un mínimo de educación. La dictadura del proletariado no consiste, en manera alguna, en tratar con grosería a todos los que no son comunistas." Así se expresaba Bujarin ante el Congreso de los *comsomols*. Y añadía: "Lenin quería que un comunista culpable fuera castigado diez veces más severamente que un simple mortal; pero lo que ocurre en la práctica, con gran frecuencia, es lo contrario." (*Pravda*, 21 de marzo de 1926.) El alcoholismo es un fenómeno general, no sólo entre los simples miembros, sino entre los dirigentes: todos se entregan a la bebida, declara Yaroslavski (*Krasnaia Gazeta*, 16 de marzo de 1926). Un informe del mismo sobre las células en el campo reconoce como fenómenos generales la ignorancia política completa (30 por 100 de las células) y la escasa cultura de la mayoría. No se leen periódicos; son los secretarios quienes toman todas las decisiones; los abusos de poder, la embriaguez y los desfalcos son muy frecuentes; el 25 por 100 de los secretarios de las células sometidas a encuesta han tenido que ser excluídos (*Pravda*, 10 de febrero de 1927). Hay comunistas turcomanos que compran las mujeres. Uno de ellos vende a su hija por 500 rublos, y otros trafican con las menores (*Pravda*, 8 de junio de 1927).

Todas las anomalías citadas, y millares de otras más, son denunciadas a veces con energía y con precisión por

la Prensa soviética; pero a esto es precisamente a lo que llaman allí "cuidar los resfriados favoreciendo las corrientes de aire". Está prohibido señalar las causas profundas del mal, que provienen de los vicios del régimen, y las observaciones superficiales y parciales mantienen ese mal mientras se adormece a las víctimas. La aparente franqueza de esta "autocrítica" forma parte, en realidad, del sistema de la autocracia soviética. Suele pesar sobre los secretarios provinciales, cuyos sucesores serán de la misma especie, si no son peores. Pero dejan intacto el monstruoso poder del secretariado del partido, y no lograrán reducir jamás las taras que su poder engendra.

Sosnovski cita un caso muy característico de la atmósfera del partido y de las fábricas, de las relaciones entre comunistas y proletarios, en una carta dirigida a Trotski (*Boletín de la Oposición*, números 3 y 4, página 24): Habiendo tomado una obrera la palabra sobre la racionalización, en la fábrica de tabaco Clara Zetkin, de Leningrado, la tratan de enemiga del proletariado, y el director deja entender a cuenta de ella cosas que la aterrorizan hasta el extremo de que muere de miedo en la noche del 1 de mayo. Los obreros declaran que jamás volverán a asistir a las reuniones y que no volverán a abrir la boca. (*Troud*, 3 de junio de 1928.) También en Leningrado, "cuna de la revolución", como se acostumbra a decir en Rusia, se detiene a los dirigentes del *Sevzaptorg* (departamento comercial del Noroeste) por concusión, orgía, actos arbitrarios, etc. Los incidentes de esa índole son frecuentes, y ya no se toman en cuenta; pero éste tiene una importancia general: "Los camaradas honrados del partido, que trataban de alzar la voz contra semejantes abominaciones, eran perseguidos. Tres de ellos no pudieron resistir más, y uno se arrojó por la ventana; el otro se abrió una vena, y el tercero se mató de un balazo." El partido y los Sindicatos no se dieron por enterados de nada. (*Troud*, 4 de septiembre de 1929.) Ya hemos dicho que en realidad no existen ni partido ni Sindicatos, sino unas oficinas y unos funcionarios que nada tienen que

ver con la clase trabajadora. Todos los hechos citados lo evidencian así.

En el Comisariado de Hacienda, en Moscú, es decir, en una de las instituciones más importantes, en el propio corazón de la vida soviética, y no en una apartada aldea del Kamtchatka, la célula comunista sufría recientemente los pecados siguientes: "Desfalco, dilapidaciones, embriaguez, abusos de servicios por encargo, apachismo, exigencias de orden especial a las colaboradoras, falta de pago de las pensiones por alimentos, cohechos, burocratismo, obstáculos al avance de los nuevos, arrivismo, querellas, desviación de derecha en el trabajo", etc. "El espíritu rastrero (*podkhalimstvo*: servilismo, innobles complacencias se había desarrollado hasta el punto de que el miembro del partido Y, por ejemplo, callaba miedosa y servilmente cuando el comunista B, borracho, violaba a la mujer del primero." (*Pravda*, 7 de agosto de 1929.) Este individuo, cómplice por cobardía y por arrivismo del granuja que violaba a su mujer, es un verdadero símbolo; encarna la actual "disciplina" del partido, que convierte a todos los miembros en cómplices de la violación de los principios comunistas y de los intereses de la Revolución, violación llevada a cabo ante sus propios ojos. Hechos semejantes, y otros por el estilo, se han convertido en vulgares, dada su multiplicidad, y rara vez se hacen públicos. Para ello es necesario un conflicto político que arranque a los dirigentes todo escrúpulo de discreción y les incite a herir a sus adversarios por todos los medios. Todos esos "comunistas", sus hermanos y primos de la misma especie, votan sin empacho cuantas tesis sobre "el socialismo en un solo país" se les presentan, y aprueban el encarcelamiento y la deportación de los últimos comunistas sinceros que saben luchar por sus ideas.

Pero la cara más escandalosa del fenómeno de "degeneración" y de "descomposición" (expresiones empleadas por la Prensa bolchevique) del partido comunista y del aparato soviético, se traduce en los escandalosos "asuntos" que se han hecho públicos en el transcurso de estos últimos años,

y que han puesto de relieve la realidad rusa, así como la profunda corrupción del personal revolucionario. La amplitud de sus escándalos, su repetición en diversos puntos del país y en algunos centros obreros importantes, el número y el rango de los funcionarios comunistas o simpatizantes complicados en ellos, la abundancia de casos menos graves, pero no menos sintomáticos, no permiten hablar ya de debilidades individuales, aun cuando se repitan con frecuencia. Los dirigentes del partido han descubierto el mal, mientras afirmaban la excelente salud del organismo cuya responsabilidad asumen. El lector juzgará si es posible suponer que semejantes plagas puedan existir en un cuerpo sano.

Hemos señalado en un capítulo anterior la gangrena de las autoridades comunistas y soviéticas del Nakitchevan, de Jersón y de otros lugares. Hechos como éstos parecen hoy vanales. En julio de 1925 fué preciso detener a todos los cuadros superiores de la milicia de Kiev, complicados en varios abusos: concusiones, robos, arbitrariedades. Entre ellos se encontraba un "viejo bandido recalcitrante", antiguo "jefe de la milicia del radio central"; así como varios ex policías, espías y gendarmes de la contrarrevolución (*Pravda*, 1 de agosto de 1925). Las "depuraciones" en los aparatos burocráticos permiten descubrir constantemente, bajo el antifaz soviético, elementos por el estilo, suficientemente flexibles para adaptarse a los aspectos exteriores del nuevo régimen que les permite perpetuar las prácticas del antiguo. En la provincia de Poltava, la célula de una aldea organiza el asesinato de una familia campesina. Son detenidos los tres principales culpables: el secretario de la célula, el presidente del soviet y el presidente del Comité de los Pobres. Desde la cárcel, el secretario amenaza con degollar a veinte familias si no cambian de celda a uno de sus cómplices (*Pravda*, 26 de mayo de 1925). En la provincia de Odessa, son detenidos los cabezas de las organizaciones comunistas e instituciones soviéticas; en Zajahievka, el secretario

del partido, el presidente del Comité ejecutivo, el director de la Cooperativa, el juez, el controlador principal, etcétera, que robaban el dinero de las Cajas públicas, se entregaban a la orgía y obligaban a las maestras a acostarse con ellos (*Pravda*, 20 de octubre de 1926). En la República de los kirgises se detiene a dos secretarios de distrito del partido, a un miembro del Comité ejecutivo central de los soviets y a otros funcionarios comunistas. Esta banda oprimía a los campesinos, los hacía fusilar sin juicio, les hacía pagar enormes impuestos, que se repartían entre sí; confiscaban los caballos, etc. (*Pravda*, 20 de octubre de 1926). El 22 de agosto de 1926, en Leningrado, cuarenta obreros se apoderaban de una joven y se la pasaban de uno en otro. Varios de ellos eran comunistas (*Pravda*, 11 de septiembre de 1926). Este escándalo permitió poner de relieve toda una serie de otros, no tan importantes, en que los comunistas y los *comsommols* ocupaban un buen lugar, en Leningrado y en otros varios puntos. En Artemovsk, en el Donetz, capital proletaria de la gran cuenca hullera (Bakmut, anteriormente), el alto personal de la Justicia y los cuadros de la milicia, con la complicidad de los funcionarios soviéticos y la indiferencia de los Comités de partido, son detenidos, juzgados y condenados por violación, embriaguez, arbitrariedad administrativa, etc. El periódico local *Kotchegarka*, informado de ello, callaba; los comunistas de Kilas, aterrorizados, no se atrevían a decir nada; se produjeron, incluso, varios suicidios (*Pravda* y otros periódicos, febrero de 1928). Tres miembros de la Asociación de "escritores proletarios" son detenidos por haber conducido a su casa a una joven comunista, haberla emborrachado y violado, lo que provocó el suicidio de la víctima (*Rabotchaia Gazeta*, 31 de marzo de 1928). A este respecto, la Prensa se decide a reconocer que semejantes infamias han pasado ya a convertirse en costumbre. En Sotchi, en el Cáucaso, todos los jefes comunistas locales son detenidos por dilapidaciones, embriaguez, múltiples violaciones de mujeres, orgías,

arbitrariedades (*Pravda*, 8 de abril de 1928). En Crimea el presidente del Comité central ejecutivo de los soviets, en persona, Braimov, y todos los que le rodean, son unos vulgares bandidos de derecho común. Están complicados en innumerables crímenes, asesinatos, torturas, robos, concusiones y todas lsa ignominias imaginables, cuya exposición llena cinco volúmenes de un total de 3.800 páginas (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 30 de abril de 1928, y demás periódicos). En el Ural se ponen al descubierto la corrupción de los dirigentes comunistas de un radio, sus orgías, su relación con elementos corrompidos (*Pravda*, 22 de mayo de 1928). En el Turkestán son detenidos varios funcionarios soviéticos, entre los cuales se encuentra un viejo militante del partido, culpables de haber dilapidado enormes cantidades. En Riajsk se descubre que casi toda la administración mantiene relaciones con los bandidos (*Pravda*, 6 de mayo de 1928). En Stabropol se detiene al secretario del Comité regional del partido y a los demás funcionarios comunistas, por violación de maestras, orgías y otros abusos (*Pravda*, 12 de mayo de 1928). Pero el "tumor más hermoso", como dicen los médicos, es, sin ningún género de duda, el de Smolensk.

En Smolensk, en la ciudad y en el campo, en las fábricas y en los Sindicatos, en los cantones y en los distritos, existía una gran corrupción en todo el aparato bolchevique soviético, de arriba abajo. Los Comités del partido, de los soviets y de los Sindicatos, rivalizaban en arbitrariedad para con los obreros, en violaciones de mujeres, desfalcos del Erario público, orgías. En una fábrica, que no contaba con menos de un 50 por 100 de comunistas y *comsommols*, los contramaestres comunistas, el presidente de una sección sindical, el antiguo secretario de la cédula, exigían "regalos" en dinero a los obreros; "en especie", a las obreras, y esto por espacio de varios años. En una manufactura se suicidaron siete obreros en un breve lapso de tiempo, asqueados del régimen imperante. Una "comuna", compuesta por

cionarios notorios del partido, por la milicia, *etcétera*, permanecía en estrecha relación con los bandidos. Se acusa a varios secretarios de cantones y de distritos de abusos y cohechos. Una campesina, al confiscarle sus últimas ovejas, trata de ahorcarse. Un grupo de *komsomols* imprime una hoja volante, clandestina, para protestar contra los crímenes de las autoridades locales. Los órganos del partido lo tapan todo con su silencio cómplice. Finalmente, son detenidos sesenta funcionarios, la mayor parte de ellos comunistas (*Pravda*, 12 de mayo de 1928; artículo de Zaitsev. *Pravda* del 18 de mayo, resolución de la Comisión de control). El informador oficial Yakovlev subraya la importancia general del asunto (*Pravda*, 16 de mayo; *Isvestia*, 22 de mayo). Toda la Prensa da el alerta a la opinión y la incita a que reaccione contra la descomposición moral de una parte de los empleados del Estado y de los funcionarios de las organizaciones estáticas (partido, Sindicatos, Cooperativas). Durante varios meses se procede a la depuración de los aparatos de la región de Smolensk y, paralelamente, a la de otros puntos. En un solo cantón de la provincia de Smolensk, se hace comparecer ante los Tribunales treinta y tres funcionarios. Entre ellos se encuentran los jefes de la milicia, que robaban a los campesinos sus caballos, y el juez, que condenaba a un asesino a 100 rublos de multa y absolvía a otros. Treinta "inspectores" habían recorrido el cantón, en el transcurso del año último, sin observar nada de particular (*Isvestia*, 9 de junio). En Vladímir, se acusa a los dirigentes del Sindicato textil de abusos de autoridad. También aquí fué violada una empleada (*Pravda*, 19 de junio de 1928). En Trapsé, se emborrachan los jefes del partido. Uno de ellos protege una casa de lenocinio. Los dirigentes de la Cooperativa son llevados a los Tribunales, y los magistrados se ven acusados de actos arbitrarios (*Pravda*, 19 de junio). En Odessa, los directores del servicio de tranvías imponen a las obreras en paro que se acuesten con ellos, si quieren encontrar trabajo; los empleados muni-

cipales, entre los cuales se encuentra el secretario de la célula, son borrachos inveterados (*Troud*, 19 de junio). En Irkatsk, la organización comunista y soviética está gangrenada por elementos del régimen zarista (*Pravda*, 4 de agosto). Un inspector enviado a la región de Mariisk da cuenta de la desmoralización de los principales funcionarios y de los militantes comunistas, secretarios de Comité, etc., a quienes acusa de embriaguez, desfalco y abusos contra las mujeres (*Pravda*, 8 de agosto). La organización comunista yakuta se hace responsable de motines, bandidaje y de múltiples cohechos (*Pravda*, 9 de agosto). La de Crimea, famosa ya, acoge a los "blancos" nacionalistas, saboteadores conscientes (*Pravda*, 11 de agosto). En la provincia de Riazan, de 5.100 funcionarios de Hacienda, 1.139 son despedidos por dilapidación, embriaguez, falsificación de escrituras (*Pravda*, 11 de noviembre).

En 1929 no cesan de descubrirse nuevos "tumores" en el "cuerpo sano" de la burocracia soviética. La *Pravda* (3 de enero) confiesa que las células comunistas están plagadas de antiguos gendarmes, de pogromistas, de monárquicos, de *kulaks*, etc., según las regiones. A principios de enero se produjo en Moscú el famoso asunto de los "kabuki". Todo el Estado Mayor del Sindicato de la construcción, culpable de dilapidaciones, orgías, abusos de poder, etc., es denunciado a consecuencia de un incidente erótico surgido en plena calle (*Pravda* y otros periódicos, 6 de enero y días siguientes). Tras esto, son los dirigentes del Sindicato de los empleados quienes confunden la Caja sindical con la suya. Y en Leningrado se destituye, por corrupción, a uno de los principales Comités de las juventudes comunistas. Las organizaciones comunistas de Sir Daria están plagadas de ladrones, de bandidos, de toda clase de granujas (*Pravda*, 9 de enero). En Tver, el Tribunal era, desde hacía varios años, cómplice de todos los funcionarios culpables de prevaricaciones, abusos, etc. (*Pravda*, 19 de enero). En Briansk, el Comité provincial del partido protege a los

dirigentes comunistas del distrito de N., acusados un mes antes de orgía pública, de abusos de poder, etcétera, a quienes se había decidido excluir del partido en el primer momento (*Pravda*, 20 de febrero). En Astracán, son detenidos 200 funcionarios de los soviets, que robaban al Estado de diversas maneras, con la complicidad de los comunistas. Son excluidos cincuenta y siete miembros del partido, y después otros más, tras un proceso monstruo, que dura semanas enteras (*Pravda*, *Isvestia*, julio, agosto, septiembre). En Uzbekistán, el Sindicato de los trabajadores municipales, o, mejor dicho, sus dirigentes, son acusados de varios crímenes, que hacen de ellos dignos émulos de los "kabulí" de Moscú (*Troud*, 3, 4 de agosto). En Ryvinsk se descubre un foco de infección por el estilo del de Astrakán (*Troud*, 27 de agosto). En Syzrane sucede otro tanto (*Troud*, 22 de agosto). En Grozny, lo mismo (*Troud*, ídem). Y otro tanto ocurre en Karcov y en Stalingrado (*Troud*, ídem). En Bakú, el comisario del pueblo de Hacienda y una serie de altos funcionarios de su departamento, son acusados ante los Tribunales (*Troud*, 3 de septiembre). En Leningrado, corrupción de la Administración comunal, complicidad de la Comisión de control regional del partido. Desde hacía cuatro años, habían sido enviadas cien denuncias en regla a los periódicos. Uno de los periódicos culpables es la *Pravda*, de Leningrado (*Troud*, 3 de septiembre). En Nijni-Novgorod se asiste a la descomposición de la organización comunista (*Pravda*, 6 de septiembre y días siguientes). En Tula, en la Hacienda, en la sección comercial, en la cooperación, en el Tribunal, se verifican dilapidaciones y orgías (*Pravda*, 7 de septiembre). En los servicios del comercio exterior, las sucesivas depuraciones han eliminado ya a millares de elementos "podridos"; pero éstos existen siempre. En el transcurso de los meses de julio, agosto y septiembre de 1929, no transcurre un solo día sin que el *Troud* denuncie alguna "degeneración", "desviación" o "enfermedad" en las alturas del aparato sindical o en los Comités de base: hoy es

la organización textil de Tver (10 de julio); después, los sindicatos de Crimea (16 de agosto); más tarde, la fábrica número 1 de Moscú (21 de agosto); un Comité de cantón de la provincia de Tver, donde los secretarios imponen un régimen medieval y donde una maestra, perseguida, se suicida (23 de agosto); o la gran fábrica *Profintern Rojo*, de Briansk (24 de agosto); o el Comité central de los marinos, que "se declara en quiebra" (25 de agosto), por no citar sino los más importantes, ahorrándonos la fastidiosa lectura de los demás textos confusos e inútilmente kilométricos. Pero aquí resulta imposible determinar qué parte corresponde a las persecuciones políticas y cuál a la depuración moral, ya que el celo en el saneamiento de la dirección sindical está visiblemente inspirado por la lucha del secretariado del partido contra Tomski y sus partidarios, dueños ayer de la organización profesional.

Con este desorden general, no es posible establecer una demarcación entre el partido, los soviets y los Sindicatos, pues todos los aparatos están ligados, fundidos entre sí, como ya hemos explicado. Los mismos hombres concentran las funciones, las responsabilidades, y la mayoría de ellos están íntimamente asociados de diversas maneras. Esto explica que se detenga a los funcionarios en grupos de diez, de cincuenta, de ciento y más aún. El subtítulo concerniente a la fábrica número 1 de Moscú, por ejemplo, afirma en grandes caracteres que han tenido lugar "hechos indignantes de descomposición del activo del partido por grupos". Estos militantes "descompuestos" los encontramos en el Sindicato, en la Cooperativa, en el soviet del radio, en el Comité de casa, por todas partes. Y por todas partes asistimos a la misma descomposición. En general, toda información sobre el partido puede servir igualmente para los soviets, para los Sindicatos, para las Cooperativas, etc. Los mismos fenómenos se producen en las diversas organizaciones e instituciones dirigidas por los mismos cuadros comunistas.

Desde hace varios años, la Prensa soviética se ve obligada a registrar una "ola" de dilapidaciones, una epidemia de prevaricaciones en los Sindicatos (*Pravda*, 15 de abril de 1925). "Tomski declara que si esta ola no disminuye va a ser preciso aplicar la pena capital a los dilapidadores." (*Pravda*, 28 de mayo de 1925.) Una circular de Kurski, comisario a la *Justicia*, pone en guardia a todos los procuradores y Tribunales, y les invita a que repriman severamente las dilapidaciones (21 de junio de 1925). La Prensa señala diariamente estas prevaricaciones. En la provincia de Moscú se han dado en nueve meses 285 casos. En Correos ocurre otro tanto, así como en Karkov. El 83 por 100 de los ladrones son comunistas (*Troud*, 2 de marzo de 1926). En Siberia se han dado 1.500 robos en tres meses, en detrimento de las Cajas del Estado, de las Cooperativas, de los Sindicatos (*Krasnaia Gazeta*, 19 de marzo). En Leningrado han sido dilapidados 2.274.000 rublos en siete meses, y se han registrado 2.702 casos de desfalco; la cuarta parte de ellos, en los Sindicatos (*Troud*, 8 de septiembre de 1926). En la provincia de Moscú se han producido 342 casos por el estilo en 1925, 281 en 1926 y 245 en 1927, solamente en los Sindicatos (*Troud*, 23 de marzo de 1928). Todo el mundo roba—dice, en substancia, Tomski, en el VIII Congreso sindical—; los comunistas, los *comsomols*, los "sin partido" (reseña del *Troud*, 15 de diciembre de 1928 y días siguientes). En 1928, las dilapidaciones han aumentado en un 50 por 100 con relación al año precedente, en los Sindicatos de Moscú; la mitad de los culpables son comunistas (*Troud*, 29 de marzo de 1929).

No se observa nada semejante en ninguna parte del mundo. En todas partes pueden producirse uno o varios casos de corrupción, encontrarse aquí o allá funcionarios indignos; pero no existe punto de comparación con lo que sucede en los Sindicatos rusos. La explicación del hecho es muy sencilla: estos Sindicatos no son tales Sindicatos. Los proletarios y los asalariados de la U. R. S. S.

no cuentan con Sindicatos. No existen más que oficinas y burócratas completamente extraños a la masa que sufre. Los "adherentes" no han dado su adhesión. No se les conoce para consultarles, sino para arrancarles una parte de sus mediocres salarios y para invitarles a que trabajen más cada vez. En un discurso pronunciado en Leningrado, discurso que contiene numerosas críticas, Tomski dijo un día las palabras siguientes: "Si hubiera pronunciado este discurso en ciertas reuniones de la base como simple sindicado, me hubieran tratado de inútil y de desprestigiador de la organización y me habrían gritado: ¡Fuera del Sindicato!" (*Troud*, 30 de mayo de 1925). La cosa es clara. Y *fuera del Sindicato* significa *fuera de la Empresa* y equivale a verse condenado a muerte por hambre. Es lo que hemos explicado ya anteriormente. Y lo mismo sucede en el partido, en todas las organizaciones soviéticas. El propio Tomski ha hecho este año personalmente la experiencia: le han dejado, a la vez, fuera del Sindicato y fuera de la presidencia de los Sindicatos, por haberse encontrado en contradicción con el secretariado del partido. Y el secretariado podría ponerle fuera de circulación, si quisiera, no más que con dar una orden a la *Guepeú*, sin necesidad de más formalidades. No; no existen Sindicatos.

Otro líder sindical, Dogadov, ha presentado ante el Consejo central de los pretendidos Sindicatos las significativas cifras siguientes: en 1925, el presupuesto de la C. G. T. rusa fué de 70 millones de rublos, de los cuales cerca de la mitad (el 40 por 100) fueron devorados por los funcionarios (*Pravda*, 9 de diciembre de 1926). Además, puede tenerse por seguro que parte de la otra mitad es devorada también, indirectamente, por los funcionarios. En el Sindicato de metalúrgicos de Moscú hay 700 funcionarios para 130.000 *carnets* sindicales (*Troud*, 12 de junio de 1928). Este parasitismo burocrático, que se quiere hacer pasar por sindical, no necesita comentarios. Y, ¿cuál es esa vida sindical que tan cara cuesta a los trabajadores? El *Vestnik Trouda* (núme-

ro 21, 1929) reconoce que las reuniones se ven muy poco concurridas, así como la falta de interés de estas reuniones para los obreros, el mal efecto de los procedimientos de dirección y de mando, como, por ejemplo, el cierre de las puertas de las fábricas. El *Trud* (29 de marzo de 1927) confiesa que las decisiones son adoptadas por los órganos sindicales ejecutivos, sin contar para nada con los sindicatos. Asimismo observa (14 de noviembre de 1928) que el orden del día no interesa a los obreros y que las resoluciones quedan sin efecto; el tiempo pasado en las reuniones es tiempo perdido. La *Pravda* (22 de noviembre de 1928) confirma todo esto, publicando algunas cartas de Rabkors. No suele acercarse nadie a las reuniones, donde para nada se tiene en cuenta la opinión de los obreros. En su ya citado discurso del VIII Congreso, Tomski no pudo menos de hablar de las huelgas que ocurren al margen de los Sindicatos. Los obreros, obligados a declararse en huelga por el Estado soviético, evitan dirigirse a las uniones profesionales. También se vió obligado a reconocer el tráfico de los *carnets* sindicales, cotizados clandestinamente como acciones en Bolsa, ya que representan determinados privilegios. En Kiev, una inspección demuestra que los Sindicatos no tienen nada de común con los sindicados (*Trud*, 20 de marzo de 1929). La burocracia sindical se entrega a la "alta política" y abandona la protección del trabajo (*Trud*, 26 de agosto de 1929). Este periódico llama alta política al bajo mangoneo del partido, que tiene por objeto sustituir a unos funcionarios por otros, de acuerdo con las necesidades de la pandilla dirigente. Después de la desgracia de Tomski, no sólo está permitido, sino prescrito, decir que todo va mal en los Sindicatos desde hace varios años, cuando, en vísperas de esta desgracia, todo el mundo se veía obligado a proclamar que todo iba bien. Los Sindicatos manifiestan ahora tendencias cooperativistas, burguesas; no comprenden la época histórica actual, se separan de las masas, trabajan deficientemente, etc. (*Pravda*,

6 de septiembre de 1929). La realidad es mucho más sencilla: no existen Sindicatos.

Las Cooperativas no son mejores. "Seguimos comerciando a la asiática", como decía Lenin. Se obliga al cliente a comprar aquello que no necesita y no se le vende lo que necesita (*Pravda*, 26 de marzo de 1925). Cooperativa de la fábrica *Amo*, Moscú: las mercancías son de mala calidad; los géneros, a veces, están podridos y resultan más caros que en cualquier otra parte (*Pravda*, 7 de julio de 1925). Otra de la provincia de Moscú: "hay pocos géneros, no es posible elegir y la calidad es peor que nunca" (*Pravda*, 21 de julio de 1925). Otra, en el Donetz: "unas veces no hay productos de primera necesidad, otras son pésimos; el pan no es pan y la carne no es carne" (*Pravda*, 11 de septiembre de 1925). "Por qué no se interesan los obreros en las Cooperativas", leemos en gruesas titulares. Y el artículo explica este despego por la intrusión de los comunistas, que imponen los hombres que les placen, hombres que, por lo común, no saben nada (*Pravda*, 30 de septiembre de 1925). En una conferencia cooperativista se llega a constatar que los precios suelen ser de tal modo elevados que hacen disminuir a veces en un 8 por 100 el salario real (*Troud*, 3 de abril de 1926). Los cooperadores especulan no pocas veces con los capitalistas, y un ejemplo de esta índole ha sido publicado en el *Economitcheskaia Jizn* (del 27 de mayo de 1926). En un año, las dilapidaciones se han elevado, en las Cooperativas, a 5.323.000 rublos (*Torgovo Promychlenaia Gazeta*, 23 de mayo de 1926). El personal roba en las Cooperativas, lo mismo en la región de Leningrado que en la de Yaroslav (*Rabotchaia Gazeta*, 13 de junio de 1926). Se roba en todas partes. Aprovechando el monopolio de la venta al detall, que el Estado le asegura por medio de la fuerza, la cooperación se entrega a un mercantilismo sin freno, explota al consumidor—es decir, a las clases pobres—, realiza beneficios netos de más de un 200 por 100, empleando los peores procedimientos capitalistas (*Pravda*, 1 de febrero de 1927). Los clien-

los obreros son recibidos en las Cooperativas como perros; los empleados son arrogantes y groseros; la mercancía es mala y cara; es necesario perder largo tiempo haciendo cola (*Troud*, 18 de agosto de 1927). Los fondos de más de la mitad de las Cooperativas son despilfarrados por el personal, y estos despilfarros no cesan de aumentar (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 13 de noviembre de 1928). "No se observa ninguna diferencia, ni con telescopio, entre una tienda ordinaria y una cooperativa", afirma Bujarin. (*Pravda*, 2 de diciembre de 1928). Existe una, sin embargo; pero no en favor de la última. Las cooperativas venden demasiado caro, y sus gastos generales resultan considerables, observa el *Economitcheskaia Jizn* (4 de enero de 1929.) Se registran robos en Saratov, en Stalingrado, en Rostov y en todas partes (*Pravda*, 13 de enero de 1929). La cooperación no parece haber realizado progreso alguno desde el día en que Dzerjinski denunció severamente su falsa prosperidad (*Pravda*, 20 de abril de 1926), y su monstruoso parasitismo, con sus 400.000 funcionarios, que cobran 90 millones de rublos de sueldo en 1925, cifras que han aumentado considerablemente desde entonces. Toda la Prensa comunista rusa de agosto, septiembre y octubre de 1929, acusa a las cooperativas de incuria, de sabotaje, cuyos desastrosos efectos tiene que padecer la población obrera.

Respecto a la burocracia soviética, en general, sería necesario un volumen aparte para presentar un cuadro suficiente. Nos limitaremos aquí a una somera enumeración de hechos, a fin de caracterizar esta hipertrofia teratológica de la administración parasitaria, inútil, nociva, costosa, estéril y esterilizadora, o corrompida o corruptora, insolente para con los humildes, servil ante los poderosos, y contrarrevolucionaria siempre. Sea instrumento del partido, de los soviets, de los sindicatos o de los servicios económicos, siempre es igual a sí misma. Los escandalosos "asuntos" más arriba evoca-

dos han demostrado su moralidad. Vamos a verla en el trabajo:

"Cada miembro de nuestra célula tiene obligación de responder, por escrito y cada mes, a 84 preguntas de encuestas." (*Pravda*, 23 de abril de 1925.) Esto supone un millar de ellas por año y por individuo. Nadie las lee y estos millones de toneladas de encuestas inútiles se amontonan en el polvo de las oficinas, mientras existe una aguda crisis de papel y faltan cuadernos para los niños, y no hay medio de arbitrar fondos para la Instrucción pública o la industria. "El número de circulares dando directivas recibidas por las células oscila, en determinados puntos, de 30 a 100 por mes." (*Pravda*, 7 de junio de 1925.) Más papel amontonado e inútil, a costa del proletariado. "La dirección del aparato soviético de base se pierde entre papelotes. El comité provincial manda habitualmente una o dos circulares diarias sobre todas las cuestiones imaginables, y así cree haber cumplido ya con sus obligaciones." (*Pravda*, 7 de junio de 1925.) Más millones de hojas despilfarradas, sin hablar de la tinta. "Nos inundan de circulares, de instrucciones —se quejan de muchos secretarios de células— y para nada." En la célula de un agujero rural, a la salida de una reunión, el secretario exhibe un "papelito" de dos metros y medio de largo por medio metro de ancho; se trata de una encuesta a llenar. "Si se coloca a todos los miembros de la célula unos sobre otros y se amontonan al lado las circulares, las encuestas, etc., el montón de papel sobrepasará al de la célula." (*Pravda*, 12 de junio de 1925.) Tal es el ejemplo que ofrece el partido; ejemplo contagioso, como ya veremos. "La decisión sobre las reservas locales de simientes ha sido publicada por el comité central ejecutivo en 1922 y aún no ha sido aplicada." (*Pravda*, 25 de septiembre de 1925.) Esto no hace más que tres años; en 1929 ha sido seguramente olvidada, así como millones de otras. "Se exigen a las empresas los informes más variados, datos estadísticos, etc., que acaban por constituir un torrente de papel que obliga a

mantener un personal excesivo y ahoga todo trabajo eficaz." "Se crea un mar de papeles, en los que se pierden centenares de personas." "La situación de la contabilidad y de la estadística es sencillamente catastrófica. Las empresas soportan, abrumadas, la obligación de suministrar informes de docenas y centenares de formas diferentes; ahora se mide la contabilidad por *puds*." Esto escribía Dzerjinski (*Pravda*, 23 de junio de 1926).

Un Comité de bosques reclama, mediante una circular, cuenta exacta de las perdices, liebres, osos, lobos, etcétera, que existen en los sectores de los funcionarios a quienes se consulta, los cuales habrán de informar en el plazo de una semana (*Krasnaia Gazeta*, 14 de mayo de 1926). El informe anual del *Yugostal* pesaría 12 *puds* (190 kilos) si se redactara conforme al reglamento (*Economitcheskaia Jizn*, 17 de junio de 1926). El comisariado de transportes ha mandado ya alrededor de 10.000 órdenes, que nadie lee y que se publican con un retraso que oscila entre uno y tres años (*Krasnaia Gazeta*, 6 de junio de 1926). "Una verdadera inundación de reseñas": En dos meses han aparecido en Moscú 643 libros de reseñas de empresas, de 1.200 páginas aproximadamente cada uno; libros "que casi nadie lee". En los cuatro meses inmediatamente anteriores se publicaron 1.866 obras análogas. Así se despilfarran considerables sumas (*Pravda*, 29 de julio de 1926). En Cherepovetz, la administración comunal establece un plan de gestión para doscientos años (*Krasnaia Gazeta*, 23 de agosto de 1926). Para obtener un informe del comisariado del comercio hay que pasar por nada menos que 37 servicios (*Krasnaia Gazeta* de la noche, 28 de agosto de 1926). Nada tiene de extraño que ciertas mercancías pasen por manos de diez o quince servicios comerciales antes de llegar al consumidor, y que los gastos generales exceden del valor inicial del producto (*Izvestia*, 19 de septiembre de 1926). En un dispensario para niños, la hoja de encuesta comprende 127 preguntas. Un "trust" del Ural imprime un informe de 9.459 páginas. Los ferrocarriles gastan nueve millo-

nes de rublos en 18.000 páginas de reseñas, en que no hay modo de dar con un informe. El comisariado de Hacienda del Adjaristán cuesta más de lo que percibe en impuestos (*Krasnaia Gaseta* de la noche, 22 de diciembre de 1926).

La Dirección de ferrocarriles recibe informes que representan 30 millones de páginas, con los retratos de los jefes locales del partido. En esos informes, en cambio, es absolutamente imposible hallar la menor indicación sobre las máquinas. El *Mostorg* ha respondido en un año a 477.085 preguntas; el Consejo de Cooperativas de Moscú, a 622.393; una sola fábrica textil, a 629.000 preguntas (*Pravda*, 3 de febrero de 1927). Una oficina de la Instrucción pública envía a los padres de los alumnos de una escuela un cuestionario con cien preguntas estúpidas (*Pravda*, 19 de febrero de 1927). Sólo el Comisariado de transportes despilfarra 420.000 *pouds* de papel al año, cerca de la cuarta parte de la producción: alrededor de diez trenes de cuarenta vagones (*Isvestia*, 4 de febrero de 1927). A los niños de una escuela del Ural se les dirigen por escrito 180 preguntas imbéciles, entre las cuales se halla la siguiente, dirigida a los padres: "¿Estaban ustedes borrachos cuando engendraron al niño?" (*Troud*, 29 de abril de 1927.) La Inspección obrera y campesina calcula que sólo la contabilidad de la industria del Estado emplea a 500.000 contables, y viene a costar 1.000 millones de rublos al año (*Troud*, 30 de mayo de 1927). La Sección de Higiene de Karkoi envía a los pueblos una circular de 47 páginas con 127 preguntas, entre ellas las siguientes: "Indíquese el uso del pozo por nacionalidad ucraniana, judía, rusa, polaca." (*Pravda de las Juventudes*, 24 de septiembre de 1927.) En el XV Congreso del partido, Stalin cita algunos hechos: Un mutilado ha tenido que esperar durante siete años un aparato; en el Comisariado del Comercio, el informe sobre los cueros contiene 27.000 preguntas; un informe sobre la agronomía, en Ucrania, 20.000, etcétera. (*Isvestia*, 11 de diciembre de 1927).

Un obrero que tenga alguna reclamación que hacer contra la administración de una empresa, tiene que pasar por 24 instancias burocráticas (*Troud*, 14 de enero de 1928). La dirección provincial de Agricultura de Viatka prescribe, por circular, a los Comités ejecutivos de los cantones que cuenten las lombrices de tierra que se hayan encontrado en los campos (*Pravda*, 1 de marzo de 1928). Tenemos la impresión de que el "record" constituido por esta tentativa de establecer el censo de los gusanos no llegará nunca a ser sobrepujado. Un Comité ejecutivo local manda a los soviets de aldea un cuestionario con 348 preguntas en plena época de siembra (*Pravda*, 18 de abril de 1928). Una fábrica procede a establecer 210 escrituras por cada obrero aceptado, y sabido es que el personal es muy poco estable (*Troud*, 5 de agosto de 1928). Un reloj importado en la U. R. S. S. pasa, en la aduana, por 142 instancias, declara Ordjonikitzé (*Isvestia*, 9 de diciembre de 1928). Más de la mitad de las decisiones de las autoridades superiores dejan de ser ejecutadas, dice el mismo (*Pravda*, 21 de diciembre de 1928). El Instituto de Agronomía experimental establece una hoja de encuesta de cinco a seis metros, cubierta de preguntas sobre los tractores (*Biednota*, 14 de abril de 1929). Un inventor, que ha ido a Moscú para hacer experimentos de su descubrimiento, realiza toda suerte de gestiones para tratar de obtener una habitación. En año y medio no lo ha conseguido todavía; en cambio, ha coleccionado alrededor de 400 hojas de papel con actas, resoluciones, declaraciones, protocolos, conclusiones, etc. (*Vetchernaia Moscva*, junio 1929). Una fábrica se pone en marcha... tres meses antes de que se apruebe oficialmente su construcción. El periódico que publica el hecho califica esto de "curioso detalle". En quince meses, el Consejo Económico Superior ha recibido 866 "tareas" gubernamentales, de las cuales no han sido realizadas nunca 446. Las demás instituciones suelen encontrarse en la misma situación (*Isvestia*, 31 de junio de 1929). Los casos en que los proyectos y planes

siguen su trámite o permanecen en las oficinas mientras las construcciones están ya terminadas, se multiplican. Un estudio sobre la economía soviética habría de tener muy en cuenta este detalle, como elemento importante de apreciación.

El régimen burocrático de la U. R. S. S. pesa tanto más sobre el proletariado y los campesinos, cuanto que la legalidad no desperdicia ningún contrapeso ante la arbitrariedad política, económica y administrativa de la dictadura del secretariado del partido. Por otra parte, no hay legalidad alguna en la República que ostente francamente el título de "socialista". Existen innumerables leyes y decretos en cuya maraña se extravían los juristas soviéticos más expertos, y respecto de los cuales el secretariado del partido, con el apoyo de su *Guepeú*, dispone de la facultad de tomarlos o no en cuenta. Se declara, además, sin rubor alguno, que *la dictadura del proletariado, como toda dictadura, es un poder que no está atado por ninguna ley*, según escribe un colaborador de las *Izvestia* (7 de septiembre de 1926), refutando a Krilenko, procurador general, que opinaba que había que hacer entrar esa dictadura "en los cuadros de la legalidad en vigor". Así, pues, no existen ni asomos de legalidad, no obstante lo cual la Prensa soviética ha denunciado no pocas veces los abusos de poder, los actos arbitrarios, los pases, las violaciones de las leyes, decretos, ordenanzas, reglamentos, estatutos, instrucciones, circulares oficiales, etc., que prescriben al individuo soviético los menores detalles de su conducta y tratan de imponerle el respeto de la XI "legalidad revolucionaria". Boguslavski, Solstz, Krilenko y otros muchos han ennegrecido no pocas columnas de los periódicos y acumulado no pocos informes y carpetas a este respecto. Pero, una vez más, ese método no es otro que el que consiste "en cuidar los resfriados manteniendo las corrientes de aire". Si la dictadura no está atada a ninguna ley, ¿a qué perder el tiempo discurriendo en torno a la legalidad? Basta con que un secretario local, provin-

cial, regional o general del partido ordene y con que la gente se someta a esas órdenes. Respecto a los "tribunales populares", forman parte de la máquina burocrática, y mantienen a un número respetable de burócratas. ¿No está esto conforme con la totalidad del sistema?

La inspección "obrera y campesina" (léase burocrática) ha llevado a cabo una encuesta sobre la justicia en la U. R. S. S. Y ha establecido que, en 1926, más de un millón de individuos han sido arrancados a su trabajo y acusados; eso, no más que en la R. S. F. S. R. (República de la Rusia mayor), sin hablar de los testigos, peritos, etc. En U. S. F. S. R. (República ucraniana), el 15 por 100 de la población ha sido citado por la Justicia durante el mismo año. Existe una enormidad de asuntos atrasados, que sólo una amnistía es capaz de liquidar (*Investia*, 11 de octubre de 1927). Stalin, en el XV Congreso del partido, se sirvió de estas cifras para denunciar el desorden burocrático de que él es el primer responsable (*Investia*, 11 de diciembre de 1927). La *Pravda* del 2 de febrero de 1929 condena los actos ilegales de las autoridades locales, que suscitan quejas cuyo número va creciendo, y preconiza una vez más el respeto a la legalidad revolucionaria, que, en rigor, no existe para el partido o, lo que es lo mismo, para el Estado. Las *Investia* del 11 de junio de 1929 observan que todas las leyes son pisoteadas continuamente en el campo, es decir, en toda la Unión soviética: impuestos ilegales, registros y detenciones ilegales, elecciones truncadas, multas arbitrarias, etc. Los presupuestos locales son alimentados por las multas, y no es difícil imponer éstas por contravenciones a los campesinos con cualquier motivo, en virtud de unos textos de todos ignorados. Y todo esto ocurre impunemente, mientras se llama al orden de la legalidad revolucionaria a las gentes sometidas al secretariado del partido.

La lucha contra la burocracia es una de las consignas del Poder soviético, entre otras del mismo jaez. Es éste uno de los estribillos de la canción con que la burocra-

cia superior mece al pueblo explotado y oprimido por la burocracia de todos los pisos, por los burócratas de todas las categorías y de todos los grados. Entra en la colección de fórmulas rituales de la doctrina oficial; en los mandamientos de la religión leninista, que los jóvenes "pionniers" y los *comsommols* recitan con docilidad e incomprensión, y que los hombres, al llegar a cierto grado de conciencia política y social, desprecian. La consigna antiburocrática no adquirirá su verdadero sentido hasta el día en que nazca directamente de la masa.

VII

El socialismo dentro de quince años

Perspectivas del Secretariado del Partido.—Los nuevos
ideólogos.—El socialismo de aquí a catorce años.—Nues-
tro punto de vista.—La etapa actual y el sentido de la
evolución.—Estado de la producción.—El "plan quinque-
nal".—Una generación sacrificada.—Capitalismo sin ca-
pitalistas.—Fase transitoria y perspectivas condicionales.
El Partido y el proletariado.—¿Hacia el capitalismo o
hacia el socialismo?

Lo que será la Unión Soviética dentro de quince años: este es el título de un artículo del actual ideólogo reconocido del bolchevismo, publicado en la *Pravda* del 29 de agosto de 1929. Este nuevo teórico del leninismo posterior a la muerte de Lenin, proveedor oficial de ideas del Secretariado del partido desde la repudiación de Bujarín, se llama Larín, y no es conocido todava fuera del movimiento socialista ruso, donde solamente ocupaba un lugar inferior hasta el presente como patriota que fué en tiempos de Nicolás II, antes de prestar su adhesión al comunismo de hoy. En ese artículo da cuenta de un libro publicado hace poco, *La U. R. S. S. dentro de quince años*, cuyo autor, Sabsovitch, es completamente

desconocido. Hace suyas las opiniones y las conclusiones generales, y obliga a adoptarlas a la *Pravda*, órgano central del partido. (Cuando la *Pravda* no pone al pie de cada firma la mención "Artículo de discusión", es que el artículo expresa la opinión de la redacción, es decir, del Secretariado del partido.) Desde hace doce años, y es de importancia verificar este hecho, el bolchevismo no ha visto surgir una sola personalidad nueva y notable, no obstante el indiscutible poder de sus medios materiales y de su protección política. En todos los dominios de su actividad, y a propósito de cualquier plan, las ideas, las iniciativas, las obras importantes, pertenecen a la generación de octubre. Resulta, pues, interesante, dicho sea de pasada, observar los primeros pasos de un hombre nuevo, de ese Sabsovitch, en la escena de la actualidad política.

Larín expone y confirma con certeza: "La perspectiva (de Sabsovitch) para dentro de quince años es el plan del establecimiento del socialismo en la U. R. S. S., con la supresión de las clases, la transformación de las formas de vida y de las costumbres, etc." "Resulta absolutamente evidente que esta concepción es la única aceptable para nosotros. Desde el punto de vista práctico, la experiencia de los dos primeros años del plan económico del quinquenio (un año casi transcurrido ya y el otro concretado), la confirma plenamente. Los resultados obtenidos son superiores a todas las previsiones, no sólo en lo que se refiere al plan quinquenal del *Gosplan*, sino respecto del plan del propio Sabsovitch. Por consiguiente, se trata, no ya de imposibilidad objetiva, sino de aptitud para utilizar los recursos existentes. Sin tener en cuenta las reservas desconocidas y la posibilidad de utilizar los descubrimientos y los inventos del porvenir..."

Así, pues, el Secretariado del partido bolchevique nos promete en firme la implantación del socialismo en una sexta parte del Globo al cabo de un plazo de quince años. Ha transcurrido un año ya... El socialismo será realizado en la U. R. S. S. dentro de catorce años.

El socialismo, es decir, el régimen social que precede inmediatamente a la última etapa de la Humanidad; el comunismo. Esto es: la sociedad sin distinción de clases y la realización de la fórmula "A cada cual, según sus obras", transición inevitable hacia la fórmula final comunista: "A cada cual, según sus necesidades". "Nuestra generación—escribe Larín, que no es joven ya, aun cuando sea joven en el bolchevismo—puede ver el socialismo con sus propios ojos." Y no formula la menor reserva respecto a la eventualidad de una guerra, por ejemplo, que venga a desbaratar el grandioso plan. "Al contrario: como base de ese plan, precisamente, hay que admitir que nuestro país tendrá que defender el socialismo con las armas en la mano." Todo está previsto.

Nuestro papel no consiste en oponer aquí una tesis a otra, sino en exponer la realidad soviética, oscurecida por la leyenda soviética, después de haber sido deformada por la campaña contrarrevolucionaria. El conocimiento de esta realidad es absolutamente necesario para la comprensión de cualquier tesis. Hemos dicho *la verdad* sobre las condiciones de existencia, material y espiritual, de las masas laboriosas, objetivo limitado de nuestra tarea en este cuadro restringido. Nos hemos abstenido de detenernos en el examen de la situación de las categorías sociales privilegiadas del régimen actual; nos hemos limitado a señalarlas en lo que atañe a la vivienda, al salario, al paro, a la instrucción, a los derechos cívicos, sobre los que existen en la U. R. S. S. privilegios para ciertas minorías que constituyen los puntales del Estado. Y esto es precisamente lo que permite esos testimonios sinceros, ya que no clarividentes, a favor de una situación en que muy pocos son los extranjeros que saben distinguir los hechos parciales del hecho general y evitar la confusión entre la regla y la excepción. Los violentos contrastes de Rusia se reflejan en unas observaciones exactas en sí, a la par que contradictorias; pero no todas ellas tienen una importancia de conjunto. Nuestro cuadro se compo-

ne de observaciones dotadas de un valor de generalidades en una determinada fase de la revolución.

Pero ni que decir tiene que esa fase será sobrepasada, y ante esto se plantea el problema siguiente: *¿en qué sentido* va a serlo? La desigualdad social soviética, ¿tiende a arrollarse o a desaparecer? Los privilegios, ¿son supervivencias del orden social anterior en camino de extinción, o signos precursores del orden nuevo? Es imposible abordar este problema sin conocer la situación real y actual de las clases que han hecho la revolución de octubre. Nuestra obra es una contribución a ello. Pero nos falta aún conocer el estado de la producción y la marcha del desarrollo económico de la U. R. S. S. en sus relaciones con la economía del mundo capitalista. No es posible esperar, al llegar al fin de esta exposición, un análisis de ese otro elemento del destino de la revolución. El estudio de la política económica de los Soviets y la confrontación de los programas no tienen aquí lugar adecuado. Permítase al autor, sin embargo, que diga, por modo harto esquemático, en unas cuantas líneas y sin cifras, cómo se abren a su entender las perspectivas, a fin de no permitir que se le atribuya una opinión contraria a la suya.

La producción agrícola e industrial ha sido restablecida en la U. R. S. S. al nivel aproximado de antes de la guerra, en un decenio, con algunos progresos cuantitativos en determinadas ramas, y un retraso en otras. Los intercambios comerciales siguen siendo inferiores, por su volumen, a los de antaño. La calidad de los productos ha bajado sensiblemente. El consumo por cabeza ha disminuído. Esta etapa ha costado a las clases pobres grandes privaciones y sufrimientos. El esfuerzo que se lleva a cabo actualmente, en el sentido indicado por el plan quinquenal, debe compensar este retraso y seguidamente permitir—en el papel— una elevación del *standart of life*. Este plan tiene por objeto triplicar, por lo menos, la producción industrial de antes de la guerra al término de su curva, mientras se aumenta en la mitad

tan sólo la producción agrícola, sin tener en cuenta el aumento de la población. Esto no representaría aún una masa de productos suficiente para ofrecer a los trabajadores de tan vasto dominio unas condiciones de existencia comparables a las de los explotados de los países capitalistas. Por otra parte, el Estado no puede conseguir la edificación de esas empresas gigantescas, industriales y agrícolas, como no sea incautándose de una parte cada vez mayor del beneficio nacional por múltiples medios: empréstitos interiores repetidos, impuestos indirectos disfrazados, confiscación de una importante parte de las cosechas, emisión de papel moneda sin su contrapartida, etcétera; o lo que es lo mismo: reduciendo la capacidad adquisitiva de la población. La necesidad de exportar mercancías y de iniciar la competencia en el mercado mundial se impondrá, pues, imperiosamente, en un país donde la carencia de todos los productos se hace sentir ya duramente. Existe en Rusia un "hambre de mercancías" industriales cada vez más aguda, y desde hace diez años, una penuria creciente de géneros agrícolas. "En el duodécimo aniversario del Poder soviético carecemos de casi todos los productos agrícolas", reconoce Ordjonikidzé (*Pravda*, 29 de septiembre de 1929). Reconocer el hecho no es lo mismo que solucionarlo. Y se plantean otros problemas que la autocracia soviética no acertará a resolver, precisamente por medio de decretos y de medidas de violencia.

El desarrollo industrial y el progreso socialista son fenómenos ligados entre sí, pero distintos; pueden confundirse o seguir caminos diferentes, según el carácter—privado o colectivo—de la propiedad de los medios de producción y de la naturaleza social (más o menos burguesa o proletaria) del Estado. Estas condiciones no se presentan nunca bajo un aspecto absolutamente claro y determinado; pero en el caso de la Rusia soviética, donde ni la burguesía ni el proletariado están en condiciones de dominar el Estado, sus características son particularmente complejas. Lenin tendía hacia el socialismo a través de

la NEP, política económica que admitía la coexistencia transitoria de fuerzas y de formas productivas diferentes, sometidas al Estado, dueño de las posiciones económicas principales. Actualmente, el Poder soviético cree, por el contrario, instaurar el socialismo suprimiendo virtualmente esa NEP y eliminando los elementos capitalistas por medios administrativos y policíacos. Su plan quinquenal es la expresión de una nueva política económica, cuya oposición comunista, agrupada en torno a Trotski, reivindica la inspiración respecto a las ideas generales, si bien no todos los medios de aplicación.

Sea cual fuere el valor de los datos y de las previsiones de este plan, lo cierto es que los destinos de la Rusia soviética dependerán en lo sucesivo, en gran parte, de su aplicación. Y las consecuencias prácticas inmediatas pueden ser incompatibles con las consecuencias teóricas. En el terreno de lo inmediato, el actual Poder soviético demostrará que la industria moderna puede prescindir perfectamente de los capitalistas; pero esta demostración había sido hecha ya en los Estados burgueses por los grandes servicios públicos de carácter industrial. Probará que la importancia y el ritmo de una industrialización, alimentada con los recursos de un presupuesto nacional, se sobreponen a la iniciativa y a la concurrencia individuales, sin que por eso pueda garantizar cuál será su suerte final, condicionada por otros muchos factores. Pero si edifica una industria como los Faraones elevaban las pirámides, encontrará también una tumba, y la experiencia no podrá profundizarse, pues la resistencia activa o pasiva de las clases explotadas se afrontaría con ella. En la medida en que es posible juzgar por los materiales y documentos a la vista, el plan no es parcialmente realizable sino a costa de empréstitos obligatorios, de salarios bajos, de precios altos y de la inflación fiduciaria, que despojan indirectamente a los trabajadores y con el concurso del capitalismo exterior. Exige el sacrificio real de una generación en nombre de un ínfimo progreso material para las generaciones futuras, así como

unas problemáticas perspectivas de progreso social. En resumidas cuentas: la industria se desarrollará fuertemente y la agricultura poseerá una maquinaria mejor. Pero, ¿qué diferencia hay entre este régimen y el capitalismo?

La siguiente: Que los capitalistas han desaparecido, en su forma evolutiva de banqueros y de industriales, para subsistir tan sólo difícilmente en calidad de campesinos acomodados en número reducido, de usureros rurales, de pequeños comerciantes perseguidos y de pequeños industriales cargados de impuestos. Los proletarios producen las mercancías y cobran sus salarios como en el mundo capitalista; pero en lugar de una apropiación individual del beneficio por la burguesía, existe la apropiación colectiva por el Estado, con el correspondiente aprovechamiento del parasitismo burocrático. A esto llamaba Lenin capitalismo del Estado, expresión que ha dado lugar a controversias entre los comunistas.

Pero lo que no da lugar a controversias es la naturaleza transitoria de este régimen, que debe llevar a la instauración del socialismo o a la restauración del capitalismo. El Estado no es un instrumento de transformación económica y social en el sentido socialista, sino en la medida en que se identifica con las clases interesadas en esa revolución, es decir, con su agente consciente y activo. Sin pretender discutir el carácter social y complejo del Estado soviético ni las posibilidades de realización del plan quinquenal, que se presta a consideraciones condicionales, basta conocer las relaciones entre el partido bolchevique actual y la masa proletaria para observar una profunda divergencia entre sus intereses respectivos, que pueden llegar inclusive a la ruptura. Si esa ruptura se produce, no habrá plan de cinco o de quince años capaz de impedir los progresos del capitalismo, sino que, por el contrario, el plan de industrialización lo favorecerá, desencadenando las fuerzas productivas que el Estado soviético será incapaz de dirigir. Y en lugar del "socialismo para dentro de quince años", veremos el capitalis-

mo antes de cinco. No existe ningún fatalismo capaz de predeterminar absolutamente el proceso de la evolución soviética. La revolución rusa está muy lejos de haber agotado sus recursos y sus medios de perdurar. Pero cada año que pasa, con un comunismo de palabras sin comunistas de hecho, compromete sus posibilidades de sobrevivir a la estabilización del capitalismo internacional como revolución de tendencias socialistas. Contra las clases trabajadores sólo puede llevarse a cabo una revolución burguesa. Los emblemas de la dictadura del proletariado encubrirán el retorno al poder de la burguesía si el proletariado sigue hundido en la miseria, en la ignorancia, en la inconsciencia y en el servilismo.

De lo que se trata es de saber si el plan económico ha sido elaborado para los trabajadores, o si los trabajadores existen para el plan. A ellos corresponde decirlo, si son capaces. Según se sometan al plan o sometan el plan a ellos, avanzarán hacia el capitalismo o hacia el socialismo. La historia les plantea el problema, no del socialismo para dentro de quince años, sino de sus inmediatas libertades.

Nota epílogo

Al ilustrar nuestra exposición con numerosos ejemplos extraídos de las publicaciones soviéticas oficiales, hemos resistido a la tentación de yuxtaponer a ellos otros extractos relativos a los mismos hechos, tomados de la Prensa internacional llamada "comunista". La comparación permitiría constatar una absoluta contradicción en todos los respectos.

Así como nos ha bastado al comienzo de este libro una referencia de *l'Humanité* para apreciar en su verdadero valor "la verdad sobre Rusia", según los impostores al servicio de la burocracia soviética, así bastará ahora un breve recorte del mismo periódico para juzgar de sus métodos de información sobre el plan quinquenal de industrialización.

En su número de 18 de octubre de 1929 podía leerse el telegrama siguiente: "La construcción automovilística soviética.—Moscú, 17 de octubre (*Humanité*).—Las fábricas de automóviles de Nijni Novgorod (Novgorodski-Autozavod) han aumentado, según los resultados del año último, en un 20 por 100 sobre las previsiones de fabricación para el año económico 1929-1930. Se producirán: 70.000 camiones, 20.000 camionetas y 30.000 coches urbanos o de turismo, o sea un total de 120.000 coches."

Ahora bien: no existe tal fábrica de automóviles en Nijni. No existe, y es absolutamente imposible aducir ningún texto explícito para probarlo, pues no ha habido

nadie todavía capaz de escribir o imprimir con el único objeto de revelar la inexistencia de una empresa. Nada resulta más fácil que establecer la ausencia de una fábrica de automóviles en Nijni. Y aun cuando se publicara una fotografía de esa fábrica inexistente, semejante testimonio en nada alteraría el hecho de que Nijni no produce actualmente automóviles. La U. R. S. S. fabrica alrededor de 500 coches por año (Ossinski: *Cifras sobre el automóvil*, Moscú, 1927) en la fábrica *Amo*, fundada por *Fiat* (cerca de Moscú), y en la de Yaroslav, adonde se ha trasladado durante la guerra la fábrica báltica de Riga, lo cual compensa, sobre poco más o menos, la penuria de su fondo total, que se eleva a 11.000 coches, de ellos 5.000 camiones en 1925 (*Pravda*, 15 de julio de 1925). Esta producción ha aumentado posteriormente en unos 3.000 coches, comprados en el extranjero. (Ossinski da otras cifras: 18.300 coches en 1925, y 21.000 en 1927.) Esto es una prueba más de la espléndida estadística soviética, acerca de la cual confesaba recientemente Ordjonikitzé que "cojea seriamente y en toda la línea", añadiendo: "El Consejo de peritos de nuestra dirección de estadística embrolla desesperadamente todas las cifras." (*Pravda*, 29 de septiembre de 1929.) ¿Cómo un país que posee de 15 a 20.000 automóviles, y que no fabrica más que 500 por año, puede elevar su producción hasta 120.000 unidades gracias a una fábrica que no existe?

Con una serie de telegramas de Moscú, amañados de la misma manera, sería fácil realizar, en el papel, el plan quinquenal en cinco minutos.

Vale la pena de que subrayemos el ejemplo, ya que así es cómo informa sobre Rusia *l'Humanité* desde la fecha en que fueron despedidos sus redactores serios y honrados. Los lectores acabarán por no creerla, ni siquiera cuando anuncie el término de la construcción, por Ford, el conocido leninista, de la fábrica de "autos" de Nijni, actualmente en proyecto.

Un reciente artículo publicado en el mismo periódico

bastará para probar la argumentación sobre los progresos del "socialismo" en la U. R. S. S. Bajo el título "Testimonios irrefutables sobre la edificación del socialismo", podía leerse el 1 de octubre de 1929 las siguientes palabras de un "sabio ginecólogo": "El teléfono funciona muy bien en Moscú, como funciona muy mal en París." Nos encontramos en condiciones para confirmar este "testimonio irrefutable", sin tomar a nuestro cargo el mezclar con esto "la edificación del socialismo"; el teléfono en cuestión es, en efecto, de primer orden; pero pertenece a una concesión capitalista rusosuecodanesa para Moscú, y a la firma capitalista sueca Eriksson para Leningrado, y fué instalado en tiempos del antiguo régimen. Así es como la autocracia rusa, el capitalismo escandinavo y la ginecología francesa, felizmente combinadas, nos llevan a la edificación del socialismo telefónico.

El mismo "testimonio irrefutable" trata del servicio de cirugía urgente: "Conozco el de Santiago de Chile, conozco el de Río de Janeiro, donde funcionan admirablemente. Pero no he visto nunca nada tan bien organizado como el servicio de Moscú." Paralelo verdaderamente inesperado: la edificación del socialismo quirúrgico como en Río y en Santiago. Es lo que hemos dicho nosotros: Existen en Rusia algunos establecimientos modelos, como en todos los países capitalistas, y esto no altera en nada la condición de 150 millones de rusos ni el estado del socialismo en Rusia. El sabio ginecólogo dice también: "He visto una Casa de Maternidad donde vienen al mundo de 30 a 40 niños cada día, y me ha parecido (*parecido*) perfectamente organizada." Eso es: nacen una cuarentena de niños en esta Casa modelo; pero se registran diariamente más de 10.000 nacimientos. ¿Cómo ven la luz del día los 9.960 niños (teniendo en cuenta tan sólo los que sobreviven a la mortandad infantil) que no pueden pasar por esa Casa de Maternidad? Todo el problema está aquí. Aun cuando existiera una docena de establecimientos como el que se cita, siempre seguiría en pie el problema en globo, desde el punto de vista de la Ginecología y de

la Obstetricia. Con mayor razón desde el punto de vista de la edificación del socialismo.

Hemos subrayado la prudente expresión del ginecólogo de paso—*parecido*—, pues este sabio, irresponsable de la absurda interpretación de su sincero informe, sabe evidentemente la diferencia que existe entre la *apariencia* de un servicio médico presentado a un personaje de visita y la *realidad* de la práctica diaria. A este respecto nos parece de interés añadir, a nuestra demostración sobre los sanatorios y clínicas, la confirmación más reciente, más general y más fuerte, pues se trata precisamente de instituciones *que parecen* las más convincentes para el turista con prisas o para el testigo complaciente. El *Troud* del 19 de octubre de 1929 da cuenta de la última sesión de verano en los términos textuales siguientes: "No era raro que los enfermos permanecieran tres y cinco días sin agua potable. La alimentación es cada vez más deplorable. La suciedad se ha desarrollado de manera increíble (la mayoría de los *courorts* están sin canalizaciones). No sólo no han disminuído las enfermedades contagiosas en los *courorts* (clínicas), sino que se ha revelado una franca tendencia hacia su aumento. En una palabra: la misma Dirección principal de los *courorts* califica de "extraordinariamente poco satisfactoria" la situación de nuestros *courorts* en lo que se refiere a higiene e instalación, que son, realmente, abominables." Estas diez líneas destruyen los millares de costosos "testimonios irrefutables sobre la edificación del socialismo", que hacen referencia a este dominio. Podríamos encontrar otras diez líneas del mismo peso, en la prosa oficial, respecto a todos los temas explotados con el mismo fin.

Un último ejemplo, relativo a la cuestión actualmente dominante de la revolución rusa: La *Pravda* del 9 de octubre de 1929 señala "un indignante caso de presión sobre la autocrítica": En una célula comunista, como un obrero parado indicase "con absoluta exactitud" "una serie de hechos ilegales" de un Comité cualquiera, el audaz fué detenido al día siguiente por la *Guepeú* y per-

[illegible] encarcelado durante catorce días. "Se hizo correr el rumor de que era un elemento antisoviético y poco menos que terrorista..." Se han adoptado sanciones contra los culpables. Ahora bien: este caso *indignante*, cuando pone en entredicho a los funcionarios subalternos, es una práctica legítima y plausible. Otra cosa es cuando se pone en entredicho la responsabilidad de los funcionarios superiores del Secretariado del partido. Desde hace, no catorce días, sino catorce meses, y aun más, millares de obreros y de revolucionarios se encuentran presos y deportados por la *Guepeú*, por haber denunciado, "con absoluta exactitud", "una serie de hechos ilegales" de un Comité todopoderoso. Y todavía esperamos por la liberación de las víctimas y las sanciones contra los culpables.

Si por casualidad hubiéramos podido abrigar un solo instante la menor duda sobre la actualidad de esta obra, al remover una enorme masa de documentos para escribirla, estas acotaciones, hechas al margen de la Prensa comunista, en octubre de 1929, después de haber terminado nuestro trabajo, hubieran bastado para destruir esa duda.

Confidencia

Respuesta a una carta semicerrada [1]

Me escribe usted, señora, una carta muy sincera, inspirada en la lectura de *Vers l'autre flamme*. Es éste un documento muy característico, por su origen y su filosofía y por su concepción de la naturaleza humana. Veo en él a una clase, a vuestra clase, que, por medio de la pluma de uno de sus miembros más representativos, confiesa su fracaso moral, su desconfianza, su escepticismo, su resignación. Si comparo vuestra carta con otros testimonios por mí recibidos de personalidades semejantes a la vuestra, he de creer en la existencia de un estado de espíritu francamente desmoralizante, que reina en las esferas antaño las más activas, en las inteligencias más valerosas del pensamiento francés.

En efecto: desde mi regreso de Rusia y del grito de revuelta que me ha arrancado la actual dictadura del proletariado, son numerosas las gentes de la calidad de usted y de su mundo que me han participado su descorazonamiento, la pérdida de la fe en una fuerza accionante, al servicio del bien general. Era esto para hacer cambiar la

---

(1) La acogida contradictoria que este libro ha tenido ha movido a su autor, Panait Istrati, a escribir el siguiente artículo, aparecido en toda la Prensa y que nosotros hemos decidido incluirlo a este tomo por creerlo de interés para el lector. (N. de la E.)

decepción que yo traía y, como usted misma lo hace, para "saludar" mi "valor" por haberlo dicho públicamente. Pero esto era también para confundir en una sola las dos decepciones, suprimir todo espíritu revolucionario y obligarme a reconocer que "el bien hasta hoy adquirido es todo lo que podemos esperar de este mundo".

Pero usted es quien se expresa más claramente: "Con mis medios apacibles y mi dulzura de mujer, viviendo en la clase en que nací, he llegado a los mismos resultados que usted..., es decir, a la soledad, al aislamiento, convencida de que la Humanidad que buscamos no existe ni existirá jamás más que en algunos individuos: La colectividad es siempre un monstruo". Y después: "Mientras haya seres humanos sobre la tierra, los grandes se comerán a los pequeños. El Universo está fundado sobre bases de ferocidad."

¿La conclusión? La vuestra: "Nos hallamos, pues, ante un *caso desesperado*. Ante todo, ¿qué hemos de hacer? Ninguna revolución llegará más allá de los Evangelios, y los Evangelios están en quiebra. ¿Qué más podemos hacer? Trata, individuo, de ayudar, de mejorar, de salvar a los individuos. Por mi parte, yo no he hecho jamás otra cosa, y mi trabajo me cuesta esto, tanto en mis libros como en mi vida privada."

Señora, es usted demasiado buena "tomándose tanto trabajo por esto"; pero la manera que tiene de confundirme con usted y con su clase, no me parece ya tan correcta, a pesar de su sinceridad. También me molesta verla filosofar conmigo sobre el tema de "la quiebra de los Evangelios", como sobre el de "la Humanidad que nosotros buscamos" y acerca de los "grandes que se comerán a los pequeños". Un excelente amigo mío, médico burgués muy humano, me decía hace poco que todo eso es biología, y que hago mal en querer cambiar el orden de las cosas.

No conozco la biología ni los Evangelios. También es posible que al escribir mi último libro haya regocijado a todos ustedes o que yo no me haya explicado bien. Como

soy un obrero auténtico, a veces me ocurre que meto la pata; otras hablo confusamente; "pero siempre sé lo que quiero". Y si cien veces me tirara usted desde el tejado, otras tantas caería de pie. Sepa, pues, que mi libro no se presta a la filosofía, y que no lo he escrito pensando en usted.

Observe también lo siguiente: no soy de esos que hacen a su clase única responsable de todas las desgracias que suceden en el Mundo. Incluso a mi clase no me liga más que el sufrimiento que viene de su vientre; esto es todo. Por lo demás, pertenezco a la vida. Esto me permite hablar con usted con entera libertad. La creo buena, justa y generosa. Estoy convencido de que si el mando del Mundo le hubiese sido confiado, se consagraría usted a crear un orden social equitativo, aunque se reservaría para usted y para los suyos amables privilegios. Pero puesto que usted dice que vive en su clase, y como esta clase gobierna al Mundo—yo sé muy bien cómo—, bueno será que cada uno de nosotros conserve su puesto: usted el suyo y yo el mío. Y mientras que nosotros conservemos nuestros puestos respectivos, toda disertación relativa al "Universo", que "está fundado sobre bases de ferocidad", será imposible.

Voy más lejos: en su lugar, y dirigiéndome a un hombre para el cual vuestro orden burgués es una ofensa a la justicia, me sería molesto expresar un escepticismo tan confortable. ¿Es preciso conocer a Descartes, o bastaría carecer de pan para comprender que la partida no es igual? ¡El abominable equívoco!

Ustedes tienen de su parte el bienestar, las cenizas de los Evangelios para consolarse, todos los ejércitos de mar, tierra y aire para defenderos. Nosotros no tenemos más que nuestros dos brazos, miserables cuando no están ocupados, y casi tan miserables cuando lo están. Esto es comparable a la situación de un hombre que usted obligase a sentarse sobre un montón de brasas y luego, sentándose usted enfrente de él, pero en una butaca, le preguntase:

—¿Qué piensa usted, amigo mío, de este "caso desesperado" que supone la quiebra de los Evangelios?

—¡Creo, señora, que se me quema el trasero!

Así es como usted filosofa conmigo, convencida de que nuestra situación es la misma y de que estamos completamente de acuerdo. Me lo dice usted desde el principio de su carta: "Ha abandonado usted todos sus buques, incluso este último: el comunismo ruso. Se halla usted, pues, solo, en su isla de Robinson. ¿No se ha apercibido usted de su soledad hasta ahora? Yo, por mi parte, hace mucho tiempo que me he dado cuenta de ella."

Conoce usted, no sólo la suya, sino también la mía, porque, al final de su carta, agrega: "Hace tiempo que he adivinado en sus libros, y, mejor aún, en sus ojos, lo que es usted. Pero ahora, después de lo que acabo de leer, veo que, además, permanece usted en lo Absoluto, como un niño.

De donde se deduce que usted, en su clase, y yo, en la mía, en lo "absoluto", ambos estamos convencidos de que para resolver la vida no nos queda más que la tarabela de la resignación y una prudencia circunspecta."

No; no es eso. Lo que yo *era*, lo que *soy*, lo ha *adivinado* mal en mis libros, y más mal aún en mis ojos, que no han hecho más que divertir a vuestra alta sociedad en una noche de melancolía.

Ante todo, yo no he abandonado ningún *buque*, por la sencilla razón de que jamás he subido en ellos. Durante toda mi vida no he hecho más que "navegar" en torno a un solo buque: el que transporta las reivindicaciones de mi clase.

Al revés que usted, que siempre ha permanecido en su clase, yo salí de la mía a la edad de doce años. En esta edad de los sueños, que los sueños de mi clase no eran los míos. (¿Ha leído usted *Mes Departs*?) Mi clase hacía permanecer a su progenie diez años en la casa del mismo tendero de comestibles para convertirla en un personaje tan importante como él o más aún. Mi buena madre no quiso hacer otra cosa de mí. Si no lo ha conseguido, es

porque yo me opuse a sus deseos desde la edad de los sueños.

Luego, llegado a la edad de la conciencia, me di cuenta como en mis primeros años de que mi clase no tiene más conciencia que la de usted. La "conciencia de clase" —de que habla cierta doctrina, y con ello aludo a su ferocidad en la defensa y a nuestro deber de atacarla a ustes— no es más que la "conciencia de los apetitos de clase". (Se observa en vuestro Estado burgués y el Estado proletario.) ¡Gracias por la conciencia! Como carezco de apetitos, no tengo necesidad de esta conciencia. Yo no tengo sino mi conciencia, a secas. Y deseos. No vivo más que de deseos. En esto estoy blindado.

Pero puesto que vuestra clase da el ejemplo de atragantamiento en todo cuanto es vientre y sólo vientre, ¿por qué desea usted que yo no me solidarice con los apetitos que usted suscita en los míos, quienes, al menos, tienen la excusa de padecer hambre legendaria?

Desde mi infancia adopté el partido de ellos con el corazón henchido de tristeza, por saber que si nuestra necesidad es la misma, nuestras aspiraciones no lo son. Y no he luchado menos en las filas que fuera de ellas con el espíritu a que aludo. Esto es lo que yo llamo "navegar" alrededor del buque que lleva las reivindicaciones de mi clase.

Vea usted hasta dónde llega mi soledad.

* * *

Ha sido casi total desde el día en que mis ojos conscientes vieron la vida. Y seguiré siéndolo hasta mi muerte. Nada me importa de todo lo que constituye el orgullo de vuestra civilización. Tampoco me interesa lo que es orgullo de mi clase, en lo que ella ejerce su poder y racionaliza la vida más cruelmente que usted, en nombre de una libertad futura.

Las cosas no pueden suceder de otro modo, lo *sé*; pero, ¿por qué he de ligarme yo a toda esa polilla humana? ¡No tengo mi propia columna vertebral, mis propios pulmones, mis miembros, mis ojos? Entonces, ¿por qué se me obliga a tomarlos de los otros, cuando me siento feliz como soy y no hago daño a nadie?

¡Tritúrate, pues, en el engranaje que te forjas tú misma, polilla de ambos lados de la barricada!; pero no acapares lo que no es obra tuya: mi parte de tierra, de aire, de sol, de selva; ni me obligues a amar lo que tú amas, ni a odiar lo que tú odias. Para amar y para odiar yo estoy mejor organizado que tú; te llevo una delantera de mil siglos. La prueba es que, a pesar del acuerdo universal para la organización mortífera de la existencia, *yo he logrado por mí mismo y cuando he querido* deshacerme de tu compañía, violar tu conspiración y tus leyes y vivir como me ha parecido.

Ha sido tan hermosa mi vida, que, a pesar de sus sufrimientos, no puedo compararla más que con la de las bestias que viven lejos del hombre. Todo lo que constituye sus inmensos placeres lo he obtenido sin dinero: el aire, el sol, el río, el amigo, la amante. Sólo el puñado de patatas o algunos plátanos, necesarios a mi estómago, me obligaron cada tres días a bajar la cabeza ante tan gran bestialidad. Esto es lo que nunca te perdonaré, pues un solo día de ardiente trabajo, de los diez a que tengo derecho, bastaría para alimentar mi estómago, si no existiera tu criminal barbaridad, que obliga a los hombres a plantar más postes de telégrafos que plátanos o patatas.

Y el mundo quiere hoy, más que nunca, postes de telégrafos, especialmente el Nuevo Mundo, de que se enorgullece mi clase. Quiere superar al antiguo. Vosotros construís rascacielos. ¡He aquí "casas-montañas"! ¿Habéis logrado suprimir el cerebro del trabajador? Nosotros le suprimiremos el alma, "que, además, no existe".

La Humanidad futura vivirá al ritmo de un trinquete accionado por un dictador universal.

¡No me conviene esto!

Quiero gozar, sufrir, penar, siguiendo el ritmo que bate su cadencia en el fondo de mi propio abismo. Siempre he sido así. No pudiendo explicarme el misterio de la existencia, lo he obedecido, aullando unas veces de alegría, otras de dolor. A esto es a lo único que me he sometido. Cualquier otra obediencia me repugna, tanto más cuanto que yo no soy nada peligroso para mi vecino; al contrario, le cedo mi única camisa cuando me he convencido de que le hace más falta que a mí. No tengan ninguna codicia; es fácil no tenerlas. Para conseguirlo basta con no querer aquello que naturalmente se nos niega. Pero nada de lo que constituye el gozo del cuerpo y del alma se nos niega naturalmente; ni nada de todo esto está bajo el poder del hombre. En cuanto a lo que los hombres nos niegan, y que es nuestro derecho natural, es preciso saber arrancárselo a toda costa, como sea. En este terreno estoy dispuesto a ayudar a mi hermano el hombre. Sin embargo, mucho de lo que se cree un derecho natural no es sino superfluo o vanidad. En esto no me mezclaré yo.

* * *

Esto es lo que *yo soy*: soledad y solidaridad.

Maldigo al hombre; pero tengo confianza en este magnífico bruto. Llegará un día en que se dará cuenta de que destruye su vida y la de sus semejantes. Entonces respetará las leyes, cuyo engranaje es de sangre, de pensamiento y de alma, y cuyo supremo equilibrio es la contemplación. Hoy las desprecia, sacrificando su perfecta armonía a las innobles manifestaciones de su egoísmo materialista. Pero esto no puede durar. El egoísmo es un instinto que devora al hombre, por la masa de satisfacciones que de él exige. Pronto habrá agotado todos los deseos. Entonces será la resurrección de la hermosa vida, la que hará comprender al hombre que el egoísmo es el vehículo de la muerte cotidiana.

¿No lo cree usted? "¡El Universo está fundado sobre bases de ferocidad!" Adonde dirija la mirada, a través de los cuatro reinos, no verá más que eso. Sólo el ser humano ha pretendido cambiar de ley. Ha inventado la justicia, la caridad, el altruismo, etc... Pero las fuerzas de la tierra residen allí." Sí; esas fuerzas se hallan allí, pero las otras también. ¿No lo ve usted? Ellas son tan imponentes como sus hermanas malhechoras. Al presente, su voz apocalíptica truena sordamente en todo el Universo. Jamás ha tronado esta voz tan potente. A veces, extingue la voz de las otras, las obliga al silencio. ¿Quiere usted una prueba indiscutible? Hela aquí:

Figúrese que un día, en la plaza de la Concordia, se suben dos hombres sobre el pedestal del obelisco y grita uno: "¡Quiero la guerra, la ruina, el saqueo, la supresión de todas las libertades!", y el otro: "¡Quiero la paz, el trabajo, la libertad!".

No hace falta meditar mucho, creo yo, para saber cuál de los dos sería echado a palos inmediatamente por la muchedumbre indignada.

Otro ejemplo:

Usted descubre, en un camino solitario, a un hombre que, extendido sobre el suelo, apenas respira. ¿No se apresuraría usted a prestarle auxilio? Y si descubriera usted que era su peor enemigo, ¿se atrevería usted a abandonarlo? A menos que sea usted un monstruo, no necesito su respuesta; no puede ser más que dignamente humana.

Un tercer ejemplo que he visto en la vida: Dos familias vecinas de un pueblecito se odian a muerte; una noche se incendia la casa de una de ellas, y la otra familia se olvida de todo y va inmediatamente a salvar a sus vecinos.

No hago un melodrama; afirmo un hecho. El egoísmo, la ferocidad, el crimen colectivo, son malhechores que la mayoría de los humanos quiere de todo corazón extinguir de la vida. Es éste un deseo más universal que esa "ley" del mal de que usted habla. No vivimos, no crea-

mos, no progresamos más que con este deseo. De él es lo por venir, y es él quien lo traerá.

Si el mal se apodera de nosotros todos los días, a pesar de nuestro deseo de bien, se debe en gran parte a que ningún orden social, ningún poder del Estado se decide a declararlo delito público. Y también se debe a que el cuchillo no ha llegado aún a los huesos. Pero nunca logró vivir sino como ladrón, como asesino, ocultándose de la luz. Nunca un ser humano sensato ha intentado hacer ostentación sin levantar una indignación universal. Jamás ha conseguido que se le legitime, que se le reconozca, que se le conceda derecho de ciudadanía. Ningún artista, ningún escritor, puede hacer su apología sin cubrirse de vergüenza. (Cuando Nietzsche alaba la fuerza y dice que es preciso aplastar al débil, yo no entiendo por fuerza más que una: la que sirve a la Humanidad.)

¿En dónde ve usted de esto una mentira? Observe el bolchevismo. ¿Cree usted que haya salido de la cabeza de un loco? Ni siquiera ha salido de una cabeza; ha brotado del corazón de la tierra. ¿Y por qué es tan universalmente popular? (¡Incluso los salvajes lo comprenden!) ¿Por qué trasciende a *marxismo?* No; porque destila *Humanidad.* Si no es victorioso en seguida, debemos buscar la explicación en la estupidez dogmática de sus jefes.

Por esto yo tengo una gran confianza en el hombre, este innoble bruto. Y le ayudaré con todas mis fuerzas; pero no a la manera de usted. "Trata, individuo, de salvar a los individuos."

No; yo no puedo salvar individuos. Nosotros, o salvamos a la Humanidad o a nadie. Para mí, los individuos son los árboles que toco cuando atravieso la selva. Desde luego, me cuido de los árboles, cuidado a veces heroico —y con esto yo soy más antiguo que cristiano—; pero lo que me preocupa es la selva. Y por eso soy REVOLUCIONARIO. En mis libros, en mi vida privada y, mejor aún, en mis ojos. (Si alguna vez ha visto usted en ellos algún destello de desesperación es porque a veces me ocurre que pienso en todo lo que existe, *y que mejor sería que nunca*

hubiera existido; pero en este caso yo moriría; lo comprendo, y no me gusta. No puedo amar lo que me ayuda a morir lamentablemente. Pero por encima de todos los valores de la vida quiero aquello que me ayuda a creer en la eternidad de estos valores. Y para *creer* me basta el deseo.)

No; no puedo salvar a individuos. *No se salva a los árboles cuando se deja destruir la selva.* Y usted no salva nada; más aún: teme usted extender su deseo de bienestar a la Humanidad entera, porque esto implica una amplia renunciación. Por esto *usted sigue en su clase.* Bien es verdad que usted no la defiende. Pero, ¿qué hace usted para expresarla abiertamente su desprecio? Nada. Se conforma con sonreírla escépticamente y con gozar de todos los privilegios que le concede, al mismo tiempo que usted la reprocha la "quiebra de los Evangelios".

De modo que su soledad no es otra cosa que una solidaridad disfrazada, hipócrita. Esta no es la mía. Cierra usted los ojos ante las ignominias de su clase y se calla, adhiriéndose de este modo a todos sus crímenes. Yo no hago lo mismo. El día en que mi clase, sentada en torno a una inmensa mesa, me convenciese de que se entregaba a una criminal glotonería, ya ha visto usted cómo la he atacado, después de haberla abrazado tiernamente.

• • •

Medios apacibles, dulzura, resignación, caridad cristiana, soledad. Son éstas las virtudes y la actitud de su clase en la parte más inteligente y más generosa de ella, en esta época sangrienta. De modo que, el mejor de vuestra clase engaña a la mía, la duerme, cantándole: "No se puede hacer nada. El Mundo es y seguirá como siempre ha sido."

Abdicación cómoda y aparente, esta moral acapara los espacios. Domina el Universo. POR SU ARTE, detenta todos

los medios de manifestación artística e inunda la tierra de obras beatamente sentimentales, tontamente pacifistas, cobardemente neutras, y en ellas todo es mercancía, comercio, dinero. Un cuentecito o artículo estúpido de un autor de fama se paga cinco o diez veces más que la jornada de trabajo mejor retribuida de un minero, de un soplador de vidrio, de un electricista. Esto es charlatanismo auténtico, invitación al latrocinio.

Por su enseñanza oficial, falsifica a sabiendas la verdad contemporánea, levanta monumentos a los muertos y prepara a los espíritus jóvenes para futuras hecatombes humanas. Envenenamiento metódico de los pueblos con el sudor de los pueblos. Estafa.

Por sus iglesias: terrorismo clerical. Nunca como hoy, desde hace un siglo, la hipocresía divina ha manifestado su feroz deseo de envolver al hombre en los horrores del oscurantismo. Jamás ha encontrado más complacencia en vuestra clase volteriana, en la que halla un excelente cómplice para el dominio de ambos.

Por su política, locarniana, naturalmente: "abajo los fusiles". Pero mantiene treinta millones de hombres armados, diez millones más que en 1914. (He aquí una muestra de su buena fe: el senador Borah escribía, con fecha 30 de noviembre, en el *Collier's weekly*: "Mientras que el primer ministro, Mac Donald, en "tournée" pacífica por los Estados Unidos y al habla con el presidente Hoover, hablaba del desarme, Inglaterra y los Estados Unidos gastaban unos *sesenta mil dólares por hora, es decir*, 1.500.000 *francos, para la preparación de la guerra*. (*Le Matin* del 1 de diciembre.)

Esa es vuestra civilización, la cual usted conoce mejor que yo, porque está mejor informada. ¡Gigante sanguijuela agarrada al cuerpo fano de la Humanidad sufriente! Ella devora hoy y anemiza todo lo que es energía creadora debida al pensamiento laborioso y a los brazos del obrero. Sabios y trabajadores no viven más que de las migajas.

Se asombra la gente de que América haya ofrecido a

madame Curie cincuenta mil dólares para que compre un gramo de radium; pero, ¿quién se ha escandalizado al oír que la misma América ha votado 200.000 dólares sólo para que se pasee por Londres su Delegación en la Conferencia naval "de los cinco"? Esta civilización, que pretende tener médicos y alentar la Ciencia para el bien de la Humanidad, se ha instalado en Egipto, en las Indias, y se reparte la China. Pero, ¿qué hace para detener "los estragos del tracoma, que en un 95 por 100 castiga a los fellahs y a quince millones de chinos, tan enfermos de la vista que caminan ciertamente hacia una ceguera total"? (Palabras del doctor Henri Bouquet.) Sólo en esos tres países, que disfrutan de la felicidad de vuestra civilización, hay ya un millón de seres humanos completamente ciegos. Y ya sabemos que no es esa, por muy terrible que sea, una enfermedad incurable, si se la coge a tiempo. ¿Qué debemos pensar de otras plagas—la tuberculosis, la sífilis, la miseria, la ignorancia—que desolan aquellas clases de la sociedad cuya única falta es la de sufrir sin protestar?

Habla usted de mi "valor". Yo no soy ni más valiente ni más cobarde; pero sé que sólo tengo una vida que perder. Sé también que esta vida me sería insoportable si tuviera que callarme y adherirme a ese orden, que constituye la felicidad de algunos, de los peores, y la desgracia de una Humanidad absolutamente inocente, para la cual ningún Poder no ha hecho nunca nada completamente humano, y por la cual sólo el bolchevismo quisiera hacer ahora lo que ninguna organización ha intentado jamás.

Los trabajadores de toda la tierra soportan hoy la carga de un régimen, de una técnica y de un progreso de los que no conocen más que los vicios, el despilfarro, la superchería, la amenaza, el crimen. Montañas cotidianas de papel que contienen nuestra estúpida charlatanería. Las masas lo ignoran, y hacen muy bien. Avalancha, publicidad desenfrenada de los productos comerciales, de las píldoras Pink a los artículos Coty, y de los que el más

recuerdo vale más caro que el pan de una familia numerosa durante una semana. Y, paralelamente a esta industria, en apariencia inofensiva, la industria del homicidio y del espionaje, con sus ejércitos, su policía, sus máquinas.

Pero lo que tal régimen y tal técnica tienen de verdadera civilización—el alumbrado eléctrico, el gas, el telégrafo, el teléfono, la higiene, la medicina, la honestidad, la verdadera enseñanza, la verdadera educación, la distracción instructiva, la habitación sana—lo desconoce el 90 por 100 de la Humanidad en este primer tercio del siglo XX.

¿Cómo pueden ustedes tolerar un orden social semejante? ¿Cómo pueden soportar la vida? ¿Cómo no se dan ustedes cuenta de la falsedad de su resignación y de todo lo que tiene de criminal? De modo que no se haga usted ilusiones sobre mi soledad ni sobre mi desavenencia con los Soviets. No estoy en desavenencia con el *bolchevismo*, sino con *los malos bolcheviques* y con su incomprensible sabotaje, consciente o inconsciente, de la revolución. Esta, del mismo modo que los sufrimientos de los hombres, que me son bien conocidos y que jamás olvidaré, merece toda mi confianza en su futuro y toda mi combatividad.

Siempre he sido, y sigo siéndolo, el soldado apasionado, el francotirador de la "melée" social. Junto a los verdaderos revolucionarios y por una Humanidad mejor.

INDICE

Páginas

Prólogo.. 7

Tomo primero.—Hacia la otra llama:

Confesión para vencidos.......................... 17
En la U. R. S. S................................. 43
El asunto Russakof o la U. R. S. S. de hoy....... 129
Conclusión para combatientes..................... 170

Tomo segundo.—Soviets, 1929.......... 173

Tomo tercero.—Rusia al desnudo:

Advertencia...................................... 291

I.—Introducción a la vida soviética:

Relato de viaje encantador.—La leyenda soviética.—Antes de la muerte de Lenin.—Un personaje infalible.—El turista en la Rusia de los soviets.—Apariencias y realidades.—Lo ruso y lo soviético.—El antiguo régimen y el nuevo.—La herencia del pasado.—El arte de leer las estadísticas.—Socialismo o capitalis-

Páginas

mo.—Pequeño discurso del método.—El juego del enemigo.—La autocrítica.—A cada cual sus responsabilidades. 293

II.—La vida trágica de los trabajadores:

En la ciudad y en la fábrica.—La familia proletaria en su vivienda.—Los cuarteles obreros.—La crisis del alojamiento.—Las nuevas construcciones.—Las «dimensiones del ataúd».—Las condiciones de trabajo.—Protección y seguridad.—La asistencia médica.—La multiplicación de los accidentes.—La «estabilización del traumatismo» 313

III.—La vida trágica de los trabajadores:

En la ciudad y en la fábrica (continuación).—Los salarios.—El salario medio.—El nivel anterior a la guerra.—Salario nominal y salario real.—Reducción y sustracción invisibles.—Cotizaciones y suscripciones «voluntarias», obligatorias.—Empréstitos «libres» obligatorios.—Salarios retrasados.—Las casas de reposo.—El salario en rublos.—Los privilegiados del salariado.—El paro forzoso.—Las bolsas de trabajo.—La explotación de las mujeres y de los niños.—Las «casas de la infancia».—La jornada de ocho horas 337

IV.—La vida trágica de los trabajadores:

En el campo.—Las clases campesinas.—*Kulaks, bedniaks, seredniaks.*—La gran miseria de los pobres.—La suerte de los *batraks.*—El Erario

Páginas

público y los *bedniaks.*—El estado sanitario del campo.—Las «casas del campesino».—Los impuestos ilegales.—Los empréstitos «voluntarios» obligatorios.—El proletariado de los *sovkhoses.*—Abusos de poder de las autoridades locales.—Confiscaciones y detenciones arbitrarias.—Indicios de revuelta 377

V.—El poder de las tinieblas:

La masa analfabeta.—Analfabetos por desuso. La mitad de los niños, sin escuela.—El presupuesto escolar.—La escuela soviética tal cual es.—El material de enseñanza.—La vida de los maestros.—Los estudiantes proletarios.—El nivel de la instrucción.—La educación *pre y post* escolar.—Clubs y «rincones» *rojos.*—Vestigios de barbarie en provincias.—Las sectas religiosas.—Los progresos del alcoholismo.—Un diluvio de vodka.—El presupuesto borracho.—La vida de las trabajadoras.—El antisemitismo 405

VI.—La «dictadura del proletariado»:

La Constitución soviética.—Ciudadanos y súbditos.—Comunistas y «sin partido».—Los *comsommols.*—Reglas constitucionales y realidades prácticas.—El Secretario del partido. Los «aparatos» comunista, soviético, sindical, económico, cooperativo, policíaco, de inquilinatos.—La pirámide burocrática.—Las intenciones de Lenin.—El Estado y el partido. La Prensa y la censura.—Calidad de la «élite».

Páginas

Derechos y libertades del proletariado.—Métodos de gobierno.—La crónica de los escándalos.—La verdad sobre los sindicatos.—Las cooperativas. — Monstruosidades burocráticas.—La Justicia. 461

VII.—El socialismo dentro de quince años:

Perspectivas del Secretariado del Partido.—Los nuevos ideólogos. — El socialismo de aquí a catorce años.—Nuestro punto de vista.—La etapa actual y el sentido de la evolución.—Estado de la producción.—El «plan quinquenal».—Una generación sacrificada.—Capitalismo sin capitalistas.—Fase transitoria y perspectivas condicionales.—El Partido y el proletariado. — ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo? 505

Nota epílogo 511
Confidencia: *Respuesta a una carta semicerrada*. 517